CUANDO MENOS TE PENSABA

JENNY DEL

COMEDIA ROMÁNTICA



CUANDO MENOS TE PENSABA

JENNY DEL



Primera edición.

Cuando menos te pensaba

©Jenny Del.

©septiembre 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Capítulo 1



Marina

Nos encontrábamos en la playa, viendo el atardecer en uno de los rincones más bonito de la ciudad, cuando, de repente, lo vi arrodillarse.

—Marina, llevamos dos años juntos, y siento que eres la mujer de mi vida. Te amo más que a mí, y quiero que me hagas el honor de pasar el resto de la tuya junto a mí. ¿Te quieres casar conmigo? — dijo Álvaro, dejándome con la boca abierta.

—Sí, claro que quiero, mi amor — dije, con lágrimas en los ojos.

La gente que estaba a nuestro alrededor empezó a aplaudir, dejándonos como el centro de atención de todo, y eso me provocó una vergüenza horrible.

Salimos corriendo hasta mi casa, donde mis padres, que lo sabían, estaban allí esperándonos, junto a Macarena, la abuela de Álvaro, ya que él no tenía padres, lo dejaron con ella cuando nació. Se suponía que se iban fuera a trabajar, para darle un futuro a su hijo, pero realmente no volvieron más, se olvidaron de él, y esa señora entrañable fue la que se encargó de que creciera feliz y sin ningún tipo de carencias.

—Estamos muy felices con la noticia, Marina, no podrías haber escogido mejor compañero de vida — dijo mi madre, que quería a Álvaro como si fuera su hijo.

—Lo sé, mamá. Álvaro lo tiene todo, es mi mejor amigo, mi amante y mi novio, no puedo pedir más — dije, sonriendo, porque estaba feliz.

—A ver si vais a ponerme rojo con tanto halago —dijo Álvaro, que tenía a su abuela cogida por el hombro.

Mis padres habían preparado una cena para todos, tan solo faltaban Mis amigas del alma, pero no podían venir, ya que el trabajo se lo impedía, hablaría con ellas mañana.

La cena transcurrió de la manera más tranquila, como era mi prometido. Mis amigas pensaban que no tenía sangre, y que yo era demasiado pasional como para vivir con un hombre como él, al que todo le parecía bien y nunca ponía objeciones a nada.

En cierto modo era verdad, pero para mí era como mi complemento, mi calma, la persona que, en caso de que viniera del trabajo, por ejemplo, enfadada o de mal humor, se encargaba de hacerme ver el lado bueno de lo que me había pasado, consiguiendo que cambiara mi estado de ánimo.

Después de cenar, decidimos que íbamos a salir a dar un paseo y tomar una copa, pero al final, terminamos tomándola en mi casa, junto a mis padres. Eso era otra de las cosas que más les chocaba a mis amigas. No es que yo me llevara toda la vida de fiesta, porque tampoco era eso, pero sí que, de vez en cuando, me gustaba salir a bailar o a tomar una copa con mis amigas de siempre, pero Álvaro no compartía eso conmigo. Cuando eso ocurría, mi chico prefería quedarse en casa, decía que él se sentía incómodo entre tanta gente, pero nunca me había prohibido que yo fuera, o me había puesto mala cara, aunque era cierto que algunas veces me quedaba con él, la mayoría de ellas, en realidad.

Sobre las doce de la noche, Álvaro y su abuela se marcharon para su casa, mientras que yo decidí quedarme en la mía. Prácticamente, yo vivía allí, con ellos dos, ya que la mujer era mayor y no nos gustaba dejarla sola, no se fuera a caer.

—¿Te ha pedido ya matrimonio? —me dijo Olga, que era mi mejor amiga, y la que estaba menos de acuerdo con mi relación con Álvaro.

—Sí, esta tarde viendo la puesta de sol — dije, de lo más romántica.

—¿Estaba su abuela? Porque, que quieres que te diga, hija mía, cualquier día, mientras que estáis en la cama, va a aparecer por debajo para abrirle el envoltorio del preservativo a su nieto.

—Eres muy mala, Olga. Ella nos da nuestro espacio, y parece que Álvaro no sabe hacer nada por sí mismo, cuando ha levantado su empresa sin ayuda de nadie.

—Su empresa *online*, no te olvides. Ese muchacho, al final terminará sufriendo agorafobia, como siga de esa manera.

—Está visto que no te alegras por mí. Olga, entérate, estoy enamorada de Álvaro, y quiero pasar el resto de mi vida con él, que te quede claro.

—Pues nada, hija mía, en tu esquela pondremos: "Aquí yace Marina, murió de aburrimiento" —me dijo la hija de la gran china.

—Mira, hablar contigo de este tema, es hablar con una pared. Nos vemos mañana y nos tomamos algo a mediodía.

—Si quieres, podemos quedar a las cinco y nos tomamos un té mientras jugamos al cinquillo, que pareces más vieja que la abuela de tu novio, que se va los sábados a bailar y al bingo con las amigas.

Me despedí con risas, era única en decir las cosas, porque no las pensaba, las soltaba tal y como se le venía a la cabeza. Me acosté con las palabras de Olga resonando en mi cabeza. ¿En serio me veía así? Porque yo no me sentía de esa manera, sino que me encontraba muy a gusto.

Por la mañana, me despertó mi madre con un enorme ramo de flores que me había enviado Álvaro, invitándome a comer en un restaurante en el que había reservado mesa. Lo llamé para decirle que había quedado con Olga en el bar en el que nos reuníamos siempre, que si podíamos cambiarlo para la cena.

—Marina, es que sabes que no me gusta salir de noche, no me siento cómodo. Pero no te preocupes, ahora anulo la reserva o la cambio para la semana que viene. Tan solo quería que estuviéramos un rato a solas —me dijo, cuando le conté mis planes, y me sentí mal.

—No, espera, que llamo a Olga y anulo mis planes. Lo mismo nos podemos ver para tomar algo por la tarde, después de la comida, y así también puedes unirte a nosotras —le conté, esperando que me dijera que sí, aunque tenía serias dudas.

—Bueno, ya vamos viendo. Entonces, te recojo a la una en tu casa. No me hagas esperar, que la reserva está hecha para la una y media y perderemos la mesa — contestó, y colgó la llamada.

Ahora me tocaba enfrentarme a mi amiga, que, seguro que ponía alguna pega a todo el asunto, como si la estuviera viendo. Marqué su número, y tardó en contestarme, se habría recogido tarde y estaría durmiendo todavía.

—Dime que es algo urgente o te cojo por el cuello, incluso a través del teléfono — dijo nada más contestar la llamada.

—Verás, me acaba de llamar Álvaro, había reservado mesa para comer los dos y se le pasó decírmelo. ¿Podemos quedar a eso de las siete y nos tomamos una copa? —le pregunté.

—Seguro que la seta de tu novio pone algún impedimento para acompañarte, como si lo estuviera viendo — dijo, resignada.

—Bueno, ¿quedamos o no?

—Sí, además, había quedado con María también allí a esa hora, porque tenía que contarme algo. Ana no puede venir, tenía turno en el hospital.

Me levanté y me duché rápidamente. Saqué de mi armario un vestido de color vino tinto, estrecho y con escote en V, que combiné con unas sandalias de tacón doradas. Recogí mi pelo en un moño bajo deshecho, me apliqué máscara de pestañas, brillo labial y salí a la calle a esperarlo, para que no perdiera tiempo aparcando.

—Estás preciosa — dijo cuando me monté en el coche.

—Gracias, tú también estás muy guapo. Voy a tener que quitarte a las mujeres de encima cuando vayamos a tomar algo con las chicas.

—De eso quería hablarte. Mi abuela se ha levantado hoy algo pachucha, por eso, cuando terminemos de comer, prefiero irme a casa y así estar con ella. No confío mucho en que se quede sola, tengo la impresión de que le puede pasar algo cuando no estoy — dijo, con ojitos de cordero degollado.

—Álvaro, no te digo que no te vayas, pero a mí también me gusta compartir tiempo contigo a solas, que podamos salir a tomarnos algo con nuestros amigos, ir al cine, y no tener que estar pendiente siempre a ella — dije, algo enfadada, porque siempre me hacía lo mismo.

—¿Pretendes que la deje sola para hacer algo que lo podemos hacer en su compañía? No me lo esperaba de ti, Marina, pensaba que la querías más — me espetó mientras que aparcaba.

—No todo lo podemos hacer con ella, y cada vez hacemos menos cosas los dos a solas. No te estoy diciendo que la dejes sola, pero sí que le busques a alguna chica que la acompañe. Si hasta ella tiene más vida social que nosotros, que se marcha con sus amigas a jugar al bingo y a bailar.

—Mira, será mejor que lo dejemos aquí, o al final, vamos a terminar los dos enfadados y no estamos aquí para eso, sino para celebrar nuestro compromiso y empezar a planear nuestra boda.

No quise discutir más con él, por eso opté por callarme, pero tenía que darle la razón a Olga, por mucho que me doliera. Cada vez teníamos menos intimidad, en todos los sentidos, porque cuando manteníamos sexo, no podíamos dar rienda suelta a nuestros sentimientos. No salíamos de la postura del misionero, y en silencio, porque su abuela estaba dormida y no debíamos despertarla.

Cuando leía en esas novelas románticas, que las parejas lo hacían en el salón, en la ducha, e incluso en la cocina, me imaginaba que éramos nosotros, pero siempre aparecía la abuela por el pasillo y nos cortaba el rollo.

—He pensado que podríamos casarnos la primavera del año que viene, me gustaría que fuera el día cinco de junio, que es el cumpleaños de mi abuela y cae en sábado — dijo, como quien dice que es la fecha del mundial que ganó España.

—Yo preferiría que fuera una fecha que no significara nada para nadie, tan solo para nosotros. A mí me gustaría que fuera en verano, a mediados de Julio, para poder lucir el vestido que siempre he soñado — dije, y me miró extrañado.

—Ten en cuenta que no podrá tener demasiado escote, ni nada que sea llamativo, porque nos casaremos por la iglesia, en la catedral vieja, que es donde se casaron mis padres.

—Me da igual casarme por la iglesia, pero no voy a cambiar el diseño de mi vestido por nada en el mundo. Lo llevo soñando toda mi vida. Además, es que esa en concreto no me gusta, es demasiado oscura. Me gustaría alguna como San Francisco o La Palma, que tienen más luz para las fotos —le expuse mis preferencias, pero a él parecía que le importaba poco o nada.

—Vaya, parece que hoy no te gusta nada de lo que te propongo. Se nota que has hablado con tu amiga Olga.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, te lo afirmo. ¿Crees que no me he dado cuenta de que no me soporta? Le doy la razón en que no soy la alegría de la huerta, pero eso ya lo sabías cuando empezaste a salir conmigo — soltó, sin pelos en la lengua.

—Mira Álvaro, llevamos dos años juntos, si mi amiga influyera en mí para tomar decisiones, ya lo habríamos dejado hace mucho tiempo. No es que ella no te soporta, es que dice que somos muy diferentes, pero en eso radica una pareja, en saber renunciar en alguna cosa a favor del otro, como cuando yo decido quedarme contigo en vez de salir a bailar o tomar una copa.

—Nunca te lo he prohibido, Marina. Es más, la mayoría de las veces te animo a que lo hagas, pero no me pidas que lo haga yo, porque no me gusta

ese jaleo, y lo sabes.

—¿Sabes qué? Vamos a comer y a dejarnos de tonterías. Tenemos tiempo de sobra para planear la boda, y si no es el año que viene, pues será el otro —dije, zanjando la conversación de una vez, o terminaríamos mal.

Capítulo 2



Marina

En cuanto que terminamos de comer, su intención era dejarme en el bar en el que había quedado con Olga y María, pero todavía faltaban casi dos horas para la hora en la que dijimos de vernos allí, así que preferí ir a cambiarme.

—Mejor, llévame a casa, que no voy vestida adecuadamente para un sitio así, quiero ponerme algo más cómodo — dije, una vez que nos montamos en el coche.

—Marina, mira la hora que es. Mi abuela tiene que estar durmiendo la siesta, si entras ahora, podrías despertarla, y sabes lo que significa para ella el descanso… Además, que si me dices que no vas vestida acorde para un lugar así, ya me estás dejando claro el tipo de sitio al que vais a ir —me dijo, pero obvié esta última parte, porque se había vuelto de un elitista, cuando de toda la vida habíamos vivido en un barrio normal.

—Álvaro, te estoy diciendo que me lleves a mi casa, en donde viven mis padres. Ya sé que tu abuela duerme la siesta, pero que vamos, tampoco es que fuera a entrar por su casa con una bocina, como la que está entrando en un partido de fútbol —me estaba enfadando como nunca, y es que, había cosas que eran difíciles de entender.

En la vida, su abuela se había molestado porque entráramos riendo o haciendo un poco de ruido cuando ella estaba durmiendo. Pero, al parecer, a su nieto sí que le molestaba esa manera de actuar. Últimamente, estaba

actuando muy raro, debían ser los nervios de la boda, porque no le encontraba sentido a nada, la verdad.

—¿Vendrás a mi casa a dormir? —me preguntó, algo indeciso, y lo noté.

—Será mejor que no, porque no sé la hora que nos dará ni las copas que me tomaré. No quiero que, cuando llegue, si me entra fatiguita, se desvele tu abuela y tenga sobre mi conciencia quitarle horas de descanso —le contesté, con toda la ironía del mundo.

—Está bien, como prefieras. Te llamo mañana y vemos si hacemos algún plan —fue su respuesta, como si sintiera alivio por no tener que esperarme.

Nos dimos un beso, que más que eso fue un roce de labios. Al final, le tendría que dar la razón a Olga, en lo de que me faltaban diez minutos para entrar en un convento, entre que de sexo íbamos más bien cortitos y que, el poquito que teníamos no era de calidad, el voto de castidad ya casi que lo teníamos.

Cuando entré en mi casa, mis padres no estaban. Seguramente habían salido con mis tíos a comer, y luego irían a bailar o al bingo. Si hasta ellos, que me sacaban sus buenos años, tenían más vida social que yo.

Fui directa a mi cuarto, me quité el vestido y las sandalias, que me estaban matando, y me puse un vaquero de pitillo que me encantaba como me quedaba, lo combiné con un top blanco de escote en V y una chaqueta azul marino con topitos blancos, por si refrescaba la noche, que era lo más normal aquí, sobre todo cuando había viento de levante. Mis cuñas blancas y mi bolso de esparto, el que me podía poner en forma de bandolera, por si íbamos a otro sitio después.

Llamé un taxi, porque esa noche pensaba beberme hasta el agua de los floreros que adornaban las mesas, y me dirigí al bar donde había quedado con mis amigas. Sabía que eran solo las siete de la tarde, pero también sabía que, si María tenía que contarnos algo jugoso, nos podrían dar las tantas de la noche.

Fui la primera en llegar, por eso le dije a Raúl, el camarero, que me buscara una mesa en la terraza exterior, que estuviera a la sombrita y en la que corriera el viento, porque venía con un calor de muerte.

—Claro, bonita. Si quieres, aviso al dueño para que te ponga también a uno de los camareros abanicándote, por si te entra calor — respondió, con toda la ironía del mundo.

—No estaría mal. Eso sí, con pajarita y sin camisa, y que esté bueno, que por lo menos nos alegre la vista. Anda, tira y tráeme una cervecita fresquita que me muero de calor —le contesté, entre risas.

—A sus órdenes, mi comandante — contestó, llevándose la mano a la sien derecha, mientras marchaba hacia el interior del bar.

Entre nosotros ese tipo de conversaciones era lo habitual. Nos habíamos criado juntos. Ambos crecimos en el mismo barrio, fuimos al mismo colegio, solo que, yo continúe estudiando y él se dedicó a trabajar, ya que su padre tuvo un accidente y lo que le quedó de pensión era una miseria.

Yo había terminado mis estudios de química, una carrera que terminé a la primera hacía tan solo unos meses, ya que hice un par de másteres que me interesaban, de dos años cada uno. Ahora, había enviado currículos a todas las empresas de la zona donde pudieran necesitar a alguien como yo, pero todavía no había obtenido respuesta.

Mientras llegaban esas respuestas, entré en una academia para impartir clases particulares, no era lo que me gustaba ni para lo que había estudiado esa carrera, pero al menos, tenía un sueldo a fin de mes, que me servía para no tener que pedirle nada a mis padres.

—Aquí viene la mujer más bonita de todo el barrio en el que me crie —me dijo Raúl, guiñándome un ojo.

—Que no se entere Ana, o verás la que te va a montar —le respondí, riendo a carcajadas.

Entre Raúl y Ana había un tira y afloja de esos de ni contigo ni sin ti, pero se notaba que ambos estaban enamorados, tan solo había que ver la manera que tenían de mirarse, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a perder su libertad.

—Ya estamos aquí —dijo Olga, dándome dos besos, al igual que María.

—Pues ya era hora, chicas. Llevo más de diez minutos aquí sentada, menos mal que estoy a la sombrita — contesté.

—¿Tan pronto has terminado la comida romántica con tu chico? — preguntó María, a la que Olga le había contado todo.

—No me hables, que esa comida ha sido de todo menos romántica. Fíjate si ha durado poco, que me ha dado tiempo de ir hasta a mi casa a cambiarme.

—¿Y por qué no está él aquí contigo? — preguntó Olga, directa, como era ella.

—Porque su abuela se encontraba mal y no quería dejarla sola, pero eso ya me huele a excusa barata, para que te voy a mentir — dije, un poco harta ya de la situación.

—Pues muy mal no se tendría que encontrar, porque la he visto en el centro comercial hace un ratito, comiendo con las amigas y de compras — dijo María, y me dejó con la boca abierta.

—Siento ser tan directa, pero me da la impresión de que Alvarito te está ocultando algo, Marina —esta vez era Olga la que hablaba.

—No es eso, por esa parte no desconfío de él, te lo prometo. Ya lo conoces, es simplemente que no le gusta estar rodeado de gente y prefiere quedarse en casa jugando a la *PlayStation* o viendo una serie en la televisión.

—¿Y eso te parece normal en un hombre que no llega ni a los treinta años? Hija, no te digo que se vaya a hacer la ruta del bacalao, ni que desfase todos los fines de semana, pero, por lo menos, una vez al mes, debería hacer un

esfuerzo y salir contigo, que no eres una monja que tenga que estar metida en un convento todo el año.

Sabía que tenía razón, pero no tenía ganas de discutir otra vez sobre lo mismo, por eso intenté cambiar de tema, girando el asunto a lo que nos tenía que contar María.

—Oye, María, ¿qué era eso tan jugoso que nos tenías que contar? —le pregunté, a ver si así Olga dejaba el tema.

—¡Qué se me olvidaba! Chica, nos hemos centrado en tu relación, y no me acordaba que habíamos quedado para eso. ¿Os acordáis de Fale y Jesús?

—¿Los amigos de Cayetano? —preguntó Olga, mientras María asentía — No se podía estar más bueno que esos tres.

—Sí, eran la sensación de la playa — dije yo.

—Que te lo digan a ti, que te comiste al bombón más grande, maja — contestó Olga.

—Bueno, ¿qué pasa con esos dos? Hija mía, que cuentas las cosas por episodios, como las series de *Netflix* —le dije, desesperada por saber el cotilleo.

—Si os liais de una manera, que no me dejáis seguir. A lo que iba: esta mañana, cuando salía para ir al centro comercial, los vi a los dos, descargando cajas de una mudanza. Le he preguntado a Matías, el portero de la finca de mi abuela, y me ha dicho que han comprado el piso de Manuela y el de Maruja. Por lo visto, les han hecho una buena reforma a los dos —nos contó María.

—Lo mismo y lo tienen como segunda residencia para las vacaciones. Ya sabes que ellos siempre han sido muy sibaritas para todo — dije yo.

—No, no. Matías me ha asegurado que se han mudado para vivir aquí. Por lo visto, un amigo suyo ha comprado una nave en el pueblo de al lado y va a

abrir una fábrica de cosméticos o algo así, y se van a hacer, o se han hecho socios — contestó María.

—Pues podías aprovechar, Marina. Habla con alguno de ellos para que te enchufen. Seguro que necesitan químicos como tú para la fabricación de sus productos — dijo Olga, y no puedo negar que lo estaba pensando.

—No te negaré que se me ha pasado por la cabeza, pero después de tantos años, no sabría ni como saludarlos.

—Bah, eso son tonterías. Un día de estos, te pasas por allí y te haces la encontradiza.

Estuvimos hablando un buen rato de todo eso, incluso me atreví a contarles lo que me había dicho Álvaro, al que cada vez encontraba más raro, pero eso no se lo dije, no quería que lo juzgaran todavía más.

En un momento dado, las cervezas hicieron acto de presencia en mi vejiga, y me levanté para ir al baño. Tal y como pensaba, eran ya las nueve de la noche, y decidimos cenar allí, por lo que las dejé pidiendo la comida mientras yo volvía. Al salir a la terraza, tropecé, y unos brazos me sujetaron firmemente.

—Perdona, iba distraída pensando en mis cosas y no he visto el escalón, y eso que llevo toda mi vida entrando aquí — dije, todavía sujeta por sus brazos.

—¿Marina? ¿En serio eres tú? —esa voz me estremeció.

—¿Cayetano? Eres la última persona a la que esperaba encontrar —le dije, algo nerviosa.

—Me ha parecido ver a Olga y a María ahí fuera, pero no creí que fuese posible. Pensaba que habíais cambiado de hábitos durante todos estos años.

—Pues ya ves que no. Pero, al parecer, tú tampoco. Al menos ahora que estás aquí de visita — dije, lanzándole un tirito, porque se marchó sin despedirse siquiera.

—No estoy de visita. He venido para quedarme, bueno, en realidad hemos venido, porque Fale y Jesús están aquí conmigo. Voy a avisarlos y ahora nos acercamos a vuestra mesa, si no os importa, y saludamos al resto — dijo, soltándome de una vez.

Os juro que me temblaban las piernas, la última persona a la que esperaba encontrar esta noche era a él. Dicen que el primer amor nunca se olvida, y yo acababa de comprobarlo, porque sentir sus manos en mi piel me habían traído recuerdos de cuando empezó todo entre nosotros, hace muchísimos años ya. No le diría nada a las chicas, quería ver sus reacciones.

Capítulo 3



Marina

Hace más de diez años…

Estábamos en la playa, cuando los vimos aparecer a los tres. Eran tres monumentos andantes, eso no se podía negar, y tenían a todas las chicas locas por ellos, yo incluida.

Cayetano era el que más me gustaba: moreno, con unos ojazos verdes que quitaban el hipo, y un cuerpo que parecía esculpido por los dioses. Yo me consideraba una chica normal, con mis curvas donde debía tenerlas, pero ellos jugaban en otra liga. Solían salir los tres juntos, y si se iban con alguna chica, esas parecían modelos de pasarela, con largas piernas y melenas sedosas.

Ese día había elegido un bikini azul marino con detalles marineros, que me quedaba de escándalo, ya que resaltaba mi pecho, que con esa edad ya era bastante abundante. Estábamos sentadas en nuestras toallas, cuando vimos que se acercaron a nosotras.

—¿Podemos ponernos con vosotras? —nos preguntó Jesús, que era el más echado para delante.

—Por supuesto, guapo. Hay playa para todos — respondió Olga, que era igual de descarada que él.

Esa fue la primera vez que se acercaron a nosotras, pero ya no nos volvimos a separar. Formamos un grupo un tanto peculiar, porque se veía que ellos eran de familias adineradas, y todo lo que se ponían de ropa era de firma, mientras que nosotras, la única firma que llevábamos era la que venía impresa en nuestro DNI.

Una noche, durante una barbacoa en la playa, Cayetano me invitó a darme un baño con él, porque estaba la noche buenísima, y el mar parecía una piscina. No lo dudé, y me adentré con él de la mano. Entre broma y broma, me acercó a él y me besó. No os diré que fuera mi primer beso, porque ya me había dado alguno que otro con Fabián, un chico de mi clase, pero nada se podía comparar a ese que me estaba dando Cayetano.

El verano terminó y llegó septiembre, y con él, el principio del curso. Olga y yo habíamos pasado de curso, y con muy buena nota, entrando en primero de Bachillerato. Ana también, al igual que María, pero ellas optaron por hacer un grado medio, no querían estudiar más, aunque todas seguíamos en el mismo instituto.

Cayetano y sus amigos entraron ese año en nuestro instituto, y cayeron en nuestra misma clase, por lo cual, nuestros lazos se estrecharon más. El beso que nos dimos en la playa fue el pistoletazo de salida a un idilio que pensé que solo era un amor de verano, pero que continuó durante mucho más tiempo, tanto como que estuvimos juntos los dos años de instituto.

Ese fin de semana, sus padres, nos habían dejado el chalé que tenían en un pueblo a media hora de la ciudad, y que tenía conexión de autobús directo, con lo cual no necesitamos que nos llevara nadie hasta allí. Nos costó un poquito que nos dejaran ir, pero al final, y hablando nuestros padres con los de Cayetano, lo conseguimos.

Llevábamos ya casi cuatro meses juntos, y yo seguía siendo virgen. Él no, él la había perdido el año anterior con Liana, una chica que llegó nueva al instituto y que causó furor entre el género masculino.

—Marina, me gustaría que este fin de semana diéramos un pasito más. Pero no quiero que te sientas presionada, lo haremos tan solo si tú estás

preparada —me dijo esa mañana mientras íbamos en el bus camino del campo.

—Me siento preparada, pero no te voy a negar que me da miedo, la verdad.

—Te prometo que iremos al ritmo que necesites, pero sueño con tenerte desnuda entre mis brazos.

Cuando llegamos al campo, repartimos las habitaciones. Ana y Olga dormirían en una, María, que estaba saliendo con Jesús, en otra, y en la última lo haríamos Caye y yo. Fale dijo que ya vería si dormía en la misma habitación con las chicas, o lo haría en el sofá del salón, que también se convertía en cama.

Pasamos el día entre la piscina y el jardín, porque, a pesar de que estábamos ya a mediados de octubre, las temperaturas no habían bajado ni un ápice, por lo menos durante las horas centrales, que eran las que aprovechamos al máximo.

Cada uno llevó algo de comer, para no tener que meternos en la cocina, y por la noche íbamos a pedir pizza. Estaba saliendo de la ducha, después de cenar, cuando lo noté a mi espalda.

—Estás preciosa así, sin maquillaje ni nada artificial, como cuando te vi en la playa la primera vez —me dijo, mientras me abrazaba por la espalda e iba dejando besos en mi cuello.

—Gracias, ya sabes que no me gusta mucho el maquillaje. Lo utilizo lo justo. Tú hueles muy bien — dije, porque él también se había duchado antes y puesto su perfume, cuya fragancia era de lo más apetecible.

Me dio la vuelta y empezó a besarme, no sin antes cerrar la habitación y echar el pestillo, para que nadie entrara y nos molestara. Se deshizo de mi toalla, dejándome completamente desnuda. Quise taparme con las manos, pero no me dejó, me las sujetó y empezó a mirarme con deseo.

No os voy a decir que no habíamos pasado de los besos, porque eso no era cierto. Habíamos jugado con nuestras manos y nos habíamos tocado hasta alcanzar el clímax, pero hasta ahí habíamos llegado.

Me tumbó en la cama, despacio, como si fuera a romperme, y se situó entre mis piernas, besándome profundamente, mientras su mano iba a parar a mi sexo. Me penetró con dos dedos, mientras yo gemía de placer.

De su boca, pasó a mis pechos, para luego, seguir por mi vientre y bajar hasta mi Monte de Venus. Abrió mis piernas y lamió mi sexo. Eso no lo habíamos practicado nunca, y me abrió una puerta al más profundo de mis placeres, consiguiendo que tuviera un orgasmo en pocos minutos.

Me miró, pidiendo mi consentimiento, y asentí con la cabeza, lo quería dentro, lo necesitaba dentro, mejor dicho. Cogió un preservativo de la mesilla de noche, se lo puso y fue penetrándome lentamente, hasta que llegó al final, donde dio un empujón para romper mi himen.

El dolor fue mínimo comparado con el placer que sentí. Se quedó parado durante unos segundos, para que me acostumbrara a su miembro, pero no lo dejé que estuviera así mucho tiempo, y empecé a moverme.

—Dios, Marina, como sigas así voy a terminar casi antes de empezar — me susurró al oído.

—Como pares ahora, te juro que te la corto — respondí, y soltó una carcajada.

La cosa, como comprenderéis, no duró mucho más, pero me dio tiempo de alcanzar otro orgasmo con él en mi interior. Nos quedamos desmadejados en la cama, ni siquiera nos vestimos, tan solo nos echamos la sábana por encima y quitamos la toalla que había quedado debajo de mí, y que tenía la muestra de mi virginidad en forma de gota de sangre.

Nos quedamos dormidos abrazados, con mi cabeza recostada en su pecho, y me desperté con él detrás de mí, notando su miembro en mis nalgas. No me lo pensé, quería devolverle lo que me había hecho la noche anterior, así que, como pude, me zafé de sus brazos y me metí debajo de la sábana.

Cogí su miembro entre mis dedos, y empecé a moverlo arriba y abajo. No tenía experiencia, no lo había hecho nunca, pero para todo había una primera vez y quería que la mía fuera con él. Saqué mi lengua y lamí todo el largo, para terminar, haciendo círculos en su glande, hasta que la engullí por completo.

Cuando levanté la cabeza, lo vi despierto, mirándome sorprendido, pero también loco de placer. Él me dejó hacer, no me impuso ningún ritmo, hasta que se retiró para correrse, con un gruñido, encima de su mano.

—Si me vas a despertar así todas las mañanas, me mudo a vivir contigo — dijo, con una sonrisa.

—¿Te ha gustado? Es la primera vez que lo hago, y no sabía si lo estaba haciendo bien — respondí, con algo de timidez.

—¿Estás de broma? No lo has podido hacer mejor. De hecho, quiero que esta noche probemos otra cosita más, a ver si te gusta.

Nos levantamos y nos aseamos un poco antes de salir al jardín, donde ya estaban todos sentados, listos para desayunar. Caye y yo lo hicimos de la mano, y me dejó un beso en los labios antes de servirnos una taza de café a cada uno, así como poner a tostar dos rebanadas de pan, que nos las comeríamos con aceite.

—Los primeros en irse a la cama y los últimos en levantarse… ¿Por qué será? — dijo Jesús, mientras chocaba las manos con Olga.

—¿Por qué va a ser, primo? Porque han celebrado la Nochebuena anticipada — contestó ella, riendo.

—Que sepáis que sois unos cotillas de manual.

Entre bromas y risas, pasamos la mañana, cuando vimos que llegaban sus padres, para echarnos un ojo, según ellos. Por suerte, las bebidas estaban todas guardadas, y tan solo nos vieron bromeando en la piscina, así que se volvieron a marchar.

—Por un momento he pensado que se iban a quedar y nos iban a jorobar la noche —me dijo Caye al oído.

—Cruza los dedos, que todavía pueden volver.

A ambos nos salió una carcajada, que terminamos con un beso de lo más sensual. Lo que más me gustaba de él era su voz, era ronca, masculina, de esas que te ponían los vellos de punta. Recuerdo el primer día que me llamó a mi casa para ir al instituto. Fue mi madre la que contestó al telefonillo, y cuando lo escuchó, le dijo que subiera, porque no se podía creer que un chico de diecisiete años tuviera esa voz, decía que era un hombre el que había venido a buscarme. Lo que nos reímos luego no estuvo pagado.

El tiempo fue pasando, y ambos estábamos ya terminando segundo de bachillerato. Hacía unas semanas que apenas nos veíamos fuera del instituto, ya que teníamos mucho que estudiar, pero, por fin, había llegado el día del último examen de Selectividad, ese que definiría nuestro futuro.

Yo tenía claro que quería estudiar Química, por eso me esforcé durante esos dos años, para sacar la máxima nota posible, que me permitiera hacerlo, ya que mi familia era de clase media y necesitaba una beca para poder estudiar. Si no la conseguía, tendría que ir pensando en otra cosa.

Cayetano, por el contrario, decía que no lo tenía claro, que prefería esperar a que pasara el verano. De todas maneras, sus padres le habían dicho que cursaría sus estudios en una universidad privada, por lo que no tenía prisa en elegir la especialidad.

Ese verano lo vivimos a tope, incluso nos pudimos permitir un viajecito a Málaga de una semana, todos juntos, y donde nuestra relación se afianzó, o eso pensaba yo.

Una mañana, cuando me levanté, lo llamé para que pasara a buscarme antes de ir a la playa, y su teléfono daba apagado o fuera de cobertura, por lo que pensé que estaría sin batería, que tampoco era nada raro en él. Me vestí y fui a su casa a buscarlo, pero nadie me abrió la puerta, y eso sí que me mosqueó un poco. ¿Habría pasado algo?

Fui corriendo a buscar a Jesús y a Fale, por si sabían algo, que me recibieron con una sonrisa, pero cuyas palabras todavía recuerdo a la perfección.

—¿Sabéis algo de Caye? Lo he llamado y tiene el teléfono apagado, he ido a buscarlo y no había nadie en su casa —les dije, algo agobiada.

—¿No te has acordado que se marchaba hoy?

—¿Qué se marchaba hoy? ¿Adónde?

—Marina, Cayetano se ha ido a estudiar a Estados Unidos, y su familia, se ha trasladado a Madrid, donde su hermana cursará el bachillerato, porque su padre ha abierto un nuevo negocio allí. ¿No te lo ha contado?

Negué con la cabeza. Se me había caído el mundo encima. Ni siquiera había tenido la decencia de despedirse de mí, de contarme sus planes, y me sentí mal. Me di cuenta de que había sido el juguete de un niño rico, pero no por eso dejé de quererlo. El amor no se iba de un momento a otro, por mucho daño que te hicieran.

Capítulo 4



Marina

—Hija, ¿qué te pasa? —me preguntó Olga al verme salir del interior del bar.

—¿Por qué traes esa cara? Parece que te has encontrado con un fantasma en el baño — dijo María.

—Mucho peor, pero ahora mismo os enterareis —les dije, viendo como los tres mosqueteros, como los llamábamos en el instituto, se dirigían hasta nuestra mesa.

—Buenas noches, señoritas. ¿Podríamos sentarnos con vosotras? —dijo Jesús, mirando a María a los ojos.

—¡No me lo puedo creer…! —dijo María, levantándose para darles un abrazo y un beso a cada uno.

—¡Mira a quién tenemos aquí, si son los tres mosqueteros! —exclamó Olga, haciendo lo mismo que nuestra amiga.

—Hola chicos —les dije yo a Jesús y a Fale, con quién no había coincidido hasta ahora.

—Sentaros a cenar con nosotras, será todo un honor —les indicó Olga, haciendo una reverencia.

—El honor siempre será nuestro — contestó Cayetano, tomando asiento a mi lado.

Nos fuimos contando lo que habíamos hecho en todos estos años que hacía que no nos veíamos, por turno, y ahora había llegado el de Caye, después sería el mío.

—Pues yo, he estado estudiando en Estados Unidos, me licencié en Química Industrial. Luego volví a Madrid, donde estaban mis padres, e hice un par de másteres más, hasta que ha llegado la hora de volver. Mi padre me ha adelantado parte de la herencia, y ahora voy a montar una fábrica de cosméticos, con estos dos cafres entre sus filas —nos contaba él.

—¿Novia, novio, amigos o amigas especiales en tu vida? —le preguntó Olga, mirándome de reojo. Sabía lo que iba a intentar, pero para nada le haría eso a Álvaro.

—Nada de eso. Sexo ocasional y dejándoles muy clarito a las chicas lo que había, para que no haya confusiones — contestó, guiñándole un ojo.

—Por lo menos con ellas has tenido ese detalle… —murmuré, pero se enteró.

—¿Cómo has dicho? — preguntó, mirándome a los ojos.

—Nada, cosas mías. Creo que me voy a marchar porque se me hace tarde — contesté, como buenamente pude.

—Sabes que no has dicho eso, y tenemos una conversación pendiente, que no se te olvide —me dijo, directamente, pero sin ocultarlo a los demás.

—Esa conversación llega diez años tarde, no te esfuerces, porque no me interesa —fue mi contestación, pero me salió en un tono que no me lo creía ni yo.

—¿Y tú, Marina? ¿Qué has estado haciendo en todos estos años? —me preguntó Fale, echándome un capote, porque la situación se estaba poniendo de lo más tensa.

—¿Yo? Pues mira, yo también terminé la carrera de Química, pero no me tuve que ir tan lejos, tan solo a media hora de donde vivo. Estoy dando clases en una academia y estoy prometida, me caso el verano que viene — contesté, enseñando mi dedo con el anillo de compromiso.

—¿Y qué hace tu prometido que no está aquí contigo? Yo no te dejaría sola en una selva como esta — dijo Jesús.

—Su prometido es un sosaina, ya lo conoceréis algún día. O no, porque cuando quedamos nunca viene, "se agobia con tanta gente" —Entrecomilló con los dedos esa frase que Álvaro siempre decía.

—No vayas a empezar de nuevo, Olga, te lo pido por favor —le supliqué.

—Pero si es que no entiendo qué coño haces con un hombre así, te lo juro. Eres todo lo contrario. Tú tienes fuego en las venas, y por las suyas parece que corre horchata — y vuelta la burra al trigo, cada vez que quedábamos era más de lo mismo.

Cayetano tomó mi mano, la que tenía el anillo, y se puso a examinarlo como si fuera un joyero experto, ante la atenta mirada de todos los que estábamos sentados en esa mesa.

—Muy bonito. El sosaina tiene buen gusto, lo que no tiene es un céntimo en el banco. O es eso, o que es un tacaño de cuidado, que también puede ser —dijo, dejándome con la boca abierta.

—¿Por qué dices eso? Y no es "el sosaina", se llama Álvaro, y estoy enamorada de él —contesté a la defensiva.

—Eso de que estás enamorada… ya lo veremos. Y lo digo porque este anillo es bañado en oro blanco, y no es un diamante, es una circonita. Como mucho, le puede haber costado unos cien euros —me dijo, y le lancé una mirada fulminante.

—¿Ahora también eres experto en joyas? Que completito el chico, oye.

—No soy experto en joyas, pero mi padre, sí, y me enseñó a diferenciar lo bueno de lo malo, sobre todo en los meses en los que trabajaba en su joyería, porque ese fue el negocio que abrió mi padre cuando nos fuimos. Si no te fías de mi palabra, llévalo a que lo tasen, verás como no me he equivocado —contestó, muy seguro de sí mismo.

—No me hace falta. Para mí, el valor que tiene es emocional, no económico. Me da exactamente igual que cueste cien euros o cien mil, me lo ha dado el hombre del que estoy enamorada y es el símbolo de que quiere unir su vida a la mía —respondí, un tanto enojada por sus comentarios, y también, todo hay que decirlo, porque me esperaba que ese anillo fuera de oro, ya que a Álvaro no le iba nada mal en el negocio.

—Que poético te ha salido, Marina, cuando todas sabemos que ese hombre de poesía sabe lo mismo que de tratar a una mujer, nada — dijo Olga, y eso me enfadó.

—Mira, ya está bien. Me alegro de haberos vuelto a ver, pero ahora, mejor me marcho —me levanté para irme, pero Cayetano me sujetó el brazo, y sentí esa corriente eléctrica que me atravesaba cada vez que lo hacía.

—No te vayas, discúlpanos, ya no volveremos a hablar del tema, te lo prometo — dijo, pero en realidad ya no me sentía a gusto ahí.

—Venga, Marina, que os vamos a llevar a la discoteca de una amiga que está muy bien —me dijo Jesús con carita de pena, y al final accedí.

—Está bien, pero no quiero más comentarios, por favor. Sé que no lo entienden, pero es mi decisión y tienen que respetarla —les dije, en especial a Olga, que hizo como la que se ponía una cremallera en la boca.

Estuvimos como un par de horas más allí, entre comida y risas. Jesús, como siempre, lanzándole tiritos a María, que siempre había estado enamorada de él, y con el que estuvo en más de una ocasión durante esos dos años. Pero, cuando se fue a estudiar fuera, la cosa se enfrió, hasta el punto de no saber nada el uno del otro en todos estos años.

—Vamos a llamar un taxi de siete plazas, a ver si hay alguno disponible —dijo Fale, porque al ser seis, no cabríamos todos en uno.

—Por cierto, aquí falta una. ¿Ya no tenéis contacto con Ana? —preguntó Cayetano.

—Claro que lo tenemos, estamos tan unidas como siempre, solo que ella tenía hoy turno de noche. Trabaja en una residencia geriátrica como auxiliar de enfermería —dijo María, mientras cogía sus cosas.

Cuando nos levantamos para pagar, Raúl nos dijo que ya estaba todo pagado, había sido Cayetano el que se había hecho cargo de la cuenta, una de las veces que se había levantado para ir al baño.

Le reñimos una barbaridad, pero él nos respondía con una sonrisa. Así que, quedamos en que las copas las pagaríamos nosotras, pero me daba la impresión de que iba a ser misión imposible.

Cayetano nunca había sido una persona tacaña, desde que nos conocimos, si íbamos a alguna parte y pedíamos algo de beber o de comer, era él quién pagaba, nunca dejaba que nadie sacara la cartera. Al parecer, eso no había cambiado en todos estos años.

Al final, conseguimos un taxi de siete plazas, y pudimos ir todos juntos a la discoteca de su amiga. No estaba en la ciudad, sino que estaba en el pueblo de al lado, al que se llegaba en cinco minutos en coche, pero elegimos la opción del transporte público porque ya nos habíamos tomado algunas cervezas, y ahora seguiríamos con las copas, y no queríamos tener nada que lamentar.

Lo cierto era que la discoteca era preciosa. Estaba a pie de playa, por lo que, si no querías estar en todo el bullicio de la gente, podías salir a una terraza en la que había unas mesitas redondas rodeadas de sillones.

—A mí me apetece bailar un rato —le dije a Olga, y era cierto, hacía mil años que no íbamos a bailar.

—Pues nada, a bailar se ha dicho — contestó.

Dejamos las chaquetas y los bolsos en el reservado que su amiga les tenía asignado, donde cerramos con llave y no podía entrar nadie, cuando bajamos a la pista, mientras que los chicos nos pedían una copa.

Estábamos bailando, de lo más entusiasmada, cuando vi que Olga se paraba de pronto, como si hubiera echado el freno de mano, y fijaba su mirada en un punto en concreto.

—¿Te pasa algo? ¿Has visto a alguien conocido? —le pregunté, pero negó con la cabeza.

—Pensé que había visto a alguien, pero no estoy segura. Sigamos bailando — dijo, y me puso una sonrisa que no era genuina, pero lo dejé pasar.

Llegaron los chicos y repartieron las bebidas, poniéndose a bailar con nosotras, cuando Olga volvió a hacer lo mismo.

—Chica, ¿me vas a decir ya a quién has visto para ponerte así o no? —le pregunté, con las manos en la cintura, empezaba a cansarme de esta situación.

—¡Me cago en su puta vida! —exclamó, seguí con mi cabeza la dirección de su mirada y me quedé patidifusa.

—¿En serio? —dije, pero me esperaba lo peor.

En un rincón de la pista, lejos de todas las miradas, estaba mi prometido. Ese que decía que se agobiaba con tanta gente, pero no estaba solo, lo acompañaba su socio, Andrés, y estaban demasiado pegaditos, hasta que los vi comerse la boca.

No me achanté, todo lo contrario. La rabia que llevaba por dentro fue la que me hizo reaccionar así, encaminando mis pasos hasta donde estaban ellos. Ahora me cuadraba todo, esas reuniones que tenían, y que siempre eran por la noche, esos mensajes que decían que tenían que verse y, acto seguido, Álvaro salía corriendo en su búsqueda.

—Son temas de trabajo, cariño. No sé cuándo volveré — decía el muy cínico, que me estaba utilizando como pantalla para no descubrir su verdadera orientación sexual.

Olga intentó agarrarme, pero me zafé de ella de un fuerte tirón. No lo iba a dejar pasar, o lo enfrentaba ahora o me podría decir que era mentira. Tenía que cogerlo con las manos en la masa, y eso hice. Me esperé en un ladito hasta que se enrollaron otra vez, y entonces fue mi momento.

—¿Te ha dado ansiedad y te está haciendo el boca a boca? —le dije, una vez estuve a su lado.

—¿Marina? ¿Qué coño haces tú aquí? — preguntó el muy imbécil, como si, encima, la culpa fuera mía.

—Esa no es la pregunta, Alvarito. La cuestión es, ¿qué hace este tío con su lengua metida hasta tu campanilla? No hace falta que me lo digas, ya lo he deducido yo solita. Al final, no soy tan tonta como tú pensabas que eras.

Capítulo 5



Marina

—Esto no es lo que parece, Marina. Te lo prometo — dijo, saliendo detrás de mí.

—¿Qué no es lo que parece? Mira, no insultes más mi inteligencia, te lo pido por favor. Por eso no podías cenar conmigo, porque ya habías quedado con él. Al que le agobiaba estar rodeado de tanta gente… A ti, lo único que te agobiaba era que yo te pudiera sacar del armario. Hala, pues ya estás fuera, ahora respira y déjame en paz —le dije, medio gritando, y me dio igual que todo el mundo me estuviera mirando.

—Álvaro, es mejor así. No sabías como decírselo, pues ya se ha enterado sola —le dijo el otro, que vio el cielo abierto.

—¿No te ha contado que me pidió matrimonio ayer? En casa de mis padres y con toda la familia delante, para más inri — dije, y él lo miró algo desilusionado.

—¿Es eso cierto? —le preguntó, y yo levanté la mano para mostrarle el anillo que me había puesto el día anterior.

—Lo hice por la presión de mi abuela. Ella decía que ya era hora que formalizáramos lo nuestro y le diera un bisnieto, no quería hacerla sufrir.

—Uh, ya va a poner a la abuela como excusa. Te advierto que la utiliza para todo: no quiere quedar contigo, la abuela está pachucha, no le apetece tener sexo, es que mi abuela nos puede escuchar. Aunque, esto último ya sé por qué era, y no era ese el motivo, sino que le gustan los tíos, no yo. Pero bueno, tú lo eliges, tú te lo comes, a mí no me vuelvas a dirigir la palabra en la vida, que te quede claro.

Salí de allí como alma que lleva el diablo, de camino a la playa. Necesitaba que me diera el aire. Ni cuenta me di de que Cayetano me seguía, hasta que se sentó a mi lado, en la arena. Se había quitado los zapatos, al igual que yo, y hundió sus pies, como solíamos hacer cuando éramos adolescentes.

—Te veo más enfadada que afectada por lo que has descubierto — dijo, y tenía razón.

—Es que lo estoy. No entiendo cómo ha podido jugar conmigo de esa manera. Si no era a mí a quien deseaba, de quien estaba enamorado, ¿por qué me pide matrimonio? — dije, pero sin soltar ni una sola lágrima.

—¿Me dejas ser sincero contigo?

—Adelante, soy toda oídos.

—Os habéis utilizado los dos. Ninguno estaba enamorado del otro. Él, porque le gustaban las mujeres, y tú…

—Yo, ¿qué? Venga, sé valiente y termina la frase.

—Tú, porque no has podido olvidarte de mí, como yo tampoco lo he hecho de ti —me dijo, y la boca se me abrió como un buzón de correos.

—¿Qué me estás contando, chaval? Yo hace mucho tiempo que te olvidé, desde el mismo momento en el que saliste de mi vida sin ni siquiera decirme adiós.

—No podía hacerlo. Si lo hacía, si me despedía de ti, no podría marcharme. Me enamoré como un tonto, pero tenía que irme, mi futuro

estaba a muchos kilómetros de ti y no quería que te impidiera seguir con tu vida —me confesó, pero no lo creí.

—Claro, por eso en cuanto volviste a España te diste patadas en el culo para venir a buscarme. Mira, no digas más sandeces. Si no nos hubiéramos encontrado hoy por casualidad, podrían haber pasado otros diez años hasta que nos volviéramos a ver…

Me calló con un beso, uno que me puso todos los vellos de punta, y que me estremeció, y él se dio cuenta, por eso sonreía contra mi boca.

—Me moría por hacer esto desde el minuto en el que te vi tropezar. No fue por casualidad que nos encontráramos, ni mucho menos, lo tenía todo estudiado y calculado. Si no lo he hecho antes, ha sido por el necio de tu prometido. Llevamos más de un mes aquí, y me había informado de quien era ese hombre, pero quería que vieras con tus propios ojos la clase de hombre que era el sosaina —me dijo, y me dejó a cuadros.

—¿Sabías que Álvaro era gay?

—No lo sabía, lo descubrí, que es distinto. Antes de volver, llamé a Maruja, y le ofrecí hacerme cargo de su vida. Quiero decir, sabes que esa mujer no tiene familia, y estaba viviendo sola. Le expliqué que había apartamentos tutelados, que no era una residencia de ancianos, que era lo que ella no quería. Allí tenía total independencia, solo que no se tendría que ocupar de cosas como la compra, la comida o la limpieza.

—¿Qué tiene que ver Maruja con todo lo que me estabas contando? —le dije, porque nada me cuadraba y estaba volviéndome loca.

—Si me dejas que termine, igual te enteras — contestó.

—Lo siento, continúa, por favor.

—Como te iba diciendo, le dije a Maruja y a Manuela, que estaba en su misma situación, que me vendieran sus pisos, y que yo me ocuparía de que estuvieran juntas y cuidadas. El día que quedamos para la firma de todo, te vi salir de casa de tus padres, y me quedé mirándote, ellas se dieron cuenta.

—Cotillas son esas mujeres, por favor.

—Pues las cotillas, como tú dices, te han salvado la vida. Me hablaron del novio que te habías echado, y de que su abuela era amiga de ellas, que iban al bingo algunas tardes. Ella, Macarena creo que me dijo que se llamaba, hablaba con las dos de que no veía a su nieto feliz, que algo le ocultaba y no entendía el qué, porque tú eras una muchacha maravillosa.

—Típica palabras de abuela — dije, con una sonrisa.

—Me pidieron que lo investigara a ver si descubría algo, porque a ti tampoco te veían radiante, como cuando eras una adolescente…

—Te dirían como cuando era una moza, porque esa palabra ellas no la utilizan —dije, riendo.

—Bueno sí, me dijeron eso, pero no es lo importante. Lo que importa es que eso me puso la mosca detrás de la oreja, y empecé a tirar del hilo, hasta que lo descubrí. Seguía todos tus pasos, y sabía que hoy estaríais en el bar de siempre, por eso nos acercamos, porque quería mostrarte directamente como se las gastaba Alvarito.

—Vamos, que al final te tengo que agradecer que mi vida se haya ido a la mierda —le dije, con algo de resentimiento.

—¿Acaso preferías seguir viviendo en la ignorancia? No te recordaba siendo una persona cobarde, Marina — dijo, mirándome a los ojos, y no me pude resistir.

Me lancé a su boca, lamí su labio inferior, como recordaba que le gustaba, y ese fue el pistoletazo de salida para una noche frenética y pasional. Cayetano, no solo me devolvió el beso, sino que lo intensificó. Sentándome a horcajadas sobre él, para que notara como su miembro se engrosaba y se ponía duro.

—No quiero hacerlo aquí, como cuando teníamos quince años. Vayamos a mi casa —me dijo, mientras que mordía mi labio inferior y sus manos me apretaban contra su sexo.

—Yo tampoco, hoy necesito sacar fuera todo lo que me llevo reprimiendo durante estos años — dije.

Se levantó rápidamente, me ofreció su mano y tiró de mí. Sin avisar a nadie, cogimos nuestros zapatos y paramos el primer taxi que vimos, que nos llevó de nuevo a nuestra ciudad, a la que había sido la casa de sus padres, que era una pequeña unifamiliar al lado de la playa.

No os puedo decir si había hecho cambios o no, porque, en el momento en el que atravesamos el umbral de la puerta, nos lanzamos el uno al otro. La escalera se fue regando con nuestras prendas, ya que nos fuimos desnudando el uno al otro durante el camino hasta llegar a su cuarto. ¿Cómo nos quitamos los pantalones sin partirnos la crisma por las escaleras? No tengo ni idea, pero cuando me tumbó en la cama, yo tan solo llevaba el tanga y él su bóxer.

—Joder, los años te han sentado muy bien, Marinita — dijo, cogiendo un pezón entre sus dientes, para luego lamerlo y sacarme un gemido.

—Pues anda que, a ti, Cayetanito — contesté, y soltó una carcajada.

Nos volvimos a besar. Era un beso hambriento, necesitado, de esos que dicen mucho más que las palabras, y donde estábamos demostrando todo lo que nos habíamos echado de menos.

Volver a sentir sus manos por todo mi cuerpo, al igual que su lengua, me encendió de tal manera, que no recordaba nunca haber sentido esto cuando lo hacía con Álvaro. Me quitó el tanga con la boca, dejando un reguero de besos por donde iba pasando, para luego, hundir su cara entre mis piernas.

Dios mío de mi alma, eso no lo había hecho Álvaro en la vida, decía que no le gustaba el sexo oral, pero ahora entendía que lo que no le gustaban eran las mujeres. La verdad, no sé siquiera como era capaz de mantener relaciones sexuales conmigo. No es que fuera poco fogoso, es que, cuando estábamos en la cama, yo no era su tipo, lo prefería con algo colgando entre las piernas.

En un momento dado, antes de que me corriera, me puso de lado, y dejó su miembro a la altura de mi boca. No había vuelto a practicar sexo oral con un hombre desde que él se fue, pero no había olvidado como le gustaba que se lo

hiciera. Por eso, no dudé en sacar mi lengua para lamer su glande, y lo escuché gruñir. Me lo metí entero en la boca y, mientras que el degustaba mi sexo, yo lo hacía con el suyo.

Alcancé el orgasmo, uno que fue devastador, en mi vida había tenido uno igual, por lo que no dudé en gritarlo, no quería reprimirme, y Cayetano me invitó a que no lo hiciera.

Después de eso, me situó encima de él, a horcajadas sobre su miembro, que ya estaba preparado para entrar a matar. Lo cogí entre mis dedos, y lo llevé hasta la entrada de mi vagina, bajando para introducirlo en mi interior. Ver su cara de placer me había puesto como una moto. Giraba mis caderas encima de él, despacio, de forma casi tortuosa, hasta que no pudo más e invirtió nuestras posiciones.

Tras varias embestidas en esa posición, me dio la vuelta, dejándome apoyada con los codos y las rodillas en la cama, y me penetró por detrás. En esa posición lo notaba todavía más, llegaba hasta el fondo de mi vagina, y con cada una de ellas, mis jadeos iban en aumento.

—Córrete, Marina, y llévame contigo, porque no aguanto más —me dijo, jadeante.

—No puedo más, Caye, dame más fuerte que necesito soltarlo —contesté, y lo hizo.

Con tres o cuatro embestidas más, además de sus dedos haciendo círculos en mi clítoris, me corrí. De lo más profundo de mi ser salió un alarido, y escuché como Cayetano también lo hacía, con un gruñido seco, que me indicó que él lo había sentido igual que yo.

—Joder, Marina, ha sido la leche — dijo, para después besar mi boca.

—Ni que lo digas… Si no te importa, me voy a dar una ducha — dije, y él asintió con la cabeza.

—Perfecto, mientras voy a recoger la ropa de la escalera y la traeré para que puedas vestirte —me dijo, y me dejó completamente descolocada.

¿Qué había sido eso? Pensaba que pasaríamos la noche juntos, pero para nada sería así. Me estaba insinuando que me fuera de su casa. ¿Se podía ser más idiota que yo? ¿Qué esperaba, qué todo fuera a ser igual que cuando teníamos quince años?

No voy a decir que no me sentí dolida, porque, de nuevo, me había utilizado para su placer, pero no iba a derramar una lágrima en su presencia, no se lo merecía. Seguía siendo el mismo cabrón que se marchó sin decirme nada, pero eso se acabó, no me volvería a usar más.

Capítulo 6



Marina

—Marina, no es que me moleste que te quedes a pasar la noche, de hecho, sé que lo pasaríamos muy bien, pero en estos momentos no quiero nada serio, no me siento preparado para una relación — dijo, mientras me ponía los zapatos.

—No te preocupes, ya me lo hiciste una vez. Me acabo de dar cuenta de que, para ti, tan solo soy un juguete, algo de usar y tirar. No tienes escrúpulos en hacer lo que sea para llevarme a la cama, aunque para ello tengas que mentir, diciendo palabras que no sientes — dije, levantándome para salir.

—Todo lo que he dicho me ha salido del corazón, pero eso no quita que no quiera vivir la vida unos años…

—Déjalo, de verdad. Está comprobado que siempre me voy a rodear de hombres indeseables, pero, esto que ha pasado, me ha venido bien para abrir los ojos — contesté, marchándome de la habitación.

—Espera, te acompaño a casa —me dijo, desde la cama, pero ni siquiera me paré a escucharlo.

Me fui dando un paseo desde la casa de Cayetano hasta la de mis padres, a pesar de que tenía una buena caminata por delante, pero era algo que necesitaba. Haciendo recuento de todo lo que me había pasado esa noche, no

puede evitar que las lágrimas fueran cayendo por mis mejillas. Eran lágrimas sanadoras, de esas que te ayudan a sanar por dentro, por eso no las reprimí.

Llegué a casa de mis padres pasadas las tres de la madrugada, y me fui directamente a la cama. No pude conciliar el sueño. ¿Tan mal lo hacía para que ningún hombre me tomara en serio? ¿Era tan fácil hacerme daño que nadie contaba con mis sentimientos antes de actuar?

Me quedé dormida cuando estaban saliendo los primeros rayos del sol, cansada de llorar y de preguntarme que era eso tan malo que tenía para que todos huyeran de mí.

Escuché ruido en la cocina, y me levanté como si fuera un zombi. Al entrar en ella, me encontré a mis padres sentados a la mesa, con una taza de café delante de cada uno y cara de pocos amigos.

—Buenos días —les dije, pero ninguno me miró.

—¿Eso es todo lo que nos tienes que decir? ¿Buenos días? — preguntó mi padre.

—Desde luego, hija. No esperábamos que actuaras de ese modo. Nos has decepcionado enormemente — respondió mi madre.

—No entiendo nada de lo que me estáis diciendo, os lo prometo.

—Anoche te escuchamos llegar pasadas las tres de la madrugada, pero no nos extrañó. Lo que sí lo hizo fue la visita de Álvaro esta mañana temprano, con unas ojeras hasta la barbilla y la cara de haber estado llorando toda la noche. Nos trajo esto —dijo mi padre, mostrándome unas fotos mías besándome con Cayetano en la playa.

—¡Será cabrón, el hijo de puta! —exclamé, pero mi padre no me dejó continuar con los insultos.

—¡No te voy a tolerar que hables así de ese pobre muchacho! Por lo menos, no en mi casa y en mi presencia, y mucho menos cuando has sido

capaz de tratarlo de esta manera, aun habiéndote pedido matrimonio —dijo mi padre, muy exaltado.

—Está visto que ya me habéis condenado sin escuchar mi versión de los hechos. Esto sí que no me lo esperaba de ustedes, pero si tanto lo queréis, casaros vosotros con él, porque yo no pienso hacerlo después de lo que me hizo.

—Qué pasa, ¿qué cada vez que discutáis le vas a poner los cuernos? —dijo mi madre, y me hizo un daño horroroso con sus palabras.

—Ya veo lo que confiáis en mí, pero no os preocupéis, que estoy bien y saldré de esta, sin vuestra ayuda y fuera de esta casa —les dije, saliendo de la cocina.

No tenía a donde ir, a no ser que Olga me diera asilo mientras me buscaba algo. No podía ser nada caro, porque con mi sueldo no me llegaría, pero, en estos momentos tenía que salir de aquí.

Marina: *Olga, te necesito. ¿Me puedo quedar en tu casa unos días?*

Le envié el mensaje. Seguramente estaría durmiendo, y mientras que no me contestaba, yo prepararía una pequeña maleta con ropa y mis cosas personales, ya volvería a recoger el resto cuando tuviera un sitio donde ir.

Olga: *Te puedes quedar toda la vida, si quieres. Ven, te espero aquí y hablamos, tengo chocolate y chuches, para capear el temporal.*

Con su respuesta me sacó una sonrisa, y no tuve duda de que era con ella con quien quería estar en estos momentos. Ella me entendería y me apoyaría, no lo cuestionaba, lo que no me había esperado era la reacción de mis padres.

Salí de mi habitación, maleta en mano, pero ninguno de los dos hizo el ademán de pararme, y eso me dolió más todavía. Habían creído la versión de un extraño, que lo había hecho para cubrirse sus espaldas ante la sociedad, ante su abuela, y le había importado poco dejar mi reputación por los suelos, como así lo comprobé en cuanto que salí a la calle.

—A ti quería yo verte — dijo Macarena, que entraba en mi portal.

—Pues yo no. Ya está bien de que me hagáis daño. Tu nieto es un cabrón…

—Mi nieto es un cabrón porque a ti te ha faltado tiempo para acostarte con el tipo ese. Claro, mi niño es un currante y ese tiene dinero para darte todos tus caprichos —me espetó en toda la cara. Si no hubiera sido una mujer tan mayor, os prometo que le habría cruzado la cara de un guantazo, pero su edad me hizo recapacitar.

—No, yo no le he puesto los cuernos con nadie, eso lo primero. Lo segundo: a mí no me hace falta ningún niño rico para que me pague mis caprichos, para eso tengo dos manos y un trabajo.

—Un trabajo que te va a durar bien poco, porque como ya te imaginarás, no pienso consentir que sigas trabajando ahí, cuando esa empresa es de un sobrino mío. Ya lo he llamado para contarle todo, así que, en cuanto que entres mañana, tendrás la carta de despido —me contestó, y eso sí que no me lo esperaba. Por eso, no aguanté más.

—¿Quieres saber la verdad sobre Álvaro, Macarena? ¿Por qué estaba tan raro estos últimos meses? Pues te lo voy a decir, pero no aquí. Vamos a sentarnos en la cafetería, y ve pidiéndote una tilita, que te va a hacer falta — le solté. Él había arruinado mi vida, pues yo lo haría con la suya.

Llamadme vengativa, mala persona, lo que queráis, pero así lo sentía y así lo iba a hacer. No se merecía mi misericordia. Si hubiera actuado de otra manera, me habría callado la boca, pero no podía permitir que me humillara siendo él el culpable.

Llamé a Cayetano, necesitaba que me trajera todo lo que había descubierto de Álvaro, o al menos, que me lo enviara por mensaje, pero no contestó a la llamada, así que le envié un mensaje de *WhatsApp*.

Marina: *Cayetano te he estado llamando. Necesito que me pases todo lo que encontraste de Álvaro, incluidas las fotos con su novio. Se ha dedicado a decir que he sido yo quién le ha puesto los cuernos, hasta le ha pedido a su primo que me despida, y no lo voy a consentir.*

No me contestó, pero en menos de un minuto entró un correo electrónico en mi teléfono, allí iba todo lo que necesitaba para que no me echara más mierda encima.

Nos sentamos en una mesa en el interior de la cafetería, mientras yo intentaba encontrar la manera menos invasiva de decírselo, su abuela me miraba como si yo fuera el mismo demonio.

—Bueno, qué, ¿me dices ya que es eso tan terrible que oculta mi nieto? —me preguntó, de mala uva, mientras yo pedía dos cafés con leche al camarero.

—No sería terrible si no me hubiese utilizado, si me hubiera contado la verdad. Álvaro es gay, y mantiene una relación con su socio —le dije, me miró y empezó a reír a carcajadas.

—Si no os hubiera escuchado alguna que otra noche, hasta me lo creería.

—¿Qué nos has escuchado? Pues me parece prácticamente imposible, porque no me dejaba casi ni respirar un poco más fuerte. Aparte de que se notaba que conmigo lo hacía solo por compromiso, sin ningún entusiasmo y siempre era yo la que lo buscaba —le dije, y algo se me vino a la mente, aunque no me quería creer. —¿Cuándo fue la última vez que nos escuchó?

—Hará un par de días o tres, fue antes del compromiso, eso lo tengo claro. A la mañana siguiente le pregunté por ti y me dijo que habías tenido que marcharte, que te estaban esperando — dijo sonriente, como si se supiera ganadora de esa lucha dialéctica.

—Macarena, la semana antes del compromiso no pasé ni un solo día por tu casa. Según tu nieto, tenía mucho trabajo y no quería distraerse, estaba en plena campaña de productos. ¿Estaba su socio allí con él?

—Claro, hija, venía temprano para trabajar, se encerraban en el despacho y ya no salían hasta la hora de comer.

—Pues, blanco y en botella. No era a mí a quien escuchabas durante las noches, sino a su amante. Y no es que fuera temprano, es que dormía allí, en

la misma cama en la que yo lo hacía con tu nieto. Además, aquí tienes todas las pruebas, me las acaba de pasar un amigo —le dije, enviándole a su teléfono todo lo que Cayetano me había mandado.

—Esto… no puede ser. En la vida he mostrado ninguna actitud homófoba, si mi nieto fuera gay, no hubiera dudado en contármelo desde el primer momento…

—Si puede ser, de hecho, lo es. Anoche lo encontré besándose con su socio en una discoteca, a esas a las que no acudía conmigo porque se agobiaba. Yo era su pantalla frente a la sociedad y al verse descubierto, le ha dado la vuelta a la tortilla para que parezca que soy yo la mala.

—Hija mía, cuanto lo siento. No te merecías esto, con lo buena muchacha que tú eres… Mañana mismo llamo a mi sobrino para que no te despida.

—No, porque, si aun haciendo bien mi trabajo, aun dejándome la piel para que esos chavales aprendieran, no me ha visto más que como una enchufada, no lo quiero. Ya me buscaré otro en el que me vean a mí, no a la novia de su primo. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

Pagué los dos cafés y salí de allí cagando leches. Los ojos me escocían de las lágrimas, pero no pensaba soltar ninguna más. Me miré la mano, y me vi el anillo, pensé que podría venderlo y tener para ir tirando, junto con mis ahorros.

Pasé por la joyería, en entré. Fue como un impulso, pero ya no lo quería para nada en mi dedo, y en el joyero tampoco cumpliría su misión, se moriría de asco.

—Buenos días, venía a vender este anillo — dije a la dependienta, quitándomelo del dedo.

—Buenos días. A ver, déjeme examinarlo — contestó, y lo puse en la bandeja que ella había puesto delante.

Después de un buen rato y de pasarlo por miles de filtros químicos, me miró como con apuro por lo que me tenía que decir.

—Señorita, este anillo no tiene ningún valor económico. Es plata bañada en oro blanco, y la piedra no es más que una circonita. Podría darle por él unos treinta euros — dijo, pero negué con la cabeza. Eso sí, pedí una copia de la tasación, para darle con ella en todas las narices.

Salí de allí más decepcionada aún con los hombres, y prometiéndome a mí misma, que no caería en esas trampas ni una vez más.

Capítulo 7

Marina

Llegué a casa de Olga con una maleta llena de ropa y una mochila cargada de decepciones. Decepción con los hombres, que no me tenían en consideración, y me utilizaban a su conveniencia. Decepción con mis padres, que me tenían que haber creído a mí o, al menos, dejarme darles mi versión de los hechos, pero nada de eso había ocurrido.

Cuando mi amiga me abrió la puerta de su casa y se fijó en mi cara, no hizo falta decir nada más, simplemente, me abrazó. En ese abrazo encontré el consuelo que me hubiera gustado tener de mis padres, incluso de Cayetano, y no encontré motivo alguno para no dejar salir mis lágrimas.

—Amiga, sabes que me tienes aquí para lo que haga falta, no hay necesidad de que te lo diga, ¿verdad? — dijo Olga, sin preguntarme nada, era consciente de que yo misma se lo contaría todo.

—¿Tan tonta soy que todos los hombres se aprovechan de mí? ¿De verdad tengo algo tan malo para que todos salgan corriendo después de obtener de mí lo que quieren? — dije, entre lágrimas.

—No cariño, eres la persona más bonita, por fuera y por dentro, que conozco. Siempre estás ahí para todo el mundo, y quizás ese sea tu fallo, que nunca estás para ti y tus necesidades. Tienes que aprender a anteponerte a todo y a todos, simplemente eso.

—Ni siquiera mis padres, Olga. Ni ellos han sido capaces de darme el beneficio de la duda. Y ahora me veo en la calle, sin trabajo y sin nada, porque he renunciado a él. Según Macarena, yo era la enchufada de la academia, y de nada ha servido que me deje hasta las pestañas en esa labor.

—¿Lo ves? Siempre anteponiendo todo. Pero no te preocupes, que seguro que, hablando con Cayetano, él te da un puesto en su fábrica…

—No lo quiero. Él también ha jugado conmigo y con mis sentimientos, pero no volverá a pasar.

—¿Qué ocurrió anoche? ¿Os volvisteis a liar? —me preguntó, completamente sorprendida.

—Cuando descubrí lo de Álvaro, me fui a la playa, y me siguió. Me dijo que no había podido olvidarme, al igual que yo no lo había hecho con él. Nos besamos, y nos marchamos a su casa. Nos acostamos y, en cuanto terminamos, me dio a entender que quería que fuera. En el momento en el que me marchaba, me dijo que no estaba preparado para una relación, que quería vivir la vida un par de años más antes de tener nada serio con nadie.

—¿Qué? ¿En serio te dijo eso? — preguntó Olga, completamente sorprendida.

—Te lo prometo. No lo quiero cerca, porque estoy segura de que me volverá a hacer daño, y eso es lo que menos necesito en este punto de mi vida.

—¿Por qué no llamas al anuncio que vimos del instituto? Quizás no hayan cubierto todavía la plaza y tengas una oportunidad.

—Ya le he enviado un correo a la señora Villarejo, que es ahora la directora del centro. Estoy esperando su respuesta, supongo que me la dará mañana.

—Bueno, siempre te queda el anillo de compromiso. Puedes venderlo y tirar hasta que encuentres algo — contestó Olga, que, al ver mi cara, supo que algo había ocurrido.

—¿El anillo de compromiso? Vamos, por favor, ese es una baratija que no me extraña nada que lo haya comprado en uno de los puestos de bisutería que ponen en el paseo marítimo. Treinta euros me daban por él. Ni para una cerveza y un bocata en cualquier bar.

—Hay que ser rata para hacer eso. Se suponía que era de oro blanco y brillante…

—Pues es de plata y con una circonita. Lo menos que se puede despachar en gastos. Lo que no sé es como no me lo pidió con la anilla de una lata de conservas…

Después de ese comentario, nos echamos a reír las dos, porque no podíamos hacer otra cosa. Alvarito lo tenía todo, mentiroso, egoísta y encima, tacaño. Una joya de muchacho oye.

—¿Qué vas a hacer con tus padres? ¿Les vas a enviar todo lo que tienes de Álvaro? — preguntó Olga, después de contarle lo que me había pasado con Macarena en la cafetería.

—¿Yo? Ni muerta. Ellos ya se han decantado por su queridísimo yerno, que no se merecía que su hija le pusiera los cuernos. Pues no parecía que había matado yo a alguien.

—Pero, lo mismo, y sin que te lo tomes a mal, porque para mí es un honor tenerte en mi casa, te sirve para volver allí.

—El caso es que no quiero. Soy su hija, y ellos deberían de haberme escuchado, haberme protegido, y no movieron ni un dedo por conocer mi verdad, la verdad. Mis días en aquella casa se terminaron.

Estábamos hablando delante de una cerveza bien fría en la terraza de su casa, cuando mi teléfono vibró, era un correo electrónico del instituto.

—Corre, ábrelo y vemos que te dicen.

—Con la suerte que yo tengo, es que ya hay un catedrático, premio Nóbel cubriendo la plaza, y que no lo van a despedir para meter a una don nadie como yo — dije, abriendo el correo, pero me llevé una sorpresa.

DE: Rocío Villarejo
PARA: Marina Rivera

Instituto de Educación Secundaria y Bachillerato San Carlos.

Querida Marina:

Es un placer volver a saber de ti por estos lares, y no, la plaza no está cubierta. Para nosotros sería un honor tener a una antigua alumna entre nuestro profesorado.

Por eso, y teniendo en cuenta el currículo que me has enviado, estaré encantada de recibirte mañana lunes en el centro, a las nueve de la mañana.

Si llegamos a un acuerdo y estás conforme con las condiciones, el puesto será tuyo.

Espero tus noticias. Un saludo.

—¡Tía, que ya tienes un nuevo empleo! —exclamó Olga, porque yo todavía estaba en *shock*.

—Voy a contestarle ahora mismo, no vaya a ser que se arrepienta.

Le respondí al correo, informándola de que estaría allí puntual, como no podía ser de otro modo. Tenían que ser muy malas las condiciones para que yo no aceptara, y eso no me parecía posible.

Llevé mi maleta hasta la habitación en la que me quedaba cuando salíamos de marcha, y saqué mi ropa de la maleta. Era más bien poca, pero ya me llevaría el resto cuando tuviera mi propia casa, ahora era trabajar para nada.

Me di una ducha y salimos a comer, ya que, ni a mi amiga ni a mí nos apetecía estar encerrada con el buen día que hacía. De manera informal, es decir, con unos leggins una camiseta y una americana, acompañada de unas zapatillas deportivas, salimos a la calle. No habíamos doblado ni la esquina, cuando nos dimos de frente con mis padres, que me miraron con lástima.

—Hija, queremos pedirte disculpas, nos cegamos con el testimonio y las pruebas de ese sinvergüenza — dijo mi padre, que fue el que me hizo los comentarios más hirientes.

—Ni siquiera me disteis el beneficio de la duda — respondí, muy dolida.

—Marina, será mejor que me vaya y os deje a solas. He quedado con Ana y María en el bar de Raúl, cuando termines, allí estamos esperándote — dijo Olga, esperando mi aprobación, así que le dije que sí con la cabeza.

—¿Podemos hablar en un sitio más tranquilo? —me pidió mi madre, y a regañadientes, accedí.

Nos sentamos en una terraza a tomar un refresco, cuando mi padre empezó a hablar, pero nada de lo que me dijera me haría volver a su casa, eso lo tenía más que claro.

—Marina, ponte en nuestro lugar. Álvaro, al que teníamos en gran estima, viene a primera hora de la mañana, con cara de no haber dormido en toda la noche, y nos planta por delante una foto de nuestra hija besándose en la playa con un tipo al que no conocemos de nada…

—Claro, y por eso, se crucifica a la chica y listo. ¿Os podéis imaginar como me sentí cuando vi a mi prometido meterle la lengua hasta el esófago a su socio? — respondí, bastante enfadada.

—Espera, espera… ¿Has dicho a su socio? — preguntó mi madre, mirando a mi padre y completamente extrañada.

—Exacto, eso mismo he dicho.

—Pero… Macarena, la abuela, vino a vernos esta mañana, y nos contó que tenía pruebas de que fue su nieto el que te fue infiel, que tú actuaste por despecho, pero en ningún momento nos contó con quien fue…

—En primer lugar, si Macarena lo sabe, no es porque ella se haya enterado por su cuenta, sino porque fui yo la que le puse las pruebas por delante. Y no ha sido solo esa vez, lo metía en su casa cuando yo no estaba con la excusa de trabajar, pero lo que se estaban trabajando era otra cosa. Y yo no actué por despecho, lo hice porque me dio la gana, y, además, sí que lo conocéis. Con quien estuve anoche fue con Cayetano.

—¿Cayetano Castellón? ¿El mismo que se fue sin decirte ni adiós? Hija mía, no entiendo el mal ojo que tienes para los hombres, de verdad —me dijo mi madre, porque mi padre todavía estaba dándole vueltas a lo de Álvaro.

—Dímelo a mí, mamá, que soy gilipollas.

—Joder, y yo que venía a decirte que le dieras otra oportunidad a Álvaro, que ya estabais empatados a cuernos, y resulta que no va a poder ser —dijo mi padre, con el mismo tema.

—Pues no, fíjate lo que te digo, porque no me apetece pasar por quirófano para ponerme un pito, que con mi vagina estoy divinamente —le contesté, de la manera más irónica del mundo.

—Con todo aclarado, queremos que vuelvas a casa, Marina — dijo mi madre, pero yo negué con la cabeza.

—Lo siento, pero no.

—¿Dónde se supone que vas a vivir sin dinero y sin trabajo? ¿En casa de tu amiga, para que sea ella la que corra con todos los gastos? Venga ya, Marina, tu amiga terminará cansándose. Vuelve a casa y no hagas más tonterías — espetó mi padre, en un tono que no me gustó nada.

—Mira papá, tengo veintiséis años, como comprenderás, ya va siendo hora de que haga mi vida. En cuanto a lo del trabajo, mañana tengo una entrevista con la directora de mi antiguo instituto, si las condiciones me gustan, el trabajo es mío. En casa de Olga tan solo voy a estar un par de semanas, a lo sumo, un mes, que será lo que tarde en encontrar algo que pueda permitirme.

—Nosotros tan solo te vamos a decir que las puertas de casa las tienes abiertas. Es que, todavía no me puedo creer que confiáramos en la palabra de ese desgraciado que ha jugado con tus sentimientos — dijo mi madre, con lágrimas en los ojos.

—Pues ya tienes la respuesta. Si ocurre algo así otra vez, antes de juzgar a nadie, escucha las dos versiones. Mucho más cuando se trate de vuestra propia hija, a la que deberíais conocer mejor que nadie, pero no es así.

—Marina, no seas tan dura con nosotros, haz el favor — dijo mi padre, consolando a mi madre.

—¿Dura yo? Duro habéis sido vosotros conmigo esta mañana. Vuestros comentarios sí que han sido hirientes hacia mí, a la que no habéis dejado ni defenderse. Ahora, si me disculpáis, me están esperando para comer. Esto ya está pagado.

Me levanté, cogí mi bolso, y me marché de allí. ¿Me dolía como se habían quedado mis padres? Pues sí, pero tenía que empezar a mirar por mí, a quien también le habían dolido todo lo que me dijeron por la mañana, como si fuera una cualquiera o hubiera matado a alguien.

La distancia desde donde estaba hasta el bar de Raúl no era mucha, así que me fui dando un paseo, de camino me iría tranquilizando.

Capítulo 8



Marina

El domingo había pasado, con más pena que gloria, como se suele decir. Durante la comida, les había contado a mis amigas todo, con pelos y señales, sin dejarme nada en el tintero, así como la conversación que había tenido con mis padres.

Olga me dejó claro que podía quedarme todo el tiempo que necesitara, y que a ella no le tenía que pagar nada, que fue lo que le sugerí. Nosotras entendíamos la amistad de esa manera, hoy por ti y mañana por mí.

Por fin había llegado el día de mi reunión con la señora Villarejo, y me levanté temprano. Me di una ducha y me vestí con un pantalón de pinzas azul marino y una camiseta blanca, encima me puse una americana en tonos azules y blanco, que me sentaba muy bien. Me calcé unas cuñas de esparto, porque todavía se podían llevar debido al clima y recogí mi melena en una coleta alta.

—¿Vas a una entrevista como profesora o a una para que te contraten en la pasarela Cibeles? —me preguntó Olga, que se acababa de levantar. Ella tenía turno de tarde esta semana.

—¿No te gusta? ¿Es excesivo? — pregunté, algo indecisa por mi atuendo.

—¿Me lo preguntas en serio? Estás guapísima, además de muy elegante. Ve allí y tráete ese contrato bajo el brazo, te lo mereces —dijo, dándome un

abrazo.

—No sé qué haría sin ti, te lo prometo.

—Lo mismo, pero riéndote menos — contestó, sacándome una sonrisa.

Como sabía que allí había aparcamiento de sobra, me llevé mi coche. No me apetecía ir en transporte público. No es que mi coche fuera ahora la panacea, porque era bastante viejo, pero por lo menos, cumplía con la función de llevarme a los sitios. En estos momentos no me podía permitir comprar ni un patinete, cuanto más un coche nuevo.

Decir que no estaba nerviosa era faltar a la verdad, porque estaba hecha un flan, mucho más sabiendo lo exigente que era la señora Villarejo. Era una señora mayor, de unos sesenta y pocos años, que llevaba toda su vida en el colegio, y a la que conocíamos en nuestra época como la señorita Rottenmayer, como la de Heidi, por su severidad en las aulas.

—Buenos días, tengo una cita con la señora Villarejo —le dije a la chica de conserjería.

—Buenos días. Un segundito que la aviso —me respondió, cogiendo el móvil.

—Marina, que alegría verte por aquí —me dijo, con una amabilidad que no la conocía yo en su persona.

—Señora Villarejo, encantada de volver a verla — dije, igual de amable.

—Ay, chica, mejor, me llamas Rocío, que ahora vamos a ser compañeras. Pasa a mi despacho.

Nos reunimos en su despacho las dos a solas, donde me explicó las condiciones. Tanto las horas como el sueldo estaban bastante bien. No es que yo hubiera estudiado esa carrera con el fin de dar clases, pero lo que me estaba ofreciendo no tenía nada que ver con lo que tenía hasta ahora.

—Me parece todo perfecto, Rocío.

—Pues entonces, dame un minuto que imprima el contrato y lo dejamos firmado. Empezarías el próximo lunes, que es cuando la profesora Gutiérrez se jubila.

La profesora Gutiérrez… ojalá y yo fuera tan buena como ella. Gracias a su manera de dar clases, me enamoré de esa asignatura, y había estudiado esa carrera. Me gustaría verla antes de irme y así poder agradecerle todo.

—Marina, de momento, será un contrato para este curso. Si vemos que te desenvuelves bien, el puesto será tuyo de manera indefinida — dijo, y firmé gustosamente.

—Lo haré lo mejor que pueda, se lo prometo. He tenido una buena maestra en eso de la docencia, e intentaré seguir sus pasos.

—Mira, precisamente por ahí viene. ¡Minerva, mira quién será la persona que te sustituirá a partir del lunes! —le dijo, llamándola para que se acercara.

Como estaba en su hora de descanso, nos fuimos a tomar un café, donde tuve la oportunidad de agradecerle todo, además de contarme como eran los chicos, lo que les podía permitir y lo que no, para que no me tomaran el pelo.

En cuanto llegué a casa de Olga, la abracé, le conté lo que me había explicado Rocío, lo amable que estaba y el rato que había pasado con Gutiérrez.

—Me ha dicho que hay un tal Jonathan que se cree el más guay de la clase, y que no le pase ni una, o estaré perdida. También que Adrián, de tercero de secundaria, tiene una habilidad pasmosa para copiar, que se las ingenia de tal manera que, si no lo conociera, pensaría que se lo había estudiado todo, porque es imposible encontrarle las chuletas…

—Amiga, vas a estar de lo más entretenida — dijo Olga, riendo —. Ahora me marcho, o llegaré tarde al trabajo.

—¿No tenías turno de tarde hoy? —le pregunté, porque lo mismo y yo lo había entendido mal.

—Tú lo has dicho, tenía. Me acaba de llamar mi jefa para decirme que Luis, mi compañero de la mañana, estaba enfermo y tendría que hacer doble turno durante unos días.

—Joder, te vas a hacer de oro, pero vas a parecer un zombi — dije, y me dio una colleja al pasar por mi lado.

Entré en mi cuarto y me cambié de ropa, poniéndome algo más cómodo. Por suerte, Olga y yo teníamos la misma talla, así que, si algún día me hacía falta cogerle algo de ropa, no tendría problema.

Me senté en el sofá y cogí mi portátil, me puse a mirar en las diferentes inmobiliarias si había algún pisito o apartamento que estuviera a mi alcance y me gustara, y señalé varios que me podría permitir. Uno de ellos estaba en este mismo edificio, así que empecé por ese.

—Buenas tardes, llamaba en relación con el piso que tenéis puesto en alquiler en la calle Sotillo. ¿Cuándo podría verlo? Porque estoy interesada — dije a la chica de la inmobiliaria que me cogió el teléfono.

—¿Estaría disponible, digamos en veinte minutos? — contestó.

—Por supuesto, de hecho, tan solo tendría que bajar una planta. Estoy alojada en casa de una amiga que vive en el tercero — respondí.

—Ah, entonces deme cinco minutos, porque me encuentro a la vuelta de la esquina. Vengo de enseñar uno que está en venta cerca de ahí. Nos vemos en la puerta — dijo la chica, antes de colgar la llamada.

Tenía puesta unas mallas y una camiseta, así que tan solo me tenía que calzar las deportivas. Fui a mi habitación y me las coloqué. Si no había que hacerle reforma, me lo quedaría. No encontraría un lugar mejor para vivir que en el mismo edificio de mi amiga.

Cuando bajé, la chica de la inmobiliaria, que se llamaba Inma, estaba saliendo del ascensor. Nos saludamos y pasamos a la vivienda. Estaba completamente amueblado, no eran muebles de diseño ni mucho menos, pero

me servirían. Quizás tendría que cambiar el sofá, que se veía algo anticuado, pero por lo demás, hasta el colchón tenía el plástico de no haberlo estrenado.

—Has tenido mucha suerte, porque lo acabamos de colgar en la web. El dueño terminó las reformas hace un par de días, y todo está a estrenar, excepto el sofá, que no ha dado tiempo a cambiarlo, pero que será sustituido esta misma semana, ya que está comprado —me contaba la chica.

—Supongo que las condiciones del contrato serán las típicas, ¿verdad?

—Tan solo tienes que presentar una nómina o el contrato laboral en caso de que no tengas ninguna, tu DNI, el mes de fianza, el corriente y el de la inmobiliaria.

—Perfecto, lo tengo todo arriba. ¿Cuándo podemos firmar? —pregunté, como loca por tener mi propia vivienda.

—¿Sabes dónde está situada la inmobiliaria?

—Sí, en Avenida del Perú, si no me equivoco.

—Exacto. Nos vemos allí en una hora, que es el tiempo que tardaré en tener el contrato listo. Llévate la documentación que te he dicho antes y el justificante de haber hecho el ingreso, aquí tienes el número de cuenta en el que tienes que hacerlo — dijo, con una sonrisa.

—Perfecto, nos vemos allí entonces.

Salimos de la casa y cada una tomó su camino. Yo, al piso de arriba y ella, hacia la inmobiliaria. Estaba de lo más feliz. Por fin mi vida empezaba a tener un poco de color, a ponerse cada cosa en su sitio.

Tan solo cogí la chaqueta vaquera, porque había refrescado un poco, y metí la documentación en el bolso. Encendí el portátil e hice el ingreso con la cantidad que me habían dicho, imprimiendo el justificante con la impresora portátil que me había autorregalado cuando empecé a trabajar.

Llegué antes de tiempo a la inmobiliaria, así que me senté en la terraza de un bar próximo a tomarme un refresco mientras se hacía la hora. Vi a Cayetano pasar con el coche, pero no le di más importancia de la que tenía, vendría de casa de sus amigos.

Cuando entré, me encontré a la misma chica que me había atendido antes, con una sonrisa y el contrato ya firmado por el propietario.

—Quería que lo conocieras antes de entrar en el piso, pero me dijo que tenía prisa, por eso me lo ha dejado ya firmado, tan solo falta que lo hagas tú.

—No te preocupes, mientras te haya dejado las llaves, vamos bien — contesté con una sonrisa.

En cierto modo, me daba igual quien fuera el propietario, ni siquiera leí su nombre en el contrato, me limité a firmar y a entregar la documentación que me habían pedido.

—Pues nada, ya tienes casa nueva — dijo, levantando un llavero.

—Muchísimas gracias por todo, no me esperaba que fuera así de rápido, la verdad —dije, sonriendo.

—Ni yo. Por cierto, esta tarde a las cinco vendrán a entregarte el nuevo sofá. El propietario me ha dicho que, si hay algo que no te gusta, tienes plena libertad de cambiarlo. Eso sí, si algún día te marchas de ahí, tendrás que dejar todo lo que hayas cambiado.

—No te preocupes porque, ni me disgusta nada, ni me pienso marchar. Lo dicho, mil gracias de nuevo.

Salí de la inmobiliaria con una sonrisa de oreja a oreja. Me fui a la casa, para ver qué era lo que tenía que comprar. Mañana por la mañana, iría con mi coche a casa de mis padres para recoger todas las cosas que tenía allí, ahora que no sería necesario hacer otra mudanza.

Entré en el piso y empecé por la cocina. Allí no necesitaba nada, ya que había desde vajilla hasta cafetera de capsulas, seguí por el baño, y tan solo

me haría falta los artículos de aseo, porque tenía un mueble repleto de toallas hasta con la etiqueta, organizadas por tamaños y colores, lo que me encantó. En el armario del dormitorio principal había juegos de sabanas de todas las temporadas, así como un edredón nórdico, que con las temperaturas que hacía en mi ciudad, no creía ni que lo estrenara.

Pues nada, tan solo me hacía falta una televisión y una mantita para el sofá, de lo demás, estaba servida y a base de bien. Como era temprano, decidí coger el coche para cargar las cajas e ir a casa de mis padres, donde seguro que ya habían vuelto del trabajo, y así traerme lo que me diera tiempo.

—Buenas tardes, ¿vengo en mal momento? —dije cuando entré en su casa.

—Pareces tonta, hija mía. Para ti siempre será un buen momento — dijo mi padre, que se acercó a darme un beso.

—Vengo por mis cosas.

—¿Estás decidida, entonces, a vivir con Olga? — preguntó mi madre, con mucho pesar.

—No, mamá. Acabo de alquilar una piso en su mismo edificio, justo en la planta de abajo. He encontrado trabajo de profesora de química en el instituto, empiezo el lunes.

—Hija mía, no sabes lo que nos alegramos. Ya es hora de que te vengan todas las cosas buenas, porque es lo que te mereces — contestó ella.

Me dolía estar así con mis padres, pero ya iba siendo hora de empezar a encauzar mi vida, que ya tocaba.

Capítulo 9



Cayetano

Dejar que Marina se fuera de mi casa fue lo más doloroso que había hecho en mi vida, junto al momento en el que me tuve que marchar sin decirle adiós. Esas palabras que le dije en la playa eran ciertas, jamás había podido olvidarla, por eso no tenía pareja estable, ni creo que la tuviera.

¿El motivo? Algo muy sencillo, mis padres no la querían en mi vida. Todo empezó el día que vinieron al campo, ese en el que hicimos la barbacoa. Cuando me vieron que estaba tan pegado y pendiente a ella, se dieron cuenta de que me había enamorado, y me lo dijeron en cuanto que llegué a mi casa.

—Cayetano, te hemos visto muy pegadito a esa niña, Marina. No es que sea mala chiquilla, pero, simplemente, no está a tu altura económica, cariño, será mejor que dejes de verla — dijo mi madre, con una sonrisa.

—No pienso hacerlo, mamá. Me he enamorado de ella, al igual que ella de mí — contesté, algo rebelde, y fue lo peor que hice.

—Déjalo, Paola. En cuanto que termine el verano ya no estaremos aquí. He decidido que estudiarás la carrera en el extranjero, y nosotros nos marcharemos a Madrid, donde quiero abrir un negocio nuevo y donde tu hermana terminará el bachillerato.

Pensé que me estaban vacilando, por eso no le di importancia. Hasta el día en el que me dijeron que preparara la maleta, que nos íbamos al día siguiente,

temprano. En ese momento, se me cayó el mundo encima.

Aquella tarde – noche, disimulé lo mejor que pude, aunque tanto Jesús, como Fale, sabían la verdad, el resto no tenían ni puñetera idea. Hicimos el amor en la playa, quería llevarme el olor de su piel impregnado en mis fosas nasales, su sabor en mi paladar y sus besos en mi alma, porque sabía que no sería capaz de olvidarla.

Esa noche, cuando llegué a mi casa, lloré y supliqué para que me dejaran seguir con ella, y las palabras de mi padre se me quedaron grabada en el alma, así como la respuesta que le di.

—Eso, en nuestro mundo, no será posible. Tendrás que casarte con alguien de tu mismo nivel, aunque no estés enamorado de ella. Luego, fuera del matrimonio, podrás tener a la mujer que quieras, enamorarte de la que te dé la gana, pero no será ella la que se siente a tu mesa en los momentos importantes.

—¿Me estás diciendo que tú no te casaste enamorado de mi madre?

—Por supuesto que no, hijo mío. El cariño vino con el tiempo. Soy plenamente consciente de que tu padre tiene sus líos por ahí. Incluso una vez vino una mujer reclamando la paternidad de su hijo, pero la eché a patadas. Lo que se haga fuera del matrimonio, se queda fuera de la familia.

—Tu madre no te lo podría haber explicado mejor. Quieres divertirte con esa muchacha, hazlo, pero ten claro que nunca te casarás con ella, o tendrás que apañártelas solo.

—Pues lo siento por vosotros, pero si no me puedo casar con la persona de la que estoy enamorado, no lo haré con nadie.

Sería de ser muy hipócrita si os dijera que no me había acostado con nadie en todos estos años, porque sí que lo hice, y con bastantes, además. Pero siempre con la verdad por delante, nos acostaríamos una vez y nada más, no quería que nadie se enamorara de mí o cualesquiera otras circunstancias que me llevaran a algo que no deseaba.

Me acababan de llamar de la inmobiliaria, habían alquilado mi piso, ese que compré a modo de inversión, le hice una buena reforma y lo puse disponible como alquiler. Le puse un precio asequible, ya que no quería que nadie estuviera ahogado por la renta, y por eso se habían interesado a los cinco minutos de ponerlo en la web.

Nadie sabía de su existencia, porque en el piso de arriba vivía Olga, nuestra amiga, y no quería que nadie se viera condicionado por eso, sobre todo Fale, que llevaba loquito por sus huesos desde que éramos niños.

—Buenas tardes, vengo a por lo del contrato del alquiler — dije a la misma chica que me atendió cuando fui la primera vez.

—Buenas tardes, Cayetano. Sí, aquí lo tengo. Si no tienes prisa, me gustaría que conocieras a la inquilina, por si algún día hay algún problema y estamos cerrados o algo parecido.

Cuando cogí el contrato y vi el nombre de la inquilina, casi me caigo de culo. Si lo llego a saber, le hubiera puesto yo mismo el alquiler, y se hubiera ahorrado dos meses, pero ya no era posible. Por otro lado, tampoco quería que ella supiera que yo era su arrendatario, aunque en el mismo momento en el que leyera el contrato lo sabría, pero, al menos, yo no estaría cerca.

—Pues lo siento, Inma, pero tengo algo de prisa. Ya me pasaré por su casa para presentarme. Por cierto, el sofá lo llevan esta tarde — contesté, saliendo de allí como alma que lleva el diablo.

Aparqué en el garaje de mi casa, y entré en ella. Necesitaba tranquilizarme, por eso me eché una copa antes de servirme la comida, que dejé hecha la tarde anterior. Mi teléfono sonó, era mi madre, la que me faltaba…

—Dime mamá, pero algo rápido que estoy ocupado —le dije, como hacía siempre que quería quitármela de encima.

—Ya sé en qué andas ocupado, o bueno, más bien, con quién. Pero te voy a decir una cosa…

—Ya no tengo dieciséis años como entonces, mamá. Soy adulto, tengo mi propia empresa y haré lo que me venga en gana —le contesté, cansado ya de que me tuvieran en constante vigilancia.

—Eso lo sé, pero lo que pretendo que entiendas es que, si sigues empeñado en estar con ella, le haré la vida imposible. ¿Sabes que ha entrado a trabajar en nuestro instituto? Sería una pena que no pasara el periodo de prueba, ¿no crees?

—Déjala a ella fuera de todo esto. No se merece que le amarguen la existencia, y menos alguien como tú.

—Pues está en tu mano. Cásate con Dafne, haz público vuestro compromiso, y me encargaré personalmente de que mantenga su puesto de trabajo hasta que ella quiera.

Después de decirme eso, me colgó. El instituto privado era propiedad de la familia de mi madre, desde que se fundó, prácticamente, pero nadie lo sabía. A todos los efectos, era de una sociedad limitada, y era el abogado de esta el que los representaba cuando había algún tipo de reunión importante.

Luego estaba el tema de Dafne. Maldita la hora en la que me acosté con la niñata esa. Era la hija de unos amigos de mis padres, iguales de superficiales que ellos, y a la que conocí en una fiesta de Fin de Año en mi casa.

Con varias copas de más, y después de que nos marcháramos a una discoteca famosa, nos liamos, saliendo en toda la prensa del corazón, porque ella era hija de un aristócrata.

Mi madre vio en ella a la candidata perfecta para el matrimonio, por no decir sus padres, que me vieron como el yerno ideal. Cada vez que coincidíamos, el comentario era el mismo…

No os digo que os caséis mañana, porque todavía sois muy jóvenes, pero deberíais formalizar lo vuestro, para evitar comentarios malintencionados —decía su padre.

—Por eso mismo, porque somos muy jóvenes no tenemos nada que formalizar. Eso fue un episodio puntual de nuestra vida, ni estamos juntos ni nada parecido —era mi contestación, mientras que mis padres me fulminaban con la mirada.

—Yo no sé tú, Cayetano, pero mi hija no es una muchacha que vaya con unos y con otros, y sé que está enamorada de ti. Así que, no veo la necesidad de alargar esto que tenéis.

Terminaba marchándome siempre, alegando cualquier compromiso profesional, porque no soportaba estar ahí ni un segundo más de lo necesario.

Mi hermana, Olalla, ya se había comprometido con un ser de lo más despreciable, que no se merecía a una mujer como ella. Era un año menor que yo, y la persona más dulce que conocía, además de bonita, pero él la trataba como si fuera su pasaporte a la tranquilidad.

Sus padres eran diplomáticos, y él se las pasaba de fiesta en fiesta, sin dar un palo al agua y metiéndose hasta miedo por la nariz. Sus borracheras eran épicas, así como sus escándalos, por eso pensaron que una mujer como mi hermana era lo que necesitaba para estabilizarlo, y mis padres cedieron.

Me opuse a más no poder, pero, según mis padres, ella era una buena niña que seguiría los consejos de sus padres, y una boda con un diplomático le daría el caché necesario para estar en lo más alto de la *jet set* madrileña.

—¿Qué te pasa con esa cara? —me preguntó Jesús, en cuanto que le abrí la puerta, ya que habíamos quedado para comer los tres juntos en mi casa.

—Mi madre, que otra vez ha vuelto a las andadas, pero esta vez ha ido más lejos. Me ha amenazado.

—¿Cómo que te ha amenazado? Ya no eres un niño como entonces, Caye, ahora puedes enfrentarte a ellos.

—No cuando me han dicho que, si vuelvo con Marina, le harán la vida imposible. Ha firmado un contrato con el instituto de mi familia, si no me

caso con Dafne, la pondrán en la calle después del periodo de prueba, y se acaba de alquilar un piso, no se lo merece — dije, completamente decaído.

—Estás bien jodido, amigo. Tus padres son como el diablo, está en todas partes, y no de la mejor manera posible.

—¿Y si hablas con Marina y le cuentas todo? Sería lo justo, que fuera ella la que decidiera o que hacer — dijo Fale, pero lo miré como si le hubieran salido tres cabezas.

—Eso no será posible. ¿Qué crees que hará ella cuando se entere? Exacto, eso mismo que estás pensando. Dejará el trabajo y se enfrentará a ellos, pero es que los tentáculos de mis padres no solo están en esta ciudad, llegan mucho más lejos de lo que piensas, y le arruinarán la vida. Con uno solo que se la arruine ya tenemos bastante — dije, con un deje de nostalgia y de pena en mi voz.

—Piensa bien antes de actuar, Cayetano, no puedes tirar tu vida por la borda, tampoco, y con esa mujer no serás feliz — dijo Jesús.

—Ni con esa ni con ninguna que no sea Marina, pero ella me está vetada para siempre. Se supone que unos padres quieren la felicidad para sus hijos, pero los míos tan solo quieren ascender en la escala social, aunque se lleven a sus hijos por delante.

Nos sentamos en la mesa del jardín trasero. A pesar de estar en plena ciudad, vivía en un pequeño chalé a pie de playa, que era de mis abuelos, y en el que había vivido hasta que me marché a los Estados Unidos a estudiar. Cuando estos murieron, me lo dejaron a mí en herencia, y por eso lo había reformado y amueblado a mi gusto, poniendo incluso una pequeña piscina en el jardín, para los días en los que no me apetecía bajar a la playa.

Durante la comida, me mostré más callado de lo habitual, porque la imagen de Marina, desnuda y entre mis brazos, mientras hacíamos el amor, la tenía grabada en mis retinas, sabedor de que no se volvería a producir.

Capítulo 10



Marina

Al final, mi padre me ayudó con el coche a llevar todas mis cosas, mientras que mi madre y yo, llenábamos las cajas, él las iba llevando con su coche hasta mi casa.

—Papá, a las cinco me traen el sofá nuevo. Si me haces el favor de esperarte a que lo lleven me harías la mujer más feliz del mundo —le pedí, con carita suplicante.

—No te preocupes, hija, que yo lo espero.

—Asegúrate de que se lleven el antiguo, por favor. Mañana me acercaré a comprar la televisión, que es lo único que me falta.

Mi madre y yo seguimos llenando las dos cajas con las cosas que nos faltaban, y las llevé a mi coche, ya que no hacía falta que mi padre diera más vueltas.

—¿Te vienes conmigo y así ves el piso? —le dije a mi madre, porque sabía que le haría ilusión.

—Dame cinco minutos que me cambie — respondió, y salió corriendo hasta su cuarto.

Aparqué en el garaje, cogimos las cajas, una mi madre y otra yo, y nos subimos en el ascensor hasta mi casa. Cuando llegamos y abrí la puerta, me encontré que el sofá nuevo ya había llegado, pero también vi a mi padre sintonizando una televisión de cincuenta pulgadas que era casi más grande que el mueble.

—¿Te has pensado que puedo cobrar entradas para ver el programa de los viernes? — dije a mi padre, riendo.

—Pedro, ¿no la había más grande? La virgen, si parece la pantalla del cine nuevo del barrio — dijo mi madre.

—Sí que la había más grande, pero me parecía ya un poquito desmesurada. Con cincuenta pulgadas verá todo a la perfección —contestó mi padre, sonriendo.

—Si la pongo un poquito ladeada, el del bloque de enfrente también puede verla — respondí, y todos estallamos en una carcajada.

—Era lo único que te faltaba en la casa, que ya la he revisado entera, y quería tener un detalle contigo — dijo, acercándose a abrazarme.

—Gracias, papá. Sé que todo lo haces desde el corazón, y me encanta mi televisión nueva — dije, dándole un abrazo y un beso.

Mis padres se marcharon encantados con mi casa. Tan solo me faltaban algunos detallitos de decoración, pero esos los iría comprando poco a poco, tal y como fuera viendo los que me gustaban.

Miré la hora y me di cuenta que Olga estaba a punto de llegar del trabajo, y que no sabía nada de lo que me había pasado durante todo el día, así que cerré mi casa y subí a la de mi amiga, pero pedí una pizza antes, para que pudiéramos cenar a gusto cuando ella llegara.

—Ya estoy en casa… ¿Y esto? ¿Qué celebramos? —preguntó ella, en cuanto abrió la puerta y entró.

—Muchas cosas. Tenemos que celebrar que por fin mi vida me está devolviendo algo bueno por todo lo malo que me ha tocado vivir — dije.

Empecé a contarle todo, desde que tenía el trabajo hasta la casa, en la que ya tenía todo listo. Me miró con algo de pena, pero le di la sorpresa de que seríamos vecinas.

—No sabía nada de que alquilaban esa casa, Marina. Lleva de reformas un montón de tiempo, pensé que alguien la había comprado para vivir, no para ponerla en alquiler — dijo ella, tomándome de las manos.

—Ha sido una sorpresa, la verdad. Me puse a buscar en Internet algo para alquilar y que no se me fuera de presupuesto, y salió ese piso el primero.

—Me encanta tenerte a un zapateo de mi casa. Cuando quiera que subas, me planto una rumbita con bailoteo y listo. Ni datos voy a tener que gastar con el *WhatsApp* —dijo, y nos reímos las dos.

—Venga, bajemos y te lo enseño. Mañana mismo me llevaré las cosas que tengo aquí para mudarme definitivamente. Menos mal que hasta el lunes no empiezo a trabajar, así tendré todo lo que queda de semana para organizar mis cosas.

Le encantaron las reformas que le habían hecho a la casa, y anotó algunas para hacerlas ella en la suya cuando tuviera el dinero, como el mueble del baño o la integración de la cocina en el salón, que daba la sensación de mayor amplitud.

Durante toda la semana me dediqué a eso, a guardar ropa y demás. El armario de la habitación de invitados, que se había convertido en un despacho, lo utilicé para la ropa de invierno, los chaquetones y demás prendas de abrigo. Y el de mi dormitorio, guardé la de verano y entretiempo. Los zapatos y las botas, en el zapatero cerrado que había en el pasillo.

Otra cosa que hice fue comprar cortinas, porque las ventanas casi no tenían, y me sentía expuesta, a pesar de ser un segundo piso, así como cuadros y demás cosas que fui viendo y me fueron gustando.

Por último, fui al supermercado para hacer una buena compra para todo el mes, incluido carne y pescado. Me encantaba la cocina, era lo que más me relajaba del mundo. En cuanto tenía un poquito de ansiedad, meterme entre fogones me hacía más efecto que cualquier pastilla que pudiera tomar. Y eso sería lo que haría el domingo, preparar comida para toda la semana. Así, cuando volviera del instituto, tan solo tendría que calentarla.

—Asquerosa, bajo a buscarte en una hora que nos vamos de parranda — me dijo Olga, mientras venía del trabajo, parando antes en mi puerta.

—No entiendo como tienes esa vitalidad. Acabas de llegar de trabajar, y tienes ganas de fiesta.

—Pues muy sencillo. Mañana libro, así que me podré quedar todo el día vegetando, si me apetece. Por eso, hoy pienso darlo todo en esa pista de baile, aunque me tengan que amputar los pies, que no todo va a ser trabajar — contestó.

Era sábado por la noche, y mi amiga venía saliente de una guardia de doce horas. Su profesión era matrona, y era agotador, la verdad, porque había días en los que no paraba desde que entraba hasta que terminaba su turno.

—Está bien, pero no quiero recogerme demasiado tarde, que mañana tengo que dejar lista la comida para toda la semana — respondí, con una sonrisa.

Ya me había duchado, tan solo quedaba elegir que ponerme y maquillarme. El clima había cambiado casi de repente, y hoy estaba medio lloviendo y hacía frío. Mi ciudad era así, un día estabas en manga corta, y al día siguiente necesitabas el chaquetón, no teníamos término medio.

Me decidí por un vestido de punto finito, porque si entrábamos en la discoteca, como Olga decía, allí dentro hacía calor. Era de escote en v y manga tres cuartos, en azul marino, y lo combiné con unos botines en color camel, al igual que el chaquetón de paño y el bolso. Dejé mi melena suelta, pero, como siempre, llevaba un coletero en el bolso, por si acaso tenía necesidad de recogérmelo. Un poco de máscara de pestañas, brillo labial, y a lo justo terminé de arreglarme, porque ya estaba Olga llamando a mi puerta.

—La madre que te parió. ¿Cómo puedes estar como si estuvieras recién levantada después de catorce horas trabajando? —le dije, en cuanto la vi.

—Mi crema hidratante, que hace milagros. En realidad, estoy que me caigo de sueño, pero si me quedo en casa cada vez que tenga turno doble, no saldré en la vida, porque cuando no es una cosa, es otra. Venga, vamos, que nos están esperando abajo en un taxi — dijo, apremiándome para que saliéramos de mi casa.

—Venga, chicas, que os pesa el culo — dijo María desde la ventanilla del taxi.

—Si a esa dos les pesa el culo, el mío tiene jugar en la categoría de pesos pesados —dijo el taxista, haciéndonos reír.

Para no variar, nuestra primera visita era el bar de Raúl, que esa noche estaba libre y nos estaba esperando allí con unos amigos. No recuerdo si os he contado que tenía con Ana un tira y afloja que no era sano para ninguno de los dos. Si lo he hecho antes, os pido disculpas, si no, ya os habéis enterado.

—Ahí está el padre de mis hijos —nos decía Ana, cuando vio entrar a Raúl.

—Pues, como sigáis así, a lo mejor lo tendréis en otra vida, porque en esta… —le dije, con cierta guasa.

—Ay hija, no me seas aguafiestas — respondió, dándome un manotazo en el brazo.

Ocupamos los sitios libres que quedaban en la mesa de Raúl, quien nos presentó a sus amigos, a Olga y a mí, porque Ana ya los conocía a todos. Decir que nos reímos era quedarnos cortas, porque hasta las lágrimas nos caían de las cosas que tenía Raúl, que no paraba de lanzarle tiritos a nuestra amiga.

—Ana, cariño, ya no sé como decirte que te cases conmigo —le decía él, como si fuera completamente cierto.

—Y yo te he dicho veinte mil veces que, sin anillito en el dedito, no hay compromiso ni boda — contestó ella.

Lo vimos levantarse e ir corriendo a una tienda de chucherías que había enfrente. Cuando lo vimos venir, traía un anillo de gominola en la mano, se arrodilló y se lo pidió, muy serio, mientras que la otra fingía que se emocionaba.

—Casi, casi, lo mismo que hizo Álvaro conmigo. Mucha diferencia en el precio de uno y otro no hay —dije yo, y todos rompimos en una carcajada.

De momento, me puse seria. No me hacía faltar volver la cara, con su solo olor sabía que estaba allí. Olga levantó la mirada al darse cuenta de lo que me había entrado por el cuerpo, y me confirmó lo que yo ya sabía.

—Chica, que mala suerte. Ahí está…

—Lo sé, no ha hecho falta ni girarme —la interrumpí.

—Será mejor que nos marchemos, así no te sentirás tan incómoda.

—No me pienso marchar, sería una tontería. Nuestra ciudad es muy pequeña, y me lo voy a encontrar cada dos por tres. No puedo estar huyendo continuamente — dije a mi amiga, que me miró asintiendo con la cabeza.

Me levanté un momento para ir al baño, necesitaba estar un momento a solas, recuperarme de la impresión de volverlo a tener cerca. Al salir, me estaba esperando en el pasillo, pero no me dijo nada. Se acercó a mí y me besó. Al principio, y por inercia, le respondí al beso, pero luego, me di cuenta de que estaba anteponiendo su deseo a mi realidad, y lo aparté.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? — pregunté, en un tono que dejaba claro mi enfado.

—Es obvio, besarte como he deseado desde que te he visto ahí, riendo con Raúl y sus amigos — contestó, en plan chulesco, parecía que venía algo bebido.

—¿Estás borracho? —pregunté, y el elevó los hombros, como que le daba igual —No te vuelvas a acercar a mí. Ya me has dejado claro lo que quieres, que no tiene nada que ver con lo que quiero yo.

—Yo te quiero a ti en mi vida, pero no te la puedo arruinar. No olvides que, todo lo que hago, es mirando por tu futuro. Te amo, Marina —me dijo, y se fue.

Cuando salí a la terraza ya no estaban ninguno de los tres, y pensé que lo había soñado todo, os lo prometo. Ese hombre me iba a volver loca con tantos acertijos y tonterías.

—¿Estás bien? —me preguntó Ana.

—Lo estaré, no te preocupes.

Ana no sabía nada de lo que me había pasado con Cayetano, tan solo le había contado así por encima lo que pasó con Álvaro. Luego, cuando estuviéramos a solas se lo contaría todo, ahora mismo no me apetecía volver a recordarlo, por mucho que mis labios me quemaban por el beso que me había dado.

Pagamos la cena y nos levantamos para irnos a una discoteca cercana. Raúl y sus amigos se vinieron con nosotras.

Capítulo 11



Marina

El domingo, tal y como había planeado, me metí en la cocina e hice comida para toda la semana. Las repartí en varios táperes, e incluso le llevé a Olga unos cuantos, que me recibió tocando las palmas, porque todo lo que me gustaba a mí cocinar, mi amiga lo detestaba.

—Ole, ole y ole. No se puede tener más arte que tú. Con esto ya tengo para toda la semana — dijo, dándome un beso.

—Por eso lo he traído. Yo he guardado el doble, así que ya no tendré que cocinar hasta dentro de dos domingos. El menú es variado, y tan solo tendrás que calentarlo — dije, abrazándola.

—¿Cómo estás?

—Confundida. Menos mal que tú también lo viste, porque llegué a pensar que eran alucinaciones mías.

—Es normal que te sientas así. Ese hombre es una incógnita, para ti y para todo el mundo. No le des más vueltas, el tiempo pondrá a cada uno en su sitio.

—Pues a mí que me ponga en una hamaca en las Maldivas, que ya me toca —dije, como para quitarle hierro al asunto.

—Y a mí en otra, a tu lado y con un coctel de esos que salen en las revistas de viaje.

Estuvimos un rato con las bromas, hasta que nos tocó despedirnos. Iba a cenar una ensalada que ya había dejado preparada y unos filetes de pavo en salsa que también tenía listos, y me metería en la cama, que al día siguiente empezaba a trabajar.

Estaba algo nerviosa, porque no sabía como serían mis compañeros, como se tomarían los niños el cambio de profesora, y se me presentaba un nuevo reto que no sabía si me vendría grande, la verdad.

Cuando sonó el despertador ya llevaba un buen rato levantada, me había duchado y vestido, y tan solo me quedaba tomarme un café antes de marcharme. Había decidido que iría en mi coche, a pesar de que no era mucha la distancia, pero así, a la hora de volver, me resultaría más cómodo y llegaría antes.

—Buenos días, soy Marina, la nueva profesora de Química —dije en cuanto que entré en la sala de profesores.

—¿Marina? Te juro que este era el último lugar en el que esperaba encontrarte — dijo uno de los profesores, y al fijarme bien, lo reconocí.

—¿Nacho? No me digas que tú eres profesor aquí, porque me caigo en redondo, vamos.

¿El motivo? Nacho había sido el alumno que más coñazo había dado en todas las clases. Siempre pensamos que sería futbolista o algo parecido, porque las letras le gustaban más bien poco. En realidad, ni las letras ni los números, para que nos vamos a engañar.

—Pues entonces, espero a que te sientes, no vayas a tener que darte de baja el primer día — contestó, riendo, como siempre.

—Anda, ven aquí y dame un abrazo, que hace mucho tiempo que no nos vemos — dije, y nos fundimos en uno con una sonrisa en los labios.

—Ejem, ejem, espero no molestar. Nacho, te has dejado la cartera en el coche —dijo una mujer rubia, que al parecer también era profesora.

—Marina, ella es Marta, la profesora de inglés y mi pareja. Cariño, ella era una antigua compañera de colegio que ahora se ha convertido también en una de trabajo. Es la nueva profesora de Química —dijo Nacho, y la chica se acercó a darme dos besos.

—Encantada Marina, y perdona mi actitud de antes, pero bueno, ya te contaré en otro momento — dijo ella, dándome dos besos.

—Yo soy Eneko, el de Filosofía, y estoy soltero —se presentó otro de los compañeros, acompañando la frase con un guiño de ojos que me hizo mucha gracia.

—Nacho, al final no me has dicho la materia que impartes tú.

—Educación Física, Marina, no podía ser otra. ¿Te imaginas que yo tenga que dar francés o algo parecido? —dijo, poniendo cara de asco.

—Bonjour —saludó una chica un tanto estrafalaria, entrando por la puerta.

—Ella es Yaiza, y es la profesora de francés, como habrás podido comprobar — dijo Marta, con una sonrisa triste en la cara. Estaba claro que algo le había pasado con ella.

La primera mitad de la mañana no fue tan mala como esperaba. Hubo, tal y como me advirtió la señora Gutiérrez alguno que se la dio de graciosillo, pero en cuanto vio que conmigo no podía, se le bajaron los humos. Durante la hora del recreo, volví a la sala de profesores, donde ya estaban allí los demás.

—La virgen, Nacho, ¿de dónde has sacado ese reloj? —le preguntó Eneko cuando nuestro compañero se quitó la chaqueta del chándal.

—Lo he pedido por Internet. ¿A qué es una pasada? — dijo, enseñándolo.

No se podía llevar un reloj más grande y más hortera, os lo prometo. El dorado del material que estaba hecho relumbraba por todas partes, aparte de

que le ocupaba hasta casi medio brazo.

—¿Una pasada? Ten cuidado no le vayas a dar a alguien sin querer con el reloj por el pasillo, porque te prometo que lo tendrán que ingresar con una hemorragia interna — respondí, y Marta, que estaba detrás de mí, soltó una carcajada.

—Mira que se lo dije, ese reloj es demasiado grande, pero él, nada — respondió, sin parar de reír.

—Anda ya, mujer, grande ni grande. Si ya ha avisado los de la televisión autonómica que este año las campanadas las dan desde el brazo de tu novio.

Para qué dije nada, estaban todos doblados de la risa, Nacho el primero. Estuvimos metiéndonos con él y su reloj la media hora del recreo, hasta que entró la directora y nos vio riendo.

—¿Se puede saber de qué os reís? — preguntó, y ninguno atinábamos a contarle nada, porque en cuanto que empezábamos, nos daba la risa.

—Rocío, ve buscando un profesor de educación física sustituto, porque con dos veces que lance Nacho la pelota, con el peso de ese reloj, se le disloca el hombro — solté, en un momento en el que pude parar de reír.

Los ojos de Rocío se fueron directamente de mi cara a la muñeca de mi amigo, y lo miró con cara de horror.

—Si me pongo yo eso, tengo que traer el carrito del súper para llevar la muñeca — dijo, muy seria, y vuelta a empezar con las risas.

Los lunes terminaba una hora antes, al igual que Marta, y nos fuimos juntas a tomarnos una cerveza. Esa mujer me caía bien, no como Yaiza, a la que veía un tanto descarada.

—Te tengo que pedir disculpas por lo de esta mañana, pero es que no sería la primera vez que me encontrara a Nacho con otra mujer en actitud, digamos que más cariñosa de lo normal — dijo, en el momento en el que nos sentamos en la terraza.

—¿A Nacho? Pero si se ve que se muere por tus huesos… — respondí, sin saber muy bien cómo actuar.

—Ya, pero cuando una mujer se pone insistente… Dicen que, tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe, ¿no? Pues eso es lo que pasó con Yaiza.

—¿Nacho se enrolló con Yaiza? Pues tiene que ser muy jodido tener que cruzarte con ella todos los días.

—No exactamente. Un día que salí antes porque la clase de la última hora estaba de excursión, me los encontré besándose en la sala de profesores. No me vieron, y salí de allí cagando leches. Cuando Nacho llegó a mi casa, lo primero que hizo fue decirme que Yaiza lo había besado, pero que él la había rechazado.

—Y lo creíste.

—Me llevé unos cuantos días un tanto enfadada, pero al final, pude comprobar que era cierto. Se lo comenté a Rocío, y me dijo que había cámaras allí, por si a algún alumno le daba por robar algún examen.

—¿Lo comprobaste?

—Por supuesto, pero con ellos delante. Se veía claramente como fue ella la que se lanzó a su boca, y la directora la amonestó. Como vio que con Nacho no iba a conseguir lo que quería, fue a por otro profesor de primaria, que dejó a su mujer por ella.

—Hay hombres y hombres, amiga. Valoro tu entereza, porque si yo hubiera estado en tu situación, la hubiera arrastrado por todo el patio, te lo juro —le dije, haciendo el gesto.

Estuvimos allí hasta que Nacho salió, pero como nos encontrábamos tan a gusto, al final terminamos comiendo los tres juntos.

—Está bien, pero mañana os venís a comer a mi casa, que tengo comidita casera de la buena —les dije, elevando ambas cejas.

—¿Sigues cocinando tan bien? —me preguntó Nacho, que había probado alguno de mis postres cuando los llevaba a clase en alguna que otra fiesta.

—Mejor, chaval. Está mal que yo lo diga, pero mi técnica ha mejorado considerablemente.

—Pues mañana es el cumpleaños de Eneko, te podrías estirar y traer alguna tarta de las tuyas, o magdalenas. Todavía recuerdo el sabor de las que trajiste aquel día con ese relleno de melocotón…

—Pero mira que eres goloso, Nacho —le dijo Marta a su novio —. No pongas a la muchacha en un compromiso. La tarta se compra en la pastelería, y listo.

—No, yo me encargo de la tarta. Y si hay que poner dinero para hacerle un regalito, me aviséis, por favor, que no quiero quedar como la tacaña de la nueva.

Después de tomarnos el café, nos marchamos cada uno a su lugar. Yo me monté en el coche, pero, en vez de ir a mi casa, paré en el centro comercial para comprar los ingredientes que me hacían falta para la tarta. Le haría una de tres chocolates con una cobertura de fresa que a todo el mundo le encantaba.

En cuanto llegué a casa, me cambié de ropa, recogí mi pelo y me metí en la cocina. Tendría que hacerla lo antes posible para que se enfriara y pudiera llevarla al día siguiente al instituto.

Cuando terminé y miré el reloj, había tardado más de lo que esperaba, así que, la dejé en la nevera, me metí en la ducha y, con el pijama puesto, me hice una tortilla de patatas para cenar, viendo un capítulo de la serie que me tenía enganchada, que era de época, a pesar de que, por regla general, no me solían gustar este tipo de series.

Sin darme cuenta, me quedé dormida ahí, con la televisión puesta, y cuando me desperté, fue cuando sonó la alarma del móvil.

—Joder, como me duele el cuello del sofá —me dije.

Me vestí, ya que me había duchado la noche anterior, me planté un vaquero, unas botas de cuña y un jersey de pico, mi chaquetón de plumas y me largué para el instituto. Hoy el coche no arrancaba, así que paré un taxi para que me llevara hasta el trabajo.

—Uy, traes cara de no tener un buen día — dijo Marta, al verme en la puerta de la sala de profesores.

—Empezando porque me he quedado dormida en el sofá toda la noche, cuando llegué abajo, me di cuenta de que se me había olvidado la tarta y, al meterme en el coche, no arrancaba, así que he tenido que venir en un taxi. Y, para colmo, hoy tengo todas las horas — dije, haciendo como que lloraba.

—Buenos días, vengo a daros una noticia y a presentaros a una persona — dijo Rocío, entrando en la sala de profesores.

—¿Es buena la noticia? —preguntó Nacho, como siempre.

—Para mí, sí. Para vosotros, no lo sé. Ha llegado el momento de jubilarme, de hecho, será el día veinte de diciembre, y hoy llega mi sustituta, en cuanto que me avisen de que ya ha llegado, os llamaré para presentarla —nos dijo.

—Pensé que, cuando te jubilaras, sería alguno de los profesores el que ocuparía tu lugar —le dijo Eneko.

—Siempre había sido así, pero al parecer, los dueños tienen otros planes.

Nos quedamos todos en silencio, cuando escuchamos unos tacones repiquetear por el pasillo.

Capítulo 12



Marina

Nos quedamos todos en silencio, hasta que entró por la puerta una mujer que parecía que venía a un pase de modelos. No nos dejó hablar a ninguno de los presentes o preguntarle en qué podíamos ayudarle, nada de nada.

—Buenos días, mi nombre es Dafne Martínez, y seré la nueva directora del centro desde este mismo momento —nos dijo, con mucha altanería.

—Buenos días, Dafne, yo soy…

—Sé quién es usted, y le rogaría, señora Villarejo, que se dirija a mí como señorita Martínez, aparte de no tutearnos, no hemos comido nunca en la misma mesa para que eso suceda —le dijo a Rocío, dejándola completamente cortada.

—Como usted quiera. Lo que le iba diciendo es que, hasta final del primer trimestre, yo sigo siendo la directora en funciones, señorita Martínez —le contestó ella.

—Lo siento, pero ha habido cambio de planes. Los propietarios del instituto han considerado anticipar su jubilación, con los mismos derechos, por supuesto. Así que, su función como directora terminará esta misma semana, en cuanto me ponga al día de mis tareas y de como realizarlas.

—No me parece justo. Si alguien sabe como dirigir un colegio es ella, además de designar a su sucesor o sucesora entre el profesorado, no elegir a alguien que no sabe absolutamente nada del centro —le dije, no me podía callar, lo siento.

—Usted debe ser la señorita Rivera. Por su propio bien le diré que mida bien sus palabras antes de hablar. Si no me equivoco, todavía está dentro del periodo de prueba, y ahora, la que manda aquí soy yo. No lo olvide.

—Pero Marina tiene razón, usted no sabe nada ni del centro ni de los chavales que estudian aquí…

—¿Su nombre, si es tan amable?

—Yo soy Eneko Delgado, señorita Martínez.

—Muy bien, señor Delgado, lo que sepa o deje de saber del centro, no es asunto suyo. Para empezar, aquí van a cambiar mucho las cosas, empezando por la manera de dirigirse unos a otros, o de los alumnos a los profesores. Nada de nombres, que esto no es una pandilla, nos hablaremos de usted y por el apellido.

—No puede obligarme a hacer eso. Yo llamaré a mis compañeros como a ellos les plazca. Si usted quiere que le hablemos de usted, que marquemos las distancias, me parece perfecto, pero no entre nosotros.

—Aquí se hará lo que yo diga…

—Esto es un centro de educación secundaria, no una cárcel. Y yo no pienso acatar normas absurdas como esa —le dijo Nacho.

—Ese será su problema, no el mío. Ahora, si nos disculpáis, todos tenemos mucho trabajo para estar aquí de cháchara, ¿no creen? —dijo la estirada esa, saliendo con Rocío detrás.

—Esta tía nos dará muchos problemas, ya veréis —dijo Marta, mirando hacia el pasillo.

—Pues yo no pienso aguantar ni una tontería, por mucho periodo de prueba en el que esté, te lo digo desde ya. Por desgracia, en mi adolescencia tuve que lidiar con gente así y no las soporto, sobre todo a aquellas que piensan que están por encima de los demás tan solo por haber nacido en una cuna de oro —les dije. Con lo bien que había empezado la mañana, y había tenido que venir la tipa ésta a fastidiarla.

En el centro hubo muchísimos cambios, como que la sala de profesores se quedaba tan solo para cuando uno de nosotros tenía una hora libre entre clase y clase, los alumnos no se podían dirigir a nosotros, en el interior del instituto de tú o por nuestro nombre de pila, así como el uso de uniforme para el alumnado, que hasta ahora no llevaba.

Muchos padres nos dieron las quejas, pero nosotros estábamos igual que ellos, porque hasta a los profesores nos dieron un código de vestimenta, tales como que no podíamos usar faldas por encima de la rodilla, pantalones cortos o blusas demasiado escotadas.

—Esto se está convirtiendo en un infierno — dijo Nacho un día a la salida.

—Con el buen ambiente que había antes en el centro, y ahora parece una cárcel —contestó Marta.

—Vamos a tomarnos una cervecita ahí enfrente, anda. Los dueños no se están dando cuenta que, si los alumnos no están a gusto, los padres los sacarán de aquí y se los llevarán a otros centros, disminuyendo los ingresos —les dije, mientras íbamos de camino a la cervecería.

—Y ahora viene lo peor, la fiesta de Navidad. Con lo bien que nos lo hemos pasado otros años, y tiene toda la pinta de que este va a ser un muermo de cuidado —dijo Eneko, que venía detrás y en la misma dirección que nosotros.

La realidad era que había hecho piña con ellos tres, siendo muchos los fines de semana que íbamos a cenar o al cine. Eneko lo había intentado conmigo, pero hablé claro con él. No es que no me gustara, porque había que verlo, con esos enormes ojos negros y esa piel tostada, porque sí, Eneko era mulato, y uno de esos que te quitan el hipo. Pero ahora mismo no estaba

preparada para iniciar nada con nadie, entre otros motivos estaba el que Cayetano seguía metido en mi mente y en mi corazón.

Procuraba no acudir a los mismos lugares que él, pero no por eso dejaba de salir con mis amigas, siempre y cuando fuera una noche de chicas. Os lo explico, Olga empezó algo con Fale, no estaba muy definido, pero se enrollaban de vez en cuando y María, bueno, pues continuó con lo que empezaron cuando eran adolescentes Jesús y ella, y les iba muy bien.

No quería que se vieran en la situación de elegir, por eso incliné la balanza hacia mis compañeros de trabajo, de esa manera ni ellas ni yo nos sentiríamos incómodas. En mi presencia, el tema Cayetano no se tocaba, era como si nunca hubiera aparecido de nuevo en mi vida, ya que no querían que me hiciera más daño del que ya me había hecho.

Estaba sentada con mis compañeros, cuando vi que Álvaro se dirigía hacia mí. Lo vi bastante más delgado y demacrado que de costumbre.

—Buenas tardes a todos. Marina, ¿podríamos hablar un momento, por favor? —me preguntó, y no sé por qué, pero me levanté.

—Tú dirás — dije, muy seca, porque este era otro que se había encargado de pisotear mi corazón.

—Tengo que pedirte perdón por todo lo que te hice. No soy capaz de conciliar el sueño ni de ser feliz en ninguna parte. Sé que fui un cabrón, que te hice mucho daño, pero no encontraba una salida —me dijo, y empezó a llorar.

—¿Pensaste que usarme de pantalla era una? ¿Qué yo no tenía corazón? Mira Álvaro, no voy a decir que estuviera enamorada de ti, porque, aunque eso era lo que yo pensaba, luego me he dado cuenta de que no era así, pero no por eso me dolió menos. Traicionaste mi confianza, incluso con una pedida de mano que no tuvo nada de real, ni el anillo siquiera era de verdad…

—Lo sé, no te lo merecías, pero necesito tu perdón para poder seguir adelante. Te necesito en mi vida, Marina, como mi mejor amiga, porque así te

he considerado siempre.

—Lo tienes, no te guardo rencor, Álvaro, ahora he entendido que por amor se hacen muchas locuras, pero no me pidas que me convierta en tu confidente de la noche a la mañana, no puedo.

—Mi abuela tiene un cáncer terminal, le quedan algunos meses de vida, y no quiero que se vaya sin que me vea completamente feliz. Me caso con Manuel en dos semanas, y me gustaría que fueras mi madrina —me pidió, tomándome de las manos.

—¿Cuándo te has enterado de lo de Macarena?

—Hace unos quince días, en una visita rutinaria al médico. Dime que estarás a mi lado en ese momento tan importante, por favor. Entonces, podré ser feliz y sabré que me has perdonado — dijo, y asentí con la cabeza, el nudo que tenía en el pecho no me dejaba articular palabra.

Nos abrazamos los dos, y lloramos a lágrima viva, hasta que un par de brazos más se unieron a nosotros, era Manuel, que no se había atrevido a acercarse antes por miedo a mi reacción.

—Marina, eres la persona con mayor corazón que conozco. Te pido perdón yo también, pero no lo vi venir. Me enamoré como un quinceañero de Álvaro, y el día que me atreví a darle el primer beso, me sentí como un miserable. No te merecías lo que te estábamos haciendo.

—Ahora eso ya quedó atrás. Vamos a hacerle a Macarena estos últimos meses más felices, es lo único que nos tiene que importar — dije, encontrando una paz en mi interior que no sabía que necesitaba.

—Mil veces me dejó, diciendo que no te lo merecías, por eso te pedí matrimonio, para ver si así abría los ojos y temía perderme para siempre — Me dijo Álvaro, y lo miré con los brazos en jarra.

—Mira, guapo, la próxima vez que quieras hacer experimentos, te compras el Quimicefa, pero deja los corazones de los demás en paz — respondí, y estalló en una carcajada.

—Esto es lo que más echo de menos de ti, tu sentido del humor, que a todo le sacas punta, y ahora mismo, en este momento de mi vida, es lo que más necesito, junto al amor de Manuel.

—Menos mal, porque ya la iba a coger por los pelos para separarla de ti. A ver si ahora me vais a poner los cuernos a mí. Si os entra la tentación, me llamáis, que yo me uno al grupo —dijo Manuel con mucho arte, haciéndonos reír de nuevo.

Se casaban el veinticuatro de diciembre, y mis padres también estaban invitados a la boda. Sería una cosa íntima y sencilla, pero con su correspondiente celebración, como quería su abuela. Me dijo que fuera a visitarla, que le haría mucha ilusión.

—Este sábado no puedo porque tengo la cena de Navidad del trabajo, pero el sábado que viene, nos vamos de compras y me ayudáis a elegir el vestido para la boda. ¿Os parece bien? —les dije, y ellos me cogieron en brazos.

—Gracias, Marina, no sabes lo feliz que me has hecho, te lo juro. Ahora sí, aunque mi abuela parta de este mundo, porque es ley de vida, me siento completo, gracias de nuevo — dijo Álvaro, dándome un abrazo.

Cuando volví a la mesa, mis compañeros y amigos me miraban expectantes, como esperando a que yo me explicara, y así lo hice, les conté todo, mi relación con Álvaro, como me había pedido matrimonio, como me enteré de que era gay, los tres alucinaron.

—Eso demuestra el buen corazón que tienes, Marina. No todo el mundo sería capaz de perdonar algo así — dijo Marta, tomándome de las manos.

—¿Sabes la paz interior que he sentido? Cuando no perdonas a alguien que te ha hecho daño, al final la perjudicada eres tú, que llevas esa losa encima durante toda la vida, y ya llevo demasiado peso en la mochila como para cargar algo más —les dije, para que entendieran mi situación.

—Hay que tener mucha resiliencia para hacer eso. Yo, siendo completamente sincero, no te puedo decir si sería capaz de hacerlo — dijo Eneko.

—Cuando has compartido un amplio espacio de tu tiempo, cuando conoces a esa persona bien, no quieres verla mal, aunque durante algún tiempo el resentimiento haya estado ahí, eso no te lo voy a negar, que tampoco soy una santa. ¿Pero sabes lo que me dolió más de todo? No fueron los cuernos, fue el hecho de que no confiara en mí. Si él me hubiese dicho: mira Marina, lo siento, me he enamorado de Manuel, yo lo habría entendido, porque en el corazón no se manda.

Capítulo 13



Cayetano

Cuando mi madre me dijo que tenía la solución a mis problemas, lo que menos esperaba es que hiciera lo que hizo, meterme al problema en mi casa.

—Lo siento, hijo, pero esto no puede seguir así. A partir de mañana, yo tomaré cartas en el asunto, y espero que eso, solucione todos tus problemas y tus dudas —me dijo esa mañana por teléfono.

—No vayas a hacer ninguna locura, mamá. Te repito que, si no quieres que me case con Marina, no lo haré, pero tampoco me pienso casar con Dafne.

—No digas más tonterías, Cayetano. Algún día tendrás que formar una familia, y esa chica es la adecuada. Además, para que no tengas tentaciones con esa otra niñata, la he nombrado directora del centro, así os tendrá controlados a los dos. Por cierto, ve haciéndole hueco en tu casa, porque vivirá allí.

—Por ahí sí que no pienso pasar. Que viva en la tuya, ese apartamento le vendrá ideal. Mi casa es mi refugio y no pienso…

—Tú harás lo que yo te diga. Te recuerdo que te la puedo quitar, tus abuelos se saltaron una línea de sucesión, y eso me pertenecía a mí, pero no quise entrar en batallas legales contigo, demasiado tengo con los conflictos que tenemos.

Le colgué el teléfono, no quería escucharla más. Por eso, esa noche, llamé a los chicos por si tenían planes, y me dijeron que estarían en mi casa a las seis de la tarde, en cuanto terminaran con sus obligaciones laborales.

Como un reloj, ahí estaban ellos, mi sostén, porque sin su apoyo no hubiera sobrevivido a todo lo que mis padres maquinaban en mi contra. Justo en el momento en el que entraban por la puerta, mi teléfono empezó a sonar, y era mi hermana, así que lo cogí, porque que ella me llamara no era lo normal.

—Dime Olalla, ¿sucede algo? —le pregunté, y me contestó de manera muy fría, algo a lo que no estaba acostumbrado por su parte.

—¿Qué piensas hacer con tu vida, Cayetano? ¿No te parece que ya has vivido lo suficiente de esa manera tan casquivana? Sienta la cabeza de una vez y hazle caso a nuestros padres, que solo quieren tu bienestar — dijo, sin ni siquiera saludarme.

—No me puedo creer que te hayan mandado llamarme. Mi vida es mía, y con ella haré lo que me salga de los huevos. ¿He sido lo suficientemente claro o necesitas otra explicación? — contesté, bastante enfadado.

—Te has vuelto igual de ordinario que toda esa gente de la que te rodeas. Más vale que te juntes con alguien con algo más de clase o terminarás igual de barriobajero que ellos. —Y me colgó la llamada.

—¡Estoy hasta los huevos de todo! —Grité, porque lo necesitaba.

—Tranquilo, amigo, que todo se pondrá en su sitio cuando menos te lo esperes —me dijo Fale, dándome una palmada en el hombro.

Nos fuimos al jardín trasero, y allí me emborraché como nunca antes lo había hecho, hasta casi perder el conocimiento. Últimamente era lo habitual en mí, perderme entre botellas de alcohol, solo o acompañado, pero nunca de esta manera.

Al día siguiente, me despertó el timbre de la puerta, que sonaba insistentemente, y no era lo más ideal con el terrible dolor de cabeza que

sentía.

—¡Ya voy, ya voy! Joder, pues no parece que se está quemando algo — espeté, mientras bajaba las escaleras.

—Menos mal que abres, llevo una hora en la puerta. ¿Qué te ha pasado? Te ves horrible —no me lo podía creer, mi madre lo había vuelto a hacer.

—¿Qué haces aquí? Le dije a mi madre que no te quedarías en mi casa — le solté, en cuanto tuve capacidad de reacción.

—¿Y dónde quieres que me quede, si no es en casa de mi novio?

—No soy tu novio, métetelo bien en la cabeza — dije, apretando los dientes.

—Por supuesto que lo eres, o tu padre se quedará en la ruina. ¿Sabes que el capital de la mayoría de sus negocios lo ha puesto mi familia? Pues esa era la condición, que nos teníamos que casar, y tus padres accedieron.

Me quedé en blanco, tanto que ella tuvo la capacidad de apartarme de la puerta y entrar hasta el fondo. La vi mirar la casa con cara de asco. No es que fuera un desastre en mi día a día, pero en esta ocasión, estaban regados los restos del tsunami emocional que tuve la tarde anterior, en forma de botellas de alcohol.

—Ahora tengo que ir al centro a presentarme y a tomar posesión de mi cargo, pero te ruego que, a la vuelta, todo este estercolero esté recogido. Si no puedes o no quieres hacerlo tú, busca a una chica de servicio, que será lo más adecuado — dijo, subiendo la maleta hasta el dormitorio principal.

—No pienso seguir tus órdenes, así que haré lo que me venga en gana, por decírtelo de una manera suave — respondí, pero hizo caso omiso a mis palabras.

Os juro que estuve tentado de dejarlo todo como estaba, pero yo tampoco estaba acostumbrado a vivir de esa manera, por lo que avisé a Susana, que era la chica que venía a limpiar dos veces en semana.

—Susi, cariño, anoche me desfasé y tengo toda la casa echa un desastre —dije, cuando contestó a la llamada.

—Un desastre eres tú. Anda, dame media hora que termine lo que estoy haciendo, y voy para allá —dijo, con la confianza que nos teníamos.

—Eres mi salvadora. ¿Te he dicho ya que te amo?

—Menos rollos de caballero que no tienes caballo —era lo que me respondía siempre, y me sacó una carcajada.

—Por cierto, en mi habitación encontrarás la maleta de una amiga que ha venido a visitarme, déjala tal y como está, que es un poquito especialita con sus cosas.

—Sin problema, jefe. En un rato estoy ahí.

Susana tenía veinte años y era madre soltera de una niña preciosa de dos. Su novio, cuando se enteró que estaba embarazada, puso pies en polvorosa, y ella la tenía que sacarla adelante como podía. A pesar de que contaba con la ayuda de sus padres, que le daban todo lo que estaba en su mano, ella trabajaba en lo que le salía. No pocas veces le compré cosas para la niña, como ahora mismo, que estaba haciendo un pedido online de artículos de bebé al supermercado, como pañales, yogures y demás, que le entregaban en su casa, y ella siempre me lo agradecía con un abrazo.

Me di una ducha y me vestí cómodo, ya que no tenía que salir de casa. Me desayuné un zumo natural y un par de tostadas con mermelada y mantequilla, además de tomarme dos ibuprofenos para aliviar mi dolor de cabeza, ese que se estaba intensificando, nada más de saber que Dafne estaba allí.

Entré en el despacho dispuesto a trabajar, pero antes tenía que tener una conversación con mis padres, no entendía como habían sido capaces de hipotecar mi vida con tal de seguir viviendo la suya, que estaba llena de engaños y de mentiras.

—¿Se puede saber con qué derecho me comprometes con una mujer sin mi consentimiento? — dije, en el mismo momento que contestó mi llamada.

—Buenos días para ti también, hijo mío —me respondió mi padre, de manera completamente irónica.

—Deja la ironía para otro momento, porque ahora mismo no tengo ni tiempo ni ganas de ponerme a tu altura, y responde a lo que te he preguntado —Le dije, cada vez más enfadado.

—Podría decirte que, porque me ha dado la gana, pero no, te diré la verdad. Era eso o quedarnos sin nada y, como comprenderás, no iba a elegir la segunda opción — respondió, y se quedó tan pancho.

—Si no hubieses sido tan ambicioso, no habrías tenido esa necesidad, por no hablar de manirroto. Tantas fiestas innecesarias, tantos viajes que no venían a cuento, cuando sabías que no tenías ni donde caerte muerto.

—¿Vas a cuestionar mi modo de vida? Porque, que yo sepa, tú sigues la misma estela que yo.

—Para nada, tú y yo somos muy diferentes. A ti te mueve la codicia, a mí me mueve el sentimiento de triunfar, y lo que yo voy a conseguir será con mi dinero y con mi esfuerzo, no con el de los demás.

—Ja, ja, ja, no digas idioteces. Lo vas a hacer con el dinero de tus inversores, porque tú, al igual que yo, lo único que tenemos es estatus social, nada más.

No lo soporté más, y le colgué. No estaba dispuesto a renunciar a mi vida por ellos, que no se lo merecían. Si me había apartado de Marina era para que no se viera con una mano delante y otra detrás, pero jamás me casaría con Dafne, por muy jodida que se pusiera la situación para mi familia.

Escuché cantar a Susana en el salón, ella tenía llaves y no necesitaba llamar, ya que, la mayoría de las veces no me encontraba en casa cuando ella venía, así que fui a saludarla.

—¿Te ha llegado ya el pedido que he hecho para la niña? — dije en cuanto estuve a su lado.

—¡La madre qué te parió! El susto que me ha dado el tío. Te voy a poner un cascabel, como a los gatos — dijo, dándome un manotazo en el hombro y provocándome una carcajada.

—Joder, que agresividad. Y yo que venía a saludarte y decirte que le he enviado a la niña lo de todos los meses…

—Sabes que te lo agradezco de corazón, pero no tienes que tener esa obligación con ella, Cayetano.

—Y yo te digo que lo hago porque me sale de los huevos, Susana, como todos los meses. Por cierto, habrá que ir pensando qué comprarle para Papá Noel y para los Reyes — dije, sabiendo de sobra lo que me iba a contestar.

—Es muy pequeña todavía, y sabes que siempre estoy a la última pregunta en el tema económico. Así que, le compraré algún que otro juguetito, y ya.

—Eso no te lo crees ni tú. Es más, esta misma mañana he hecho un pedido online a una juguetería. Mi niña no va a ser la oveja negra de la guardería, que vayan todos los niños con algo y ella no. Te llegará mañana por la mañana, mientras que ella está en la guarde, asegúrate de esconderlo bien antes de que llegue y lo encuentre.

—Eres nuestro ángel de la guarda. Pero que te quede clara una cosa, cada gesto que haces con mi hija, te lo compensaré con creces. De momento, el día de hoy no te lo pienso cobrar.

—Tarde, te acabo de hacer *bizum*, y no me lo vayas a devolver, que te conozco. Lo que yo hago con la niña es cosa mía, y nada tiene que ver con tu trabajo. Por cierto, a ver si la traes este fin de semana, que hace mucho que no la veo y tengo ganas de darle un achuchón.

—El sábado por la mañana la tienes aquí, pero no respondo de las babas que te puede echar en la cara, sabes que, cuando estás tú cerca, está todo el día dándote besos.

Esa pequeña me tenía ganado el corazón, desde que la conocí hacía ya unos meses. Era cariñosa y nada caprichosa, raro en una niña de esa edad, a

la que su madre le decía algo, y obedecía sin rechistar.

Aparte de todo lo que le había enviado, tenía claro que le compraría algo para que se lo pusieran en mi casa, que ella tuviera que venir a recogerlo aquí, y así ver su carita de ilusión, aunque no dudaba que su madre me enviaría el video cuando viera los regalos debajo del árbol de su casa.

Capítulo 14



Cayetano

Dejé a Susana limpiando, con sus cascos puestos y cantando a pleno pulmón, y me fui de nuevo a mi despacho, tenía varios correos electrónicos que enviar y varias llamadas que hacer. En ello estaba, cuando escuché gritos desde la sala de estar.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí? —pregunté al llegar, viendo a Susana completamente blanca y a Dafne roja de la ira.

—Cayetano, no sé quién será esta mujer, pero mientras que ella permanezca aquí, lo siento mucho, pero yo no vengo a limpiar más — dijo Susana, empezando a recoger sus cosas.

—Para empezar, de Cayetano, nada. Te dirigirás a él como, Señor Castellón. ¿Qué confianzas son esas? —le dijo Dafne, dejándome completamente sorprendido.

—Ella se dirigirá a mí como le dé la gana, ¿estamos? Tú no eres nadie para hablar en mi nombre. Y ahora mismo, me vas a explicar qué es lo que ha ocurrido. Susana, no te vayas, que ahora hablaré contigo, por favor —le dije, y ella asintió con la cabeza.

—De por favor al servicio, lo último que podía ver y escuchar…

—Pues sí, porque, aunque no te lo creas, son iguales que nosotros, solo que han tenido menos oportunidades. Por cierto, Susana, ya he preparado todo lo del bautizo de la niña, y yo seré su padrino —le dije, y ella empezó a llorar, por lo que me fui a abrazarla ante la estupefacción de Dafne.

—No, verás, si al final va a resultar que estáis liados… A mí me da igual, siempre y cuando seáis discretos. En nuestro mundo, esto es lo más normal, el señor liado con la criada — juro que me entraron ganas de cogerla por el cuello y lanzarla al jardín, pero me contuve.

—Susana, vamos a mi despacho, allí hablaremos más tranquilos. Y en cuanto a ti, ve mirando en las inmobiliarias algún sitio para alquilar o comprar, porque en mi casa no te quiero —le dije a Dafne, y ella me miró con suficiencia.

—Si yo salgo de esta casa, tú también, así que más vale que te lo pienses — contestó, subiendo las escaleras.

—Ven, siéntate a mi lado y cuéntame lo que ha pasado.

—Llamaron a la puerta, como tenía los cascos puestos no me enteré, así que entró por el jardín. Se puso como una energúmena, Cayetano, te lo juro. Yo no estaba haciendo nada malo, sabes que cuando me pongo a barrer, me encanta usar la escoba a modo de micrófono, y así me vio, cantando con el palo de la escoba.

—Y se puso a insultarte, ¿verdad?

—Menos bonita, me ha dicho de todo. De verdad que lo siento mucho por ti, porque sabes que te quiero mucho y te veo como a un hermano mayor, aparte de que no se puede ser más bueno, conmigo y con mi hija, pero mientras esa mujer esté bajo este techo, yo no vuelvo — dijo, con mucho pesar.

—Te prometo que no te volverá a molestar más, pero no me dejes solo ante el peligro. Aunque sean tres días a la semana, tengo a alguien más con quien ponerla verde — dije, y soltamos una carcajada.

—No me hagas reír, jodido, que sabes que no puedo con tus cosas.

—Pues no me abandones, te lo suplico —me puse a hacer teatro, como si me sintiera abandonado.

—Payaso… Está bien, pero como me diga algo, como se dirija a mí de manera despectiva, le voy a soltar cuatro cosas bien dichas, que lo sepas. Luego no vale reprocharme nada.

—Si le vas a decir cuatro cosas, me avisas, que yo también le diré otras cuatro.

Nos abrazamos riendo, cuando la vimos entrar por la puerta del salón, con esa cara de estar chupando un limón que era constante en su día a día. De verdad que no sé qué vi en ella la noche que nos acostamos. Seguramente, desplegaría sus malas artes conmigo, haciéndome ver que era una persona que no era, porque si se hubiera mostrado así, os aseguro que no me hubiese acostado con ella.

—Vaya, vaya… Veo que habéis hecho las paces. ¿En qué lugar me deja a mí esta situación? —preguntó desde el umbral de la puerta.

—En el mismo en el que estabas, vamos, un cero a la izquierda en mi vida. Te tengo que tolerar bajo mi techo, hasta que hable con mi abogado y me aclare ciertas cosas, pero hasta ahí. No pienso acostarme contigo, ni siquiera salir a tomar un café, que te quede claro — dije, bastante cabreado, la verdad.

—Claro, para las cuestiones de cama tienes a esta zarrapastrosa, que seguro que no tiene ningún escrúpulo en hacer lo que le pidas…

—Mira, chavala. Esta que está aquí, lo único que tiene con Cayetano es una bonita amistad, y lo defenderé hasta en el fin del mundo, porque ya quisieras tú tener la mitad de humildad y de corazón que tiene él. Así que, si no quieres que saque mi lengua a pasear, más vale que me trates con respeto. O puede ser que, cuando ponga la lavadora, se me cuele un tanga rojo en el lavado de tu ropa blanca.

—¿Has estado cotilleando mi maleta? Como me falte algo, lo que te va a faltar a ti va a ser calle para correr —le dijo a Susana, en tono amenazante.

—No he cotilleado nada, pero sois tan previsibles… Una mujer como tú, con esa cara de vinagre que llevas, lo único que tiene para atrapar a un hombre es su cuerpo, y lencería llamativa. Con esas premisas, no puede faltar un tanga rojo en tu maleta, de esos casi transparentes. Pero ¿sabes una cosa? Con Cayetano no te va a servir de nada, porque a él le gustan las mujeres más sencillas, como Marina. Esa sí que es una mujer para él, de las que se ha sabido buscar un hueco en la vida por ella misma…

—A esa le quedan dos telediarios, tanto en el trabajo como en su vida, te lo digo yo que soy su jefa y siempre me salgo con la mía.

Se me revolvió el estómago, y el Cayetano más agresivo salió de mi interior, como si fuera un volcán en erupción.

—Como te atrevas a ponerla en la calle… No, como seas capaz de abrirle un mísero expediente, vas a conocer al Cayetano de verdad, a ese que mata por los suyos, y no te va a gustar.

—Eso está en tu mano, ya sabes lo que tienes que hacer. Ponme un anillo en el dedo antes de la fiesta de Navidad del colegio, que es el sábado, por cierto, y a la que acudirás en calidad de mi prometido, o en cuanto termine el trimestre, estará engrosando las listas del paro. Por cierto, no te vayas a pensar que no me vas a acompañar poniéndome cualquier excusa, porque tus padres también vienen. Van a decir, de una vez por todas, que son los dueños del centro, y querrán que su hijo esté ahí, a su lado.

Me quede helado, un escalofrío me recorrió la espalda, por la maldad con la que habían andado todos. Tenía que haberme dado cuenta de que mis padres nunca juegan limpio, pero yo no soy mi hermana, y quien hizo la ley hizo la trampa.

¿Querían una boda? Pues la iban a tener, y sería la más mediática del año, os lo aseguro, porque yo también encontraría un as bajo la manga, así me dejara todos mis ahorros en el intento.

¿Tocaba jugar? Entonces, vamos a hacerlo, porque a estratega no me ganaba nadie. Si ellos se pensaban que se iban a salir con la suya, lo llevaban claro, aunque por el camino me tocara hacer bien mi papel de sumiso, el rebelde que llevaba dentro no se iba a quedar quieto.

El sábado por la mañana, tal y como me había prometido Susana, vino con Edurne, que me alegró con su visita, porque había tenido una noche movidita, ya que Dafne había intentado seducirme, de la misma manera que anticipó Susi, y me salió una carcajada cuando la vi, desatando su ira.

—¡Tío Caye! — gritaba la niña desde la puerta de entrada.

—Pero bueno, si ha llegado la niña más bonita de toda la ciudad. Que digo de la ciudad, de todo el Universo. Ven aquí y dame un beso tan grande como tú —le dije a la pequeña, que se lanzó a mis brazos, dejándome toda la cara llena de babas con sus besos, pero no me importaba en absoluto.

—Espero que te laves bien la cara cuando se marchen, te podría pegar cualquier cosa con esas babas — dijo Dafne, poniendo cara de asco, mientras la niña se quedaba cortada, escondiendo su carita en mi cuello.

—Si ya no se lo has pegado tú, mi hija no le pegará nada. Es más, no te vayas a acercar a ella, no seas que con tu mala leche y la cara de bruja que tienes, la asustes y se ponga a llorar —le contestó Susana, mientras yo me reía a carcajadas.

—Parece ser que, el que esta zarrapastrosa me insulte, te hace mucha gracia. Pero a ver quién ríe el último. Ella, que de seguro que no sabe ni quién es el padre de esa bastarda —me fui a levantar, para decirle algo, pero no me dio tiempo, porque Susana le cruzó la cara de un guantazo.

—A mí, me dices lo que te dé la gana, porque me importan bien poco tus palabras, pero a mi hija ni le respires. ¿Te enteras? No voy a consentirte ni una mínima palabra contra ella, porque entonces verás a la leona que llevo dentro —le dijo, mientras la cogía por la pechera de la camisa.

—Yo no estoy acostumbrada a estos comentarios tan bajunos y soeces. Mientras que esta niña esté aquí, prefiero marcharme — dijo, mirándonos por encima del hombro.

—Haz lo que te dé la gana, porque esta preciosidad y yo, nos vamos al centro comercial de compras, que esos zapatos ya van un poco pequeños, y el abrigo también —le respondí, y vi como le salía el humo por las orejas (en sentido figurado, por supuesto)

—Ya decía yo que tanto defenderte tenía que ser por algo, como que te ha visto como su cajero automático, pero bueno, allá tú. Eso sí, esto continuará hasta que sea la boda, porque después, no la quiero ver por aquí en la vida, a ninguna de las dos…

Se fue dando un portazo, mientras la pequeña me miraba con una dulzura y un amor que no estaba acostumbrado a ver en nadie, y su madre, lo hacía con una mezcla de miedo y vergüenza.

—No quiero que tengas problemas con ella por nuestra culpa, Cayetano. Será mejor que no volvamos más, por lo menos no de visita — dijo Susana, con algo de pena.

—Ya te he dicho que, de ella, me ocupo yo. Ahora, vámonos de compras, que me hacen falta casi las mismas cosas que a la niña.

—No, Cayetano, no quiero que la gente se confunda contigo, ni me apetece cargar con más comentarios a mis espaldas, que ya lo pasé fatal cuando empecé a salir con el padre de Edurne.

No le hice caso, salí con la niña en brazos y ella siguiéndome, hasta que la montamos en el coche. Tenía una sillita de bebé para cuando pasaba estas cosas. Nunca me había contado nada sobre el padre de la niña, tan solo que salió corriendo en cuanto supo que estaba embarazada, pero de pronto empezó a contarme…

—Conocí a Iker un verano antes de que naciera Edurne, y me enamoré como una tonta. Estaba aquí de vacaciones con unos amigos, pero ese mismo año empezaría en la universidad de aquí a estudiar Ingeniería. Nos acostamos varias veces, y nos fallaron los anticonceptivos. Era de Madrid, de una familia adinerada, y todos pensaban que me había liado con él por el dinero, cuando lo cierto es que lo hubiera hecho igual si hubiera sido barrendero. Le dije que teníamos que hablar, que íbamos a ser padres. Quedó en venir a mi

casa al día siguiente, pero ya no apareció más, me bloqueó de todos los sitios, y me quedé sola con mi niña.

—Eres muy fuerte, Susana, no todo el mundo es capaz de enfrentarse a eso con dieciocho años. Edurne, cuando sea mayor, te lo agradecerá.

Capítulo 15



Marina

Había llegado el día de la cena de Navidad de la empresa, y ahí estaba, arreglándome para el evento. Me había comprado un vestido negro, estrecho, de escote en v y mangas de gasa transparente. Me lo puse con unas medias negras y unos estiletos de tacón alto del mismo color. Encima me iba a poner un abrigo en color camel que me quedaba ideal con el conjunto. Había ido a la peluquería para que me pusieran ondas en el pelo y me maquillaran. Les enseñé una foto del vestido, y me aconsejaron un maquillaje de ojos ahumados y los labios de color rojo putón, como decía mi amiga Olga, y el pelo recogido en una coleta baja, con la raya en medio y algunas ondas en ella.

Hoy no iba a coger el coche, habíamos quedado en que nos iríamos todos juntos en un taxi, por eso bajé al portal, para esperar a que viniera Eneko a recogerme, de ahí iríamos a por Nacho y Marta, que eran los que vivían más lejos.

—¡Madre mía de mi alma! Porque los que vamos a la cena nos conocemos todos, porque de lo contrario, me iba a pegar a ti como una lapa para que no se te acercara nadie — dijo Eneko cuando me vio llegar.

—Tampoco eres tú exagerado ni nada, chaval. Pero bueno, aunque en la cena estés tranquilo, siempre puedes ejercer de guardaespaldas en la discoteca, porque yo no pienso quedarme solo con la cena — dije, sonriendo.

—Las malas lenguas dicen que hoy tendremos una sorpresa durante la cena, y viniendo de la víbora esa, cualquiera sabe lo que nos podemos encontrar —me contaba él.

—A mí, mientras me mantengan el puesto de trabajo y me paguen, que haga lo que le dé la gana, sinceramente. Encuentro algo excesivo el control tan férreo que lleva en el centro, pero bueno, ella sabrá lo que hace. Al fin y al cabo, los propietarios le han dado plena potestad para ello.

—Si yo no digo lo contrario, pero con sus normas tan absurdas, está creando un mal ambiente en el trabajo que es notable desde el primer momento en el que entras en el centro.

—Bueno, que haga lo que quiera, esta noche es para disfrutar, y vamos a hacerlo. Me voy a beber hasta el agua de los floreros, y voy a bailar hasta que me tengan que amputar los pies…

—¿No crees que es mejor que te quites los zapatos antes de llegar a tal extremo? Vamos, es solo una apreciación y otra opción que pongo encima de la mesa — dijo, y soltamos una carcajada.

Recogimos a Marta y Nacho, que también iban guapísimos, la verdad, y pusimos rumbo al hotel donde se celebraría la cena. Habían reservado un salón para nosotros, y según podíamos ver, después de que comiéramos, había una zona para bailar con música en directo, eso por lo visto era nuevo este año.

La decoración estaba muy cuidada, y era algo en lo que se veía la mano de Dafne, era indiscutible. Nos encontramos con el resto de compañeros, que estaban en la puerta, no querían entrar solos y encontrarse a la “dama de hierro”, como la llamábamos fuera del instituto, y les pusiera cara de desaprobación.

Entramos todos juntos, pero ella todavía no había llegado. Miramos en la mesa en la que estábamos sentados y nos recibieron con una copa de champán a cada uno. Nos sentamos y, una vez que estuvimos todos situados, entró ella, pero no se sentó, fue directamente hasta el atril que había, para decir unas palabras.

—Buenas noches a todos, y felices fiestas. Estamos aquí reunidos para festejar la Navidad, y todo ello se lo debemos a los propietarios del centro, que han decidido salir a la luz, enseñarles a todos a quién pertenece, como nunca antes se ha hecho. Es por ello que pido un fuerte aplauso para mis suegros y mi prometido, los señores Castellón —dijo, y un escalofrío me recorrió la espalda. Volví la cara, y me di de bruces con ellos, quedándome blanca de la impresión.

—Marina, ¿te ocurre algo? —me dijo Eneko.

—Necesito que me dé el aire — dije, levantándome y dejándolos a todos allí.

No me lo podía creer. Y ese era el que decía que no estaba preparado para una relación seria, pero omitió que para lo que no lo estaba era para hacerlo conmigo. ¿Había una persona más falsa que él? Ya os lo digo yo, No, así, en mayúsculas.

Tenía pensado marcharme, pero no, ya estaba harta de ser yo la que siempre se iba de los sitios. Además, estaba Eneko, que me había demostrado que estaba realmente interesado en mí. Le daría una oportunidad, porque yo también me merecía ser feliz, aunque fuera poco a poco, que el despecho tampoco era un buen motivo para empezar una relación.

—¿Estás mejor? — preguntó, saliendo a la terraza a buscarme.

—Sí, ha sido que no me esperaba que los dueños fueran esos, simplemente.

—¿Los conoces?

—Mejor que nadie. ¿Recuerdas cuando te dije que mi corazón tenía dueño? Pues es el hipócrita del prometido de Dafne. Ese que me comió la oreja con palabras bonitas y de amor, para largarme de su casa en cuanto que se acostó conmigo, con la excusa de que no estaba preparado para una relación, cuando lo cierto es que ya tenía una, con ella —le dije, mientras que mis lágrimas resbalaban por mi rostro. Afortunadamente, el maquillaje era *waterproof*.

—No se merece ni una lágrima tuya. Sigue tu vida, Marina, no permitas que él te lo quite todo. Date la oportunidad de olvidarlo, o serás infeliz durante toda tu existencia.

—Tienes razón, lo olvidaré a como dé lugar, de eso no tengo dudas. Ahora, vayamos dentro y pasemos una buena noche, porque su presencia no me va a incomodar, eso te lo aseguro.

Entramos, ninguno de los compañeros de mi mesa me preguntó nada, dieron por hecho que había sido por el calor que hacía en la sala, que se me había bajado la tensión.

La cena transcurrió entre risas de las ocurrencias de Nacho por el menú, que decía que, en cuanto que saliera, iba a comprarse una hamburguesa gigante en el búrguer que había en la acera de enfrente.

—¿Habéis visto la comida que nos están poniendo? Como se nota que el menú lo ha elegido la escuchimizada esa que tenemos de directora. Mucho lujo de decoración y habrá contratado a un grupo famoso para cantar, pero de comer, más bien poco —decía, pero en un tono como si nos estuviera haciendo una confesión, con lo cual, nos reíamos todavía más.

—Esta, en su casa, tiene que desayunar alpiste, te lo digo yo. Así tiene esa cara de estreñida que lleva —dijo Eneko, y más nos reíamos.

—Eneko, compañero, a esta no le han echado un buen polvo en su vida. Y eso que el prometido tiene pinta de empotrar bastante bien, pero tiene que ser que ella no quiere estropearse el peinado —dijo Marta, y ahí mi boca, o más bien el vino, habló por mí.

—El prometido empotra que da gusto, y nunca mejor dicho. Te lo digo con conocimiento de causa —solté por mi boquita.

—¿Te has tirado al prometido de la jefa? — preguntó Nacho, completamente asombrado.

—Digamos que tuvimos un amor de verano hace muchos años, cuando ambos éramos adolescentes…

—Eso no cuenta, a esa edad todos empotramos de maravilla, y tú has hablado como si lo hubieras catado hace bien poco — interrumpió mi compañero.

—Nacho, ¿recuerdas lo que te conté de mi primer amor y lo que me había pasado cuando volvió? Pues es él. Y con esto, se terminó el cotilleo. Cayetano queda fuera de mi vida desde este preciso momento —dije, y todos me respetaron.

Empezaron las copas y los bailes, y ahí que nos fuimos los cuatro. Cayetano no me quitaba el ojo de encima, por mucho que su prometida le regañaba por hacerlo.

Eneko y yo bailamos una bachata muy sensual, entre otras muchas cosas, y cuando terminamos, tenía la necesidad de ir al baño.

—Ahora mismo vuelvo, voy al baño, que todo el líquido que ha entrado, necesita salir de mi cuerpo —les dije a todos, que siguieron en la pista, bailando.

Entré en el baño, pero cuando salí del cubículo, ahí estaba él, Cayetano. Mirándome como si estuviera decepcionado conmigo, cuando la que tenía que estar así era yo, no él.

—¿Qué estás haciendo con ese tipo, Marina? — preguntó, enfadado.

—Lo que yo haga o deje de hacer, no es de tu incumbencia. Será mejor que vuelvas al salón con tu prometida. Para no querer una relación seria, te ha faltado tiempo para comprometerte —le dije, y me miró con una sonrisa.

—Estás con él por despecho, pero a quien quieres realmente es a mí —me dijo, mientras se iba acercando lentamente.

Llegó un momento en el que ya no podía dar más marcha atrás, puesto que choqué con la pared del baño. Vi en sus ojos el deseo, la lujuria, y un escalofrío recorrió mi espalda.

No se lo pensó dos veces, me cogió por la cintura, pegándome a él, y me besó. No fue un beso dulce, ni mucho menos, fue ardiente, pasional, nuestras lenguas se buscaron sin descanso, nuestros dientes chocaban entre sí por la necesidad que nos teníamos.

Su mano bajó hasta la parte baja de mi vestido, esa que subió hasta enrollarlo en mi cintura. Siempre me había gustado usar las medias de liguero, ya que los pantis me resultaban un tanto incómodos, por lo cual, se encontró directamente con mi braguita.

Con dos de sus dedos, apartó mi tanga de encaje, acariciando mi sexo de arriba abajo y encontrándome completamente mojada por los que me había provocado.

Se abrió su pantalón, sacó su miembro y me penetró. Me tenía de pie, con una rodilla levantada, por lo que, me cogió por las nalgas y me elevó, haciendo que enrollara mis piernas en su cintura. Sus embestidas me estaban llevando al cielo, y juro por lo más sagrado que en ese momento no existíamos nada más que él y yo. No pensaba en sus padres, ni en su prometida, ni siquiera en que pudiera entrar alguien y cogernos infraganti. El placer que estaba sintiendo me tenía completamente embargada.

Fue un aquí te pillo, aquí te mato de manual, y ambos nos corrimos al mismo tiempo, que era algo que, normalmente nos ocurría cuando estábamos juntos, no me pasaba con nadie más que con él.

—Esto no va a volver a suceder. Si tienes ganas de echar un polvo, te traes a la estirada de tu prometida. Yo no soy un pañuelo de usar y tirar, puedes tenerlo claro — dije, más enfadada conmigo misma que con él.

—Eres mía y siempre lo serás, no lo olvides —me dijo, se subió los pantalones y salió de allí, dejándome más devastada que antes.

Entré de nuevo en uno de los cubículos, no podía salir de allí después de lo que había pasado entre nosotros y verlo con Dafne, como si no hubiera sucedido nada.

Cuando Marta vio que estaba tardando, entró a buscarme, y ya no pude más, me derrumbé, necesitaba desahogarme con alguien, y sabía que mi compañera no me juzgaría, puesto que no había sido yo quien fue a buscarlo, sino al contrario.

Capítulo 16



Marina

—Ahora que ya te has calmado un poco… ¿me vas a contar que es lo que ha pasado aquí? —me preguntó Marta, una vez que dejé de llorar.

—Que soy una imbécil, eso es lo que ha pasado.

—Venga, Marina, no seas tan cruel contigo misma, seguro que no es para tanto.

—Si consideras que follar con el prometido de la señorita Martínez en este baño hace apenas unos minutos, no es para tanto, deberías hacértelo mirar —dije, y me miró completamente asombrada.

—¿Cómo? Explícamelo desde el principio, quizás así lo entienda.

—Entré en el baño y, cuando salí del cubículo, estaba ahí, apoyado contra el lavabo. Me preguntó qué era lo que estaba haciendo con Eneko, tuvimos unas palabras más fuertes que otras, me arrinconó contra la pared, y me besó. Después de eso, la cosa se nos fue de las manos, y terminamos haciéndolo como animales, sin importarnos que alguien pudiese entrar. Y yo… yo no me resistí, dejé que me usara de nuevo. Cuando terminamos, me dijo que yo era suya, que no lo olvidara, y se marchó, dejándome tirada y sola, como ha hecho siempre. No sé cómo he podido ser tan gilipollas, te lo juro —dije, mientras que mis lágrimas corrían mejillas abajo. Pero ya no solo eran lágrimas de dolor, sino que también eran de rabia.

—No eres gilipollas, eres una mujer enamorada. Es tu corazón el que no deja que tu cabeza entre en acción, por eso, cuando todo termina, te sientes culpable, pero no debes hacerlo. En el amor, las cosas a veces son incomprensibles, Marina, no te castigues más —me dijo Marta, sin soltar mis manos.

—Es que no me lo explico, Marta. Estoy completamente convencida de que no lo quiero en mi vida de nuevo, pero, en cuanto aparece en mi radar, toda mi voluntad queda anulada.

—Vamos a hacer una cosa, refréscate la cara un poco, y sal ahí afuera como si nada hubiera pasado. Demuéstrale que, si a él estos encuentros no le afectan, a ti tampoco, que es sexo, sin más, aunque sea la mentira más gorda que tengas que contar.

Me refresqué la cara y el cuello. Marta llevaba un frasquito de colirio en el bolso, así que me eché en los ojos, puse mi mejor sonrisa, y me dispuse a volver al salón donde estaban todos mis compañeros, pero, nada más salir, me di de bruces con aquella mujer.

—Señorita Rivera, ¿le ocurre algo? —me preguntó, sarcásticamente.

—Oh, nada, no se preocupe. Tan solo es que, no estoy acostumbrada a llevar tanto maquillaje y debe ser que la máscara de pestañas me ha dado alergia. Nada que unas gotas de colirio de mi compañera Marta no haya podido solucionar — dije, con la sonrisa más falsa que pude poner.

—Tan solo espero que no haya sido porque haya vuelto a ver a…

—Le he dicho, señorita Martínez, que ha sido una alergia a la máscara de pestañas, no tiene que suponer nada más. Ahora, si nos disculpa, volvemos a la fiesta —le contesté, y la dejé plantada en el pasillo, con cara de pocos amigos.

Entré del brazo de Marta, riendo por algo que me había dicho, pero las sorpresas desagradables no terminaron ahí, ni mucho menos. El destino se había propuesto amargarme la fiesta, y lo estaba consiguiendo.

—Marina, querida… —me dijo Paola, la madre de Cayetano, nada más entrar al salón.

—Paola, Sergio, un placer volver a verlos. ¿Qué tal todo? —les pregunté, de la manera más educada que pude.

—Siento no decir lo mismo, señorita Rivera — contestó el padre.

—Yo mejor os dejo a solas, te esperamos en la mesa, amiga —me dijo, dándome un abrazo, mientras los padres de Cayetano nos miraban con un gesto de desaprobación.

—Mira, Marina, voy a ser sincera contigo —habló Paola, nada más quedarnos a solas.

—Eso sí que es una novedad, que alguien sea sincero en su familia — respondí, con sarcasmo.

—Si quieres conservar tu trabajo más allá de que finalice el primer trimestre, olvídate de mi hijo. Cayetano está destinado a casarse con una mujer como Dafne, guapa, culta y educada…

—Y lo principal, de su misma clase social, no como tú, que no eres nadie. En nuestro mundo, esto es lo normal, así que, aléjate de mi hijo —me exigió el padre.

—Para empezar, no soy yo quien lo busca, sino más bien al contrario. Con respecto a lo demás, no pienso aguantar tonterías en el trabajo, así tenga que ir a denunciaros a la Conserjería de Educación. Y en relación con lo que has dicho de vuestro mundo, prefiero mil veces quedarme en el mío, con unos padres que buscan mi felicidad, y no aparentar delante de nadie. Ahora, si me disculpan, me están esperando. Buenas noches —les dije, y puse rumbo a donde estaban mis compañeros.

Como tenía mala cara por todo lo que había pasado, decidí contarles una pequeña mentirijilla, porque quería salir de allí lo antes posible, así que alegaría que no me encontraba bien para poder marcharme.

Tal y como pensaba, no me dejaron sola, sino que ellos se marcharon también. Estábamos en la recepción del hotel, camino de la puerta de salida, cuando escuché que me llamaban.

—Marina… Marina, espera, por favor —era Cayetano quien lo hacía, pero no me quedé, salí a la calle a que me diera el aire, franqueada por mis tres amigos.

—Vamos, amiga, salgamos fuera — dijo Marta, cogiéndome del brazo, ya que mis piernas temblaban por todo lo que había sucedido esa noche.

—¿Podemos hablar a solas? —me preguntó, cuando llegó a mi altura.

—Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Ya está todo dicho — respondí, sin mirarlo a los ojos, o me derrumbaría de nuevo, y tenía que demostrarle que era fuerte.

—Venga ya. Tanto tú, como yo, sabemos que es no es cierto. Tenemos mil cosas de la que hablar — contestó, enfadado.

—Marina ya te ha dicho que no quiere hablar contigo — dijo Eneko, interponiéndose entre los dos.

—Tú, no te metas, esto no tiene nada que ver contigo —le respondió Cayetano, apuntándolo con el dedo.

—Por supuesto que tiene que ver conmigo. Ella es la persona…

—Ella es la persona de la que estás enamorado, pero déjame que te aclare algo, su corazón es mío, al igual que su pasión. ¿Te ha contado que hemos follado antes, cuando fue al baño? —lo interrumpió, y pude ver el dolor en el rostro de Eneko, a pesar de que entre nosotros no había nada.

No me lo pensé, me fui para Cayetano y le di tal tortazo en la cara que no fue ni medio normal, yo creo que le saltó hasta el empaste de la muela. Me miró con una mezcla de rabia y pasión que me puso los vellos de punta, pero no me quedé a departir nada más con él, sino que me monté en el taxi que acababa de llegar y le pedí que saliera lo más rápido posible de allí.

—No estás en condiciones de pasar la noche sola, Marina — dijo Marta, tomándome de la mano.

—Precisamente eso es lo que quiero, lo que necesito. Llorar a solas, recomponerme de todo lo que ha pasado esta noche, y acompañada no lo voy a conseguir —le expliqué, amablemente, para que me entendiera.

—Está bien, pero prométeme una cosa. Si te encuentras mal, si necesitas compañía, lo que sea, no dudes en llamar a cualquiera de nosotros.

—Yo me bajo con ella, y luego tiro para mi casa que está aquí al lado. Además, me vendrá bien dar un paseo y despejar la mente — dijo Eneko, y no quise contradecirlo, porque le debía una disculpa.

Llegamos al portal de mi casa y nos bajamos, Eneko y yo, no sin antes hacerme jurar que la llamaría si lo necesitaba. Nos dimos un abrazo y un beso, y siguieron el camino hasta su casa.

—Eneko, yo… lo siento —le dije, mirándolo a los ojos.

—No tienes que sentir nada, Marina. Nunca me distes esperanzas, fui yo el que pensaba que, una vez que vieras que él tenía una vida sin ti, quizás recapacitaras en mi propuesta. Pero, como dice Marta, el corazón va por libre y no se puede controlar — dijo, dándome un abrazo.

—Joder, ¿por qué no me enamoraría de ti y sí de ese impresentable? — dije, llorando sobre su pecho.

—¿Sabes lo que más me duele? Que hace contigo lo que le da la gana, y tú se lo permites. Ten el coraje, Marina, ponte en tu sitio y no dejes que te vuelva a manipular. Tú no eres su marioneta.

—Te prometo que lo voy a intentar. Creo que voy a ir a terapia, que es lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo.

Nos despedimos con otro abrazo, y lo vi como encaminaba sus pasos calle abajo, de camino a su hogar, mientras yo entraba en mi portal, buscando mi refugio, mi lugar seguro.

Nada más traspasar la puerta, no llegué ni al sofá. Me fui resbalando por ella, hasta quedar sentada, con mi espalda apoyada y las rodillas encogidas, donde resguardé mi rostro, llorando, ahora sí, sin control. Necesitaba sacar todo el dolor y la rabia que llevaba dentro. Estoy segura de que, si hubiera sido más temprano, un buen grito me hubiera ayudado, pero al ser la hora que era, no quería despertar ni alarmar a los vecinos.

No sé el tiempo que estuve en esa posición, tan solo sé que, cuando me levanté, tenía los brazos y las piernas entumecidas. Una buena ducha me vendría genial, y eso hice, me desnudé y dejé que el agua borrara todo rastro de aquella noche. Mientras lo hacía, escuché mi móvil vibrar, como si hubiera llegado alguna notificación, pero seguro que era Marta para preguntarme como estaba, mañana le contestaría.

Me puse mi braguita y una camiseta que usaba para dormir, no podía hacerlo con pijama, de nunca, me sentía como atrapada entre tanta tela. Me recogí el pelo en un moño alto, como solía hacer siempre, y me acosté. El abrigo de mi sábana y mi edredón me parecieron el paraíso. Por suerte, al día siguiente no tenía que trabajar, al ser sábado, y me podría llevar todo el tiempo que quisiera vegetando, que nadie me iba a decir nada.

Me despertó una llamada de teléfono, no sabía que hora era, pero para mí fue como si me llamaran de madrugada, del dolor de ojos y de cabeza que tenía por haber llorado tanto.

—¿Se puede saber dónde te metes? Llevo más de una hora llamándote —dijo Olga, con su voz cantarina, como siempre.

—En mi casa, pero no tengo ganas de nada. Así que, si vas a proponerme un plan de salida, desde ya te digo que no, no puedo con mi cuerpo —dije, y la escuché resoplar.

—Me he enterado de un cotilleo. Dame diez minutos y bajo a contártelo.

Y así, tal y como había llamado, colgó la llamada. Me levanté, fui al baño, me lavé los dientes, la cara y volví a recolocar mi moño. Me vestí con unas mallas que tenía para estar en casa, una sudadera y mis calcetines gordos, no

me gustaba usar zapatillas mientras que estaba allí, siempre había preferido andar descalza.

Fui a la cocina, me preparé un café y un Naproxeno para el dolor de cabeza. En ello estaba cuando llamaron a la puerta, y supuse que sería Olga, que seguramente se había dejado las llaves arriba, en su casa.

—Se puede saber por qué no has entrado con tus… llaves —dije, sorprendiéndome de quién estaba al otro lado de la puerta, que como habéis imaginado, no era mi amiga.

Capítulo 17



Cayetano

Salí de ese baño peor que había entrado, os lo prometo. No sé cuándo me vi con el derecho de ir a reclamarle nada a Marina, pero lo cierto es que los celos me estaban consumiendo durante toda la noche, al verla bailar y reír con ese tipo.

—Como sigas así, se te van a salir los ojos de las cuencas. Se supone que es a mí, a quien deberías de estar prestando toda tu atención, no a esa profesora de medio pelo —me espetó Dafne, una de las veces.

—Sabes de sobra que no quiero nada contigo. Me repatea la gente como tú, que por cojones se tiene que salir con la suya, sin importarle los sentimientos de nadie — contesté, con una sonrisa, como si estuviéramos teniendo una conversación de lo más normal.

—No te casarás con ella, jamás. Así que, ¿por qué no la dejas que siga su vida? ¿Tanto te duele verla feliz con otro hombre? — dijo, y tenía razón con sus palabras, pero no podía, era superior a mis fuerzas.

—Déjame en paz. Con ella no me casaré, pero contigo, tampoco. Ve metiéndotelo en la cabeza.

Me levanté y salí a la terraza, a que me diera el aire, pero entonces la vi, como salía del salón para ir al baño, y no me pude resistir a marcharme detrás de ella.

Por supuesto, no lo hice atravesando el salón donde estaban todos, o sería demasiado evidente para mis padres y para Dafne, sino que lo hice a través de la sala contigua, cuya terraza se comunicaba con la que yo estaba.

Con paso decidido, fui hasta el baño en el que suponía que estaba ella. Entré y cerré el pestillo desde dentro, no quería que nadie nos interrumpiera en esta conversación, y la esperé, apoyado en el lavabo a que saliera del cubículo.

Le reproché su actitud, sin tener por qué hacerlo, ya que había sido yo la única persona que la había echado de mi vida. Y, poco a poco, lentamente, me acerqué a ella. Tenía que comprobar que me seguía amando, y la besé, pero no se quedó ahí la cosa, sino que me atreví a ir más allá. Como siempre me pasaba cuando ella estaba cerca, mi deseo llegaba a límites insospechados, y lo hicimos ahí mismo, contra la pared.

—Eres mía y siempre lo serás, no lo olvides —le dije, saliendo del baño, como si eso cambiara algo en nuestra situación, cuando en realidad, lo único que lo hacía era todo más doloroso.

Un tanto desconcertado por lo que había hecho, me encaminé de nuevo al salón, donde mi "prometida" y mis padres me esperaban con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber de dónde vienes? Eres el anfitrión, Cayetano, y no puedes ir corriendo detrás de la primera falda que se te cruce, no al menos estando aquí tu prometida — dijo mi padre, en un tono que evidenciaba su enfado.

—Vengo de dar un paseo, no de correr detrás de ninguna falda, entre otras cosas porque solo me interesa una, y no es la de Dafne, precisamente, a la que no considero ni mi pareja, cuanto menos mi prometida —le dije, haciendo que su enfado aumentara.

—Eres un desagradecido, y más te vale que te vayas haciendo a la idea de que te vas a casar con ella, o serás un desgraciado toda tu vida.

—¿Más o menos como tú? Venga ya, papá, que te he visto todos estos años junto a mi madre y no habéis hecho otra cosa más que hablar de negocios. Todavía me pregunto como fuimos capaces de venir al mundo Olalla y yo, a veces pienso que fue por reproducción asistida, porque poca pasión se ha visto entre ustedes — contesté, haciendo que su sangre hirviera en las venas.

—El matrimonio de tu padre y mío te debería servir como ejemplo. Nunca nos amamos, pero no por ello perdimos el respeto del uno al otro. ¿Quieres acostarte con esa mujer? Hazlo, pero procura que tu mujer no se entere. Será la única manera de que puedas tenerla…

—¿Acaso piensas que todas las mujeres tienen tan poca dignidad como tú, mamá? Porque, estoy seguro de que, si le llego a proponer a Marina, que se quede como mi amante, me cruzaría la cara sin pensarlo dos veces.

—Pues entonces, céntrate en tu prometida. Dafne lo tiene todo, es guapa, tiene un buen cuerpo, y en la cama tiene que ser un volcán —dijo mi padre, mirándola como si se la quisiera comer con los ojos.

—Si tiene tantas virtudes, cásate tú con ella, porque yo no pienso hacerlo. Y ahora, si me disculpáis, voy a tomarme una copa, que la necesito.

Los dejé allí, mientras me fui a la barra a tomarme un whisky doble, que era lo que más me apetecía en estos momentos. Vi como Dafne salía del salón, y al poco tiempo, entraba Marina con su amiga, esa que no se había separado de ella en toda la noche.

Mis padres la interceptaron a la entrada, parecía mentira con la frialdad con la que le estaban hablando. Cualquiera diría que no la conocían desde que era una niña, que no habían sido ellos los que nos habían separado.

Después de esa conversación, la vi llegar hasta donde se encontraban sus amigos y compañeros, con la cara un tanto descompuesta, y como todos la acompañaban hasta la salida. Tenía que correr y hablar con ella, necesitaba saber con qué la habían amenazado mis padres, y eso hice.

La llamé varias veces, pero no me hizo caso, porque oírme, estoy seguro de que me había oído. Aligeré más el paso, hasta alcanzarla en la puerta del

hotel. Tuvimos varias palabras, pero no ella conmigo, sino el hombre que había estado con ella durante toda la noche, y no me pude callar, cuando debería de haberme mordido la lengua.

—Ella es la persona de la que estás enamorado, pero déjame que te aclare algo, su corazón es mío, al igual que su pasión. ¿Te ha contado que hemos follado antes, cuando fue al baño? —Pude ver la decepción en la mirada de Marina, pero también la rabia, puesto que la había tratado como si fuera una cualquiera delante de sus compañeros.

No me lo vi llegar, me dio un guantazo que me dolió más en el corazón que en la cara. Se montó en el taxi que había llegado, y se marchó junto a los mismos compañeros que estaban ahí con ella.

—¿Dejarás de hacer el tonto alguna vez por esa mujer? Me estoy pensando que no va a superar el periodo de prueba. No es digna de estar en un centro así quien es capaz de follarse al prometido de su directora — dijo Dafne, que estaba detrás y lo había oído todo.

—No serás capaz. Marina es una de las mejores profesoras y químicas que conozco. Si no fuera porque sé que me diría que no, ya la habría incorporado en mi equipo.

—Podrá ser todo lo buena química que quieras, pero no tiene moral ninguna, y eso, querido, deja mucho que desear.

—¿Eso lo dices tú? No me hagas reír, por favor. La única que no tienes moral en este triangulo, eres tú, a la que no le ha importado nada que el hombre con el que te has comprometido, a la fuerza por mi parte, dicho sea de paso, esté enamorado de otra persona —casi le grité, y la dejé allí, tenía que alejarme de ella o terminaría arrepintiéndome.

Me fui dando un paseo, que me diera el aire, era lo que necesitaba. Sin darme cuenta, mis pasos me fueron llevando hasta la casa que le tenía alquilada a Marina, y pude ver como todas las luces estaban apagadas. No me marcharía, esperaría a que se despertara y hablaría con ella, tenía que saber qué demonios le habían dicho mis padres, para poder tomar cartas en el asunto.

Subí hasta su piso, y me senté en la escalera hasta esperar que se escuchara ruido en el interior de su casa. No sé el tiempo que estuve allí sentado, pero sí que, llegado el momento, me quedé dormido apoyado en la pared. En cuanto que abrí los ojos, escuché como se estaba preparando un café en la cocina, la cafetera con la que surtí el apartamento, era bastante escandalosa.

Me planté delante de la puerta y llamé al timbre, esperando que no me cerrara la puerta en la cara.

—Se puede saber por qué no has entrado con tus… llaves —me dijo, quedándose a medias en sus palabras cuando la persona que encontró detrás de la puerta no era la que ella imaginaba.

—Marina…

—¿Qué haces aquí, Cayetano? ¿No te parece que me has hecho ya suficiente daño? —dijo, con bastante rabia, todo hay que decirlo.

—¿Puedo pasar?

—No, este es mi refugio, y no voy a consentir que lo profanes.

—Si quisiera, podría pasar sin pedirte permiso, ya que yo…

—Tú, ¿qué, Cayetano? —me interrumpió, y lo agradecí, porque estuve a punto de decirle que la casa era mía, y parecía que ella no lo había descubierto todavía.

—Yo… nada. Marina, estoy aquí para saber qué fue lo que te dijeron mis padres anoche durante la cena, y a explicarte todo con tranquilidad.

—No me dijeron nada que no supiera, y que no tuviera claro. Pero no me van a dejar sin trabajo por tu culpa. Por primera vez en mucho tiempo, me siento a gusto entre mis compañeros, estoy feliz, a pesar de que tu prometida sea una bruja que nos intente amargar la existencia a todos — dijo, haciendo hincapié en la palabra prometida.

—Marina, estoy haciendo todo lo que está en mi mano para que no te veas afectada en ninguno de los aspectos de mi vida, te lo prometo…

—¿Sabes lo que tienes que hacer? Echarle un buen polvo a tu chica, a ver si se le quita esa cara de vinagre que tiene, y a mí… a mí déjame en paz.

—Esos polvos, como tú dices, no los puedo echar con nadie que no sea contigo, Marina. Sé que ahora no entiendes nada, que mi comportamiento te resulta demasiado confuso, pero te prometo que, con el tiempo, lo entenderás —le dije, intentando ganar algo de tiempo.

—Me parece perfecto, cuando me lo puedas explicar, me llamas. Mientras tanto, hazme el favor de mantenerte alejado de mí. Y ahora, si me perdonas, tengo mucho que hacer — dijo, cerrándome la puerta en las narices, sin ningún miramiento.

Durante un rato no fui capaz de mover mis pies de ese felpudo, hasta que escuché a Olga bajar la escalera cantando. Y entonces, antes de que me viera y ponerla en una situación un tanto complicada, entré en el ascensor y bajé a la calle.

Todavía llevaba la misma ropa que anoche, y tenía una peste a alcohol y sudor que me hacía sentir incómodo, por eso, en cuanto vi pasar un taxi, lo paré para que me llevara de vuelta a casa, donde me esperaba una ducha y mi cama, ya que necesitaba descansar.

—Por fin apareces — dijo Dafne, que estaba acompañada de mi madre, cuando llegué a mi casa.

—No te tengo que dar explicaciones ni a ti ni a nadie, que no se te olvide — contesté, casi sin mirarla a la cara.

—Yo siempre seré tu madre, y ella es tu prometida, que parece que se te ha olvidado. Y a nosotras, siempre, nos tendrás que dar todas las explicaciones que necesitemos — dijo mi madre, mirándome por encima del hombro.

—No tengo ganas de discutir. Tan solo quiero darme una ducha y meterme en la cama, me duele mucho la cabeza.

—Si no hubieras bebido tanto anoche, no tendrías que lamentarte ahora. Y eso, tendrá que esperar a más tarde, tu padre ha reservado mesa en el restaurante de la playa para todos sus conocidos de la ciudad, y es tu obligación estar allí.

Capítulo 18



Marina

Cayetano intentó darme explicaciones sobre lo que había ocurrido, pero no lo dejé, no las quería, ya su tiempo para eso había pasado. Ahora, tan solo quería seguir con mi vida, sin que nada ni nadie me la estropeara, ese sería mi propósito de año nuevo, continuar mi vida sin que su presencia me afectara de algún modo.

—Tengo chisme… ¿Qué te pasa? —me preguntó Olga, nada más entrar en mi casa y verme con la mirada perdida, sentada en el sofá del salón.

—Ahora te lo cuento, pero primero tú.

—En estos momentos no tengo yo tan claro que te venga bien escuchar ese chisme.

—Me vendrá de maravilla, te lo aseguro. Así que, suelta por esa boquita.

—Está bien, pero bajo tu responsabilidad, que quede claro. Anoche, mientras estábamos cenando, escuché una conversación entre Jesús y Fale, en la que se decía que Cayetano y su familia, eran los propietarios del instituto en el que trabajas, y que…

—Y que su prometida es la directora, ¿no es así? —terminé la frase por ella.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Lo descubrí anoche, y no de la mejor manera, te lo aseguro.

Le conté absolutamente todo, desde el encuentro con él en el baño hasta las palabras tan desagradables que me habían dicho sus padres, así como su visita esta mañana a mi casa.

—No sé si voy a seguir en el centro, pero no porque ellos me despidan, sino porque me voy a ir yo. No voy a consentir acoso laboral por parte de ninguno de ellos y, créeme cuando te digo que, Dafne, no va a dar el asunto por zanjado —dije, mientras ella me miraba anhelante.

—Siendo sincera, no sé qué decirte, aparte de que, como tu amiga que soy, siempre tendrás mi apoyo, decidas lo que decidas.

En ese momento recordé que anoche me había llegado un correo electrónico que ni siquiera miré, y por eso me levanté a buscar el portátil, ya que, en el móvil, los correos me solían salir cortados.

Cuando lo leí, me embargó una mezcla de sentimientos, en la que la ilusión era la que predominaba por encima de las demás. Hacía tiempo, creo recordar que pocos días después de terminar la carrera, envié mi currículo a un programa de investigación que tenía la Unión Europea en Suiza, pero como no recibí respuesta, me olvidé de eso. Pues bien, ahí tenía la respuesta.

De: Programainvestigación@unioneuropea.com
Para: MarinaRivera@hotmail.com
Asunto: Solicitud incorporación en programa.

Muy señora mía:
Nos complace anunciarle que ha sido usted seleccionada para entrar a formar parte del programa de investigación sobre Química Molecular en la que solicitó plaza.
Si está usted interesada, le rogamos se ponga en contacto con nosotros a la mayor brevedad posible, con el fin de que podamos indicarle fechas y condiciones laborales.
En espera de sus noticias.

Atentamente, Richard Sway, responsable del programa.

No sé cuántas veces lo leí y lo releí, la verdad era que no terminaba de creérmelo, porque, además, esa respuesta había llegado en el mejor momento, cuando más necesitaba un cambio, a pesar de que me diera muchísima pena dejar a mi familia y a mis amigos atrás, pero no lo iba ni a pensar, era un sí rotundo.

—¿Qué te pasa? ¿Te han avisado de que has cobrado una herencia millonaria de la que yo no tenía ni idea? — preguntó Olga al ver mi cara.

—Mucho mejor que eso, lee y juzga por ti misma — dije, dándole la vuelta al portátil para que lo leyera.

—¿Es en serio? ¿No dudarás en aceptar? — preguntó, con una sonrisa.

—Por supuesto que no, es mi sueño y viene en el mejor momento de mi vida. Será un año fuera, prorrogable, pero me da exactamente igual, porque era eso lo que estaba buscando.

Mi amiga me abrazó, y ayudó a responder a ese correo electrónico, porque me temblaban hasta las pestañas, la verdad. Para celebrarlo, y contra todo pronóstico, llamamos a mis padres y a las niñas y nos fuimos todos a comer a una marisquería que había en el paseo marítimo.

—No sabes lo que me alegro por ti, hija mía. Es tu sueño, así que no dudes en alcanzarlo. Los demás iremos de vez en cuando a verte, así tendremos la excusa para irnos de vacaciones — dijo mi padre, dándome un abrazo.

—Di que sí, Pedro, que al final la niña se nos hace una química famosa, ya verás — contestó María, que me tenía abrazada por los hombros.

—O conoce a un suizo y se nos queda allí —me picó Olga, y yo puse cara de espanto.

—A mí los únicos suizos que me gustan son los que vienen rellenos de crema o de chocolate y que venden en la pastelería, lo siento —le respondí, y todos soltaron una carcajada.

—¿Qué dices, loca? Allí con el frío, con un buen nórdico que te dé calorcito por las noches… y no precisamente de los que venden rellenos de plumas, sino más bien, uno con sus músculos, su pelo en el pecho…

—A ver si te vas a pensar que en Suiza no los hay calvos y tirillas —le respondió mi madre, entre risas.

—Los habrá, Sofía, como en todas partes, pero eso no es lo que queremos para la niña. Para ella queremos uno que esté cañón, y que tenga un amigo para mí — respondió Olga, sin poder parar de reír.

—¿Pero tú no estás saliendo con Fale, loca? —le preguntó Ana.

—Ay, hija, eso es el cuento de nunca acabar, como esta con Jesús —dijo, señalando a María.

—Esos dos no quieren compromiso. Y no es que yo me quiera casar mañana, la verdad, pero un poquito de estabilidad emocional nunca viene mal, que una ya tiene una edad —respondió María, y mi padre soltó otra carcajada.

—Una edad dice que tiene, Sofía, ni que fueran las solteronas de los gatos, con menos de treinta años. ¡Lo que tiene uno que escuchar! — contestó mi padre.

Estando allí con ellos, recibí un correo explicándome todas las condiciones, así como el billete de avión con el número de vuelo y demás. Por fin, estaba viendo algo de luz al final del túnel. Decidí que, ya que no sabía el tiempo exacto que estaría por tierras suizas, dejaría el alquiler de mi piso, así como, presentaría la dimisión en el centro.

Me tenía que incorporar en Suiza el día diez de enero, que sería cuando firmaría el contrato en firme y me asignarían un apartamento de la empresa, con lo cual, tampoco tendría que preocuparme de buscar alojamiento, y eso era una gran ventaja.

El vuelo era para el día nueve por la tarde, y me había reservado también una habitación de hotel para esa noche. Me tendría que presentar en la sede

central de los laboratorios al día siguiente a las ocho de la mañana, por lo que podría pasar todas las fiestas en casa.

—Ya lo tengo todo en el correo, es en firme. El día diez de enero ya seré una química suiza por derecho propio. Brindemos por eso —dije, levantando mi copa de vino blanco.

—Ahora tendrás que preparar todo para tu partida, no dejes nada para el último momento, por favor, que luego todo son prisas — dijo mi madre, que me conocía mejor que nadie.

—No, mañana mismo me paso por la inmobiliaria y aviso de la rescisión del contrato, para que no me cobren penalización. Y después, enviaré mi dimisión al colegio, para que les dé tiempo de buscar un sustituto, o que dé las clases la propia Dafne, que tan inteligente es —dije, con algo de resentimiento.

Nos despedimos a media tarde, porque la sobremesa se alargó un poco. Estuvimos hablando de la boda de Álvaro, que me había nombrado su madrina, así como de la enfermedad de la pobre Macarena que, a pesar de estar cerca ya de los ochenta años, era tan buena y agradable que debería vivir para siempre.

—Chicas, nos vemos en estos días, que tengo mucho que preparar, además de buscar vestido para la boda. He quedado con Álvaro y su chico el sábado por la mañana —les dije a todas, mientras llegábamos a mi casa, donde nos fuimos dando un paseo.

—No sé cómo te lo has tomado así de bien, Marina, de verdad. Yo le boicotearía todos los preparativos —dijo María, con una pícara sonrisa.

—No seas mala. Al final, he entendido que sobre los sentimientos no se mandan, o yo mandaría a los míos un poquito más lejos de Canarias — respondí, sonriendo.

—Entiendo que no quieres que Cayetano se entere de tus planes, ¿no es así? — preguntó Ana, que puso voz a mis pensamientos.

—Eso mismo os iba a pedir ahora, no le digáis nada a nadie de mi paradero, por favor. Quienes lo tienen que saber, que sois ustedes y mi familia, lo saben. A los demás tan solo les diré que me marcho a trabajar fuera, nada más. Incluso al colegio y a la chica de la inmobiliaria les diré que lo hago por motivos personales, sin dar detalles.

—No te preocupes que, de nuestra boca no saldrá ni una sola palabra. Lo prometemos, ¿verdad chicas? —dijo Olga, y las tres asintieron.

Subí a casa, me di una ducha y me puse mi pijama gordito. Encendí el portátil y me puse a redactar mi carta de dimisión. Sería algo ambiguo, en la que lo único que quedaría reflejado sería mi intención de finalizar el contrato, aprovechando que todavía estaba dentro del período de prueba.

Bajé las maletas del altillo, y empecé a guardar mi ropa, tan solo dejé fuera la que me pondría durante estos días, que sería la que empacaría en la maleta de mano. Dentro de esa casa, lo único que había mío era la televisión que me regaló mi padre, y sobre la que le diría que se la llevara a su casa, que la disfrutara él. Del resto de la decoración que compré, no me llevaría nada, lo dejaría para el siguiente inquilino.

Con todo medio listo, me senté a ver un capítulo de la serie que me tenía enganchada en Netflix, con un café y algo dulce, así como un paquete de palomitas para después. Era mi ritual cada vez que la veía, porque de lo contrario, con lo emocionante que estaba, terminaría comiéndome las uñas. Eso era lo único que seguiría pagando, aunque estuviera en Suiza, porque mis momentos de mantita y series no me lo quitaba nadie.

Casi sin darme cuenta, eran ya las diez de la noche, así que me levanté a hacerme un sándwich, aprovecharía que al día siguiente no me tendría que levantar temprano para ver el final de la temporada y dejarla finiquitada antes de irme a mi nuevo país, por si acaso allí no podía verla, no me quedaría con la duda de conocer el desenlace.

Me acosté pasada las dos de la madrugada, aunque tengo que decir que durante la última hora tuve que hacer un gran esfuerzo para que mis ojos no se cerraran.

Inexplicablemente, la noticia del nuevo trabajo, así como todos los preparativos, había ahuyentado de mis pensamientos a Cayetano, pero regresó a ellos en cuanto puse mi cabeza en la almohada.

No entendía por qué actuaba de esa manera, para mí era incomprensible que me dijera que me amaba, cuando estaba con otra, que me pusiera como excusa que no estaba preparado para una relación seria, cuando se había comprometido con esa mujer, que no le pegaba ni con cola, porque era todo lo opuesto a él.

En fin, con esos pensamientos me quedé dormida, hasta que mi móvil sonó. Sin mirar si quiera quien llamaba, contesté, y mi sorpresa fue mayúscula al descubrir al interlocutor, pero, sobre todo, por su manera tan desesperada de hablarme.

Capítulo 19



Cayetano

—Dime que lo que me acaba de contar Dafne no es cierto, que no has renunciado a tu puesto de profesora en el instituto, que mis padres no te han llegado a presionar hasta ese punto — dije, en cuanto que contestó a la llamada.

—Buenos días para ti también, Cayetano —me contestó, irónicamente.

—Déjate de ironías, no soporto tantas tonterías en algo tan importante como esto.

—¿Tonterías? Tonterías son las que dicen tus padres y tu prometida —esta última palabra la dijo con cierto tono de burla.

—¿Me vas a decir si es cierto o no?

—Es cierto que me marcho del centro, no porque tu novia o los insolentes y despreciables de tus padres me hayan obligado a hacerlo, sino porque me voy a conseguir mi sueño — contestó, con rabia.

—¿Te han admitido en algún programa de investigación? —le pregunté, ya que ese siempre había sido su sueño.

—¿Cómo has recordado eso? —dijo, entre insegura e ilusionada.

—Siempre recordaré todo lo referente a ti, Marina, aunque no te lo creas.

—Bueno, si era eso todo lo que tenías que decir, voy a terminar con esta llamada, tengo mucho que hacer esta mañana. Que tengas un buen día, Cayetano —me dijo y colgó.

—Que cumplas todos tus sueños, mi amor —dije para mí, ya que ella ya no estaba al otro lado de la línea.

Escuché un ruido en la puerta, y me levanté a ver quién era, aunque por la hora y por los pasos tan sigilosos, suponía de quien se trataba.

—¿Ahora te dedicas a escuchar detrás de las puertas? — dije, bastante enfadado.

—¿Mi amor? ¿En serio? No te imaginaba tan cursi — respondió, riendo con maldad.

—Contigo no, desde luego.

—¿Sabes lo único bueno de todo esto? Que, por fin, la zarrapastrosa esa, estará lejos de ti y de mí, que podremos casarnos, porque no volverás a saber nada de ella en mucho tiempo…

—Nunca, te enteras, nunca llegarás a ser para mí, ni una ínfima parte de lo que es ella — contesté, rabioso.

Entré de nuevo en el despacho, dando un fuerte portazo y dejándola fuera. Si mi enfado era más que evidente, peor era el de ella, que corrió a llamar a mis padres por teléfono, con lo que no tardaría en recibir una llamada por su parte, una que no pensaba contestar.

Esa mañana había quedado con Susana en que viniera a limpiar, le tenía que dar los juguetes que le había comprado a la niña, ya que, la semana siguiente era Nochebuena y tenía que venir Papá Noel.

—Tu madre está muy disgustada con tu manera de hablarme…

—Pues que se joda, al igual que tú. Está claro que ya no tenéis influencia en mí, que no podéis hacerme daño con la persona que más quiero, así que, te rogaría que abandonaras mi casa a la mayor brevedad posible.

—¿En serio piensas que me voy a marchar? Todavía tienes demasiadas debilidades con las que podemos controlarte, como esa niña, como se llama… a sí, Edurne —me dijo, y me revolvió el estómago.

—Deja a esa niña en paz, no viertas tus maldades en ella, porque entonces, sí que no respondo.

—¿Sabías que es mi sobrina, la hija de mi hermano? —soltó, con la sonrisa con más maldad que había visto en mi vida.

—¿Perdona? Eso no puede ser… Susana me dijo que el padre de la niña…

—El padre de la niña fue un amor de verano, que le dijo que la apoyaría, pero desapareció, y eso fue hace… unos tres veranos, ¿verdad? ¿Te dijo que se llamaba Iker? Qué casualidad, como mi hermano pequeño… Pero lo que no te contó, porque no lo sabía, es que mis padres le prohibieron verla, y lo mandaron al extranjero, todavía no tenía los dieciocho años, le faltaban un par de meses para tenerlos.

—Eres la maldad personificada.

—¿Sabes lo que mis padres podrían hacer por esa niña? En cuanto que la vi, lo supe, esa niña era la viva imagen de Iker cuando era pequeño. Tan solo una llamada, una súplica a mis padres, diciéndoles que la pequeña está pasando necesidades, que ellos le podrían dar la educación que se merece, su madre perdería la custodia en cuestión de minutos —cuando pronunció esas palabras, os prometo que la vi capaz y no sería justo para Susana, que había sacado a su hija adelante sacrificando toda su juventud.

—Hazlo, y pondré todos mis recursos a su alcance, incluso me casaré con ella para darle a esa niña el futuro que se merece, no lo pongas en duda —dije, y tomé el teléfono para quedar con Susana en otro lugar, tenía que ponerla en antecedentes.

Me vestí y salí de mi casa como alma que lleva el diablo, con una rabia acumulada que me estaba corroyendo por dentro. Tenía que encontrar la manera de contarle todo a Susana sin que ella se sintiera mal.

Había quedado en el centro comercial con ella, puesto que quería comprarle a la niña ropa, ya que la mayoría de la que tenía se le había quedado pequeña, y su madre no estaba para gastos imprevistos. Normalmente, y desde que entró en mi casa a trabajar, ese era un cometido del que me ocupaba yo.

—Me ha sorprendido mucho tu llamada, Cayetano. ¿No se suponía que yo tenía que ir hoy a limpiar a tu casa? — preguntó, en cuanto que me vio.

—No te preocupes por el dinero, ya te he hecho *bizum* hace unos minutos, pero tenía algo que contarte y no podía hacerlo en mi casa, con Dafne delante. Tomemos un refresco y hablaremos — dije, indicándole el camino a la cafetería.

—Me estás asustando, Caye, te lo prometo —me dijo, y le sonreí. La niña iba dormidita en su carrito, así que, era el momento adecuado, porque en cuanto se despertara, reclamaría toda nuestra atención.

—Verás, lo primero que te voy a decir es que no tienes nada de lo que preocuparte, porque mis recursos estarán a tu disposición, en caso de que eso ocurra — dije, intentando tranquilizarla, pero creo que, más bien, conseguí todo lo contrario.

—Habla ya, por favor, o me va a dar algo, te lo prometo — dijo, y noté como sus manos temblaban.

—Verás, no sé si sabrás que Dafne es la hermana de Iker, el padre de Edurne…

—¿Qué me estás contando? Tengo que alejar a la niña de aquí, esa mujer… Esa familia es capaz de hacer cualquier cosa para hacernos daño, incluso de quitármela.

—No voy a permitir que eso suceda, te lo prometo.

—¿Cómo lo vas a hacer? Te recuerdo que tú mismo has tenido que dejar escapar al amor de tu vida por culpa de ellos, no tienes nada que hacer contra ellos — dijo, y se puso a llorar, de tal manera que me rompió el alma.

—Daré mi vida por esta niña si hace falta, Susana. Para empezar, tienes que saber que Iker no se fue por voluntad propia, sino porque lo obligaron a hacerlo. Son tan clasistas que les da igual ir dejando a su sangre por el camino. Hablaré con él, le mostraré videos de la niña, y de ti. Estoy seguro de que no te ha olvidado, Susi, y si él quiere volver contigo, tendrá mi apoyo, te lo prometo.

—¿Y si lo único que quiere es quitarme a la niña? ¿Y si se aprovecha de mí para tener todos los datos y pedir su custodia? Si me quitan a la niña, te juro que me moriría de pena, Cayetano. Ella es mi razón de vivir, la única alegría que me impulsa a levantarme cada mañana — decía, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No lo voy a permitir, Susana. Te he avisado en cuanto me he enterado, en cuanto que me ha amenazado con hacer todo eso que has dicho. No permitas que se acerque a la niña. Cuando quiera verla, yo te enviaré un mensaje y quedaremos como hoy, en el centro comercial o en alguna que otra cafetería.

En ese mismo momento, Edurne se despertó, y cuando me vio, una sonrisa se le pintó en esa carita tan preciosa. Su madre se limpió las lágrimas, para que la niña no notara nada, y le sonrió, mostrando todo el amor que sentía por ella.

—Pero bueno, mira quién se ha despertado, la Bella Durmiente —le dije, y ella me echó los brazos para que la cogiera.

—¡Cayetano! — dijo, cuando la cogí, llenándome la cara de besos.

—¿Quieres un zumito, cariño? —le preguntó su madre, y ella asintió con la cabeza.

—Hambre —dijo la niña, que era un pocito sin fondo.

—¿Un sándwich de jamón y queso para mi niña? —le pregunte, y me sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Y huevo — contestó.

—Pues ahora mismo lo pedimos, para que la princesa sacie su apetito —le dije, haciéndole una reverencia cuando la senté en la silla, y sacando su risa.

Era una niña superbuena y obediente, no el típico torbellino que podía ser alguien con tan pocos años. Le pedí al camarero que nos trajera además de eso, otros dos refrescos para su madre y para mí.

Después de eso, fuimos a mirar la ropa para la niña, a pesar de que su madre se negaba a ello, pero por ahí sí que no iba a pasar. En uno de esos paseos de tienda en tienda, la niña se quedó mirando a un escaparate, donde había una muñeca preciosa.

—¿Te gusta, preciosa? —le pregunté, y me miró con esa carita de que no quería que le compraran nada.

—Sí, para los Reyes, que mami no tiene dinerito — dijo, y no me pude aguantar. Dejé a su madre con ella y entré a la juguetería.

Tardé un poco más de lo normal, porque había cola, pero la conseguí. Cuando salí, la cara de Susana había cambiado, y no para bien, precisamente.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—Si lo que pretendes es acostarte conmigo, lo siento, pero por mucho que me estés ayudando o comprándole cosas a la niña, no voy a pasar por ahí — me dijo, y me dejó totalmente descolocado.

—¿Qué estás diciendo, Susana? ¿A qué viene eso? No entiendo nada.

—Dafne ha estado aquí, y me ha dicho que tu estrategia es hacerme creer que Iker me va a quitar a mi niña para que, cuando no lo haga, obtener tu recompensa. Todo lo que has estado haciendo por la niña y por mí no ha sido desinteresadamente —me contestó.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Me conoces lo suficiente, Susana. Si hubiese querido seducirte lo habría hecho una de las múltiples veces que hemos estado a solas en mi casa, o cuando nos hemos tomado algo las noches que hemos salido con mis amigos. Te puedo garantizar que lo que hago es sin esperar nada a cambio. Mis sentimientos por esta niña son genuinos, pero si piensas así de mí, será mejor que me olvide de ella —le dije, y la dejé allí, después de darle la muñeca a la niña.

—Cayetano, espera. Lo siento, de verdad, pero ha sido tan convincente, que te prometo que me lo he creído todo. También me ha dicho que su hermano no quiere saber nada de mí, ni de la niña, pero que, si necesito ayuda, ella estará encantada de ayudarme. Me ha ofrecido un puesto de trabajo en el instituto de tus padres, como limpiadora, por supuesto.

—No lo hagas, por mucho que te tiente la idea, no entres en su juego, por favor te lo pido, o acabará destruyéndote —le pedí, o más bien le rogué, porque lo peor que le podía pasar era que cayera en las redes de esas arpías.

—Pero es una oportunidad única, sería un sueldo mensual con el que podría mantener a mi hija sin tener que pensar en si llegaré a fin de mes…

—Yo te ofrezco uno mejor, serás la recepcionista de mi fábrica, empezaré a pagarte desde ahora mismo, y no tendrás que coger una fregona nunca más.

Capítulo 20



Marina

La llamada de Cayetano me cogió completamente de improviso, pero no me dejé amilanar, no permití que sus palabras me afectaran más de lo que ya lo hacían normalmente. Por eso, no dudé en decirle que el motivo de mi marcha del centro no eran sus padres o su novia, por mucho que lo hubieran intentado. Lo que sí me sorprendió es que se acordara de mi sueño, ese que habíamos hablado en infinidad de ocasiones cuando éramos dos niños, casi, y así se lo hice saber.

En la inmobiliaria no me pusieron trabas ningunas, es más, la chica habló con el propietario de la casa, que le indicó que dejara todo lo que yo había comprado, como decoración, cortinas y hasta la televisión, que él me lo abonaría, así como la fianza que entregué y el mes por adelantado. Haciéndole una transferencia inmediatamente, que ella me hizo llegar a mí en el mismo momento. Acordamos que, para que no tuviera que ir andando con maletas para acá y para allá, me marcharía de la casa el mismo día nueve de enero, cuando saliera para el aeropuerto.

Con todo solucionado, me dediqué en cuerpo y alma a la boda de Álvaro y Manel, empezando por encontrar un vestido apropiado para mí. Sería una boda de mañana, en un hotel cercano, con unas vistas maravillosas y en el que tenían previsto que durara la fiesta hasta el día siguiente, ya que luego, celebraríamos la Nochebuena.

Había elegido ese día porque era el cumpleaños de su abuela, Macarena, que no cabía en sí de gozo. El día que fui a verla me lo contó.

—No quiero que mi nieto se case por obligación con nadie, Marina. Quiero que lo haga por amor, y tengo claro que ese chico es su media naranja, no hay más que verlos cuando se miran —me dijo, y yo asentí.

—Es cierto, y por eso no he dudado en perdonarlo. Si hubiera sido algo esporádico, un lío de una noche, no lo hubiese hecho, porque contra las tentaciones todos debemos luchar. Pero, como tú bien has dicho, es amor, y en el corazón no se manda, los sentimientos te vienen sin esperarlo, como a ellos dos —le contesté, con una sonrisa.

—Esas palabras que has pronunciado, dicen mucho de ti, Marina. Y sé que, el día que yo me marche, encontrará en ti a una buena amiga, en la que se podrá apoyar en los momentos duros.

Nos dimos un abrazo y me marché con la satisfacción de las cosas bien hechas. Las personas que no perdonan, las que guardan rencor, al final son las más infelices, porque llevan con ellas una carga que no les pertenece, y que le impedirá llegar a la meta que se hayan trazado, ver el final del túnel.

Estuve dando vueltas por el centro comercial, y lo vi, sentado en una cafetería con una chica y una niña pequeña sentada en su regazo. ¿Acaso había sido padre y nos lo había ocultado al resto de los mortales? Esa imagen fue la que me hizo abrir los ojos del todo.

Cayetano nunca sería transparente, siempre ocultaría algo, y yo no quería a nadie así en mi vida, nunca más. Ese era el motivo que me faltaba para seguir adelante, para pasar página de una vez por todas, y esta vez en serio. No os digo que me fuera a desenamorar de él de la noche a la mañana, como tampoco que me liara con nadie con la excusa de, “un clavo saca a otro clavo”.

Primero, tenía que pensar en mí, en sanar mis heridas desde dentro, en hacerme esa mujer fuerte que siempre quise ser. Una vez lo consiguiera, lo demás vendría solo, no haría falta que lo buscara.

Lo que sí tenía que buscar era el vestido de la boda, y por eso, no dudé en llamar a Álvaro para que viniera con Manel. Ellos eran las personas indicadas para aconsejarme sobre uno y otro modelo, ya que eran los únicos que sabían las tonalidades elegidas para su boda, así como su atuendo.

—Menos mal que llegáis, ya me estaba empezando a aburrir —les dije, en cuanto entraron en la cervecería donde me encontraba.

—Claro, por eso, por el aburrimiento, te has pedido una cerveza y una tapa de patatas bravas, ¿no es así? — dijo Álvaro, que en cierto modo me conocía mejor que nadie, ya que era mi mejor amigo.

—Por supuesto. Que mejor forma de matar el aburrimiento que con una buena cervecita y una tapita. ¡Camarero, tráigame a mí lo mismo que está tomando la señorita, por favor! —dijo Manel, causándonos la risa.

—Yo solo una cerveza, que ya picaré de los platos de ellos dos —le indicó Álvaro al camarero, que asintió con una sonrisa.

Álvaro era el único que no sabía nada de lo de mi viaje y la oportunidad que me había surgido, laboralmente hablando. Si es cierto que él me animó a que enviara la solicitud cuando empezábamos a salir, que me dijo que el amor no podía ser el causante de que no cumpliera mis sueños, y eso lo tengo tan grabado en la mente que no se me olvidará nunca.

Se lo conté, a los dos, que se alegraron muchísimo por mí. También les conté lo que había pasado en la cena de Navidad del instituto, incluido lo que ocurrió con Cayetano en el baño, y ambos me tomaron de una mano cada uno.

—Esa relación es tóxica, Marina, y no deberías dejar que te destruyera por dentro — dijo Álvaro, acariciando el dorso de mi mano.

—Yo no os he visto interactuar en persona, pero según todo lo que has contado, la química entre ustedes es brutal, y no solo porque compartáis carrera, que también. Pero estoy de acuerdo con mi chico, no es sana la relación que lleváis — dijo Manel, haciendo el mismo gesto que su novio.

—¿Pensáis que no lo sé? Hace un rato lo he visto en una cafetería, con una chica joven y una niña pequeña sentada en su regazo, y os juro que lo he visto claro. Este tiempo fuera de la ciudad me va a hacer bien para sacarlo de mi vida, en todos los aspectos.

—Esa es mi chica. Ahora, dejemos los dramas, y vamos a buscarte un vestido de madrina que quite el hipo. Tenemos muchos amigos heteros que están invitados a la boda, y solteros, además. ¿No dicen que de una boda sale otra boda? Lo mismo y, de la nuestra, sale la tuya —me dijo Álvaro, con una sonrisa que hacía mucho tiempo que no veía.

—¡Quita, quita! ¡Vade Retro, Satana! Yo no quiero un hombre más en mi vida hasta que no se me olvide todo lo que he sufrido por ellos, incluidos vosotros, que no se me ha olvidado por mucho que vaya a ser la madrina —les dije, pero riendo, y ellos entendieron que era una broma de las mías.

Nos dedicamos a buscar en todas las tiendas del centro comercial, pero no nos gustaba ningún vestido, o eran demasiado pomposos para una boda de día o demasiado simples, hasta que lo vimos en un escaparate.

—Ese es —dijimos los tres a la vez, y empezamos a reírnos.

Entramos en ella, porque ya, lo que nos faltaba era que no lo hubiera de mi talla. No es que yo fuera un cuerpo no normalizado, más bien todo lo contrario. Gastaba una talla cuarenta y dos, que, para algunos, le parecerá que esa talla la usan personas gruesas y a otros no, pero lo que pensara la gente, me daba absolutamente igual.

Mi cuerpo era y es mío, y como tal, como lo que me da la gana, sin mirar calorías ni nada parecido. Demasiado sacrificio hacía ya en mi vida diaria como para tener que sacrificar también la comida. Yo estoy muy a gusto con él, tengo curvas, sí, pero donde debo tenerlas, por eso siempre me veía guapa con cualquier cosa que me pusiera. No quiero que penséis que soy una vanidosa, ni mucho menos, lo que quiero decir es que no soy de ese tipo de personas que se buscan cualquier falta para quitarse lo que lleva puesto.

—Buenas tardes, señorita, veníamos buscando ese vestido del escaparate de la talla cuarenta y dos —le dijo Manel a la dependienta.

—Enseguida se lo traigo. ¿Es para una boda o para un evento? —preguntó ella, y nos miramos extrañados.

—Para una boda, de hecho, yo soy la madrina — contesté, pero sin saber muy bien por qué lo preguntaba.

—Es que, si es para una boda, los complementos no son los mismos que para un evento. Ahora mismo lo traigo todo, incluso los zapatos, y así podrá verse con el estilismo completo.

La chica salió de la tienda por una puertecita, dejándonos allí un tanto desconcertados, la verdad, pero apareció al poco tiempo.

—Sígueme, que te ayudaré a ponerte todo —me dijo, con una sonrisa, y la seguí, no tenía nada que perder, más bien, mucho que ganar.

Entramos en el probador, donde me dejó que me quitara la ropa que llevaba y me ayudó a cerrarme el vestido. A continuación, recogió mi pelo en un moño desenfadado, y me puso una especie de tocado, que en realidad era una diadema con una flor del mismo color que el vestido y con la misma pedrería de los zapatos. Me subí en esos altísimos tacones, y me giré para mirarme en el espejo, pero ella me detuvo.

—Espera un momento, así podrás hacerte mejor a la idea — dijo, y sacó una barra de labios roja del bolsillo de su chaqueta, me pintó con ella y entonces sí, ahora estaba lista para mirarme.

La imagen que me devolvió el espejo me dejó sin palabras. ¿En serio esa chica era yo? Y no había ido a la peluquería ni me había maquillado, tan solo era algo improvisado, pero me gustó, y mucho.

—¡Madre mía de mi alma! Estás preciosa, Marina — dijo Manel, que fue el primero en verme.

—Voy a ser la envidia de toda la boda cuando entres cogida de mi brazo — dijo Álvaro, que se había emocionado al verme.

—La verdad es que no me esperaba que me fuera a quedar así, te lo prometo. No pienso buscar más, este es mi vestido y estos son mis complementos. Voy a ponerme mi ropa mientras lo preparas, porque me lo llevo todo — dije a la chica, que me miró con una sonrisa.

—Enseguida te lo pongo todo en una caja. Vas a ser la madrina más guapa de la ciudad, te lo aseguro.

Entré de nuevo en el probador, le di a la chica todo, mientras volvía a ponerme mi ropa. Tan solo me faltaba buscar las medias que me pondría el sábado, que era el día de la celebración, pero eso era tarea sencilla.

—Te he incluido un par de medias, unas de panty y otras de liguero, para que veas con cual te sientes más cómoda de las dos. Eso es regalo de la casa, como no hay que hacerte ningún arreglo… —me dijo la chica, sonriente.

—Muchísimas gracias por todo. Ahora, dime cuanto te debo — dije, sacando la tarjeta de mi bolso.

—Ya está pagado. Esto te lo hemos regalado Manel y yo, por ser tan buena y tener el corazón que tienes — contestó Álvaro, dejándome con la boca abierta.

—Es cierto eso que ha dicho, porque yo, no sé si sería capaz de perdonarle eso a mi prometido, y eso es que eres una gran persona, Marina — respondió la chica de la tienda, a la que ambos le habían contado toda la historia.

Capítulo 21



Marina

Había llegado el día de la boda y, contra todo pronóstico, mis amigas también fueron invitadas con sus parejas, y no dudaron en acudir. Olga no tenía familia, y siempre pasaba las fiestas en mi casa, así que no lo dudó y como Fale tampoco tenía un plan mejor, ya que sus padres se habían marchado de crucero, pues dijo que la acompañaba, al igual que Jesús con María, quien sí tenía familia, pero que también iría a la boda, al ser vecinos de Macarena durante muchos años. Quienes lo tuvieron algo más difícil fueron Raúl y Ana, por los turnos, pero se las ingeniaron para cambiarlos y poder celebrarlo con todos nosotros.

Ese día me vestí y me arreglé en casa de Macarena, donde una peluquera vino para peinarnos y maquillarnos a la abuela y a mí. Mis padres serían los encargados de llevarla a ella hasta el hotel, y nosotros iríamos en un coche clásico que había alquilado para el novio, se lo debía y sabía que le haría muchísima ilusión.

—Estás preciosa, Marina. Jamás pensé que viviría este día junto a mis dos amores, te lo prometo —me dijo, y yo solté una de las mías para rebajar el ambiente, o terminaríamos llorando los dos.

—No me vayas a proponer ahora un trío, mira que no estoy yo para muchos trotes, te lo advierto — dije, y soltó una carcajada.

—Por mucho que no te lo creas, no sabríamos que hacer contigo.

—Pues tú sí que supiste durante algún tiempo.

—A ver si te crees que no sabía que no estabas satisfecha en el plano sexual, porque lo tenía clarísimo, y no veas lo que me esforzaba, pero no era lo mismo que cuando estaba con Manel. Entre nosotros no había pasión.

—Eso es cierto. Que del misionero no pasábamos. Ahí tengo que reconocer que, por mucho que me duela, Cayetano te supera con creces —le dije, bromeando y guiñándole un ojo.

—Pero porque yo juego en otra liga, chavala. Si yo fuera heterosexual, ya te iba a decir yo a ti…

Salimos de la casa entre risas, y cuando, desde la aplicación, me notificaron que el coche ya estaba abajo. Ellos se encargaron de arreglarlo y adornarlo con unas flores para prender que eran iguales que las que llevaban los novios en la solapa.

Álvaro iba guapísimo, con un traje de chaqueta en azul marino, de raya diplomática, una camisa blanca y una corbata en azul eléctrico, como mi vestido. Ese que no es contado como era. Ya sabéis el color, era ajustado, a media pierna y con una abertura trasera que me llegaba hasta la mitad del muslo. Era de cuello barco por delante, a media manga, y la espalda descubierta. Lo acompañaba unos zapatos de tacón de la misma tela y color, con una pequeña piedra delante, en plateada, al igual que el bolso. Para el frío, ellos se encargaron de comprar también un abrigo de pelo sintético en gris plata que me llegaba hasta la cintura.

—¿Listo para encontrarte con el amor de tu vida? — dije, antes de salir del portal de su casa.

—Completamente — contestó.

Cuando vio el coche que nos esperaba en la puerta, se emocionó bastante, ya que era una sorpresa. Él decía que quería ir en uno de esos, pero yo me encargué de contarle que estaban todos ocupados ese día, que no había manera de conseguir uno, así que, sería Olga la encargada de llevarnos en su coche, un Ford Mondeo azul marino.

En el mismo hotel se celebraría todo, tanto la ceremonia como el banquete, por lo que no tendríamos que movernos de allí. Al estar el día buenísimo, puesto que, aunque hacía el frío normal para un veinticuatro de diciembre, el sol brillaba en lo alto, la organización decidió que la ceremonia se celebraría en los jardines, al aire libre. Luego pasaríamos al interior de uno de los salones para celebrar el banquete.

En mi mente, y al ver la sonrisa de los novios durante la ceremonia, me imaginaba a mí en esa situación, pero con Cayetano a mi lado, y no pude evitar que un par de lágrimas cayeran de mis ojos. Yo sabía el motivo real, aunque el resto de los invitados pensaran que era de emoción por ellos dos, por el amor que se notaba en cada una de sus miradas.

—Ha sido una ceremonia preciosa, chicos. Mi enhorabuena —les dijo Olga, que se acercó cuando terminó todo.

—Ven aquí, canija. A pesar de que no me puedas ver, porque nunca lo has hecho, te tengo mucho cariño —le dijo Álvaro, que radiaba de felicidad.

—No es que no te pueda ver, de hecho, me caes genial, pero ahora, que se te ve feliz. Siempre supe que, ni tú eras para mi amiga, ni ella lo era para ti —le contestó fundiéndose en un abrazo.

Pasamos a hacernos las fotos de rigor, que nos llevó más de una hora, aunque con una vista que parecía una postal, ya que teníamos el mar de fondo y estaba ese día de una belleza incomparable.

Noté como Jesús también estaba haciendo alguna que otra foto a su chica, e incluso a mí, pero no me importaba, así le diría que me las pasara cuando termináramos, quería subir una a mis redes sociales.

—Jesusito, pásame una de las fotos que me has hecho, anda, la que tú consideres que es la mejor, que me gustaría tenerla como foto de perfil en mis redes — dije, sin revelarle mis verdaderas intenciones.

—Mira, yo no entiendo de eso, te paso todas en las que apareces, y tú eliges la que sea —me dijo, con su habitual sentido del humor.

En pocos segundos, mi teléfono vibró, y me habían llegado un montón de fotos, tanto sola como con los novios y la otra madrina. Entre todas ellas, había una en la que se me veía apoyada en la balaustrada, despreocupada, relajada y feliz, y esa fue la elegida.

"Celebrando que el amor, cuando es de verdad, siempre triunfa"

Ese fue el texto que escribí como pie de foto, y enseguida, empezaron a llegarme notificaciones de corazoncitos y comentarios, pero hubo uno en especial que me removió por dentro, por mucho que yo no quisiera.

"Ojalá y eso que has escrito sea cierto, porque estoy deseando que triunfe el mío. Por cierto, estás preciosa, y me quedo demasiado corto".

¿Quién puso ese comentario? Pues justo esa persona en la que estáis pensando, Cayetano. Me dolía cada vez que decía o escribía esas cosas, porque, si tanto me amaba como decía, no entendía su manera de actuar. En ese momento, apareció Fale por detrás de mí, y vio lo que me había escrito.

—No lo juzgues tan a la ligera. Ojalá y algún día te pueda decir, de verdad, todo lo que siente y los motivos por los que se ha alejado de ti —me dijo, pero no me dio tiempo a contestarle, se volvió para ir con Olga, que lo estaba esperando para entrar en el salón.

Entré junto a los novios y al resto de la familia, y nos sentamos en la mesa presidencial, donde la abuela no había querido sentarse. Ella decía que ya estaba muy mayor para esos trotes, que la dejaran tranquilita, sentada junto a mis padres y a los de María, que así estaba muy a gusto.

Después de la comida, y antes de cortar la tarta nupcial, uno de los camareros salió con una tarta pequeña con un montón de velas, y empezó a sonar el Cumpleaños Feliz, cogiendo a todo el mundo por sorpresa.

—Abuela, te hemos puesto las velas sin número, que luego te quejas de que todo el mundo sabe lo vieja que eres —le dijo Álvaro, y ella se levantó y le dio una colleja.

—Niño, vieja la ropa. Esto que yo cumplo no son años, son tomos de sabiduría, aplícate el cuento —le contestó ella, haciéndonos reír a todos.

—Claro, es que la abuela cumple dieciocho con sesenta y dos de experiencia —dijo Olga desde su mesa, a grito limpio, y todos estallamos en una carcajada.

—Nada, ahora ya sabe toda la boda la edad que tengo. Yo que le iba a decir al muchacho de las colchonetas que me dejara subirme, que todavía no había cumplido los quince, y por culpa de la niñata esta, ya no me va a dejar —soltó, como quien no quiere la cosa, y más nos reímos.

—Abuela, no te preocupes, que a ese me lo camelo yo, me lo llevo a un rinconcito y tú aprovechas para subirte —le dije, y entonces la que se rio fue ella.

Después del baile de los novios, me tocó mi turno, y ambos bailaron conmigo y con la prima de Manel, que era la otra madrina. Sus padres no admitían su condición sexual, y se negaron a asistir a la boda, no así sus tíos y primos, que se sentían muy orgullosos de él.

—Permitidme que diga unas palabras y le entregue un regalito a mi madrina —dijo Álvaro, que venía con un ramo de flores enorme, además de una cajita de una joyería.

—No me hagas pasar vergüenza, por favor —le supliqué, mientras él me sonreía y negaba con la cabeza.

—Esta mujer que me ha acompañado hoy hasta el altar, no es otra que mi ex prometida. Sí, tal y como habéis oído. Quise tapar mis sentimientos hacia Manel con ella, pero me descubrió. Como es normal, al principio, y debido a su dolor, uno que no vino por el hecho de que le hubiera sido infiel, sino de que no había confiado en ella para revelarle como me sentía, ni siquiera me atrevía a mirarla.

—Yo te hubiera colgado por los huevos —se escuchó una voz por detrás, que no acertamos a saber quién era.

—Pero no me rendí, fui a buscarla, le pedí perdón y le expliqué que me había enamorado de mi socio. Lejos de juzgarme, me entendió, y me dio su apoyo. Es por ello por lo que hoy, quiero agradecerle con este detalle que haya permanecido a mi lado, a nuestro lado, mostrándonos que, si hay confianza y amor, todo se puede. Marina, tan solo le pido a la vida que te devuelva todo lo bueno que haces por los demás, en forma de un amor infinito que cure tus heridas —me dijo, y estas alturas yo ya lloraba como una Magdalena.

Su detalle fue una pulsera de oro con tres colgantes, dos hombres y una mujer, que nos representaba a los tres, y a la que se le podía ir añadiendo todos los que quisiera, y que representara algo importante para mí.

—No sé qué decir, Álvaro, no merezco nada. Es cierto que no me sentó bien que me engañaras, pero también comprendí que, en el amor, no se manda. Por eso, os deseo toda la felicidad del mundo, porque, en mi vida, he visto un amor como el vuestro —les dije, y les di un beso y un abrazo a los dos.

La fiesta continuó, puesto que después de eso, pasamos a la cena de Nochebuena, en la que no faltó el marisco ni las risas, porque ya todo el mundo estaba hasta las cejas, y hubo más de uno que pidió que su parte se la pusieran en un táper, para el día de Navidad, y así no tener que cocinar.

Abandonamos el hotel pasadas las cinco de la madrugada. A esas alturas, ya no me sentía los pies, y los tacones habían quedado relegados en un rincón del salón, junto a los de otras muchas invitadas.

La abuela se subió a la colchoneta, conmigo y con Olga, ante la atenta mirada de todos los invitados, y con su risa como banda sonora. Jamás pensé que lo haría, pero hasta se tiró del tobogán, mientras que su nieto le decía que tuviera cuidado, que no quería tener que anular la luna de miel porque se hubiese partido una cadera.

Capítulo 22



Cayetano

Normalmente, las fiestas de Nochebuena en mi casa se celebraban como si de una recepción real se tratara, y este año no iba a ser menos. Mis padres la celebraron en la casa que tenían en el campo, con la familia de Dafne como invitados.

Esa mañana me levanté sin ganas de nada, y es que, mis amigos del alma no estarían esta noche sentados a mi mesa, como era costumbre. Sus padres habían decidido embarcarse en un crucero de tres semanas, por lo que no volverían hasta pasado el día de Reyes, y ellos, acudirían como acompañantes de sus chicas a una boda, concretamente la del ex novio de Marina.

—Tenemos que darnos prisa. Mis padres llegarán antes del mediodía al campo, y nos quedan un par de horas para que eso ocurra —me dijo Dafne, que salía del dormitorio de invitados, donde había trasladado sus cosas.

—Pues ya sabes, ve llamando un taxi, porque yo no pienso ir hasta bien entrada la tarde. De hecho, tengo planes, que no te incluyen, por supuesto —le dije, porque tras la conversación que tuvo con Susana tuvimos una señora bronca.

—Seguro que has quedado con la niñata esa y su bastarda. No juegues con fuego, Cayetano, o terminarás quemándote. Haz el favor de darme mi lugar

en tu vida, porque, de lo contrario, el más perjudicado serás tú y la gente esa a la que le tienes tanto cariño — soltó, en tono amenazante.

—Vete a la mierda, Dafne. ¿Queréis una boda? La tendréis, pero no pienses que eso te llevará a que me acueste contigo o a que tengas la posibilidad de quedarte embarazada, porque no ocurrirá en la vida. Me pasearé por todos lados, cada día con una mujer, y te convertiré en el hazmerreír de toda la ciudad.

—Haz eso y te quedarás sin nada, te lo juro. Te verás en un rincón, sin familia, sin amigos y sin tu empresa.

—¿Cómo se supone que lo vas a conseguir?

—Hablando con todos y cada uno de tus inversores, sentándome con ellos y explicándoles el maltrato al que me tienes sometida. Es algo más que tus seres queridos lo que está en juego, Cayetano, lo está tu reputación.

Sabía dónde darme, y eso me estaba amargando mucho. Salí de mi casa, enfadado, dejándola allí con una cara de satisfacción que no se podía con ella. Tenía que pensar en algo, trazar un plan que me llevara a quitarme a todos de en medio, a quedarme tan solo con la gente que merecía la pena a mi alrededor, los demás, sobraban, incluso mis padres y mi hermana, que eran iguales que ella.

Había quedado para comer con Susana y la niña, a la que le llevaría un regalito, y le diría que Papá Noel ya había pasado por mi casa. Sabía que su madre no quería que le comprara nada más, pero es que no había podido resistirme.

Al pasar por la juguetería, la misma en la que le compré la muñeca que le gustaba, había visto que tenía un cochecito para la muñeca y un montón de ropita, así que no me lo pensé, entré, se lo compré y le pedí que me lo envolvieran para regalo.

Estaba sentado en el restaurante de comida rápida, que era lo que a la niña le gustaba y, una vez al mes, me gustaba llevarla allí, cuando Jesús me envió un mensaje, adjuntando una foto de Marina, que era la madrina de la boda.

Jesús: *No me digas que no está bonita. Resplandece por encima de las demás, pero que María no se entere o me tendrá un mes, mínimo, a pan y agua. Tan solo le falta ese brillo en los ojos que aparece cuando tú estás a su lado.*

Cayetano: *No se puede negar lo evidente, por mucho que tu chica se enfade. No es que esté preciosa, es que es preciosa. Ojalá y algún día pudiera estar en ese mismo lugar, pero siendo ella la protagonista, siendo la novia.*

Jesús: *¿Cómo estás tú? ¿Cómo se te presenta la noche?*

Cayetano: *Jodido, hermano, no puedo definirlo de otra manera. Ahora también me amenaza con que le hará daño a mi reputación, tachándome de maltratador psicológico. Estoy atrapado, me siento como si estuviera en una tela de araña, y no pudiera salir de ella. Me ha amenazado con hablar con los inversores para arruinar mi negocio.*

Jesús: *En ese tema, lo tienes fácil. No dejes que el proyecto se financie con inversiones, sino que podemos recurrir a los bancos, avalar el proyecto con nuestras propiedades. Vamos a triunfar, Cayetano, no debemos tener miedo.*

Cayetano: *Está bien, el lunes hablamos de todo esto. De momento, no le he dicho que sí a ninguno. Si podemos arreglarlo con el banco, con una línea ICO o algo parecido, no tendré que recurrir a ninguno de ellos, y eso me dará cierta libertad.*

Jesús: *Lo vamos a conseguir, te quitaremos a esa garrapata de encima, y podrás vivir tu vida como quieras. Ahora te dejo, que nos toca entrar al salón, te iré enviando más fotos a lo largo de la noche.*

Cayetano: *No me la envíes aquí, mejor mañana la pasamos a un pendrive, que no quiero que Marina se ponga en el ojo del huracán de nuevo. Pásalo bien, un abrazo.*

Justo había terminado de hablar con Jesús, cuando me entró una notificación de Instagram, Marina había subido una foto. Entré a verla y me quedé sin palabras, no se podía estar más bonita y más natural que ella. No

me pude resistir, me daba igual que Dafne o mi hermana me leyera, tenía que ponerlo.

"Ojalá y eso que has escrito sea cierto, porque estoy deseando que triunfe el mío. Por cierto, estás preciosa, y me quedo demasiado corto".

En ese momento, escuché como una vocecita de pito me llamaba a gritos, y al girarme, la vi correr hacia mí. El cariño que esta niña me tenía era el más verdadero que había sentido nunca, y yo… bueno, yo tenía adoración por ella, no lo podía negar. Me había cautivado el corazón desde el primer momento en que la vi.

—Pero bueno, si ya ha llegado mi princesa — dije, abriendo los brazos para recibirla.

—Ya estoy aquí — dijo, dándome un beso en la mejilla y con esa media lengua que tenía.

—¿Te pido lo de siempre? —le pregunté, aun sabiendo que me diría que sí.

Me levanté, saludé a su madre y fui al mostrador a pedir, dos menús completos de adultos y uno infantil, además de unos helados que a la pequeña le encantaban.

—Cayetano, hoy viene Papá Noel, ¿sabes? —dijo, con esa carita de inocencia de alguien que no ve la maldad de la vida.

—¡No me digas! A ver qué es lo que te trae. ¿Tú has sido buena? —le pregunté, y me miró sonriendo, con eso dientecillos pequeños que parecían perlas.

—Claro que he sido buena. Pero en la guarde nos han dicho que, a veces, a Papá Noel no le da tiempo de pasar por todas las casas, y que sus regalos, se los da a los Reyes Magos para que los traigan ellos. Es que somos muchos niños, y los duendes también tienen que dormir — dijo ella.

Entendía que había muchas familias que no podían costearse regalos en las dos fiestas, y que preferían ponerlos para Reyes, porque así le daba tiempo a

comprar algunos en las rebajas. Pero mi niña no sería uno de esos, mientras yo tuviera un aliento de vida, no lo iba a permitir.

—Pero seguro que por la tuya pasa, porque a mí me han dicho que empieza por los que han sido más buenos —le dije, guiñándole un ojo, que a ella le hacía mucha gracia, y viendo como su madre ponía los ojos en blanco.

—Eso no lo sabemos, Cayetano. Lo mismo empieza por las casa que le cogen más cerca — dijo su madre, en el momento en el que nos avisaban que la comida estaba lista.

Comimos entre risas y ocurrencias de la niña, a la que, de un momento a otro, perdimos de vista, asustándonos, porque ella no solía ser así, no era de las que se levantaban y se marchaban sin decir nada. Me levanté corriendo, y la vi, junto a Papá Noel, y respiré con tranquilidad.

—Está allí, voy por ella —le dije a Susana, que se quedó inmóvil por un momento.

—La voy a matar —me respondió.

—Es solo una niña. Es mejor que vaya yo y le haga entender, por las buenas, que lo que ha hecho está mal. Si le gritas, lo único que vas a conseguir será asustarla.

Me levanté y fui a por ella, que en cuanto me vio, se puso roja como un tomate, además de no saber dónde meterse.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Sabes el susto que le has dado a tu madre? Eso no se hace, Edurne. Antes de ir a cualquier lugar, tienes que decírselo a un adulto para que te acompañe, o podrías perderte y no volver con tu mamá nunca —Le dije, y la niña empezó a llorar.

—Yo… yo…

—No llores, mi princesa, y dime que es lo que querías decirle a Papá Noel —le dije, limpiándole las lágrimas de los ojos.

—Yo había venido para decirle a Papá Noel que no se le olvide pasar por la casa de mi amiga Patricia. Su papá y su mamá no tienen trabajo, y se queda a comer en la guardería muchos días, porque su mamá dice que no tiene nada. Seguro que si tiene algún regalito se alegra, porque está muy triste siempre.

Me rompió el corazón. Un niño debía estar alegre siempre, ya tendría tiempo para tristezas y sufrimiento, y me daba la impresión de que, en esa casa, no pasarían ni Papá Noel ni los Reyes Magos, y eso no podía permitirlo.

—No te preocupes, que yo me voy a encargar de hablar con él para que pase por allí en primer lugar.

—A mí me da igual si no le da tiempo de venir a la mía, ya vendrán los Reyes, pero quiero que Patricia se ría de nuevo, como cuando entró en la guarde.

Esta niña, con lo pequeña que era, se veía tan empática y noble, que no podía permitir que su amiga no riera como antes. Tenía que hablar con Susana para que me llevara hasta la casa de esa niña, para que sus padres estuvieran tranquilos durante una temporada, y tuvieran algo que poner en la boca de sus hijos esta noche de celebración.

Edurne se fue al parque de bolas a jugar con otros niños, y aproveché ese momento para hablar con Susana sobre esa familia.

—¿Sabes por qué Edurne se había marchado? —le pregunté, y ella asintió.

—Lleva todo el día diciendo que tenía que hablar con Papá Noel, porque a su amiga Patricia no la podía dejar sin regalo. Los padres de esa niña están en una situación precaria, tienen otro hijo, Adolfo, de siete años, y tan solo cuentan con el salario mínimo vital, que no les da ni para pagar la casa y los gastos de esta.

—¿Tienes el teléfono de esos padres? Me gustaría hablar con ellos.

—No tienes por qué hacerlo, Cayetano. No eres el benefactor de la ciudad, ni puedes ir tirando tu dinero por ahí.

—No me siento así, pero no puedo dejar que dos niños pasen dificultades. Si lo hago, no podría llevarme un trozo de turrón a la boca esta noche. Así que, por favor, ponme en contacto con estas personas.

Susana rebuscó entre la agenda de su móvil, marcando el número de esa mujer. Tenía treinta años, y ambos, ella y su marido, trabajaban en una fábrica que cerró hacía dos meses, dejándolos en la calle y sin ningún recurso, ya que se había declarado en quiebra, y no podía hacer frente a los pagos pendientes.

Capítulo 23



Cayetano

—África, soy Susana, la mamá de Edurne. Tengo aquí a un amigo que quiere hablar contigo y con Adolfo, te paso la llamada —le dijo a ella, que asintió al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, mi nombre es Cayetano Castellón, y soy amigo de Susana. La llamaba porque Edurne ha hecho un comentario sobre su hija Patricia, y me gustaría que me contaran la situación, ya que yo puedo ayudaros —le dije, y escuchaba a esa mujer llorar.

—¿La verdad? La única verdad es que estamos desesperados. No tenemos un céntimo, vivimos de la caridad de los vecinos, que nos traen un plato de comida para poner en la mesa, mientras que los niños comen en sus centros escolares. Estos días que no hay colegio, hacemos malabarismos para poder llevarnos algo a la boca, y ya no cuento la pena que tenemos de que nuestros hijos no reciban un solo regalo esta noche. Nos hemos puesto en contacto con una asociación que se dedica a que ningún niño se quede sin juguetes ese día, pero hay más demanda que regalos, y no nos han garantizado nada.

—Necesito que me dé la lista que han hecho sus hijos, tanto para Papá Noel como para los Reyes Magos, sin dejarse ni un solo regalo, por favor. Así como su domicilio, en un par de horas tendrá allí de todo, yo me encargo. También quiero que me diga las tallas de los niños, al igual que su número de pie, porque la ropa también es importante —le dije, y tan solo la escuché llorar.

—No sabe cuánto se lo vamos a agradecer, de verdad. Usted sí que es un verdadero rey mago para mis hijos — dijo, entre lágrimas.

—En cuanto pasen las fiestas, me gustaría que usted y su marido se pasen por mi casa. Les haré una entrevista de trabajo, ya que, a mediados de febrero, aproximadamente, abriré una fábrica de cosméticos, y necesito personal. Pero primero, vayamos a lo importante, que es lo que nos atañe de inmediato. Envíe al teléfono de Susana todo lo que le he pedido, por favor.

En cuanto que colgamos, mi amiga recibió un *WhatsApp* con lo que habían pedido, pero me parecía poco, así que añadiría algo más por mi cuenta. También le envió la dirección y las tallas, así que tenía que ponerme manos a la obra si no quería que se me hiciera tarde. Pagaría lo que fuera, pero esa familia debía tenerlo todo antes de un par de horas.

—Edurne, ven a mi coche un momento, que me parece que he visto a Papá Noel dejar algo en su interior —le dije a la niña, mientras su madre negaba con la cabeza.

—¿De verdad? Pues corre, vamos no vaya a ser que se arrepienta y se lo lleve, que todavía es muy temprano — dijo, cogiéndome de la mano.

Fuimos al coche y le di los dos paquetes, mientras la niña saltaba de alegría por todo el alrededor del coche.

—Os dejo, que tengo que seguir ayudando a Papá Noel, y todavía me queda mucho por delante —les dije, y Susana me miró.

—¿Quieres que te ayude? Mi padre me acaba de llamar que está aquí cerca, por si quería que recogiera a la niña y así poder hacer mis últimas compras. La recoge en diez minutos —me dijo.

—Pues, si te soy sincero, me serías de gran ayuda. Así, mientras uno se ocupa de una cosa, el otro se puede ocupar de otra, si no es mucha molestia para ti.

—¿Eres tonto? Pues claro que no es molestia. Vamos, como para molestarme por algo así, con lo bueno que eres conmigo y con mi hija, y

ahora también con esta familia. Ahí está mi padre, vamos.

Cogí las cajas y las llevé hasta el coche del abuelo, que me dio un abrazo en cuanto me vio. Agradeciéndome todo lo que hacía por su nieta, y que a mí no me costaba ningún trabajo. Convenció a la niña para que se fuera con el hecho de montar el cochecito cuando estuvieran en casa, y así poder pasear a la muñeca por el parque al día siguiente. Nos dio un beso a su madre y a mí, y se marchó feliz en el coche de su abuelo, sentadita en su silla de seguridad y diciéndonos adiós con la mano por el cristal de la ventanilla.

Lo que vino a continuación, fue un auténtico caos. Lo primero que hice fue localizar a una empresa de transporte que pudiera llevarle todo, esa misma tarde, y que me aseguró que, si lo tenía antes de las siete, y tratándose de la misma ciudad, lo tendría allí antes de las ocho, que era cuando terminaba su horario.

A continuación, entramos en una juguetería, y buscamos todo lo que habían pedido los niños. No tardamos mucho tiempo en hacerlo, puesto que la lista era más bien cortita, así que añadí varias cosas más, como un balón de futbol de su equipo preferido, y varias equipaciones. A la niña, le compré una muñeca y un carrito como el que le había comprado a Edurne.

De ahí, pasamos a la tienda de ropa, y equipé a los dos con todo lo necesario, desde chándales y pantalones de diario hasta ropa de vestir, así como zapatos y zapatillas de deporte para los dos. Y ahora, nos tocaba la comida, que era el sitio donde había más gente. El supermercado no llevaba la compra el mismo día, sino que no lo podía hacer hasta pasadas las fiestas.

—¿Sabes que estoy pensando? Que al final se lo vamos a llevar nosotros, porque no me fío de que se lo dejen a tiempo, y entonces, todo el sacrificio habrá sido en vano —le dije a Susana, que me miró sonriendo.

Aparte de la compra que le hice, en la que incluimos absolutamente de todo, pasamos por el departamento de comida precocinada, donde le compré para la cena y el almuerzo de Navidad, incluyendo mariscos y todo tipo de dulce. No sería capaz de estar comiendo sabiendo que esos niños no cenarían lo mismo.

Eran las siete menos cuarto cuando terminamos, y llevamos todo al coche. Por suerte, era grande y contaba con un buen maletero, porque de otro modo, no seríamos capaces de llevarlo todo. Susana llamó a África, y le dijo que saliera al portal, ya que ellos vivían en la planta baja, y sería de gran ayuda contar con cuatro manos más.

—¿Se ha vuelto loco? —me dijo Adolfo, con lágrimas en los ojos.

—Primero: no me he vuelto loco, ya lo estaba, y segundo: por favor, tutéame, que me siento viejo — dije, mientras se lanzaba a mis brazos.

Le comenté que los regalos venían envueltos en cuatro colores, los de tono azul claro, eran los del niño para esta noche, y los de azul oscuro, los del Día de Reyes. En el caso de la niña, eran de color rosa, pero del mismo modo, eran para cada uno de los días, y así no se confundieran.

Cuando les entregamos todo, les di mi número de teléfono, y les pedí, por favor, que me enviaran un video de los niños abriendo los regalos. Para ellos, les di un billete de quinientos euros, que no querían coger, pero que les obligué a hacerlo, quedando en vernos después de las fiestas.

Dejé a Susana en su casa, y entré en la mía, donde, por suerte, no había nadie. Estarían en casa de mis padres, así que, me di una ducha, me vestí con un traje de chaqueta y un abrigo y salí rumbo al matadero, porque eso era para mí el lugar al que iba.

—Menos mal, pensábamos que vendrías con el tiempo justo de sentarte a la mesa — dijo mi padre, nada más verme entrar.

—Os dije que vendría por la tarde, que tenía cosas que hacer — contesté, mientras le estrechaba la mano.

Mi padre jamás me había dado un beso y mi madre, en contadas ocasiones. Era como si quisieran mantener las distancias, que viera que no sentían ningún afecto por mí, y eso me dolía en demasía. La familia de Dafne estaba sentada en el sofá, con mi hermana y su prometido, al igual que los padres de este. El hermano de Dafne me miró, y supe que tenía que hablar con él, pero

ese no era el lugar. Le hice un gesto de que saliera conmigo al jardín, y allí lo esperé.

—Te voy a hacer una pregunta, y quiero que seas completamente sincero conmigo. ¿Quieres recuperar a tu chica y a tu hija? — dije, sin paños calientes.

—¿Cómo sabes que tengo una hija? ¿La conoces? —me preguntó, y pude ver el miedo y la ilusión en su mirada.

—Eso, ahora mismo, es irrelevante. Contéstame, por favor.

—Daría mi vida entera por poder darle un solo beso a esa niña, pero mi familia no me lo va a permitir — dijo, en un tono muy triste.

—Yo me voy a ocupar de eso, pero si me entero de que intentáis hacerle daño a cualquiera de las dos, me encargaré de que no tengáis un solo lugar en la tierra en el que vivir tranquilos. ¿He sido claro?

—No quiero hacerles daño, por eso me aparté de ellas. Mis padres querían que yo siguiera con Susana hasta que tuviera a la niña, para luego quedarse con ella alegando que la madre no podría mantenerla. No fui capaz de hacerle eso, me parecía una crueldad enorme separar a una madre de su hija por un capricho, por eso me alejé.

—¿Quieres que te enseñe una foto de ella? —dije, y él asintió con la cabeza. Por lo que saqué mi móvil y se la mostré.

—Está preciosa, es igualita a mí, cuando era pequeño. Y ella, también se ve que ha madurado, pero sigue siendo tan bonita como el día en el que la conocí.

—Voy a ser sincero contigo, Iker. Tu hermana lo sabe y la ha conocido, me ha amenazado con hacer todo lo posible por llevársela junto a tus padres. Le tengo un enorme cariño a las dos, pero no pienses que es de una manera carnal, porque las veo como a una hermana pequeña y a una sobrina. Yo me he encargado de ellas, para que no tengan ninguna carencia, pero no podré hacerlo eternamente, no mientras Dafne esté pegada a mis talones.

—Gracias por hacerme abrir los ojos, Cayetano. Eres un buen hombre y estoy seguro de que, juntos, podremos hacer que la niña y su madre vuelvan a ser felices a mi lado.

Entramos al salón, ante la mirada escrutadora de Dafne, pero no le hice caso. No iba a permitir que se saliera con la suya, si estaba obligado a casarme con ella, lo haría, pero no se sacrificaría nadie más. Al fin y al cabo, yo llevaba sacrificado durante mucho tiempo, y seguiría de la misma manera, pero no consentiría que esa niña creciera durante más tiempo sin su padre.

—Creo que es buen momento para hablar de la boda —dijo mi padre, mirándome fijamente.

—Está bien, pero tengo mis propias condiciones si queréis que lo haga —dije, ante la atenta mirada de todos.

—Habla, y ya veremos si es factible o no — dijo el padre de Dafne, que pensaba que sería algo económico.

—Yo me casaré con ella, pero siempre y cuando obtenga un documento en el que se explique que Iker podrá tener relación con su hija y con su madre, en el sentido que ambos quieran, y sin que nadie se interponga entre ellos —dije, y la mirada asombrada de todos fue digna de haberse grabado.

—Está bien, pero seremos un matrimonio de pleno derecho, y con ello quiero decir que dormiremos juntos y tendremos sexo —dijo Dafne, sin que nadie dijera nada más, y asentí con la cabeza.

—Si eso es todo, mañana mismo le diré a mi abogado que redacte el documento. Tan solo espero no tener que arrepentirme de esta decisión —dijo su padre, mientras el mío asentía con la cabeza. Lo que no se esperaban era lo que vendría después de la boda…

Capítulo 24



Marina

Los días fueron pasando, y con ellos, las fiestas. Estábamos celebrando la última de ellas, el día de víspera de Reyes, que en mi casa siempre había sido un acontecimiento, ya que era la preferida de mi madre.

Ese día, en el que venían los Reyes por la noche a dejar sus regalitos, en mi casa se vivía desde por la mañana. Era tradición salir todos juntos a comer, para luego, después del café, irnos a ver la cabalgata, donde mi madre se comportaba como una niña más, tirándose al suelo a coger caramelos y pidiendo en voz alta regalitos.

—Sofía, por favor, que ya tienes una edad —le decía mi padre, un tanto abochornado.

—Si te da vergüenza, ya sabes, mira toda la calle que tienes para verla lejos de mí. Como comprenderás, no llevo aquí desde las cinco de la tarde, de pie, para quedarme sin caramelos —le contestó ella, como todos los años.

—Mamá, si quieres caramelos, ahora mismo vamos a una tienda de chucherías y yo te compro todos los que quieras — dije yo, a ver si así lograba convencerla.

—No es lo mismo, y lo sabes. La satisfacción de llegar a casa, con la bolsa llena y repartirlos entre los vecinos, eso no me lo quita nadie. Es mi día, y eso no es nuevo, así que, me dejáis en paz u os vais por donde habéis venido —

dijo ella, muy digna, provocando la risa de Olga, que había venido a pasar el día con nosotros, como también era costumbre.

—Di que sí, Sofía, que yo me pongo contigo y dejamos a todos los niños de este lado de la cabalgata sin caramelos — dijo ella, ya que eran las dos iguales.

Nos reímos lo más grande, porque uno de los pajes de uno de los Reyes resultó ser un compañero de Olga, que no dudó en bajarse de la carroza y regalarle a mi madre una bolsa entera, sin abrir, y eso supuso para ella el mayor de los triunfos. Eso sí, a la hora de irnos, le tocó a mi padre cargar con ella, como no podía ser de otro modo.

—Con esta bolsa tienes caramelos para todo el bloque y para el de enfrente —le decía mi padre, entre risas.

—¿Y lo que yo me voy a reír mañana cuando se lo cuente a mis amigas? Espera, que tengo una idea. Hazme una foto, que la voy a subir al grupo del *WhatsApp*.

Mi padre le tiró la foto con el teléfono de ella, que no tardó ni un segundo en enviársela a las amigas, que tuvieron reacciones de todo tipo, y con las que nos estuvimos riendo un buen rato.

—¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a cenar por ahí y a tomarnos una copa? —me dijo Olga, cuando nos quedamos un poco atrás.

—Me parece una idea fantástica, pero eso sí, no puedo volver muy tarde a casa, que esta noche duermo en la de mis padres y tienen que venir los Reyes —le contesté, en plan cachondeo.

—Mamá, papá, que me marcho con Olga a cenar y a tomar algo, pero no me pongas esa cara, mamá, que no vendré más de las doce, como Cenicienta —les informé con un poquito de guasa, la verdad.

—Tú verás, porque los Reyes pasan por casa a esa hora y quien no esté dentro, no recibe regalos. Advertida quedas — dijo ella, muy metida en su papel.

Entramos a cenar en un italiano que estaba frente a la playa, y lo hicimos en la terraza, puesto que la noche estaba dejando unas temperaturas magníficas, e invitaba a hacerlo.

—Me da mucha pena que te vayas, Marina, pero entiendo que tienes que buscar tu futuro, perseguir tu sueño — dijo Olga.

—Lo sé, además, te prometo que te llamaré a diario y te contaré como me ha ido. Lo mismo y conozco un suizo guapo que me quite todas las penas acumuladas — dije, para animarla, porque no era mi intención buscar a nadie.

—Entonces, me llamas, y me voy a ver si tiene un amigo. Mi relación con Fale va de aquella manera. No entiende que tenemos una edad y que necesito saber qué es lo que tenemos. Siempre me contesta lo mismo, que él no necesita etiquetas, pero lo que yo no necesito son cuernos.

—¿Te ha puesto los cuernos? —pregunté, porque en la boda de Álvaro se veían muy bien.

—Pues chica, no lo sé, porque no sé si somos una pareja o solo follamigos, si tenemos exclusividad, o podemos acostarnos con quien nos dé la gana, y eso me tiene de los nervios, te lo juro.

—¿María y Jesús están iguales? —pregunté, porque lo mismo y era cosa de familia.

—Para nada, ellos ya están haciendo planes para irse a vivir juntos después de las fiestas. Y me alegro por ellos, te lo prometo, pero yo no puedo seguir como estamos, necesito estabilidad, y él parece que no lo entiende o no lo quiere entender.

Después de cenar, nos tomamos una copa allí mismo, para luego ir dando un paseo hasta la casa de mis padres, donde me quedaría a dormir. Íbamos conversando, cuando nos dimos de bruces con su chico y el amigo.

—Buenas noches —dijo Cayetano, sin apartar la mirada de mí.

—Buenas noches — respondí, de manera seca.

—Olga, ¿nos vemos esta noche en tu casa? —le preguntó Fale a mi amiga, y la miré para que supiera que la apoyaba en todo lo que decidiera.

—Pues no. Tú y yo no nos vamos a volver a ver hasta que definamos lo nuestro. Y no me digas que no te gustan las etiquetas, porque eso no me lo creo. ¿Quieres tener una relación? Adelante. Pero si lo que quieres es una amiga con la que follar cuando te dé la gana, dímelo, porque así jugaremos los dos en la misma liga.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Fale, un tanto mosqueado con la dialéctica de mi amiga.

—Pues muy sencillo, si tú follas con otras, yo lo haré con otros, así de fácil.

—Yo no he follado con nadie desde que estamos juntos, ¿tú sí lo has hecho? — preguntó, un tanto temeroso de su respuesta.

—No, pero podría haberlo hecho, ya que tú no te aclaras con lo que tenemos…

—¿Quieres que te diga lo que tenemos? Muy bien, eres mi pareja Olga, a la que siempre le voy a guardar el respeto que se merece, y que, además, es mi mejor amiga. Pero pensé que no necesitaba decírtelo, que te lo demostraba cada día, y ahora veo que no —le dijo él cogiéndola por la cintura.

—Amigo, me parece que vas a tener que esforzarte un poquito más en tu demostración — dijo Cayetano, entre risas.

—Bueno, os dejo, yo continúo mi camino. Olga, mañana te pasas por casa de mis padres, que seguro que los Reyes te han dejado algo debajo del árbol —le dije a mi amiga, dispuesta a seguir con mi camino.

—Espera, Marina, que te acompaño un rato. Voy en esa dirección — dijo Cayetano, pero yo sabía que no era cierto.

—No es necesario, mis padres me esperan en la esquina antes de subir a su casa. Gracias —y lo dejé allí plantado, ni quería ni necesitaba tenerlo a mi lado en estos momentos, pues me provocaría más confusión de la que ya sentía.

Subí a casa de mis padres, y ya se habían acostado, a pesar de que no eran todavía las doce de la noche. Las puertas del salón permanecían cerradas, lo que significaba que ya estaban los regalos puestos. Entré en la que era mi antigua habitación, y en la que dormiría esta noche, y saqué los míos, llevándolos al mismo lugar en el que los había dejado mi madre. Me di una ducha rápida, me puse el pijama, y me acosté.

Esa mañana todo fueron gritos de alegría y emociones, ya que nos pusieron muchos regalos. Olga y las demás llegaron a media mañana, y nos intercambiamos los nuestros, pero a la hora de irnos a comer todas juntas, mi mejor amiga me llevó aparte.

—Sé que no te debería de dar nada, pero me suplicó que lo hiciera, y no quiero ser yo a la que le pese en la conciencia no hacerlo. Cayetano me entregó esto para ti — dijo, poniendo un paquetito en mis manos, que venía envuelto en el papel de una famosa joyería de la ciudad.

—No quiero saber nada de él, Olga, y eso incluye paquetes o regalos — dije, haciendo el ademán de devolvérselo.

—Está bien, pero este no lo rechaces. De todos modos, en unos días no estarás aquí, así que no podrá darme nada más para que te lo entregue — dijo ella, con carita suplicante.

Lo cogí y lo abrí, lo que encontré me sacó un par de lágrimas, puesto que recordaba ese momento como si fuera ayer. Me había regalado un colgante de oro blanco, en forma de corazón, pero al abrirlo, tenía una lámina de porcelana con una foto nuestra, de cuando teníamos dieciséis años, sentados en una roca de la playa, y mirándonos como si fuéramos el tesoro más preciado para el otro. Lástima que eso no fuera igual ahora, con el tiempo.

Mi amiga me ayudó a colgármelo, no por melancolía, que también, sino porque, al mirarlo, me daría cuenta de lo que me merezco en realidad, y es

alguien que me mire así, como si fuera un tesoro.

Los días que quedaban pasaron muy rápidos, y era el momento de salir hacia mi nueva vida, una en la que esperaba encontrar todo lo que me faltaba en esta que estaba viviendo ahora.

Me despedí de mis padres y de mis amigos la noche anterior, dejé todo lo que me tenían que enviar en casa de mis padres, que lo harían una vez que ya estuviera establecida allí, y me fui con una maleta grande y otra de mano para el aeropuerto. Mi intención era tomar un taxi, pero Álvaro y Manel, que ya habían vuelto de su luna de miel, se negaron, y me llevaron ellos mismos.

—Sabes que podemos trabajar desde donde sea. Por eso, cuando ya tengas una casa en la que refugiarnos, envíanos la dirección, que nos gustaría pasar allí una semanita — dijo Álvaro, con el beneplácito de Manel.

—Al final, ahora que no somos pareja, vamos a pasar más tiempo juntos que antes, ya verás —le dije, para rebajar el ambiente.

—No seas cruel, dama de hierro, que estás deseando que vayamos para que te llevemos chismes y jamón, que seguro que allí no hay — contestó Manel.

—Por favor, y piquitos de los que a mí me gustan. Aunque estoy segura de que mi padre enviará una caja llena de producto español, no me cabe duda.

Nos despedimos con un abrazo, puesto que era mi hora de embarcar y ya estaban llamado para mi vuelo. Las lágrimas corrían por mis mejillas, al igual que por las de ellos, pero todos sabíamos que era necesario, sobre todo, por mi salud mental.

El vuelo fue muy bueno, ya que no hubo turbulencias ni nada parecido. Recogí las maletas de la cinta en cuanto salieron, y me dirigí a la puerta, donde encontré a un chico con una pancarta con mi nombre, que me llevaría hasta el hotel en el que pasaría la noche.

Capítulo 25



Cayetano

El día de Navidad, llamé a Susana y le conté todo lo que había hablado con Iker, y le pregunté si quería verlo y si permitiría que conociera a la niña.

—No lo sé, Cayetano, tendría que pensarlo. La verdad es que no confío en ninguno de ellos.

—¿Y si te digo que tengo un documento firmado por sus padres que dice que no podrán intervenir ninguno de la familia en vuestra relación?

—Eso sería un sueño, pero estoy segura de que alguien se tendría que sacrificar para que eso sucediera. Además, hasta que no lo viese con mis propios ojos, no me lo creería.

—¿Confías en mí?

—En ti, por supuesto que confío, es de ellos de los que no me fío. Y tienes que entenderme, Caye, es mi hija la que está en juego.

—Está bien. Ahora mismo te envío una copia del documento, para que se la enseñes a tu vecino, el abogado. Revísalo, y cuando lo tengas claro, me avisas, porque te aseguro que Iker daría su vida por abrazar a la niña.

Colgué el teléfono y salí de mi habitación, donde me encontré con Dafne que me miraba con cara de pocos amigos.

—No sé por qué te empeñas en meterte en asuntos que no son de tu incumbencia. Si te quedaras quietecito y volcaras todo tu empeño en preparar nuestra boda, la de la reina Leticia con el rey se quedaría en una simple toma de dicho.

—Es muy temprano para dar por culo, Dafne. Haz el favor de dejarme en paz y bajar a que te den tus regalos, que seguro que son de tu altura —le dije, con toda la ironía del mundo.

—Me habrás comprado algo, ¿no? Porque yo sí lo he hecho.

—Pues no, pero es que yo soy más de los Reyes Magos. Ahora si me disculpas, tengo que salir.

La dejé allí con mil pares de narices, y salí al jardín a que me diera el aire, porque con lo temprano que era ya me estaba faltando la respiración. Me esperaba un largo día por delante, con todas esas hurracas sentadas en mi salón, quitándole las tiras de pellejo a todo el mundo, y organizando la vida de los demás.

En ese momento, mi teléfono vibró, recibiendo un mensaje de Adolfo, que contenía un video y unas palabras.

Adolfo: *Gracias por hacer de este día uno de los más bonitos de la vida de mis hijos. Me faltará vida para agradecerte. Para lo que necesites, aquí tienes un amigo incondicional. Feliz Navidad y que lo disfrutes con los tuyos.*

Cayetano: *Con esas risas y esas caras de felicidad, estoy más que satisfecho. No quiero que pasen ninguna necesidad, así que, ya tienes mi teléfono para que me pidas lo que sea. Igualmente, y espero otro vídeo el Día de Reyes.*

En el vídeo se veía a los dos niños abriendo los paquetes, ante la cara ilusionada de sus padres. Patricia abrazó a su muñeca, y le dio un beso antes de ponerla en su cochecito, ese que su padre había montado antes de ponérselo. Y el pequeño Adolfo, se puso una de las equipaciones encima del pijama, y se puso a jugar con sus muñecos de superhéroes. Ver esas caras era

toda la recompensa que necesitaba. Se podía hacer feliz a un niño con tan poca cosa, que a veces pensaba que me había equivocado de profesión.

Entré de nuevo en la casa, y el momento regalo fue toda una tortura. Que diferencia entre lo que había visto en esos niños, y lo que estaba viendo aquí, que era una lucha de poder en el que se tenían que demostrar quien tenía más dinero, y se medía por el valor de los regalos, a cuál más caro.

Fueron pasando los días, y llegó el de víspera de Reyes. Le había pedido a Fale, mi amigo, que me acompañara a recoger una cosa a la joyería. No era nada para ninguna persona de mi familia, sino para Marina. No sabía cómo se lo haría llegar, pero lo haría, eso lo tenía claro.

El destino quiso que nos encontráramos con ella y con Olga y aproveché la ocasión para acompañarla a su casa, pero me dijo que no, que la esperaban sus padres, por lo que la única persona a la que podía recurrir era la novia de mi amigo, a pesar de que la tenía en contra, intentaría convencerla.

—Olga, me tienes que ayudar. Tienes que hacerle llegar este paquete a Marina, te lo suplico —le dije, enseñándole el paquete que acababa de recoger.

—¿Por qué se supone que debo hacerlo? Marina es mi amiga, y le has hecho mucho daño. Tanto, que ha necesitado cambiar de vida para poder sanarse por dentro —me dijo, pero no le tomé importancia a sus palabras.

—Por eso mismo, porque eres su amiga, se lo tendrías que dar. Quiero que sepa que mi corazón le pertenece, aunque, por circunstancias de la vida, no pueda estar con ella. Quizás, con el tiempo, pueda demostrárselo, y espero que no sea demasiado tarde, pero esto significa mucho para los dos. Olga, me pongo de rodillas si hace falta, pero se lo tienes que dar —seguí suplicando.

—Está bien, lo intentaré, pero no te prometo nada. No la voy a obligar a cogerlo si no quiere.

—¡Eres la mejor! —exclamé, cogiéndola en brazos para girar con ella.

Nos despedimos y me fui a mi casa, que no a casa de mis padres, donde continuaba Dafne con su familia, excepto Iker, que se había venido a mi casa para poder ver a la niña por la mañana. Antes, había ido a comprar varias cosas para ella y para su madre, y regalárselas por Reyes. Todavía no se habían visto, Susana lo decidió el día anterior y acordaron que fuera ese día tan especial para un niño.

—Ya he llegado —le dije, y vi como el salón de mi casa estaba repleto de regalos.

—¿Te parecen pocos? — preguntó, al ver mi cara.

—Hombre, si vas a ir a visitar un orfanato, a lo mejor te faltan algunos, pero si es solo para la niña y su madre, me parecen hasta excesivos, fíjate — dije, con una sonrisa.

—Todo me gustaba para ella. Además, tengo que compensar casi tres años de ausencia.

—La ausencia no se compensa con regalos, Iker, aunque nos hayan enseñado eso nuestros padres. Se compensa con amor, con momentos juntos que la niña no olvide, con un beso antes de dormir, con recogerla de la guardería…

—Tengo mucho que aprender de ti, cuñado, aunque me parece que te casas con mi hermana por obligación, no porque estés enamorado de ella.

—Es cierto, mi amor se llama Marina, y la conozco desde que teníamos quince años, pero al igual que a ti, me separaron de ella. Yo no tuve hijos, y eso fue algo menos doloroso de lo que te ha pasado a ti, pero sigue doliendo como si hubiera sucedido esta mañana, mucho más cuando sé que ella siente lo mismo por mí.

—¿Por qué no luchas como me has aconsejado a mí?

—Muy sencillo, porque lo nuestro es más complicado. Está su bienestar en juego, y nunca la pondré a los pies de los caballos, precisamente por el amor que siento por ella, no seré egoísta.

—Eres un tío muy noble, que no se merece a una arpía como mi hermana a su lado.

—No te preocupes, que no durará mucho. Ahora no puedo contarte más, lo irás descubriendo con el tiempo. Como prioridad, nos toca recuperar tu relación con Susana y con la niña, ya luego atenderemos a lo demás.

Nos dimos un abrazo y subimos a nuestras habitaciones, donde permaneceríamos hasta que, al día siguiente, viniera la niña a mi casa, y se reencontrara con su padre.

Tengo que reconocer que ninguno de los dos dormimos mucho, y antes de las siete, ya estábamos los dos en la cocina, ante un cartucho de churros y una taza de café, con los nervios un tanto de punta por la llegada de la niña.

—Tu hija, en cuanto que me vea, se tirará a mis brazos, espero que no te moleste —le dije, adelantándole lo que iba a suceder, porque siempre era igual.

—¿Cómo me va a molestar? Es lo lógico, has sido tú la persona que ha estado a su lado, aunque te conozca de tan solo unos meses.

En ese momento me llegó otro vídeo de los hijos de África y Adolfo, en el que gritaban y saltaban más que el anterior. Sobre todo, el pequeño Adolfo, que tenía todo el material para el colegio de su equipo favorito, y decía que iba a llevar en el primer día de vuelta, además de todo lo que puso en la lista, y varias cosas más.

Le enseñaba el vídeo a Iker, cuando escuchamos la puerta. Susana tenía llaves, ya que, la mayoría de las veces que venía a limpiar, o no estaba o lo hacía, pero encerrado en mi despacho atendiendo videollamadas de proveedores y demás.

—Estamos en la cocina —les dije desde allí, y la vimos entrar con la niña de la mano.

—¡Cayetano! —exclamó la niña, pero al girar la cabeza, vio a Iker, y empezó a temblar de emoción. —¿Papá?

—¿Me ha reconocido? —le preguntó éste a Susana, con lágrimas en los ojos.

—No quería que mi hija creciera con una mentira sobre su padre. Tengo una foto en la que estamos los dos en la playa, en mi mesita de noche, y cuando me preguntaba quién eras, le decía que era su padre — dijo Susana, que seguía mirándolo con adoración.

—Será mejor que me vaya, tenéis mucho de lo que hablar. Estaré en mi despacho, si me necesitáis.

—No te vayas, Caye. Gracias a ti estamos juntos de nuevo, y quiero que seas testigo de lo que tengo que decirle a Susana —me pidió Iker, y acepté.

—Papi, ¿un besito? —le pidió ella, e Iker la cogió en brazos.

—Uno solo no, mi amor, miles. Te voy a dar todos los que no te he podido dar todos estos años por culpa de gente indeseable.

Se la comieron a besos entre los dos, eran la viva imagen de la felicidad, y eso me llenaba de gozo. Los tres se lo merecían, pero en especial, la pequeña Edurne, que no tenía derecho a crecer sin su padre.

—Vamos al salón, que sé de una persona que va a disfrutar mucho abriendo regalos —les dije, y Edurne me miró como si hubiera dicho la combinación ganadora de la bonoloto.

—¿Aquí también han venido los Reyes para mí…?

—Para ti y para tu mamá. Venga, vamos a ver si te gusta lo que te han traído.

Cuando Susana vio todo el sofá lleno de cosas, se volvió a Iker y puso los ojos en blanco.

—No sé dónde voy a poder meter tantas cosas, si nuestro cuarto es minúsculo —dijo ella, más para sí misma que para los demás.

—Esa es la segunda parte de la sorpresa, pero te lo diré ya. Quiero que vivamos juntos. Cayetano me ha alquilado una casa que está casi para estrenar, solo que hasta el día nueve no podremos entrar a vivir. Está completamente amueblada, y es donde quiero establecerme con vosotras. Mi trabajo es online, así que da igual en que parte del mundo esté, teniendo un portátil y conexión a Internet.

—Dile que sí, mujer, que te lo mereces — dije, animándola a contestar, ya que se había quedado congelada.

—Es muy pronto, me gustaría que esperáramos un poco más…

—Susana, no quiero perderme más de la niña, ni de ti. Quiero vivir con mi familia, que sois vosotras. También quiero ir a hablar con tu padre, le explicaré todo y le pediré perdón, le demostraré que puede confiar en mí.

—Está bien, el día nueve nos iremos a vivir juntos, a pesar de que sigo pensando que es una locura.

Capítulo 26



Marina

Me levanté esa mañana repleta de energía e ilusión. Estaba a un paso de empezar mi nueva vida, y eso me hacía tener los nervios como una quinceañera en su primera cita, aunque la mía era mucho más importante.

La noche anterior saqué de la maleta mi atuendo para ese día. Hacía un frío horrible, pero no era como al que yo estaba acostumbrada. En mi ciudad, el frío era húmedo, de ese que te calaba hasta los huesos, mientras que aquí, era seco, de esos que, con un buen abrigo, se podía soportar.

Tenía que estar en el edificio de la empresa donde se llevaría a cabo la investigación a las nueve de la mañana, por eso me levanté a las siete. Quería hacer las cosas con calma, porque si a los nervios que tenía le sumaba las prisas, entonces todo sería un desastre.

Me vestí con un pantalón térmico negro, unas botas altas con tacón de cuña y pelitos por dentro, y un jersey de lana trenzado, al que acompañé con un abrigo de plumas, todo en color camel. Recogí mi melena en una coleta alta, me puse mis guantes, mi bolso al hombro, y ya estaba lista para salir.

Subí en el ascensor con mis dos maletas, ya que vendrían a recogerme en un coche y podría dejarlas allí mientras firmaba la documentación y hablaba del proyecto. Después, ese mismo coche me llevaría al que, en los próximos doce meses sería mi nuevo hogar.

—Buenos días, señorita Rivera —me dijo el chófer de la empresa.

—Buenos días —le contesté con una sonrisa.

Por suerte, el tema del idioma no era un problema para mí, ya que siempre me habían encantado, y dominaba a la perfección, aparte del castellano, el inglés y el francés, así como chapurreaba el alemán. Así que, me podría relacionar en los principales idiomas del país.

Nada más llegar, me impresionó el edificio, tan alto, tan blanco, tan pulcro, era como si todo él fuera un laboratorio, y me encantó, para que lo vamos a negar.

—Buenos días, soy la señorita Rivera, vengo por el programa de investigación — dije a la chica de la recepción, que me sonrió de inmediato.

—Venga por aquí, por favor. Ya están todos y ahora vendrá el jefe de laboratorio — dijo, y me llevó hasta una sala donde estaban todos mis compañeros.

Éramos seis, y nos fuimos presentando todos. Francesca, era italiana, y tenía un desparpajo muy parecido al mío. Marie, era francesa y, a pesar de que era más tímida, también parecía una persona muy dulce y agradable. Con respecto a los chicos, eran tres, y a cuál más guapo, parecía que los habían elegido por catálogo, aunque yo no tenía interés en ninguno. Edmond, inglés; Brand, alemán; y, por último, aunque no menos importante, Stefan, que era suizo.

El ambiente se presentaba inmejorable, ya que, la sintonía que se veía entre nosotros era muy buena, y estaba segura de que trabajaríamos cómodos, sin la presión de la competitividad.

Cuando terminamos con nuestro jefe, el señor Meier, que resultó ser un hombre bastante agradable. La realidad era que no me lo esperaba así, la verdad. Era mayor, podía tener unos sesenta y pico de años, bastante regordete y con un bigote que era tan simpático como él. Nos trató a las mil maravillas, y nos emplazó a todos al día siguiente, a las ocho de la mañana en

el mismo lugar, ya que sería cuando nos dieran las acreditaciones para poder entrar y salir del edificio.

Nos contó que nadie entraba antes de la hora ni salía después, y que, para nuestro traslado, un coche de siete plazas nos recogería a todos, ya que íbamos a vivir en la misma zona, a las afueras de la ciudad, en una pequeña urbanización que había edificado la empresa a modo de alojamiento temporal para sus trabajadores, como era nuestro caso.

Ese día iríamos en dos coches, ya que la furgoneta de traslado no estaría lista hasta el día siguiente, y él lo haría en su propio coche. Una vez allí, nos daría las llaves y podríamos instalarnos durante todo el día, ya que no teníamos que volver a trabajar hasta mañana.

Las casas eran pequeñas unifamiliares adosadas, con un pequeño jardín trasero y un porche de lo más acogedor. En la planta baja teníamos un pequeño salón, con puertas francesas que daban al jardín, la cocina y un aseo. En el piso superior, había un dormitorio, con baño integrado y vestidor, así como otra habitación que estaba destinada a un despacho y otro baño completo en el pasillo. Por si teníamos visitas, el sofá del despacho se convertía en cama.

Era pequeño, pero de lo más acogedor. Me sentía feliz, tanto por el trabajo, que era el culmen de mis sueños, como por los compañeros, que se veía que terminaríamos siendo una piña.

Me despedí de todos y entré en mi casa. Subí las maletas al vestidor, y fui sacando y colgando toda la ropa. Según nos habían dicho, no hacía falta seguir unas reglas de vestimenta, simplemente, tendríamos que ir de la manera más cómoda, ya que pasaríamos muchas horas con la bata de trabajo y sentados, analizando químicamente todo.

El motivo de la investigación era encontrar una fórmula natural con la que frenar algunas enfermedades neurodegenerativas y que, además, no fuera demasiado costosa para producir en masa. Todo un reto, pero uno que resultaría fascinante, como todo lo que tenía que ver con ese tema.

Lo primero que hice en cuanto tuve ya todo colocado, fue hacer una videollamada a mis padres, pero antes avisé a Olga para que fuera hasta allí, quería verlos a todos juntos.

—Mamá, ya estoy instalada en mi nueva casa —le dije, cuando la vi a través de la pantalla.

—Dime que hay un dormitorio para mí, porque pienso ir en Semana Santa, advertida quedas — dijo, y yo solté una carcajada.

—Pues tienes dos opciones, o duermes conmigo en mi cama King size, o en el sofá del despacho que se convierte en cama — respondí.

—También puedo hacerlo en casa de alguno de tus compañeros… Dime que no son feos, por lo que tú más quieras — dijo, la muy loca de mi amiga, mientras que mis padres reían a mandíbula batiente.

—¿Pero tú no estás con Fale?

—Esa es una larga historia, amiga. Ya te contaré mañana o pasado, que ahora la protagonista eres tú.

Con ese comentario supe que no me quería decir nada delante de mis padres, así que, en cuanto que colgara la videollamada y supiera que ya estaba de vuelta en su casa, la llamaría para que me contara.

Hablamos de todo un poco, pero principalmente de la impresión que me habían dado mis compañeros y mi jefe, así como de la manera en la que mis padres me enviarían el resto de mis cosas, de manera que yo las pudiera recibir un sábado, que era cuando no trabajábamos.

El horario de nuestra investigación era de ocho a cinco de la tarde, con media hora para desayunar y una hora para comer. Después de las cinco, nadie podía quedar en el edificio.

El señor Meier nos había dicho que teníamos un supermercado a dos calles de la urbanización, por lo que me puse de nuevo el abrigo y fui a comprar para llenar la nevera, o me moriría de hambre. También nos comentó que,

aunque algunos salían a restaurantes a comer, la mayoría se llevaba un táper con su almuerzo, que luego calentaban en el microondas de la sala de descanso, para tener más tiempo en el almuerzo y no tener que ir corriendo.

Me planté el bolso en el hombro y cuando estaba cerrando la puerta, Stefan me sobresaltó.

—¿Vas al supermercado, Marina? — dijo, y pegué un bote, puesto que no me lo esperaba ahí.

—Joder, vaya susto me has dado — dije, riendo.

—Lo siento, no era mi intención asustarte. Lo decía porque yo voy para allá, si quieres, podemos ir juntos.

—Claro, así nos vamos conociendo un poquito mejor, ¿no te parece?

—Me parece una idea perfecta. Cuéntame, Marina, ¿de dónde eres?

—Pues soy del sur de España, de una bonita localidad costera, con buen clima y buena comida — dije, y me miró sonriente.

—Si tienes buen clima y buena comida, ¿qué demonios haces aquí? — preguntó, de manera cómica.

—Perseguir un sueño y huir de una pesadilla — dije, tal y como me salió.

—Eso me lo tendrás que contar, pero en otro momento, tranquilamente y delante de una buena copa de vino.

—¿Y tú? ¿De dónde eres?

—Pues yo soy de Neuchâtel, una ciudad con un precioso castillo, a orillas de un lago y que está situada al oeste de Berna. Como me coge un poquito lejos de aquí para ir y venir a diario, no me ha quedado más remedio que vivir en la urbanización.

—¿Tan lejos está?

—Bueno, a unas dos horas en tren. Si quieres, un fin de semana, quedamos todos y os llevo a verla. Os podéis quedar en mi casa a dormir, ya nos la apañaremos.

—Me encantaría, ya que no conozco nada de la zona y me gustaría conocer Suiza.

Entre charla y charla, llegamos al supermercado, así que cogí mi carrito y me dispuse a comprar. Me encantaba cocinar, y estaba dispuesta a deleitar a mis compañeros con comida española, porque sabía que les iba a gustar.

Antes que nada, le pregunté a la chica de la caja si me podrían llevar la compra a casa, y me contestó que, sin ningún problema, que la tendría en un par de horas.

Compré absolutamente de todo, entraría en la cocina esa tarde y dejaría la comida lista para toda la semana. Lo primero que haría sería un buen puchero, para echarle fideos o arroz por las noches, que era lo que mejor entraba para el frío. Luego, con los avíos, haría croquetas, y repartiría con mis compañeros. También haría un buen potaje, del que sacaría varios táperes que congelaría para todo el mes, ya que lo solía comer una vez a la semana.

—¿Vas a dejar algo para los demás o te vas a llevar el supermercado tú sola? —me dijo Stefan, cuando me vio llegar a la caja.

—Cuando pruebes mi comida, no te quejarás de todo lo que llevo.

—¿Piensas invitarme a comer?

—A ti, y a todos nuestros compañeros. Será este fin de semana, porque hoy no me dará tiempo, quiero dejar la comida lista para toda la semana, y así tan solo tener que descongelar el táper.

—Bien pensado. Yo me llevaré bocadillos, la cocina y yo no nos llevamos bien.

—¿Y qué haces cuando estás en tu casa?

—Mi madre bendita, que hace como tú, cocina para todos y nos envía la comida congelada, tanto a mí, como a mis hermanos.

En el camino de vuelta me estuvo contando que tenía tres hermanos más, él era el segundo empezando por arriba, y todos habían estudiado una carrera distinta. Así que, en su familia había un médico, un enfermero, un analista informático y un químico.

Llegué a mi casa, y me tocaba esperar la compra que, según me dijo la chica, no tardaría en llegar, ya que antes nos sentamos en una cafetería a tomar algo. Stefan quedó en llevarnos a uno de los restaurantes típicos de la ciudad, para que conociéramos la gastronomía de la zona.

Cuando me quedé a solas, llamé a Olga, quería que me contara todo lo que había sucedido entre ella y Fale, que, por su tono de voz, noté que no sería nada agradable, pero no me contestó, esperaría a que me devolviera la llamada, porque estaba segura de que lo haría, aunque tardara horas en hacerlo, no lo dudaba.

Capítulo 27



Marina

Ni dos minutos tardó mi amiga en devolverme la llamada, y contesté al instante.

—Cuéntame ahora mismo todo lo que te ha pasado —le dije, imperativamente.

—Es que no quiero que te preocupes, de verdad.

—Pero, si me dices eso, me voy a preocupar más todavía. Así que, desembucha rauda y veloz.

—Hemos tenido una discusión muy fuerte a causa de Cayetano. No entiendo su manera de actuar. Está preparando la boda con la estirada esa, y quiere que vaya a la boda como su acompañante, pero yo no puedo hacerlo. Sería como si te estuviera traicionando —me dijo, y tomé una bocanada profunda de aire antes de hablar.

—A mí no me estás traicionando, Olga, y Fale sí que puede verlo como una traición. Es su amigo, y al igual que estoy segura de que te acompañaría si la que se casara fuera yo, debes ir a esa boda con él.

—Pero es que… no es justo. Mira, no quería decirte nada, pero no tengo más remedio que hacerlo. Ese hombre está enamorado de ti hasta la médula, y no soporto que esa bruja os haga infelices a los dos.

—Ese hombre no siente nada por mí, nada más que atracción sexual. Si él ha decidido casarse con Dafne, tendrá sus motivos, y yo no pienso cuestionarlos. Estoy intentando empezar de cero, Olga. Me he ido a donde Cristo perdió el mechero buscando la tranquilidad que me dan esos kilómetros de distancia. Por todo ello, no creo conveniente que Fale y tú paguéis los platos rotos de una relación que no fue tal.

—Entonces, ¿me estás diciendo que vaya a la boda?

—Eso mismo es lo que te digo. Ve, disfruta con tu pareja, sin hacerle caso a nadie, y lo más importante, no tomes partido por ninguno de los dos, porque te podría costar la relación con Fale. Yo soy tu amiga, pero él también es su amigo, y lo mejor para todos es que os mantengáis al margen de lo que ocurra entre nosotros.

—Visto así, tienes razón. Gracias, Marina, como siempre, antepones a todos antes que a ti. Ese corazón tan grande, algún día, tendrá su recompensa, te lo aseguro — dijo, y colgamos la llamada, justo cuando tocaban el timbre de mi casa.

Me dejaron la inmensa compra en la cocina. Cuando los repartidores se fueron, me puse en modo estar por casa, con mi pijama, mis calcetines gordos y mi pelo recogido en un moño, y me puse en modo chef.

La casa tenía calefacción por suelo radiante, con lo cual era un gusto andar en calcetines por la cocina. Guardé todo lo que no iba a necesitar y me puse manos a la obra. Más de tres horas después, ya solo me quedaba liar las croquetas, que lo haría en cuanto la masa estuviera un poco más fría, ya que se hacían mejor.

Habíamos hecho un grupo de *WhatsApp* todos los del trabajo, así que los invité a que vinieran a mi casa a una degustación de comida española, consistente en tortilla de patatas, puntas de solomillo en salsa al Pedro Ximénez, y una tabla de jamón serrano, queso y caña de lomo ibérica que mi madre me había metido en la maleta envasado al vacío.

No tardaron en aparecer por mi casa, el primero que llegó fue Stefan, seguido de Francesca, que nos dijo que también haríamos una degustación de

comida italiana en su casa, pero durante el fin de semana.

Nos reímos muchísimo con las caras de Stefan y de Brand, que se relamían con todo lo que probaban, pero en especial con la tortilla. Me fui hasta la cocina, puse un sartén con aceite muy caliente y freí una docena de croquetas del puchero. Otro día las haría de jamón y de gambas, que eran mis preferidas.

—Cásate conmigo, Marina —me dijo Brand, de manera muy dramática. Este alemán tenía un sentido del humor muy peculiar, para nada parecía de su tierra.

—De eso nada, chaval, que yo la vi primero. Nada de sexo, entre otras cosas porque yo soy más de querer acostarme con Edmond que contigo, pero solo por comer estas delicias, me cambio de acera y hasta de continente si hace falta.

—Pues espera a que probéis esto que traigo, os vais a chupar los dedos —Les dije, poniendo el plato de croquetas en el centro de la mesa.

—Dios mío de mi alma. Por un plato así, me caso hasta yo —dijo Francesca, haciéndonos reír a todos.

La única que no se veía integrada ni cómoda en el grupo era Marie, pero no sabía a qué se debía, ni tenía tanta confianza como para preguntárselo abiertamente, así que lo hice con algo de disimulo.

—¿No te gusta la comida, Marie?

—Es que, a mí, las especias y los condimentos de la comida española me resultan muy potentes, yo prefiero la comida francesa — contestó, pero con mucho aire de superioridad.

—Pues hija, lo siento, pero yo francesa lo único que se hacer es una tortilla, y encima no tiene nada que ver con tu país, o bueno sí, pero no de la forma que piensas.

—¿Qué es una tortilla a la francesa? —preguntó Edmond, y no dudé en responderle.

—Pues mira es algo que se inventó en mi tierra cuando la invasión napoleónica. No sé si lo sabréis, pero los franceses no pudieron entrar en mi ciudad, por eso la sitiaron, dejando a la población casi sin alimentos. Como no había patatas en el mercado, pero sí huevos y mucha hambre, los gaditanos, que es el gentilicio de la gente de mi ciudad, batieron los huevos e hicieron una tortilla, pero sin el ingrediente principal. Por eso, le pusieron el apelativo de "a la francesa" —les conté, y todos me miraban con la boca abierta, excepto Marie, por supuesto.

—Eso está por ver, el que no pudieran entrar y el que lo inventaran los españoles —dijo, y empezó a tocarme un poquito los ovarios, porque eso se podía comprobar en cualquier libro de historia.

—En mi tierra se hizo hasta una canción para la ocasión, que decía "con las bombas que tiran los fanfarrones, se hacen las gaditanas, tirabuzones". Pero vamos, que puedes entrar en, san Google, y mirar sobre el tema, verás que no te miento —le dije, y Stefan empezó a reírse.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —le preguntó ella, en francés, mientras que el resto hablábamos en inglés, para que no hubiera problemas de comunicación.

—Del arte que tiene Marina, como buena española que es.

—Será mejor que me marche, no me agrada ni la comida ni los temas de conversación. Buenas noches —nos dijo, y salió de mi casa como si nada.

—¿Es un poquito antipática o solo a mí me lo parece? —preguntó Brand, y todos asentimos con la cabeza.

Lo que me había parecido en un primer momento una mujer tímida y dulce, se había revelado como una persona déspota y antipática. Me caía mal desde que despreció mi comida. Aunque solo sea por educación, uno lo prueba y ya está, pero ella actuó como si fuera superior a todos los demás, y eso no me gustó nada.

—Mejor, más para los demás. Yo tuve un encontronazo con ella ayer, porque me dijo que mi casa tenía mejor ubicación que la de ella, al tener vistas al campo, dándome a entender que, si la tenía, sería por algo —nos contó Francesca.

—¿Cómo llegó a esa conclusión? Quiero decir, que, si no ha visto nada fuera de lo común, no entiendo porque dijo eso. Y no te estoy acusando de nada, por supuesto —le dijo Edmond a Francesca.

—El señor Meier es amigo de mi padre. Ambos estudiaron juntos en la universidad, salvo que mi padre dedicó su vida a otros menesteres, pero eso no significa que yo haya entrado aquí por enchufe ni nada parecido —intentó ella justificarse.

—Por supuesto que no, eso no lo dudes. Aquí, todos los que estamos lo hacemos por méritos propios, no por enchufismo —contestó Edmond, bastante enfadado por las suposiciones de Marie.

—Es más, si alguien quiere que le cambie la casa, no tendré ningún problema.

—Pero si son todas iguales, no digas tonterías. A ti te ha tocado la de la esquina, como a mí me ha tocado la primera, simplemente por azar — dije yo, con una sonrisa.

Al final, terminamos con toda la comida, e incluso Stefan se ofreció a pagarme para que le cocinara a diario, pero no lo iba a hacer. Si quería que cocinara algo para él, con tan solo comprarme los ingredientes tenía bastante, y así se lo dije.

Me ayudaron a recoger antes de irse, y cuando me quedé sola, me puse a rumiar lo que me había contado Olga sobre Cayetano, y dos lágrimas solitarias cayeron por mis mejillas, pero me apresuré a borrarlas con el dorso de mi mano y a pensar en otra cosa.

Estaba en la puerta de mi casa esperando el vehículo que nos llevaría hasta el laboratorio, cuando vi que mis compañeros estaban todos agrupados en la

puerta de la casa de Francesca, así que me fui con ellos, todos menos Marie, que estaba bastante más apartada.

—Buenos días, chicos. ¿Dispuestos a ponernos manos a la obra? —les pregunté y todos asintieron, sonrientes.

—Vamos a comernos el día, Marina — contestó Brand, que iba muy animado.

Cuando llegamos a la empresa, la chica de recepción nos entregó nuestras identificaciones, nos recalcó el horario y las normas de seguridad. Nadie podía salir del recinto fuera de horas, ni acceder a él tampoco. Nos indicó la planta a la que teníamos que dirigirnos, donde se encontraban nuestras taquillas y la sala de descanso, así como la cafetería para bajar a desayunar.

Teníamos que hacerlo todos en el mismo turno. El desayuno era de nueve y media a diez, y el almuerzo de una a dos, nunca antes ni nunca después. En el laboratorio estaba prohibida la entrada de cualquier alimento, ya fuera líquido o sólido, así como de teléfonos móviles o cualquier otro dispositivo electrónico que sirviera para almacenar datos.

—Joder, parece que vamos a trabajar en el Pentágono —me dijo Stefan, que estaba a mi lado.

—Es normal, no quieren que nada de la investigación salga de aquí, podría ser un desastre, tanto a nivel económico como a nivel mediático. Perdería la confianza de todos sus inversores —le conté, porque ya se había dado un caso de espionaje industrial en otra empresa, y las consecuencias fueron catastróficas.

Entramos a la zona de taquillas, donde dejamos todas nuestras pertenencias, a excepción de la identificación, sin la cual no podríamos acceder al laboratorio, entre otras muchas cosas.

Cuando llegué allí, me pareció el paraíso de un químico, ya que todo estaba repleto de peltres, tubos de ensayo y balanzas, así como de microscopios. Nos fuimos cada uno a nuestro puesto, el que nos habían asignado y que, juntos, formaban una cadena de trabajo.

El tiempo se me pasó volando, analizando una muestra de tejido, que sería el que nos daría las claves para conseguir nuestro objetivo, cuando sonó la alarma para el desayuno.

—Está siendo alucinante —les dije a mis compañeros, entusiasmada.

—No lo veo para tanto, la verdad — contestó Marie, con cierto desdén en sus palabras.

—No entiendo que haces aquí si nada te gusta ni te emociona. Sería mejor que buscaras un laboratorio en tu país y que estuviera a tu altura —le dijo Brand, harto de sus desprecios.

—Si estoy aquí es por obligación, mi padre no me dejará entrar a trabajar en su empresa de cosméticos hasta que no tenga rodaje en investigación. Pero no dudéis que, en cuanto tenga la oportunidad, yo misma pediré mi expulsión, es solo cuestión de tiempo.

Por lo visto, la señorita Marie era la única hija del propietario de un imperio cosmético francés, pero no la consideraba preparada para enfrentarse a su laboratorio, y por ello, nos había condenado a los demás al sufrimiento de su presencia.

Capítulo 28



Cayetano

Iker y Susana, así como la pequeña Edurne, se habían trasladado al piso que le tenía alquilado a Marina, y estaban viviendo una pequeña luna de miel. Les iba de maravilla, y a la niña se la veía feliz, que era lo más importante.

Mi fábrica abría sus puertas en estos días, al final, nos salió todo tan bien que pudimos hacerlo antes de tiempo. Susana estaba en la recepción del edificio de oficinas, en el turno de mañana, mientras que África lo hacía en el turno de tarde. Su marido, Adolfo, era el jefe del taller de empaquetado, él se tenía que encargar de pedir el material que se fuese terminando, así como de revisar que todo se hiciera correctamente. Trabajaba de ocho a tres, que era la hora en la que entraba su esposa, por lo tanto, le tocaba a él estar con los niños. Ambos me lo pidieron así, para no tener que gastar dinero en una chica que los cuidara mientras trabajaban, y así poder ahorrar un poco para cuando, según ellos, vinieran las vacas flacas.

Al final, con nuestras propiedades como aval y un proyecto económico viable, no tuvimos que tirar de inversores, sino que, con el préstamo del banco y las ayudas gubernamentales, pudimos montarla, haciendo una sociedad entre los tres, Fale, Jesús y yo.

Estaba en mi despacho, atendiendo a uno de los clientes que me solicitaba fecha para su nuevo perfume, ese que estábamos fabricando en nuestra empresa, cuando Dafne irrumpió como si estuviera en el salón de su casa.

—Señor Rodríguez, si no le importa, le vuelvo a llamar en unos quince minutos, acaba de llegar una visita inesperada —le dije, completamente avergonzado.

—No te preocupes, hijo, ya está todo claro. Espero esa primera muestra el lunes y, si todo va como esperamos, le daremos salida antes del verano, ya que será una fragancia muy fresca y juvenil —me dijo él, con una sonrisa.

—El lunes me reuniré con usted y seré yo mismo el que le lleve la muestra. Un saludo y estamos en contacto —me despedí de él.

Esperé a que terminara la llamada y me volví furioso hacia ella.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí y por qué has entrado sin llamar? —le espeté, sin miramientos.

—Eres mi prometido, y a no ser que tengas algo que esconder, entraré las veces que me dé la gana y de la manera que me plazca — contestó, con mucha altanería.

—No se trata de esconder o no, se trata de que estaba en una reunión de trabajo y que, mi secretaria, no te debería haber dejado pasar.

—Eso ha sido mi culpa, que le dije que me estabas esperando, que no tenías que anunciarme — dijo, como una gracia. Tendría unas palabras con mi secretaria en cuanto tuviera la oportunidad, porque esto no se iba a volver a repetir.

—Bueno, dime qué es lo que quieres, y rapidito, que tengo mucho trabajo.

—He venido para decirte que ya tenemos fecha de boda. Será el próximo mes de mayo, el día quince, más concretamente, en la catedral de la Almudena, en Madrid.

—De eso nada, no pienso volver a Madrid ni para casarme. Si quieres que me case contigo, lo haremos aquí, que también hay iglesias muy bonitas.

—Pero eso no puede ser, la mayoría de mis amigas son de allí, y los invitados, eso sin contar con nuestras familias…

—¿Qué parte de me da igual no has entendido? Si por mí fuera, iba al juzgado y firmaba, total, será un matrimonio de pega, nada será real…

—Recuerda el documento que firmamos, en el que queda claro que tendremos sexo y, posiblemente, descendencia — respondió, exacerbándome cada vez más.

—Lo mismo tengo un problema de impotencia y no puedo tener sexo, sería una pena, ¿verdad?

—No te burles de mí, Cayetano, o la vamos a tener. Ya está la fecha y el sitio escogido, y no hay nada más que hablar.

Salió de mi despacho dando un portazo, y dejándome tan mal sabor de boca como hacía cada vez que estábamos cerca el uno del otro. Estaba sentado, mirando al techo, intentando tranquilizarme, cuando entró Fale, que tenía tan mala cara como yo.

—Y a ti, ¿qué te pasa? ¿Por qué traes esa cara? — pregunté, con algo de diversión, la verdad, porque rara vez se le veía así.

—Esa mujer va a terminar volviéndome loco, te lo aseguro.

—¿Olga? ¿Por qué, si es un amor de mujer?

—Un amor, dice. Los cojones de mi padre es un amor. Me dice que quiere algo serio, y yo, aun sabiendo como soy, accedo. Pero ahora, le digo que estás planeando tu boda con la bicha, que no pienso dejarte solo, y que espero que me acompañe en ese día, y me pregunta, ¡qué si estoy loco! —me dijo, exasperado, y rompí en una carcajada.

—¿Piensas obligarla a que te acompañe?

—No quiero obligarla, quiero que salga de ella. Tiene que entender que eres mi amigo, al igual que Marina lo es de ella.

—Lo puede ver como una traición a su amistad, y yo la entiendo. Se supone que soy la persona que más daño le ha podido hacer a Marina, muy a mi pesar, y asistir a mi fantástica boda no le hace ilusión.

—Por cierto, ¿qué quería la bicha? La he visto salir de tu despacho echando humo por las orejas —me preguntó, y tuve que tomar una bocanada de aire para poder hablar.

—Ya tiene la fecha para la boda, dice que será el día quince de mayo en Madrid, y yo no quiero que sea allí, aunque por otro lado… quizás me interese que sea allí para hacer lo que tengo pensado. Cuanta más gente haya, mejor que mejor — dije, sonriendo.

—No sé qué es lo que tienes pensado hacer, y casi que lo prefiero, no me vayan a acusar de encubrimiento — respondió, riendo también.

—No se lo pienso contar a nadie, ni siquiera a vosotros, no me puedo permitir que alguien lo escuche y haya filtraciones. Tan solo te diré que le digas a Olga que vaya, y que se ponga en primera fila a la hora del brindis, para que sea testigo directo del espectáculo —le respondí, y me miró con una ceja alzada.

—Miedo me das, pero… ¿sabes qué? Que siempre tendrás el apoyo de mi hermano y mío y, si podemos ayudar en algo, no dudes que lo haremos.

Pero no, mi plan ya estaba trazado, y no involucraría a nadie más en él. Era cosa mía, y como tal, sería yo el que lo llevara a cabo hasta sus últimas consecuencias.

Salí del despacho con ganas de llegar a mi casa, pero tan solo de saber que ella, la arpía, o la bicha, como le llamaban Fale y Jesús, estaría allí para ponerme la cabeza como un bombo, me las quitaba.

—Iker, ¿estáis en casa? —le pregunté, ya que eran las dos y media de la tarde, y no sabía si había ido por la niña al colegio.

—Pues no, de hecho, estamos en la puerta de tu empresa. Hemos venido a recoger a Susana para irnos a comer. ¿Te apuntas o has quedado con la

simpática de mi hermana? —me preguntó, ya que él le tenía la misma estima que yo, o sea, ninguna.

—Antes me corto un dedo que llamar a tu hermana para comer, créeme.

—Pues entonces, baja y vente al búrguer con nosotros. Ya sabes, hoy es el día en el que la enana elige, y esa es siempre su elección.

—Esperadme, que me pongo el abrigo y ya mismo estoy abajo.

Lo cierto era que, tanto la niña como Iker, se habían adaptado de maravilla el uno al otro, parecía que siempre habían estado juntos, durante toda la vida, que no había existido ningún episodio de separación. Eso sí, conmigo seguía teniendo pasión, y ella era y sería siempre mi debilidad.

—¡Cayetano! —gritó, nada más verme salir de la empresa, y vino corriendo a mis brazos.

—Hola, princesa. ¿Qué tal el día en la guarde?

—Genial, a Patricia le han puesto los Reyes una muñeca como la mía, y jugamos a que somos dos mamás que van al parque juntas. Su mami me ha dicho esta mañana que me va a llevar a su casa a jugar este fin de semana, y me quedaré allí a dormir —me dijo, y miré a Iker, pues me daba la impresión de que algo tenía que ver con todo esto.

—Me llevo a Susana de fin de semana romántico, quiero proponerle matrimonio — dijo, y me causó algo de risa.

—Lleváis menos de un mes viviendo juntos, ¿no te parece un poco pronto?

—¿Pronto? ¿Acaso no lo habrías hecho tú si hubieras tenido la oportunidad con Marina?

—¡Touché! Es cierto, si tienes claro que es la mujer de tu vida, no desperdicies la oportunidad — dije, puesto que yo había sido un imbécil. Tan solo esperaba que, estos meses que me separaban de mi libertad, no fueran los suficientes para que me hubiera olvidado.

—No pienso hacerlo — contestó, dándome una palmada en el hombro.

Nos fuimos todos en mi coche, ya que Iker todavía no había traído el suyo de Madrid, y había ido por la niña dando un paseo, al igual que habían llegado hasta aquí.

—¿Tarda mucho la comida? Tengo un hambre que voy a "desallecer" — nos dijo, y tuvimos que soltar una carcajada. La palabra era más grande que ella.

—Se dice, desfallecer, Edurne —le corrigió su padre.

—Mira, papaíto, será mejor que diga que me muero de hambre, que luego digo esas palabras tan raras que tú hablas, y los niños se ríen de mí — contestó, con todo su desparpajo.

—Sí, creo que será mejor que sigas hablando como hasta ahora, o tendré que escribir un diccionario Edurne – castellano —dijo su padre, haciéndole una carantoña en la cara.

En ese momento nos avisaron de que nuestra comanda estaba lista, por lo que nos levantamos los dos, ya que uno solo no podría con todo. Llevábamos dos bandejas cada uno, porque la niña había pedido helados para todos como postre, a pesar del frío que hacía.

Comimos entre risas y ocurrencias de la niña, y, después de la sobremesa tan agradable que tuvimos, me despedí de ellos. Susana quería ver alguna ropita para la niña, que había dado otro estirón y los pantalones se le habían quedado cortos, aunque ella decía que los llevaba a la moda, enseñando el tobillo. Esa enana nos tenía a todos con la cabeza comida con su manera de ser y de ver la vida.

Puse rumbo a mi casa, pero antes, pasé por casa de Olga, quería hablar con ella sobre lo ocurrido por culpa de la boda. Me gustaría que estuvieran todos, pero no por el hecho de que me casara feliz, sino por todo lo que vendría después, quería que fuera la persona que se lo contara a Marina, pero no por oídas, sino porque lo viviera con nosotros.

—Caye, ¿qué haces aquí? —me preguntó, algo extrañada de verme en su puerta.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Claro, pasa. ¿Quieres un café? — preguntó, yendo a la cocina para servirse uno, y yo la seguí, sentándome en la barra.

—Venga, échame uno — dije, guiñando el ojo.

—Parece que en vez de un café me estás pidiendo un polvo, pero lo siento, esos tan solo se los echo a mi chico.

—Hablando de tu chico, me ha comentado que estás reacia a acudir a la boda, y me gustaría…

—Hecha el freno, Magdaleno. Si vienes por eso, te diré que llegas tarde. Acabo de hablar con él hace un ratito y le he dicho que iré. Después de una charla con Marina, he entendido que tú eres tan importante para él como ella lo es para mí, así que no te preocupes por eso.

—Gracias, Olga. Te prometo que esa boda no te defraudará.

Me tomé el café de un trago y me despedí de ella con un beso en la mejilla, era hora de volver a mi casa y enfrentarme a todo.

Capítulo 29



Marina

El tiempo fue pasando, y ese fin de semana, de principios de abril, tendría a mi amiga en mi casa, venía desde el jueves hasta el lunes, por eso me pedí esos días libres, y no dudaron en dármelos.

Al final, como la investigación requería de muchas más horas por nuestra parte, ampliamos nuestro horario laboral, pero no todos, sino que nos íbamos quedando un par de horas más diarias por pareja, y durante toda una semana, a la siguiente, les tocaba a otras dos personas, y así, sucesivamente. Por ello, yo elegí no cobrarlas, sino librarlas cuando me hiciera falta, contando con que vendría Olga a visitarme.

Estaba en el aeropuerto, con un coche que había alquilado para poder movernos por allí, ya que quería que viera todo lo que yo vivía a diario, empezando por mis compañeros, esos que ya se habían convertido en amigos, excepto Marie, que siguió con su aislamiento social, como si los demás valiéramos menos que ella.

—¡Ya ha llegado lo más bonito de Andalucía! —gritó, con su maleta de mano y una sonrisa en los labios.

—Y aquí está lo más bonito de Suiza para recibirte —le dije, dándole un abrazo.

—De eso nada, lo más bonito del país es ese tío rubio que está detrás —dijo, y al volverme, me di cuenta de que se trataba de Brand, que también había pedido los dos días.

—Brand, ¿qué haces aquí? Pensé que te habías cogido los días para seguir avanzando a mi vez —le pregunté, dándole un abrazo.

—Y lo hice por eso, pero aproveché y le dije a mi hermano Markus que se viniera el fin de semana, que tenía ganas de verlo. Y aquí estoy, esperando a que aterrice su vuelo —me dijo, sonriendo.

—Olga, él es mi compañero, Brand, y ella es mi mejor amiga, casi como una hermana para mí — dije, y ella, ni corta ni perezosa, ignoró la mano que mi compañero le había tendido, y le plantó dos besos en las mejillas, dejando al pobre rojo como un tomate.

—Lo siento, pero en España nos saludamos así —le contestó ella, con todo su brío.

—Si esperáis un minuto a que salga mi hermano, podríamos ir a desayunar los cuatro juntos —nos dijo, miré a Olga y asintió con la cabeza.

—Dime que te has tirado a este dios nórdico —me dijo, cuando Brand se alejó para esperar a su hermano.

—¿Qué dices, loca? Además, no es suizo, es alemán, y por lo que creo, también es gay, porque no veas las miraditas que le echa a Stefan, que ese si tengo claro que le gustan los hombres.

—¡Qué desperdicio!

—Además, tú has hecho las paces con Fale, ¿verdad?

—Pues claro, pero eso no quita para que vivas mis sueños a través de ti, que no tienes pareja. Oye, por cierto, te veo como más llenita, pero no de que hayas cogido peso, sino como más redondeada, no sé explicarme — dijo, mirándome de arriba abajo.

—Yo también lo he notado, pero como me encuentro bien, serán los aires suizos, que me están curando.

—Pues me parece que no, que esos aires son españoles y tiene un nombre, pero ya lo hablaremos cuando estemos a solas...

Me dejó un tanto descolocada. ¿A qué se referiría? Pues no lo sé, pero ya me lo aclarará luego, ahora tocaba ir a desayunar, que tenía tan solo un café en el cuerpo y me moría de hambre.

Cuando llegamos a la cafetería, teníamos dos opciones, el típico Bircher Muesli, que era una mezcla de avena remojada con fruta rallada, frutos secos, yogur y leche, que, aunque tenía una pinta estupenda, lo vimos mejor para desayunar en casa. Así que nos decidimos por la otra opción, compuesta por pan fresco, mantequilla, mermelada, queso y yogur, al que acompañamos con un chocolate caliente.

El hermano de Brand era igualito a él, y no solo en lo físico, sino también en el carácter. Según nos contaron, su madre era latina, cubana para más señas, pero vivió en Alemania toda su vida, sus padres fueron parte de los muchos emigrantes que hubo en esa época, de ahí su carácter y su manera de ver la vida.

Entre las chorradas que decía Markus, y las burradas que le contestaba Olga, el desayuno fue de lo más entretenido, y es que ninguno de los dos conocía la vergüenza, por mucho que estuviéramos en público.

—¿A qué te dedicas, Markus? —le pregunté, con el fin de conocer algo más de él.

—Soy ginecólogo en una clínica privada allá en mi país.

—Anda, mira, lo mismo y hasta te viene bien que esté por aquí unos días — dijo Olga, y yo seguía sin entenderla.

—¿A mí? ¿Para qué me va a hacer falta a mí un ginecólogo? Que yo sepa, la menopausia me queda todavía un poquito lejos —le contesté, y me miró poniendo los ojos en blanco.

—A ver, alma de cántaro. Parece mentira que no te hayas dado cuenta cuando sales de la ducha y que yo, en cinco minutos que llevo aquí, ya lo haya notado. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla? —me preguntó, y el sorbo de chocolate salió de mi boca como si hubieran accionado un aspersor, poniendo a mi compañero lindo de manchas.

—Lo siento, Brand, te prometo que yo te la lavo o te compro otra camisa —le dije a mi compañero, que me miraba muy seriamente, pero no por el estropicio —¿Has visto lo que he hecho por tu culpa?

—No, verás, si ahora va a resultar que el polvo lo echaste conmigo, en vez de con el otro. Y no me has contestado a mi pregunta.

—Sabes que no tengo una regla regular, que lo mismo viene dos veces en un mes que no viene en varios, por eso no me he alarmado. Además, que a nadie de esta mesa le interesa mi vida sexual, ¿no crees? —le dije, empezando a enfadarme.

—A mí, sí. Porque si la respuesta a la pregunta de tu amiga es hace más de tres meses y resulta ser cierto, te habrías saltado todo un trimestre de embarazo, con el riesgo que eso conlleva. Mi consejo, ve ahora mismo a una farmacia y compra una prueba, así saldrás de dudas. Con el resultado, yo mismo me puedo encargar de revisarte todo.

—Pero si tú no tienes la clínica en Suiza, sino en Alemania, ¿cómo demonios lo vas a hacer? — respondí, porque lo que menos quería era enterarme de que estaba embarazada. El simple hecho de pensarlo me ponía los vellos de punta.

—Esa era la sorpresa que le tenía a mi hermano, pero no voy a tener más remedio que revelarla ya. He pedido el destino a la clínica que hay en la misma ciudad en la que vivís, por eso he venido, para quedarme —nos dijo, y Brand lo abrazó hasta la extenuación.

Nos levantamos y quedamos en vernos en mi casa, ya que Markus dormiría en la de Brand hasta que encontrara una en la que poder vivir. Parecía que me había leído el pensamiento, porque me dijo que no fuera a comprar la prueba, que ya se encargaba él de hacerlo.

—¿Qué voy a hacer si sale positivo? —le pregunté a Olga, cagada de miedo.

—Apretar fuerte cuando llegue el momento de sacarlo de ahí adentro —me soltó, como la que habla de estreñimiento.

—Olga, por favor, que estamos hablando de un niño, no de un episodio de estreñimiento — dije, y ella soltó una carcajada, que me contagió.

Entramos en mi casa, la llevé hasta mi habitación, donde dejó la maleta, para, a continuación, bajar hasta el salón, y así enseñarle también el jardín. Me disponía a hacerlo cuando sonó el timbre de la casa, tenía más miedo a abrir que a ir al dentista, porque sabía lo que se me podía venir encima.

—Hemos ido a la farmacia y a mi clínica por varias cosas que tenemos para urgencias en las que nos tenemos que movilizar. No nos vamos a quedar con las dudas. Toma, entra y haz pis en el palito, en cinco minutos tendremos el resultado —me dijo Markus, muy serio, extendiéndome la bolsita de la farmacia.

—Si lo llego a saber, no te invito a que vengas —le dije a Olga, como si ella tuviera la culpa de algo.

—No, verás, lo que te he dicho, que al final la culpa de que esté embarazada la voy a tener yo —dijo ella, provocando la risa en los dos hermanos.

Dios, parecía que en vez de ir al baño iba a ir al patíbulo. Estaba completamente segura de que, en caso de que saliera positivo, iba a seguir adelante, de lo que tenía más dudas era de si se lo contaría al padre o no.

Entré completamente sola, por mucho que Olga quiso hacerlo conmigo, no podía, tenía que ser yo la primera en ver el resultado y asimilarlo antes de poder verbalizarlo en voz alta, y ella lo sabía, por lo que no insistió más.

En menos de un minuto ya tenía las dos rayas allí marcadas, y supe que estaba de más de tres meses, suponiendo que hubiera sido de la fiesta de Navidad y no de antes. Respiré hondo antes de abrir la puerta, y salí, con

lágrimas en los ojos que no podría deciros si eran de emoción, de dolor o de miedo.

Por supuesto que siempre he querido ser madre, pero me lo imaginaba de otro modo, viviéndolo todo con mi pareja, no siendo madre soltera, que era lo que iba a ser.

—Ha salido positivo — dije, y Markus me señaló el sofá.

—Siéntate, que vamos a ver de cuánto tiempo estás —me dijo, sacando un pequeño maletín, como un portátil, y qué, según me explicó, era un ecógrafo.

Echó un frío gel en mi barriga, y empezó a extenderlo con la ayuda del ecógrafo. Tras varias pasadas, encendió el aparato, e hizo el mismo movimiento, pero ya se veía en la pantalla la imagen de mi bebé. Como se movía, y activó el altavoz, para que escucháramos el fuerte latido de su corazón.

—Marina, estás de unas quince o dieciséis semanas. ¿Quieres saber el sexo? Porque se ha puesto en posición —me dijo, y me sorprendió muchísimo.

—¿Tan pronto se puede saber el sexo del bebé?

—Normalmente se hace en la ecografía de las veinte semanas, pero hay muchos casos en los que se puede ver antes, como es el tuyo. ¿Quieres que te lo diga? — volvió a preguntar.

—Sí, quiero saberlo para así ir comprando todo y pensar en un nombre — respondí, y fijó una imagen en la pantalla.

—Es un niño, se ve claramente. Enhorabuena — dijo, al ver que me emocionaba de verdad.

Desde siempre me habían encantado los niños, los veía más nobles que nosotras, las mujeres, aunque los había de todo tipo, para que nos vamos a engañar. Pero yo me encargaría de que mi hijo se educara en el respeto, daba igual si era hacia otro niño, una niña o una iguana. Le haría entender que su

libertad terminaba donde comenzaba la de la otra persona, eso lo tenía claro. No quería que fuera un cabrón como su padre, al que no le había importado hacerme daño con tal de conseguir lo que buscaba.

—Entiendo que no se lo vas a decir a su padre, ¿verdad? — dijo Olga, esta vez en español, y negué con la cabeza.

—Marina, no hagas las cosas en caliente, que luego te puedes arrepentir. Piénsalo y actúa con la cabeza, deja el corazón a un lado —me dijo Brand, que también hablaba nuestro idioma.

Capítulo 30



Marina

Le di las gracias a Markus, que me dio cita el mismo lunes, que también tenía libre, para hacerme el resto de las pruebas que toda embarazada debe hacerse, y más en mi caso, que me había saltado el primer trimestre a la torera.

Sé que muchas mujeres en el embarazo lo pasan fatal con los vómitos y demás, pues yo os juro que no tuve nada de eso, lo único que me notaba era que tenía más apetito y que quería dormir más que antes, pero por el resto, ni me había enterado, y eso era una suerte para mí.

Lo primero que hice fue una videollamada con mis padres, que eran los que se tenían que enterar después de mí, y luego haría una con Álvaro y Manel. Sabía por ellos que Macarena no estaba bien, y tenía claro que una noticia así la alegraría.

—Hola mi niña. ¿Ya está Olga contigo? ¿Por eso nos estás llamando? —preguntó mi madre, pero veía que mi padre estaba a su lado.

—Sí y no. Veréis, Olga está conmigo, llegó esta mañana, pero hemos estado algo atareadas y por eso no os he llamado antes. He tenido la visita del hermano de mi compañero Brand, que es médico y me ha estado examinando —les dije, y vi la cara de horror de mi padre.

—¿Te encuentras mal? Si es así, ya mismo estamos allí para traerte de vuelta, que lo primero es tu salud —me dijo, acercándose demasiado el teléfono.

—Abuelo, echa para detrás que no veo a tu mujer —le dije, y al principio no se dio cuenta, pero mi madre, sí.

—¿Abuelo? ¿Estás embarazada, Marina? —preguntó, con lágrimas en los ojos. Ella decía que un niño era una bendición, viniera en las circunstancias que viniera.

—Sí, mamá, estoy embarazada de dieciséis semanas, y no me eches la bronca por no contarlo antes, que me acabo de enterar.

—Entonces, el padre es…

—La madre soy yo, que es lo que importa. Y la que va a luchar por él a diario. Intentaré terminar la investigación antes de dar a luz, porque me gustaría hacerlo en España.

—Y si no la terminas, la dejas a medias. En cuanto que cumplas los siete meses de embarazo, te quiero aquí, a nuestro lado. Y cuídate mucho, Marina, que ahora llevas una vida en tu interior — dijo mi padre, visiblemente emocionado.

Colgué la videollamada con lágrimas en los ojos, pero también con el abrazo de mi amiga, que no me había dejado sola en ningún momento.

—Ojalá pudiera quedarme aquí contigo, Marina, y que notaras mi presencia y mi apoyo —me dijo, pero yo sabía que la tenía ahí, aun a miles de kilómetros de distancia.

—Sé que te tengo a mi lado, aunque no sea físicamente, no te preocupes por eso.

—Que sepas que, me da igual que se enfaden las demás, pero yo voy a ser la madrina de ese niño. Mi sobrino… ¿Cómo le vas a llamar? — preguntó, y todas mis dudas se resolvieron de golpe.

—Tu sobrino Cayetano, se llamará como su padre, aunque sea eso lo único que mantenga de él — respondí.

—Deberías contárselo, Marina.

—¿Y arriesgarme a que la arpía esa me lo quiera quitar? O peor aún, que se lo lleve con ellos y lo maltrate o le haga algo. Ni mijita, mientras que esa mujer se mantenga a su lado, no sabrá nada, y no se te vaya a ocurrir comentárselo, o terminará nuestra amistad, te lo advierto —le dije, porque ella era capaz de soltárselo así, como quien no quiere la cosa, hasta el mismo día de la boda.

—Eso no es cosa mía, así que no tienes que pensar en eso. Yo soy tu amiga y, aunque no comparta tus decisiones, no tengas ninguna duda de que te apoyaré con ellas —me dijo, y me dio otro abrazo.

Llamé a Álvaro y a Manel, que se volvieron locos de contentos, porque, además, ellos también tenían una noticia para nosotros, que nos alegró la llamada.

—Nos han llamado de la agencia de adopción. Es una niña, tiene dos añitos y medio, es huérfana y no tiene familia. Sus padres murieron en un accidente de tráfico en el que ella también iba, pero afortunadamente, sus lesiones han sanado bien. Ahora lo único que necesita es mucho amor. La conocimos hace una semana, y vamos a diario a verla, hasta que se acostumbre a nosotros.

—No sabes lo que me alegro por vosotros, de verdad. Esa niña tendrá suerte, porque vivirá en un hogar donde el cariño está presente en cada gesto, y eso ella, es lo que más necesita en estos momentos. ¿Cuándo os la podréis llevar a casa? —les pregunté.

—Si todo va bien, en un par de semanas. Ayer nos preguntaba cuando se podría venir a dormir con nosotros, porque quería ver su casa y su cuarto nuevo. Y nos llama papá a mí, y papito a Manel —me contaba Álvaro, con lágrimas en los ojos.

—Ojalá y mi niño sea igual de feliz que lo será esa niña con ustedes. Por cierto, ¿cómo se llama? —les pregunté, y ambos soltaron una carcajada.

—No te lo vas a creer, se llama Olga —me dijo, y mi amiga se tiraba al suelo de la risa.

—Eso es el Karma. No quería a una Olga en tu vida, pues ahora vas a tener a dos, a la niña y a mí, por capullo —le soltó ella, mientras que los cuatro reíamos a carcajadas.

Cuando colgamos la llamada, y como todavía era temprano, llamé al laboratorio, tenía que explicar mi situación, por si había algún problema en que trabajara así, embarazada, porque eso no nos lo habían contado.

—Buenas tardes, señor Meier, me gustaría hablar con usted. ¿Podría recibirme mañana? —le pregunté, amablemente.

—Por supuesto, Marina. ¿Te viene bien a la hora del desayuno? Sabes que esta semana ando como pollo sin cabeza, y me gustaría atenderte en condiciones — respondió.

—Claro, a las nueve y media estaré en su despacho. Muchas gracias, señor Meier.

Colgué la llamada con la sensación de que mi sueño laboral se terminaba, pero empezaba otra aventura, la de criar a mi hijo, que sería todavía más interesante. Empecé a enviar currículos a todos los institutos y academias de mi ciudad, así como a algunos de localidades cercanas, que no me costaría mucho ir y volver en el mismo día. El problema que tenía era que, en cuanto que vieran que estaba embarazada, me rechazarían, pero no tenía nada que perder, más bien todo lo contrario, mucho que ganar, porque podría alegar que terminaría el curso, ya que no daba a luz hasta septiembre.

Saqué del congelador un poquito de caldo, al que le echamos arroz, y una bolsita de croquetas, esta vez de gambas. Por suerte, el jamón que podía comer era el que mi padre compraba y me enviaba siempre, ibérico de pata negra, para evitar la toxoplasmosis.

—Amiga, cada vez cocinas mejor. Si como química no te comes un rosco, siempre puedes abrir un restaurante, porque no te iban a faltar comensales —dijo Olga, metiéndose una croqueta en la boca.

—Claro que sí, y le puedo poner de nombre "Marina te da de comer" —le solté y estallamos en una carcajada.

—También se podría llamar, La Olla de la Gorda, porque te vas a poner que va a ser más fácil saltarte que darte la vuelta —me dijo la muy cabrona.

—Pero lo mío se quitará en cuanto que dé a luz y haga un poquito de ejercicio, tu eres gilipollas de nacimiento y, treinta años después, sigues igual —le respondí, entre risas.

—Ten amigas para esto… —dijo, fingiendo indignación.

Terminamos de cenar y nos sentamos a ver un capítulo de la serie que nos tenía enganchada. Cuando lo veíamos, nos llamábamos por teléfono para comentarlo, así que íbamos las dos por el mismo.

—Ese Anthony está bueno que te cagas, me recuerda a Cayetano, pero en versión victoriana — dijo, pero yo no le veía parecido alguno.

—Sigue soñando, ya quisiera ese parecerse a tu personaje. Aunque a mí el que más me gusta es el duque, que porte, que señorío, por favor. Con ese me caso yo por conveniencia, sin conveniencia, y hasta haciendo el pino, si hace falta — respondí, dejando en pausa la pantalla para que lo viera bien.

—Fíjate que boca, Marina. Y que pavisosa es la que le han puesto como mujer, ese portento se merecía una mujer de bandera, no esa que no tiene ni tetas — contestó Olga, que estaba obsesionada con el tamaño del pecho de la gente, ya que ella lo tenía más bien pequeño.

—Entonces, si, según tu manera de ver la serie, debe tener esos requisitos, tú no entrarías entre las candidatas, tonta. Más vale que lo cambies —la picaba yo, y me lanzó un cojín.

Hacía tantísimo tiempo que no pasaba una jornada así, entre bromas, risas y capítulos de series que, por un momento, eché de menos España, mi hogar, mi gente. No sé si sería cosa de las hormonas, pero el caso es que me sentí nostálgica.

En cuanto terminamos el capítulo, nos fuimos a la cama. Al día siguiente tenía la reunión con Meier, y quería ir descansada. Markus me había firmado un informe para la empresa, en el que destacaba el tiempo de embarazo y las posibles complicaciones, que prácticamente no era ninguna.

Caí rendida en el mismo momento en el que puse la cabeza en la almohada, y descansé como hacía mucho tiempo que no lo hacía, la verdad. Por eso, en cuanto sonó el despertador, me puse en pie con un ánimo y una energía inusitada.

—Ya he preparado café, descafeinado, por supuesto, y unos bollitos que he comprado en la pastelería de la esquina — dijo Olga, que hacía tiempo que se había levantado.

—¡Qué bien huele! Le dije, sirviéndome una taza y dándole un bocado a uno de los bollitos.

—Hija mía, cualquiera diría que estás embarazada. No le haces ascos a nada, todo te parece que está riquísimo y todavía no te he visto vomitar — dijo ella, enumerando alguno de los inconvenientes del embarazo.

—Y eso que me llevo en el cuerpo. No he vomitado en las dieciséis semanas que hace que estoy embarazada, lo voy a hacer ahora.

La dejé en la cocina y me marché a mi habitación, donde me di una ducha rápida, sin mojarme el pelo, que lo tenía limpio del día anterior, y me vestí cómoda y abrigadita, que aquí todavía se notaba el frío. Me puse unos leggins vaqueros que me permitía tener la barriga sujeta además de no apretarme, una camisa suelta y mis botas altas de cuña. Me puse mi abrigo de plumas y cogí el bolso, quedando con Olga en que la recogería en cuanto terminara con mi reunión.

Le dejé el coche a mi amiga, por si tenía que salir a alguna parte y tomé un taxi que me llevara a la empresa. Me bajé de él y entré en el edificio, saludando a la chica de recepción, que me recibió con una sonrisa.

—Buenos días, me está esperando el señor Meier en su despacho — dije, y me dio paso.

—Buenos días, Marina. ¿En qué puedo ayudarte? —Me recibió el señor Meier.

—Venía para hablar con usted. Verá, ayer no me encontraba bien y acudí al médico. No voy a dar más rodeos, se trata de un embarazo. Estoy de dieciséis semanas, y no sabía si eso sería un inconveniente para la investigación —Le solté, del tirón.

—Pues verá, Marina, no es que sea un inconveniente, es que no lo podemos permitir. En ese laboratorio hay muchos patógenos que podrían ser un inconveniente para el bebé. Pero no te preocupes, porque el médico de la empresa te dará la baja, y seguirás cobrando tu sueldo hasta después de la baja maternal, que aquí en Suiza es de catorce semanas a partir del día del parto —me dijo, y eso me tranquilizó bastante.

Capítulo 31



Marina

Salí de allí con la baja laboral por parte del médico de la empresa, y con la convicción de que volvía a mi casa, a mi hogar. Me dijeron que, al ser un embarazo, no necesitaba el parte semanal, sino que tan solo tendría que informar del momento del parto, para que pasara a ser baja maternal. Una vez que pasara la baja maternal, era mi decisión si volver a la empresa en alguna de las investigaciones que tuviera en curso, o pedir el finiquito y seguir en mi ciudad, que sería lo más probable que hiciera.

Llegué a mi casa y le conté a Olga lo que me habían dicho, por lo que, en vez de salir a ninguna parte, me ayudó a empacar y preparar todas mis cosas. Busqué un billete en el mismo vuelo que ella, y tuve suerte de encontrarlo, aunque iríamos en asientos separados, pero volveríamos juntas.

Lo siguiente que me quedaba era buscar una empresa de transporte que trabajara en fin de semana, y que pudiera recoger todo para enviarlo a España de nuevo, pero no me resultó complicado. La chica que me atendió por teléfono me indicó que pasarían el domingo a media mañana a recogerlo todo, y que lo tendría en España, en la dirección indicada, el martes por la tarde, y me pareció perfecto.

—Vuelvo a casa, amiga — dije, dándole un abrazo, que era lo que más necesitaba.

—Y yo que me alegro, porque así te tendré cerquita y podré vigilar ese embarazo. Por cierto, ¿dónde vas a vivir? — preguntó.

—De momento, en casa de mis padres. Ya luego, cuando nazca el bebé, veré si busco algo para los dos. Pero, ahora mismo, lo que más necesito es estar cerca de los míos, y sé que a los abuelos les hará ilusión vivir conmigo todo este proceso.

—Tienes razón, pero desde ya te digo que las puertas de mi casa las tienes abiertas de par en par.

—Lo sé. Ahora me arrepiento de haber dejado aquella casa, pero supongo que no duraría mucho en el mercado.

—Pues no, el mismo día que tú te fuiste, entró a vivir una pareja con una niña pequeña que es un amor, y ellos también, a pesar de que son muy jóvenes, se les ve tan enamorados y compenetrados, que a veces dan miedo, de lo perfecto que son. Alguna vez, cuando el padre tiene una videollamada de trabajo, me ha pedido el favor de dejarme a la niña —me dijo, haciendo como la que tenía un escalofrío por la espalda.

—Eso es bueno, así te vas entrenando para cuando nazca tu sobrino.

—De eso nada, chavala. A mi sobrino lo vas a cuidar tú, que para eso eres su madre. Cuando quiera uno a tiempo completo, le diré a Fale que nos pongamos a encargarlo —me respondió, sacándome la lengua.

—Voy a avisar a estos, para que se pasen por aquí y se lleven toda la comida. Sería una pena que la tuviéramos que tirar, y no me pienso llevar nada, que la aprovechen ellos.

—Yo sé de uno que va a flipar con los táperes de comida congelada…

—Y con el jamón, que no veas como le mete el tío el diente —nos reímos.

Cogí mi teléfono y entré al grupo de *WhatsApp* del trabajo, ese que no cerraría ni me saldría de él, ya que tenía la intención de invitarlos a todos a España cuando naciera el pequeño Cayetano.

Marina: *Chicos, convoco una reunión extraordinaria en mi casa, cuando salgáis del laboratorio.*

Stefan: *¿Habrá tortilla y jamón? Si es así, pido salir media hora antes, que luego no me da tiempo a catarlo.*

Brand: *No me puedo creer que seas tú el que diga eso, cuando los que no lo catamos somos los demás.*

Francesca: *Si hay comida, me apunto, que llevo dos días comiendo bocadillos, los mismos que la española no lleva comida a la sala de descanso. Después de probar su potaje, todo me sabe a cañería.*

Edmond: *No seáis así, cuando nos ha convocado de manera tan urgente es que algo le ocurre. Marina, espero que no sea nada malo y te rogaría que lo aclararas antes de ir, o mis nervios no lo soportarán.*

Marina: *Vamos por partes, habrá comida, y para repartir, pero no pelearos que hay para todos. Edmond, sí que me ocurre algo, pero no es nada malo, todo lo contrario, pero me gustaría contároslo cuando estéis todos juntos, cara a cara. Os espero a la salida en mi casa, no tardéis, por favor.*

Con todo aclarado, me fui con Olga a la cocina para ir haciendo las reparticiones de los táperes y de las demás cosas de alimentos que tenía en la despensa.

Como habéis podido comprobar, Edmond era un poquito dramático, así como aprensivo. Para él, cualquier cosa que se insinuara, era un problema de dimensiones épicas, y no dudaba en darle vueltas al asunto hasta que aclaraba todas sus dudas, o no dormía tranquilo. Esto último, según sus propias palabras.

Teníamos todo puesto encima de la encimera, separado en montoncitos, para que todos llevaran más o menos lo mismo, excepto un blíster de jamón que había sacado para ponerlo esta noche, y nos pusimos a hacer una tortilla, que era la comida favorita de todos, con lo sencillo que era cocinarla y ninguno de ellos se atrevía.

A las cinco y diez, en punto, se bajaban todos del vehículo que los traía de vuelta, y se plantaron delante de la puerta de mi casa, peleándose por ver quién era el primero en llamar, todos menos la francesita, que ya había entrado en su casa.

—Con el jaleo que tenéis formado, ni el timbre me ha hecho falta para saber que habéis llegado. Anda, pasad al salón y ahora os cuento —les dije, mientras iba a la cocina por la tortilla y el jamón. Olga ya había puesto un cuenco de olivas, otro de patatas chips y otro con pan recién cortado.

—Te amo, eres mi persona favorita en el mundo, que lo sepas — dijo Stefan, con un aleteo de pestañas demasiado cómico para mí.

—No me seas pelota, anda. Veréis, chicos, me marcho el lunes, y no quería que toda la comida que tenía preparada se echara a perder, por eso os he llamado para que os la llevéis y no tengáis que comer bocadillos, al menos por unos días —les dije, y todos me miraron asombrados.

—¿Cómo qué te vas? —dijo Stefan.

—¿Tienes algún problema o alguna enfermedad? — preguntó Edmond, en su línea.

Todos hablaban menos Brand, que tan solo se vino hacia mí y me dio un abrazo. Lo iba a echar de menos porque, a pesar de ser el más serio, era la persona en la que me había apoyado cuando me enteré del embarazo, casi sin querer, pero se lo agradecía.

—¿Qué sabe él que lo demás no sepamos? — preguntó Francesca, que era la más observadora de todos.

—Estoy embarazada, de dieciséis semanas, y no es conveniente que me exponga a tantos patógenos como hay en el laboratorio. Cuando se me termine la baja maternal, decidiré si vuelvo o, por el contrario, me quedo en mi país. Eso sí, os espero a todos en España, para el nacimiento de mi hijo. Stefan tenemos pendiente un paseo por la playa de mi ciudad, así como una fuente de pescadito frito —le dije, emocionada.

Era cierto que los iba a echar mucho de menos, porque habíamos formado nuestra pequeña familia, ya que todos estábamos lejos de las nuestras.

—Mañana, fiesta *baby shower* en el jardín de Francesca, que es el más grande —dijo Brand, intentando sonar feliz, pero en el fondo sabía que también me echaría de menos.

—Eso, eso, así el pequeño se irá con los regalitos de sus tíos extranjeros, aunque Marina utiliza otra palabra, que ahora mismo no recuerdo —dijo Francesca, aplaudiendo.

—Francesca, ustedes seréis los tíos guiris de mi pequeño Cayetano —le aclaré, y ella sonrió emocionada.

—Así que mi sobrino español se va a llamar así. ¿Por alguien especial? —preguntó Stefan, que sabía algo de la historia.

—Por su padre, ya que será lo único que tenga en común con él, porque se casa en mayo y yo no pienso decirle nada. Con lo arpía que es su futura mujer, es capaz de dejar al niño en el primer orfanato que se encuentre… ¡Quita, quita!

—Pues nada, Cayetano junior, tendrá el amor de su madre para compensarle el resto.

—Y el de sus abuelos, no lo olvides. Además de que, allí en España, también tiene un montón de tíos postizos —le dije, y me dejé abrazar por todos.

Cuando nos dimos cuenta, Stefan había arrasado con más de la mitad de la tortilla, y al mirarlo, se excusó diciendo que, a él, los disgustos, le daban hambre, provocando que todos soltáramos una carcajada.

Lo mejor fue a la hora de repartir la comida, sobre todo la que ya estaba cocinada. Edmond dijo que a él no le hacía falta, que comía en la cafetería todos los días, que para él era más cómodo. Brand, también renunció, ya que Markus estaba en su casa y le encantaba cocinar, pero no así lo hicieron

Francesca y Stefan, que se pensaban que aquello era como los juegos del hambre.

Se llegaron a jugar aquellos táperes en los que no había dos iguales, me explico. Había algunos que tenían dos raciones, cada una en un recipiente, con esos no hubo problemas. Pero había otros, como el del solomillo al Pedro Ximénez, que tan solo quedaba para uno, y entonces se lo jugaron a piedra, papel o tijera, mientras Olga y yo, nos doblábamos de la risa.

¿Qué os puedo contar del *baby shower* del día siguiente…? Pues que fue simplemente mágico. Francesca, ayudada por Brand, habían decorado el jardín en tonos celestes y blancos, con globos y ositos de peluche en los mismos colores. Stefan se encargó de montar la mesa de chucherías y de dulces, así como de ir a comprar un montón de ropita y cosas para mi bebé, que todavía no tenía nada.

—Lo primero que te deben regalar, según la tradición española, es un chupete. Por eso, antes de que abras ningún paquete, te quiero dar esto —me dijo Olga, que sacó una pequeña cajita del bolso.

Esa cajita contenía un chupete de color celeste y blanco, así como una cadena de madera con estrellas y lunas, en el que ponía su nombre, y que me hizo llorar como una tonta.

Cuando terminé de abrir todos los paquetes, Stefan se acercó a mí con una tarjeta regalo de uno de estos establecimientos que había a nivel internacional para que le comprara al niño lo que fuera necesitando. Eso era de parte de todos mis compañeros, incluido el señor Meier, pero la francesita no había colaborado, al no tener un trato directo conmigo, como le dijo a los demás.

Nos despedimos, puesto que ya estaba cansada de todo el día. La comida la puse yo, que les hice una paella con la que se chuparon los dedos. Tanto que, la que sobró, Francesca la repartió para ella y Stefan, y decían que ya tenían la comida del día siguiente.

Había llegado el momento de volver a casa. El día anterior vinieron a recoger las cajas que teníamos que enviar a España, así que tan solo me llevé las dos maletas con las que había llegado, además de la que trajo Olga.

—¿Lista para volver al hogar? — dijo mi amiga, en cuanto que entramos en el aeropuerto.

—Estoy deseando entrar por la puerta de mi casa y que mis padres me envuelvan en un cálido abrazo — contesté, justo cuando nos avisaban para embarcar.

Capítulo 32



Cayetano

Supe por Fale que Marina había vuelto a la ciudad, al parecer, había estado estos meses en Suiza, en un equipo de investigación que llevaban a cabo en un laboratorio farmacéutico. No me dijo el motivo de su vuelta, tan solo que no podía exponerse al nivel de patógenos que había en el laboratorio.

—Di mejor que tu novia te ha prohibido que me cuentes el motivo, pero no me digas que no lo sabes, no soy idiota — dije, algo enfadado, porque entre nosotros no había habido nunca secretos.

—Es un asunto personal de Marina, y ni ella ni yo, somos las personas que te tenemos que contar nada. Tienes que entenderlo — contestó.

—Solo te voy a preguntar una cosa, y espero que me lo contestes con sinceridad. ¿Está Marina enferma? ¿Tiene que ver su vuelta con un tema de salud?

—No, no está enferma, pero sí que tiene que ver con un tema de salud.

—Pues no lo entiendo. Porque tengo entendido que tú la has visto, que has quedado con ella varias veces en este mes que lleva aquí. Me tengo que marchar a Madrid mañana mismo, por el tema de la puta boda, y me voy con la incertidumbre de lo que le ocurre. No me parece ni medio normal tu actitud, que lo sepas —le recriminé, bastante agobiado.

—Si tanto quieres saber, ve a verla antes de irte. Te puedo decir que ha quedado con Olga para ir al centro comercial, tenía que hacerse con varias prendas de ropa. Si te das prisa, seguro que la coges en la cafetería de Raúl.

No me lo pensé, cogí mi chaqueta y fui al bar de nuestro amigo, donde esperaba encontrarla. Llegué, y me senté en la terraza, me pedí una cerveza y una tapa de patatas bravas, cuando la vi llegar. Os juro por lo más sagrado que no me caí en redondo porque estaba sentado. La miré a los ojos, y vi la rabia y el dolor, así como la sorpresa. Yo solo reflejaba el dolor de una traición que no había sido tal, porque fui yo la que la alejó de mí, pero no por eso dolía menos. Estaba embarazada, había vuelto por eso.

Ni siquiera me terminé la cerveza, me levanté y me disponía a marcharme, cuando ella me sujetó del brazo.

—¿Por qué me tratas de esa manera? ¿Acaso tú no te casas el fin de semana? —me dijo, mostrando el dolor en sus palabras.

—Pero yo me caso sin amor, y tú…

—Yo estoy embarazada del hombre que amo, solo puedo decir eso —me respondió, pero no pude más, y me marché, dejándola con la palabra en la boca.

Me monté en el coche, con furia, y me fui directamente hasta la oficina, donde esos dos traidores estaban esperando, ya que les dije que no se fueran, que necesitaba tratar un asunto urgente. Entré por allí como los toros de Miura, tan solo me faltaba echar el albero para detrás con los pies.

—Gracias por decirme que estaba haciendo el idiota. Me habéis demostrado que sois dos grandes amigos —les dije, dolido por su actitud.

—El gran Cayetano, sacando conclusiones precipitadas, como suele ocurrir. ¿Se puede saber por qué estabas haciendo el idiota, concretamente? —me preguntó Fale, con una sonrisa que me entraron ganas de quitarle de un puñetazo.

—Quita esa sonrisilla tan estúpida, no me hagas que te la quite yo de un puñetazo.

—¡Uh! El señor Castellón está agresivo — contestó Jesús, que se reía a mandíbula batiente.

—Será mejor que os quitéis de mi vista, porque voy a pagar con vosotros todo lo que llevo dentro.

—Vamos a ver, cenutrio. ¿Has visto a Marina? — preguntó Fale.

—Claro que la he visto, y está embarazada. Ese ha sido el motivo por el que ha vuelto, porque no puede estar en un laboratorio farmacéutico en ese estado.

—Ahora viene la pregunta más importante. ¿Has hablado con ella? — dijo Jesús, mirándome a los ojos y más serio que antes.

—Sí he hablado con ella, y mejor no repito lo que me ha dicho, porque me entran ganas de partir caras, y los únicos que estáis aquí sois vosotros.

—No la habrá escuchado, como si lo estuviera viendo. Dinos, palabra por palabra lo que has hablado con ella, haz el favor —me ordenó Fale, que empezaba a perder la paciencia.

—Me ha dicho que por qué la trataba así, porque me iba de la terraza sin decirle ni hola.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que yo me casaba este fin de semana, que no tenía derecho a reclamarle nada, y es verdad, no puedo hacerlo.

—¿Algo más?

—Que ella estaba embarazada del hombre del que está enamorada… ¡Me cago en todo lo que se menea! —grité, desesperado, mientras que esos dos no paraban de reírse.

—Definitivamente, eres gilipollas. Ata cabos, chaval, porque ninguno de nosotros te vamos a decir nada más. Ahora, te dejamos solo para que reflexiones — dijo Jesús, agarrando a su hermano por el brazo para sacarlo del despacho.

—Un momento… ¿De cuánto tiempo está embaraza Marina? —pregunté, porque un rayito de luz y esperanza me llegó de momento.

—Está embarazada de veintiuna semanas, es un niño y se va a llamar Cayetano. Creo que no necesitas más datos para darte cuenta de que el niño es tuyo, ¿no? — dijo Fale, bastante enfadado.

—Trae una pizarra y un calendario, que a lo mejor necesita hacer las cuentas —le dijo Jesús a su hermano, y ambos salieron de allí.

Estaba embarazada de mí, el niño que se gestaba en su vientre era mi hijo, y un nudo se me formó en la garganta, impidiendo que el aire entrara en mi cuerpo, por lo que me tuve que sentar.

Ahora, más que nunca, tenía que llevar a cabo mi plan. No iba a permitir que me separan de ella, y mucho menos, de mi hijo. Me estaba perdiendo parte del embarazo, pero no me perdería el momento de su nacimiento, eso lo tenía más que claro.

—Un hijo, un pequeño bebé que llevará mi nombre —susurré, y empecé a llorar hasta quedarme sin aliento.

Lo necesitaba, tenía que hablar con ella, pero este no era el momento, no lo haría hasta que no pudiera ofrecerle lo que ella se merecía. Me lavé la cara en el baño de mi despacho, cogí el móvil, y salí de allí de camino a mi casa, donde me cambiaría de ropa y me iría para Madrid, y ultimaría los planes que tenía. Nada podía salir mal, mi futuro y el de mi hijo estaban en juego.

Tardé casi siete horas en llegar, porque me lo tomé con calma. Hasta el día siguiente a las nueve no tenía que reunirme con mis abogados, así que daba igual a la hora que llegara. Iría directamente a mi casa, esa que nadie sabía que tenía en el barrio de Salamanca, y que la compré con mis primeros beneficios, reformándola entera. Cuando todo terminara, y como no tenía

pensado volver a esa ciudad, no al menos para vivir, la pondría en venta. Al precio que estaba ahora el metro cuadrado en esta zona, le ganaría bastante beneficio al precio que la compré sumado al importe que me gasté en la reforma.

Entré, dejé mi maleta sobre la cama de la habitación de invitados, y me metí en la ducha. No podía hablar con ella todavía, pero sí que le enviaría un mensaje, para que supiera que estaría ahí para ellos.

Cayetano: *Soy tan gilipollas que pensé que te habías enamorado de otro, y no te puedes imaginar el dolor que eso provocó en mí. Te amo con todo mi corazón, y a mi hijo también. Daría mi vida por vosotros si hiciera falta. Tan solo te pido que me des tiempo para resolverlo todo, porque nada es lo que parece. Le diré a Olga que te haga una videollamada en un momento determinado de la boda, para demostrarte que todo lo que te he dicho es cierto. No olvides nunca que os amo, cuida de nuestro hijo mientras que yo no puedo hacerlo de los dos.*

Le di a enviar sin esperar respuesta, como así fue. No me contestó, y lo agradecí, porque si lo hubiera hecho, todo mi plan se podía ir al garete, y ninguno de los dos nos lo merecíamos.

Me di una ducha, me puse cómodo y me senté en el salón para ver la televisión. A la hora de la cena, marqué el teléfono de una pizzería que había cerca y pedí una pizza de mis ingredientes favoritos, jamón, atún y huevo cuajado. Cené viendo un episodio de una serie que estaba viendo, pero no le presté atención, mi cabeza estaba a muchos kilómetros de aquí, en la barriga de una morena que me había robado el corazón con dieciséis años y todavía no me lo había devuelto.

Me quedé dormido en el sofá, y cuando me desperté, ya entraban los primeros rayos de sol por la ventana, por lo que me levanté, me preparé un café, y me vestí para ir a ver a mi abogado.

—Buenos días, tengo cita con el señor Muriel. Soy Cayetano Castellón —dije a la señora que estaba en la recepción.

—Enseguida le aviso, siéntese en la sala de espera, por favor —me contestó ella.

En ese momento, salió el abogado de su despacho, despidiendo a un cliente, y me vio allí, esperándolo.

—Cayetano, buenos días, esperaba tu visita, pasa al despacho, por favor, enseguida estoy contigo —me dijo Enrique, que así se llamaba.

—No tengo prisa, Enrique, te espero el tiempo que necesites —le respondí.

Me adentré en su despacho y me senté a esperarlo. Estaba nervioso, de la documentación que me tenía que entregar dependía mi libertad y la anulación del matrimonio.

—Dime que lo tenemos todo, por favor — dije, suplicante.

—Lo tenemos, Cayetano. Aquí tienes el dosier. El inspector González te está esperando en la comisaría once, ve y pregunta por él, te aclarará todo lo que necesites saber, así como coordinará el dispositivo contigo —me dijo, y le di un abrazo.

Salí del despacho sonriente, y me marché directamente a la comisaría para hablar con el inspector, tenía que dejarle claro que quería que el operativo se llevara a cabo durante la boda, delante de todo el mundo. Sabía que mi madre dejaría de hablarme, porque mi padre también caería, se lo merecía, por tratar a sus hijos como si fuéramos ganado, y una humillación así les bajaría los humos a todos.

Otra de las personas que saldría beneficiada de todo esto sería Iker, que no tendría la sombra de sus padres sobre su relación con Susana y con su hija. Al final me hizo caso, y no le pidió matrimonio, esperaría unos meses más, a que todo estuviera más consolidado. No por ellos, sino por lo que yo tenía en mente y con cuya acción ya no tendría que andar con miedo por nada.

El inspector me estaba esperando, tal y como me había dicho Enrique, y me pasó a su despacho, donde hablamos tranquilamente de todo lo que nos traíamos entre manos.

—El día de mi boda estarán todos allí, y podréis cogerlos juntos —le dije, y me miró con cara rara.

—¿Estás seguro de que quieres que el operativo se lleve a cabo ese día? Su novia lo va a matar.

—Me caso coaccionado con una mujer a la que no amo, por lo que, si ocurre ese día, me ahorrará una anulación, quedaré libre en ese mismo momento.

—Pues entonces, usted manda. Dígame el lugar y la hora del enlace, que le haremos llegar el mejor de los regalos de boda que podría hacerle.

—La boda se celebrará en la Catedral de la Almudena, el sábado a las doce de la mañana. Le rogaría que nos esperara en la iglesia, pero que dejara que estuvieran todos los invitados dentro. A la hora del "sí quiero", es cuando quiero que todos salgan a la luz y se produzcan las detenciones.

Capítulo 33



Cayetano

Y llegó el momento que tantísimo había esperado, ese en el que mi padre y todos los hipócritas que formaban su círculo de amigos caerían. Me levanté nervioso, y no por el motivo que todos presentían, pero también inmensamente feliz.

Cantaba mientras me duchaba, porque hoy, empezaba el resto de mi vida. En estos momentos, estaba más cerca de conocer el significado de la palabra libertad. Para todos, hoy era el día en el contraería matrimonio con Dafne Martínez, una chica de la alta sociedad, pero eso no sería así, y mi cara lo reflejaba.

Mi padre entró en ese instante en mi habitación, había dejado mi piso en manos de una inmobiliaria para su venta, y esa noche la pasé en su casa. Lo hizo con ese gesto de suficiencia que era tan común en él, pero que, en breve, cambiaría por uno de total desconcierto, de rabia y de furia hacia mi persona, pero me daba exactamente igual.

—Veo que por fin has entendido tu lugar en esta sociedad, y me alegro. Ya iba siendo hora de que te convirtieras en un hombre de pleno derecho — dijo, y tuve que morderme la lengua para no contestarle como quería, pero me puse mi careta de actor, y actué como él esperaba.

—Siempre he sabido el papel que ocupaba, papá, pero tenía que reunir fuerzas para asumirlo.

—Eso está bien, porque ahora te tienes que centrar en tu matrimonio, en darme un heredero que continúe con la saga de los Castellón, como hice yo con mi padre —me respondió, como si fuera de la realeza o algo.

—Eso ya vendrá, no tenemos prisa. Ahora, lo que sí me urge es terminar de vestirme. No quiero llegar tarde a la iglesia y que piensen que he huido —le contesté, cogiendo la camisa del perchero.

Me puse mi traje de novio, pero también mi mejor sonrisa, esa que me acompañaría durante todo el día, sobre todo cuando nos tocara decir nuestros votos matrimoniales.

—Hijo mío, estás guapísimo. Se te ve radiante y feliz — dijo mi madre, que me esperaba abajo para ir de mi brazo.

—No sabes cuanto, mamá.

Tenía claro que, cuando todo saliera a la luz, mi madre me repudiaría, y no os podéis imaginar las ganas que tenía de que todo eso ocurriera. Ella había sido cómplice de las fechorías de mi padre, pero no en cuanto al tema por el que lo iban a detener, sino en la manera de tratar a sus hijos, como si fuéramos una mercancía más que poner a la venta.

En cuanto entré en la iglesia me di cuenta de que estaba llena de policías, situados estratégicamente para que nadie pudiera escaparse, y eso me provocó una sonrisa.

—Si me disculpas un momento, voy a decirle algo a Fale y a su novia —le dije, y la escuché decir algo sobre Olga.

—No sé como sus padres permiten que esté con una mujer así de chabacana. Si fuera mi hijo, lo obligaría a dejarla —iba diciendo mientras yo me alejaba.

—Hombre, pero si está aquí el novio del año —dijo Fale, dándome un abrazo, mientras ella me miraba con una mezcla de odio y dolor.

—Olga, tengo que pedirte algo —le dije, y me miró como si me hubieran salido tres cabezas.

—No me digas que firme como testigo, porque, desde ya, te digo que no —me respondió, en su línea.

—Quiero que, cuando sea el momento del "sí quiero", le hagas una videollamada a Marina.

—Claro que sí, guapi. Y después, le mando a unos sicarios para que terminen de rematarla. ¿Te has vuelto loco? Te recuerdo que está embarazada, y no voy a ser yo la que contribuya a que se lleve un disgusto —contestó, indignadísima.

—Entonces, grábalo. Graba el momento con tu móvil, y luego se lo envías. No te puedo decir nada más, pero es de vital importancia que lo hagas, te lo suplico —le pedí, mirándola con ojitos de cordero degollado.

—Está bien, lo grabaré. Pero te juro por lo que más quiero en este mundo que, como sea algo malo para ella, la luna de miel la vas a tener que pasar en un hospital de lujo, porque no dejaré que te quede ni un solo hueso sano. ¿He sido lo suficientemente clara? — respondió, y asentí con una sonrisa.

Mientras me acercaba a donde había dejado a mi madre, pensaba la suerte que tenía Marina de contar con una amiga así, capaz de todo por defenderla. Muchos no eran tan afortunados como nosotros, porque yo también los tenía en la figura de Fale y Jesús, mis inseparables.

—Hijo, vamos hacia el altar, que ahí viene el coche de la novia — dijo mi madre, y la seguí, sonriente.

Al pasar por el lado del inspector Gutiérrez, incliné la cabeza a modo de saludo, pero también de agradecimiento, y él me correspondió de la misma manera.

Dafne venía del brazo de su padre, y el mío, venía detrás con la madre de ella, como si fueran dos artistas de cine. No iba a decir que venía fea, pero para nada era de mi gusto. El vestido parecía que la llevaba a ella, cuando

debería ser al revés, recargado y pomposo a no poder más. Era el fiel reflejo de la sociedad en la que vivíamos, opulente, impostado, queriendo demostrar que estaba por encima de todos, porque, además, seguro que era de uno de los diseñadores de renombre del panorama actual.

—Hijo, espero que, juntos, alcancéis la mayor de las felicidades —me dijo su padre, antes de que Dafne se pusiera en su lugar para la ceremonia.

—Estoy seguro de que lo haremos —le dije.

El sacerdote tomó su lugar, y empezó la ceremonia. Me di cuenta como había dos policías impidiendo la salida del interior de la catedral, y supe que el momento estaba cerca.

—Dafne Martínez, ¿acepta como esposo a Don Cayetano Castellón, y promete serle fiel, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida? —preguntó el sacerdote, pero cuando ella iba a contestar, salieron todos los policías, que venían de paisano.

—Un momento. Señor Martínez, queda usted detenido — dijo uno de los policías, al mismo que tiempo que otro lo hacía con mi padre, y así, sucesivamente con todos los implicados que, como no podía ser de otro modo, asistían a esa boda como invitados.

—Esto es un ultraje, no tienen pruebas contra mí, ni contra mi buen amigo Sergio Castellón —gritaba su padre, mientras se lo llevaban.

—¿Has sido tú? ¿Te has atrevido a arruinar mi boda?

—Mejor que se arruine tu boda que no mi vida, de la que, por cierto, quedas totalmente fuera desde este preciso instante —le dije, mientras mi madre lloraba sentada en un banco.

Me acerqué a mis amigos, que estaban allí todos, desde Fale, hasta Raúl, que había acudido como acompañante de Ana, pero antes, me dirigí a los invitados.

—Señores, no habrá boda, como habéis podido comprobar. Pero el banquete ya está pagado, así que pueden asistir al hotel donde tendrá lugar la recepción. Coman y beban a mi salud, y brinden por mi nueva vida. Gracias por venir —les dije, y todos me miraban asombrados.

Mi plan había salido a la perfección, y eso era motivo de una felicidad absoluta. Olga, al verme llegar, saltó a mis brazos y me comió la cara a besos, al igual que Fale, que se fundió conmigo en un abrazo.

—Así que, este era tu plan…

—Por eso no se lo podía contar a nadie. Pero ahora, vayamos al hotel, comamos, bebamos, y disfrutemos, porque mañana mismo me vuelvo al sur, a reclamar lo que es mío por derecho — dije, refiriéndome a Marina.

—Hijo, ¿qué va a pasar ahora? —me preguntó mi madre, y lo tenía claro.

—Lo que pase a partir de ahora con todos vosotros, me trae sin cuidado. Eso sí, que sepas que tus cuentas están congeladas, así como las de la empresa. Si fuera tú, y quisiera liquidez, vendía el instituto. Yo te puedo hacer una oferta, si quieres, antes de que también congelen esas cuentas y tengas que pedir para comer —le dije, aun sabiendo que a esas cuentas no le podían tocar, ya que mi madre era la única propietaria por herencia.

—¿Cuánto me ofreces? —me preguntó ella, desesperada.

Le dije una cantidad y saqué del bolsillo de mi chaqueta un sobre con un contrato de compra y venta, que hice que mi abogado redactara por si se daba el caso. Firmó, claro que lo hizo, y le entregué un cheque con el importe ofrecido.

—Desde este momento, ya no eres mi hijo —me contestó, con furia.

—Nunca he sido tu hijo, tan solo me veías como la continuación de lo que mi padre había construido, que no es nada legal, desde ya te lo digo. Ve buscando un buen abogado, porque nadie en su sano juicio se va a creer que no sabías nada de los tejemanejes de mi padre —le contesté, y le di la espalda, yendo al encuentro de mis amigos.

—¿Nos vamos? — preguntó Jesús, pero recordé una cosa.

—Señorita Martínez, como nuevo propietario del centro de estudios San Carlos, le comunico que, desde este instante, está usted despedida. Lo recibirá formalmente por escrito en unos días, pero como hay testigos, verbalmente también es lícito —le dije, y me miró con odio antes de contestarme.

—Si te piensas que esto va a quedar así, estás muy equivocado. Buscaré la forma de hacerte daño, hablaré con los inversores de tu fábrica, te dejaré sin nada, como tú me has dejado a mí —me contestó, cuando un hombre salió de entre los bancos de la iglesia para dirigirse a ella.

—Mi amor, te dije que no era una buena idea. Vámonos, empezaremos de cero los dos y el bebé que viene de camino —le dijo, y lo miré sorprendido.

—No me pienso ir con un muerto de hambre como tú. Si llego a saber que estabas en esa discoteca porque eras el camarero, jamás me hubiera acostado contigo. Y este niño no es tuyo, este bebé es un Castellón de pleno derecho —dijo, como si estuviera loca.

—Pues será de mi padre, porque mío desde luego que no es —y al decirlo, vi como su cara se teñía de rojo y la de mi madre de morado.

—¡Te lo dije! Tenías que acostarte con mi hijo, hacer pasar a ese niño por suyo. Esto va a ser lo que me falte para terminar de hundir mi reputación — gritaba mi madre, mientras yo me doblaba de la risa.

—Hay que ser ruin para hacer eso con tu propio hijo, tapar los cuernos de tu marido con la que se suponía que era su nuera. Pues nada, yo me voy, porque yo sí que estoy esperando un hijo con la mujer que amo. No me volváis a buscar en la vida —les contesté, y me di media vuelta. Olga lo tenía grabado todo.

—¡Cayetano! —gritaba mi madre, pero ni la escuché, tenía que alejarme de allí lo antes posible.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, amigo? —me preguntó Fale, ya que ninguno sabía nada de lo que se estaba cociendo.

—¿Recuerdas cuando te hablé de los inversores? Pues, en cuanto que me puse a rascar un poco, no me cuadraba nada. Tirando del hilo, deshice la madeja —le contesté, y es que, en realidad había sido así.

Después de tanto tirar, de buscar un detective privado a través de mi abogado, descubrí que mi padre, así como el padre de Dafne, tenían negocios ilícitos, que se escondían tras un entramado de empresas y testaferros, que se suponían que serían mis inversores. Querían utilizar mi empresa para blanquear dinero, pero por suerte, me di cuenta antes de que eso ocurriera y, además, me vi liberado por completo.

Capítulo 34



Marina

Decir que ese era el peor día de mi vida, era quedarme muy corta, sobre todo, después de releer mil quinientas veces el mensaje que me había enviado Cayetano días atrás y que había dejado en visto, como estaba haciendo de nuevo en este momento.

Cayetano: *Soy tan gilipollas que pensé que te habías enamorado de otro, y no te puedes imaginar el dolor que eso provocó en mí. Te amo con todo mi corazón, y a mi hijo también. Daría mi vida por vosotros si hiciera falta. Tan solo te pido que me des tiempo para resolverlo todo, porque nada es lo que parece. Le diré a Olga que te haga una videollamada en un momento determinado de la boda, para demostrarte que todo lo que te he dicho es cierto. No olvides nunca que os amo, cuida de nuestro hijo mientras que yo no puedo hacerlo de los dos.*

En nuestro encuentro en la cafetería, a pesar de no querer decirle nada sobre el embarazo, la rabia habló por mí. No se lo dije directamente, pero se lo insinué. Lejos de preguntarme o de decirme algo, se dio la vuelta y se marchó, completamente indignado, como si la culpa fuera mía, encima.

Me senté y me pedí un refresco sin cafeína, a la espera de que llegara mi amiga, Olga, con la que había quedado para ir luego al centro comercial, ya que la ropa me estaba quedando pequeña e iba algo incómoda.

Le conté lo que había sucedido en el encuentro con Cayetano y la manera en la que había actuado él, y se quedó de lo más sorprendida. Recordando esos momentos estaba, cuando sonó mi teléfono, era ella que me había enviado un mensaje.

Olga: *Te voy a enviar un vídeo que quiero que veas. No me he vuelto loca ni pienso que eres masoquista, así que, verlo hasta el final. Cuando lo veas, me llamas, por favor. Te quiero.*

Marina: *Lo veré, tan solo espero no tener que arrepentirme luego y tener que mandarte a la mierda. Yo también te quiero.*

Sí, podéis pensar que una manera muy atípica de querer, pero nosotras éramos así. Vi como me llegaba un archivo de vídeo, respiré hondo y lo abrí. Eran más de veinte minutos, pero de momento, me di cuenta de que era del interior de la catedral, en la que se veía a Cayetano y a Dafne vestidos de novios frente al altar, y me cagué en todo lo que se meneaba. ¿Cómo podía hacerme esto? ¿Acaso lo hacía para que abriera más los ojos? No entendía nada, pero volví a las palabras que me había escrito antes, y le di al *play* para verlo hasta el final.

Por minuto que pasaba, más sorprendida me quedaba. ¿Había esperado hasta ese momento para vengarse de todo? Era demasiado retorcido, pero me encantaba, que hubiera puesto en su sitio a todos y cada uno de ellos. Personas que miraban a los demás por encima del hombro, que se creían la crema selecta de la sociedad, y eran más corruptos y ladrones que los de los escalafones más bajos. Lo vi dos veces, sobre todo la parte en la que le decía que el hijo que esperaba era de su padre, y me salió una carcajada.

—¿Qué estás viendo que te hace tanta gracia? — preguntó mi padre, que vino hasta mi habitación para preguntarme al escucharme reír.

—La boda de Cayetano. Ven, que te lo pongo —le dije, y él me miró extrañado.

—Pues si qué tiene que ser verdad eso que dicen de que las hormonas alteran a las embarazadas, porque, si me preguntan hace una hora, hubiera apostado mi cabeza a que, ante esta situación, estarías llorando a moco

tendido. Me alegro de que este niño te haya ayudado a superarlo — dijo, sentándose a mi lado en la cama.

—Para nada, pero no digas nada hasta que termines de verlo —le mostré el teléfono, que me quitó de las manos.

Su semblante iba cambiando, y pasaba del asombro a la rabia, para luego reír a carcajadas como lo había hecho yo minutos antes.

—¿Qué piensas hacer ahora? — preguntó mi padre, ya más calmado.

—¿Yo? Nada, no pienso mover un dedo. Hasta ahora, siempre he sido yo la que ha dado el paso, pero ha llegado el momento de que me quede quieta. Si él quiere, que me llame o me busque, nos sentaremos a hablar civilizadamente y el tiempo dirá hasta donde llegaremos — dije, muy segura de mis palabras.

—Me parece perfecto que lo veas de ese modo, Marina. Eso dice mucho de tu madurez. Sabes que, ni el niño ni tú, vais a tener carencia alguna, ni afectiva ni económica, pero también tengo que decirte que el bebé tiene derecho a conocer a su padre.

—Por supuesto, y me di cuenta cuando lo tuve frente a frente el otro día. Él siempre será su padre, pero en lo referente a nuestra relación, si es que alguna vez la ha habido, tenemos mucho de lo que hablar —le respondí a mi padre, que me dejó un beso en la cabeza antes de levantarse e irse.

—Estaré en el salón. Cuando venga tu madre, hazme el favor de ponerle ese vídeo, que se lo va a pasar mejor que tú y yo juntos, te lo aseguro — dijo mi padre, pero no supe a qué se refería.

Llamé a Olga, y le dije que lo había visto. Estaban en el hotel donde se celebraría la boda, comiendo y bebiendo, como me dijo ella. En un momento dado, alguien le quitó el móvil, y la voz que escuché al otro lado, me estremeció y me emocionó a partes iguales.

—Marina, mi amor, ahora sí que te puedo contar todo, pero no quiero hacerlo por teléfono. ¿Te importaría si nos vemos mañana en la cafetería de

Raúl a las cinco de la tarde? —me preguntó, y no supe que contestar, así que me fui por la vía sarcástica, que era la que mejor se me daba para tapar mis tristezas.

—A las cinco es la hora de los toros, y no creo yo que sea conveniente que nos veamos en ese momento. Mejor nos vemos a las ocho y me invitas a cenar — respondí, y lo escuché reír al otro lado de la línea.

—No sé qué haría sin ti. Te recojo a las ocho en casa de tus padres, con los que también tendré que hablar en su momento, no quiero que odien a su yerno y padre de sus nietos. Te amo —me dijo, pasándole de nuevo el teléfono a Olga.

—Pues nada, ya te lo ha dicho él todo. Mañana nos vemos, preciosa, y cuida de mi sobrino, por favor —me contestó, antes de colgar la llamada.

Escuché llegar a mi madre, como mi padre le contaba todo, y fui a la cocina, donde ella soltaba las bolsas de la compra.

—El que riendo la hace, llorando la paga —dijo mi madre, con lágrimas en los ojos.

—Mamá, ¿por qué has dicho eso? ¿Hay algo que yo no sepa? —le pregunté, cuando los dos se miraron fijamente.

—Sí que lo hay, y ya va siendo hora de que te lo contemos —dijo mi padre, y ella asintió.

—Hace unos años, cuando apenas erais dos niños y os enamorasteis, la madre de Cayetano, Paola, vino a verme.

—¿Qué vino a verte? ¿Para qué? —pregunté extrañada, porque en mi vida me hubiera imaginado que esa mujer pusiera un pie en la casa de mis padres.

—Vino para decirme que vuestra relación era contranatural, que cada uno estabais en una esfera social diferente, y que estabais condenados al fracaso. Que era mi responsabilidad apartarte de él, y que no debía consentir que mi hija fuera tan casquivana y ligerita de cascos.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Qué le contestaste? —La cosa se ponía interesante porque, si conocía bien a mi madre, no se iba a quedar callada.

—Le dije que mi hija tenía dieciséis años, y esa era la edad permitida para tener sexo con quién te diera la gana, que no te iba a meter en un convento. Además de que, si os habíais enamorado, no iba a mover un dedo por separaros. Me contestó que a nosotros nos vendría muy bien esa unión, porque así escalaríamos socialmente y tendríamos el dinero de su hijo. La mandé a la mierda y la puse al otro lado de la puerta, en el rellano, vamos.

—Por eso, cuando aparecí con Álvaro lo acogisteis tan bien —Reflexioné, más para mí, que para ella.

—Exacto, pensamos que ya habías olvidado a Cayetano, y nos pareció lo mejor. Si a ti te había ayudado, para nosotros era perfecto.

—Aunque, si te soy sincero, más de una vez estuve tentado de preguntarte si en la cama os iba bien, porque notaba cosas raras, pero tu madre me quitaba la idea de hacerlo de cabeza —dijo mi padre, y solté una carcajada.

—¿Te imaginas? Oye, hija, te tengo que preguntar una cosa seriamente, ¿Álvaro te hace llegar al orgasmo? —dije, imitando la voz de mi padre, mientras mi madre se doblaba de la risa.

—No iba a ser tan explícito, Marina, lo iba a hacer de forma más sutil, que no soy tan bruto —respondió, pero yo me imaginaba la escena y no podía parar de reír, mientras que su falso enfado se evidenciaba más.

Mi madre preparó un arroz a la cubana para comer, con su tomate y su huevito frito, que quitaba las penas del sentido. Después de comer, me eché un rato, porque me sentía algo cansada. No había pasado buena noche, pensando en que, al día siguiente, el amor de mi vida se casaba con otra mujer.

Esa tarde me tocaba la ecografía de las veinte semanas, a pesar de que estaba ya en la semana veintiuno, pero mi ginecólogo tenía la agenda completa y pudo hacerme hueco ese día, que estaba de guardia. Me levanté de la siesta con otro ánimo, con ganas de comerme el mundo, y por eso me

vestí de otra manera. Me puse un pantalón premamá de pata ancha, con mis cuñas cerrada de esparto, que ya empezaba a hacer calorcito, una camiseta blanca de media manga y un blazer azul marino. Cogí mi bolso y salí al salón, donde ya me esperaba mi madre, vestida y lista para ir a ver a su nieto.

—Buenas tardes, el doctor Méndez me ha citado en su consulta, sería tan amable de avisarlo, por favor — dije a la chica de recepción de la clínica.

—Un segundo, enseguida la atiende — contestó, después de enviarle un mensaje y recibir contestación.

Ni medio minuto tardó en llegar, haciéndonos pasar a la consulta, y diciéndole a la enfermera que me preparara.

—¿Quieres que te hagamos la ecografía en 5D, Marina? —me preguntó el doctor.

—¿Qué diferencia hay con la otra? — respondí, porque no sabía la diferencia, la verdad.

—La resolución. En la 5D verás su carita como si fuera una fotografía.

—Sí, doctor, que quiero saber a quién se parece el niño —dijo mi madre, muy segura y los dos reímos.

—Ya la ha oído, vamos a ver a quién se parece mi hijo —le indiqué al doctor.

No me lo podía creer, ni prueba de paternidad le hacía falta, porque el niño era clavadito a su padre. Menos mal que las cosas se habían medio arreglado entre nosotros, porque tener que ver la cara del hombre que amas en el rostro de tu hijo, estando este lejos, tenía que ser un martirio chino.

—Todo está en orden. Ahora mismo te enviamos el vídeo a tu móvil, para que lo tengas de recuerdo, y Marta, la enfermera, te dará una carpeta con las fotos impresas. Muchas madres hacen cuadros de nacimientos con ellas — dijo, limpiando mi barriga del gel con el que la había impregnado.

Capítulo 35



Cayetano

En cuanto que me desperté esa mañana, me di una ducha y cogí mi maleta. Menos mal que de la luna de miel me encargaba yo y, como ya sabía todo lo que iba a suceder, no contraté nada, porque si no hubiese perdido el dinero.

El dinero que dimos por la recepción, lo disfrutamos bien, junto con algunos de los invitados, que no dudaron en acompañarme en mi "no boda". Bebimos, comimos, brindamos y bailamos hasta bien entrada la noche, sin importarnos nada más que el celebrar que todo había salido de maravilla.

Justo cuando iba saliendo de la habitación, sonó el teléfono que comunicaba con recepción, así que me volví un momento a contestar.

—Señor Castellón, tiene una visita. ¿La dejo subir? —me preguntó la chica.

—No, dile a quien sea que me espere en la cafetería del hotel. Ya iba saliendo — contesté a la chica, que no dudó en obedecer mis indicaciones.

No tenía ni idea de quién podría venir a buscarme, pero no me iba a preocupar por eso, ya que mi felicidad no se iba a ver enturbiada por nada ni por nadie. La única persona que podía conseguirlo estaba a muchos kilómetros de aquí.

Salí del ascensor, le entregué la llave a la chica y liquidé la cuenta, tanto la mía como la de mis amigos, a los que no iba a permitir pagar nada. Nuestro tren salía en cuatro horas, así que teníamos tiempo de sobra.

Llegué a la cafetería y me encontré con las tres mujeres que menos me apetecía ver en la vida, y allí estaban, mirándome como si yo tuviera la llave de su felicidad. No era el caso, pero si hubiera estado en mis manos, tampoco lo hubiese hecho, tenían que pagar todo el daño que me habían infligido.

—¿Se puede saber para qué habéis venido? —les dije, a mi madre, mi hermana y Dafne.

—Tenemos que hablar contigo. La familia del novio de Olalla la ha repudiado, y ya no habrá boda. No tenemos manera de subsistir a esto y, encima, está el embarazo de Dafne. Tienes que ayudarnos, reconoce a ese niño como tuyo, y te dejaremos en paz — dijo mi madre, como si estuviera en posición de amenazarme con algo.

—Ni hablar, pero te voy a dar la solución. Vende todas tus propiedades, las que están a tu nombre, porque las de mi padre están bloqueadas. Con ese dinero, podréis empezar de cero en otro país, donde no os conozca nadie — Le dije, muy tranquilo, como si la cosa no fuera conmigo, porque en realidad no iba.

—¿Estás loco? ¿Cómo vamos a hacer eso? Sería darle la razón a todos los que hablan y cotillean de nosotros a nuestras espaldas — dijo mi madre, con mucha arrogancia.

—Loco o no, me da exactamente igual lo que pase con vosotras a partir de este momento. Y ahora, si me disculpáis, me esperan mis amigos para volver a casa — dije, levantándome para marcharme.

—Esa no es tu casa, es mía, y te la pienso quitar. A ti no se te ha perdido nada en el sur, tu obligación es cuidar de nosotras. No sé cuándo eduqué a un hijo así — dijo mi madre, y me frené en seco.

—Para empezar, no es tu casa. El tercio de libre disposición de mis abuelos se entrega como a ellos les diera la gana, y me lo dieron a mí. En segundo

lugar, donde no se me ha perdido nada es aquí, allí tengo a mi familia, me esperan mi mujer y mi hijo. Y en tercero, que no menos importante, empezaste a educarme así en el mismo momento en el que no me trataste como a una madre, sino como a una agente de bolsa. Por todo ello, que os vaya bonito, pero no os quiero volver a ver a ninguna en lo que me resta de vida…—estaba diciéndole cuando me interrumpió mi hermana, que era de la que más me dolía su actitud.

—Caye, yo me porté así porque no tenía elección. El novio que me buscaron tan solo quería dinero para sus vicios, y cuando no se lo daba, me pegaba. Intenté aguantar a ver si, de ese modo, nuestros padres se daban cuenta de lo que estaban haciendo con nosotros, pero no me sirvió de nada. ¿Sabes lo que me dijo papá cuando fui a decirle que mi novio me había pegado? Que seguro que yo había hecho algo para merecerlo. Sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto, pero llévame contigo. Trabajaré en la fábrica de limpiadora, o en el colegio, si hace falta, pero no me quiero quedar aquí y convertirme en una persona desgraciada —me dijo, llorando a lágrima viva, y supe que lo decía de verdad.

—Vamos, no tendrás que trabajar de limpiadora, que para eso tienes una carrera, pero no te vayas a pensar que seré tu benefactor. Te ayudaré en lo que pueda, pero tendrás que dar el callo, como todos los demás —le dije, y se lanzó a mis brazos.

Cogió su bolso, y salió andando sin mirar atrás, ante el estupor y los gritos de mi madre, que no salía de su asombro.

Como íbamos con tiempo, los chicos se llevaron mi maleta para la estación de Atocha, y yo acompañé a mi hermana a que recogiera sus cosas, lo que más imprescindible fuera, pero me llevé la sorpresa de que ya lo tenía todo empaquetado.

—Contigo o sin ti me iba a marchar de aquí. No quiero convertirme en una mujer como mamá, Caye. Quiero a un hombre que me quiera por lo que soy, no por lo que tengo. Aunque, siendo realistas, ahora tengo más bien poco, lo justo para alquilarme un apartamento pequeñito cuando llegue al sur.

—Por eso no te preocupes, me acaban de avisar de la inmobiliaria de que han vendido mi piso del barrio de Salamanca, y con ese dinero, compraremos algo para ti.

—No, Cayetano, ese dinero es tuyo, de tu hijo. Yo quiero aprender a salir a flote por mí misma —me dijo, y la entendía.

—Bueno, en ese caso, te prestaré uno que tengo cerrado, junto al de Fale y Jesús, para que vivas en él mientras que no encuentras nada que te guste. Y si te gusta el mío, que está completamente reformado, podemos llegar a un acuerdo y vendértelo —le indiqué, y la vi sonreír.

—Te he echado tanto de menos, que todavía no me creo que estemos ahora así, juntos de nuevo.

Bajamos las maletas y las cajas, que no eran muchas, a la salida de la casa donde vivía mi madre. Ya habíamos pedido un taxi para que nos recogiera y nos llevara a la estación. Estábamos un poco lejos, pero llegaríamos sin problema.

Os preguntareis el motivo de no haber cogido un vuelo, que era más rápido y directo, pero la respuesta es muy sencilla. Tan solo lo hacía cuando no me quedaba más remedio, ya que me daba pavor volar, era superior a mis fuerzas. Todavía recuerdo como lloraba el día que mi padre me envió al extranjero a estudiar, y no solo era porque dejaba a Marina atrás, sino porque la sensación de estar suspendido en el aire me creaba un sentimiento de vacío que me oprimía el pecho.

—Menos mal, pensaba que no llegabais —me dijo Jesús, ayudándonos a bajar todo del coche.

—Nos ha cogido un atasco en la M30 que casi me hace venir andando —contesté.

—Venga, vamos a darnos prisa que al final nos quedamos en tierra —dijo Olga, desde el umbral de la estación.

—Hola a todos, soy Olalla, la hermana de Cayetano —se presentó mi hermana, que no recordaba que, a la mayoría los conocía de mucho tiempo.

—Chica, como has crecido. Ya no eres la mocosa impertinente que llevábamos a la playa con nosotros — dijo Olga, mirándola con una sonrisa.

—¡No me lo puedo creer! ¿Eres Olga? La que me obligaba a meter la cabeza debajo del agua cuando mi hermano se daba un beso con Marina. Pues que sepas que, gracias a eso, aprendí a bucear y gané varios premios en el colegio de Madrid —le dijo mi hermana, riendo a carcajadas.

Nos montamos en el tren, que iba por la vía del AVE hasta Sevilla, y ya luego por la vía normal, tardando un poco más. Estaba deseando llegar y ver a Marina, así que saqué el teléfono para enviarle un mensaje, cuando recibí uno suyo.

Marina: *Aquí te envío el vídeo de mini Cayetano, y no solo es por el nombre, es porque es idéntico a ti.*

Cayetano: *Estoy deseando llegar y darte un abrazo. Has sido mi fuerza durante todos estos meses, me aferraba a tu recuerdo para lograr encontrar una salida. Te amo, voy a ver el vídeo.*

Cuando pulsé el botón de reproducir, y lo vi en la pantalla, chupándose el dedo, como hacía yo hasta los seis años para dormir, escuché su latido y tomé conciencia de lo que me había dicho Marina en el mensaje, rompí a llorar. Esta vez, las lágrimas no eran ni de impotencia ni de rabia, eran de la felicidad más pura que podía sentir una persona.

—Hermano, ¿por qué lloras? —me preguntó Olalla, algo preocupada.

—Chicos, venid aquí un momento —les dije a todos, que andaban desperdigados por el vagón. Suerte que pudimos encontrar billetes para todos.

—¿Qué ocurre? —preguntó María, mirándome fijamente.

—Os presento a Cayetano, mi hijo —les dije, mostrándoles el vídeo en la pantalla del móvil.

Las reacciones fueron muy variadas, desde las lágrimas de María y de mi hermana, hasta el enfado de Olga, que sabíamos que estaba bromeando, pasando por la euforia y la dulzura de Ana y mis amigos.

—Será cabrona la tía. En vez de enviarme el vídeo a mí, que soy su madrina, y la persona que la ayudó a descubrir su embarazo y a traerla de vuelta, se lo envía a este, que lo único que ha hecho ha sido plantar la semillita —dijo, indignada.

—Es su padre, amor —le contestó Fale, y nos quedamos de piedra con su respuesta.

—Pues, ¿sabes qué? Que yo pienso hacer lo mismo. La semana que viene que tengo la primera ecografía te la enviaré a ti, en vez de a ella —dijo, y se dio cuenta de que había metido la pata.

—Olga, ¿me estás diciendo que estás embarazada? ¿Aquí, delante de todo el mundo? ¿Te pensabas que te iba a rechazar o algo? Porque desde ya te digo que no podías hacerme más feliz —le dijo, pero algo enfadado por la manera en la que lo había hecho.

—No pensaba decírtelo así. Es más, no lo sabe nadie. Quería que me hicieran la primera ecografía y ponerte la foto en el plato de la cena, para que, cuando terminaras de comer, la vieras. Y ahora, por culpa de mi carácter, ya no será posible —dijo ella, bastante afligida.

—Será mejor, porque lo veremos los dos a la vez en esa ecografía, no me hará falta fotos ni nada parecido —le contestó él, dándole un beso en la frente.

—Con razón anoche no dejaba que nadie le trajera bebidas, porque todo lo pedía sin alcohol, la muy perra —dijo Ana, sacándonos una carcajada a todos.

Estuvimos un rato más charlando, pero al final, nos trasladamos hasta el vagón cafetería, donde nos pedimos algo de comer, porque ninguno de nosotros llevaba más de un café en el cuerpo, y ya picaba el gusanillo.

Casi sin darnos cuenta, llegamos a la estación de nuestra ciudad, donde nos repartimos en varios taxis, sobre todo por las maletas y las cajas de mi hermana. Le dije que nos llevara primero a su casa, para que la viera y se fuera instalando. A mí no me daba tiempo de ir a la mía, así que, allí mismo me duché y me preparé, pidiendo un coche para ir a recoger a Marina. Por suerte, la reserva del restaurante la hice el día anterior, cuando ella me pidió que la invitara a cenar.

Capítulo 36



Marina

Al salir de la clínica, mi madre me aconsejó que, ya que había quedado con Cayetano para cenar al día siguiente, le enviara el vídeo de la ecografía, porque le haría tremenda ilusión verlo.

—No lo sé, mamá. Creo que me lo voy a pensar antes de hacer nada, no hemos hablado del embarazo y no quisiera importunarlo, la verdad.

—Eso que estás diciendo no tiene ni pies ni cabeza, hija mía. Ese hombre ha hecho por ti lo que no está en los escritos, demostrándote su amor.

—Bueno, pues no estoy segura. Siento que tengo que ir con pies de plomo en esta relación… o lo que sea que tenemos. No quiero precipitarme ni hacerme ilusiones — dije, abriendo mi corazón y mostrando mis miedos.

—Es normal que tengas miedo, Marina, pero no puedes condicionar tu vida al temor de perder lo que deseas. Siempre has sido valiente, no empieces ahora a ser una cobarde, que no te pega nada, la verdad — dijo mi madre, y tenía razón, pero no lo podía evitar.

En cuanto llegué a mi casa, me di una ducha y me vestí con mi pijama cómodo, antes de sentarnos a cenar. Mi padre, en su lucha por consentirme, me había escuchado decir la noche anterior que me apetecía pizza, llamó a la pizzería que más me gustaba y pidió una para la cena.

—Papá, estoy enamorada de un piso en la playa, con su piscina infinita, su jardincito para que juegue el niño…

—Pues eso que se lo compre el padre, porque como tenga que hacerlo yo, con mi economía me da para ponerte una tienda de campaña en la playa y comprarte una piscina hinchable en el chino — contestó mi padre, haciéndonos reír a mi madre y a mí.

Cuando terminé de cenar, me fui a mi habitación, estaba que me caía de sueño. Ese era el único inconveniente que tenía por el embarazo, que me llevaba todo el día durmiendo, porque por lo demás, no me estaba enterando de nada.

Me vino a la cabeza lo que me había dicho mi madre, y tomé la decisión de enviarle a Cayetano ese mensaje que ella me había aconsejado, pero lo haría por la mañana, así no me estaría preguntando toda la noche cómo le habría sentado o si me contestaría o no.

Cuando me desperté, fui a la cocina, me hice un café descafeinado y una tostada con mermelada, y cogí mi teléfono para enviar ese mensaje que tenía pendiente. Me temblaban las manos, porque, según su reacción, dependía nuestro futuro juntos.

Marina: *Aquí te envío el vídeo de mini Cayetano, y no solo es por el nombre, porque es idéntico a ti.*

Lo envié y puse el móvil encima de la mesa. No esperaba que me contestara, o al menos, no tan rápido como lo hizo, pero ni un minuto después, ya tenía su respuesta.

Cayetano: *Estoy deseando llegar y darte un abrazo. Has sido mi fuerza durante todos estos meses, me aferraba a tu recuerdo para lograr encontrar una salida. Te amo, voy a ver el vídeo.*

Después de desayunar fui a la peluquería con mi madre. Me apetecía cuidarme un poquito, y de paso ponerme guapa para cuando me recogiera Cayetano.

—¿Sabes lo que he pensado? Que después de aquí nos vamos a ir a una tienda de ropa premamá que han abierto nueva y que tiene unos vestidos preciosos — dijo mi madre.

—Pues sí, mamá, porque me he comprado muchas prendas para usar en mi día a día, pero no tengo nada así, un poquito más elegante para una cena o algo — respondí, mientras me miraba con una sonrisa.

—Y yo te lo regalaré. Quiero que mi hija luzca tan bonita como es, y que mi yerno se sienta de lo más orgulloso de la mujer que lleva a su lado, que es tan preciosa por fuera como por dentro — dijo mi madre.

No es que ella no me valorara por como era, todo lo contrario, pero quería darme la seguridad que me faltaba desde que estaba embarazada.

De la peluquería invité a mi madre a comer, porque mi padre había quedado con unos amigos para jugar una pachanguita de fútbol y, cuando eso ocurría, terminaba llegando a casa a la hora de cenar.

Nos decantamos por el pescadito frito de la freiduría que más nos gustaba y de la que dimos buena cuenta en la terraza que tenía a pie de calle. Luego, nos fuimos a esa tienda de la que me había hablado mi madre, y donde me compré un vestido de punto largo, pero con dos aberturas en el lateral, de color negro y con escote en v y manga tres cuartos, que combinaría con unas cuñas de esparto cerradas en color gris claro que también encontré en la misma tienda.

—Estás preciosa, hija mía. Nunca te había visto tan radiante — dijo mi madre, y la chica asintió.

—Pues venga, vámonos, que tengo el tiempo justo para llegar y terminar de arreglarme — contesté.

Cogimos un taxi y pusimos rumbo a mi casa, tenía poco más de media hora para estar lista. Menos mal que el pelo ya lo llevaba arreglado, y no me tenía que depilar, ya que el año anterior me hice la depilación láser en todo el cuerpo. Sería una ducha ligerita, vestirme y aplicarme un poco de máscara de

pestañas y lápiz labial, que tampoco me gustaba maquillarme como una puerta, la verdad.

Estaba terminando de abrocharme las cuñas, cosa harto difícil con una barriga de más de cuatro meses, pero que había conseguido gracias a las artimañas que había aprendido a hacer, cuando mi teléfono vibró, era Cayetano que estaba llegando.

—Mamá, me voy, no sé a la hora que volveré — dije, sin saber que mi padre ya había llegado.

—Si vas a pasar la noche en casa de tu chico, no olvides usar preservativo, no vaya a ser que vengas con un bombo — dijo mi padre, con toda la ironía del mundo.

—Muy gracioso, don Pedro, pero ya es demasiado tarde. Me lo tendrías que haber dicho antes — contesté, y ambos nos reímos.

—Ahora en serio, si no vas a venir a dormir, envíame un mensaje, que no quiero estar preocupada — dijo mi madre, pero lo vi poco probable, sobre todo por la última vez que había estado en su casa.

Al salir del portal, allí estaba él, guapísimo, por cierto. No se lo pensó y vino a darme el encuentro, enmarcó mi cara con sus manos, me miró fijamente a los ojos, y me besó, al principio, de manera dulce, pero, poco a poco, se fue intensificando.

—Dios, no te puedes imaginar las ganas que tenía de hacer esto. Por cierto, no se puede estar más guapa que tú, que lo sepas — dijo, y me tomó de la mano para entrar en el taxi.

—No me ha dado tiempo a llegar a mi casa, por eso no traigo mi coche. Me he duchado y vestido en casa de mi hermana, he dejado hasta mi maleta en su salón. Ya iremos mañana por ella.

—¿Tú hermana se ha venido contigo? No me lo puedo creer, pero si ella estaba súper unida a tus padres. Eso me lo tienes que explicar — dije, entrando en el coche.

—Te tengo que explicar tantas cosas… Pero lo primero es lo primero. Hola, pequeño Cayetano, soy papá, y a partir de este momento, te vas a hartar de escuchar mi voz —se había puesto inclinado y le hablaba a mi barriga, provocando que mis lágrimas salieran sin control. Cuando me vio, se volvió a poner derecho y me besó en la cara para quitarme cada una de esas lágrimas.

Llegamos a un restaurante con terraza a la playa que quedaba cerca de su casa, y que a mí siempre me había encantado, aunque se salía un poco de mi presupuesto, para que nos vamos a engañar. El día de nuestro primer aniversario me dijo que, cuando me pidiera matrimonio, lo haría en esa terraza y mirando a la luna, y ese recuerdo me embargó en ese momento.

—Mi promesa sigue en pie. Te pediré matrimonio en este mismo lugar, en cuanto que nazca nuestro hijo, pero antes, tenemos mucho de lo que hablar, ¿no te parece?

—Pues sí, para empezar, quiero que me cuentes por qué me echaste de tu lado aquella noche que nos reencontramos. Porque, si dices que tus palabras fueron sinceras, no entiendo tu actitud —le dije, porque era una cosa que necesitaba saber.

—Todo tiene una explicación, y te lo explicaré todo a lo largo de la noche, no te preocupes por eso.

Pedimos la comanda y, cuando llegaron las bebidas, empezó a contarme todo, como sus padres lo manipularon para enviarlo fuera a estudiar, como no se pudo despedir de mí, a pesar del sufrimiento que me causaría, pero que me obligaría a olvidarlo.

—Pero eso nunca sucedió —murmuré.

—Gracias al cielo, porque yo tampoco pude olvidarte. La amenaza era continua, Marina, me decían que terminarían acabando contigo, que buscarían la manera de arruinarte la vida, y eso era lo último que yo quería.

Me di cuenta de que todo lo que había hecho había sido para protegerme, y en sus ojos vi que decía la verdad. Lo que hice a continuación me salió de dentro, y no me paré a pensar que estábamos rodeados de personas,

simplemente lo necesitaba. Abandoné mi silla, me senté en su regazo y lo besé, como me nació.

—Quiero que me hagas el amor durante toda la noche —le susurré en el oído, y vi como levantaba la mano para pedir la cuenta.

—No pienso en otra cosa más que en eso — contestó.

Salimos de la mano, como cualquier otra pareja, para cruzar la calle y entrar en su casa, a la que accedimos por el porche delantero, que era el que nos cogía más cerca.

Cuando atravesamos el umbral, nos convertimos en dos animales deseosos de atrapar a su presa. Sus manos fueron al bajo de mi vestido, ese que sacó por la cabeza, dejándome en ropa interior. Me miró a los ojos, y fue bajando por mi cuerpo hasta terminar arrodillado delante de mí.

Con dos de sus dedos, me fue quitando mi braguita, hasta terminar en un lateral del recibidor, al igual que mi vestido. Puso mi pierna en su hombro, y le lanzó a lamer y degustar mi sexo, hasta hacer que llegara al orgasmo con unas pocas pasadas. Desde siempre había tenido ese poder, el de hacerme temblar de placer.

Se levantó del suelo, ya desnudo, no os puedo decir en qué momento su ropa se separó de su cuerpo, me cogió en brazos, haciendo que lo rodeara con mis piernas y me penetró, de manera suave al principio, pero cuando notó que yo necesitaba más, no dudó en hacerlas más profundas, hasta que ambos nos corrimos a la vez.

—Joder, Marina, cada vez que lo hago contigo es mejor que la anterior — dijo, y no pude contestar, no me salían las palabras.

Me llevó de la mano hasta la ducha de su habitación, donde dejamos salir nuestra pasión de nuevo, y eso siguió pasando durante toda la noche. Nos quedábamos dormidos durante un rato, pero, enseguida, volvíamos a ponernos en marcha. Lo mejor fue cuando se quedó dormido sobre mi pecho, con su mano acariciando mi vientre, en el que nuestro hijo se estaba formando poco a poco, y que me dio la tranquilidad que me faltaba.

—Dios, anoche se me olvidó avisar a mi madre de que no iría a dormir, se habrá llevado toda la noche preocupada — dije, en cuanto que abrí un ojo.

—La llamé yo antes de recogerte para decírselo, y que los recogeríamos hoy para ir a comer todos juntos. Tengo algo más que contarte —me dijo, así que, me levanté dispuesta para ir a mi casa a cambiarme mientras que él recogía su maleta de casa de su hermana.

Capítulo 37



Cayetano

La dejé en casa de sus padres antes de ir a la de mi hermana, quería que viniera a comer con nosotros, al igual que a los demás, a los que cité directamente en el restaurante.

Cayetano: *Chicos os espero a las dos y media en el restaurante de la playa al que acudimos siempre, el de la terraza en la arena. No admito un no por respuesta, os quiero a todos allí.*

Olga: *No, Cayetano, corazón, no tenemos planes para hoy. Será un honor estar allí a la hora indicada.*

Fue la única que respondió, con su ironía característica, como no podía ser de otro modo. A Marina no le había contado nada del embarazo de su amiga, quería que fuera ella misma la que se lo dijera, puesto que sabía que le iba a hacer una ilusión tremenda. Además, quería contarles mis planes con el instituto que le había comprado a mi madre, para el que tenía varios proyectos en mente.

—Vamos, Olalla, que tenemos que recoger a Marina y a sus padres y no quiero llegar tarde — dije a mi hermana, que parecía que en vez de ir a comer iba a una recepción real.

—Hijo, si no me lo hubieses dicho con tan poco tiempo, habría estado ya lista.

—¿Poco tiempo? Pero si llevas más de una hora arreglándote, hija de mi vida. No quiero pensar en el día que te cases, tendrán que empezar el día antes — dije, y es que me desesperaba cuando salíamos juntos, ahora lo acababa de recordar.

—Venga, vámonos, hoy no me aplicaré mi rutina facial, lo dejaré para más tarde.

—¿Pero que rutina facial ni que ocho cuartos? Que tienes veinticinco años y eres preciosa, no necesitas nada de eso, te lo aseguro.

—Claro que sí, y parece mentira que lo digas tú, el dueño de una empresa de cosméticos, cuando deberías aconsejar todo lo contrario — dijo, y ambos nos reímos.

Hacía tanto tiempo que no estábamos así de bien, juntos, en armonía, que me parecía mentira que estuviera pasando. Metí mi maleta en el maletero del coche, y puse rumbo a casa de los padres de Marina, avisándola para que bajaran, porque en esa calle era imposible dejar el coche ni siquiera en doble fila. Cuando doblé la esquina, ahí estaban todos, y mi chica resplandecía de bonita.

—Buenas tardes, Cayetano —me dijo Pedro, su padre.

—Buenas tardes, Pedro. Sofía, un placer volver a verte —les contesté, fui a extenderle la mano, pero me jaló y me dio un abrazo que solo una familia como ella te podía dar.

Podéis pensar que era solo un abrazo, pero nada de eso. Entre sus brazos pude notar que me había perdonado todo lo que hice en el pasado, que me veía como a un hijo y que, a su lado, siempre tendría un refugio al que volver. Y eso me hizo sentir afortunado, por mí y por mi hijo, que sí que conocería el valor de una familia de verdad, de las que se parten la cara por los suyos, no de las que se mantienen juntos por el interés.

Al llegar al restaurante ya estaban todos allí, esperándonos. Marina y yo llegamos tomados de la mano, y con una sonrisa en la cara que delataba lo felices que nos sentíamos en ese momento.

—Menos mal, ya pensaba que tendría que irme al McDonald a comerme una hamburguesa, porque no veas el hambre que tengo —dijo Olga, tan chinche como siempre.

—Olga, hija, cualquiera diría que estás embarazada —le dijo Sofía para buscarle la lengua, lo que ella no se imaginaba es que era cierto.

—Chivato, ¿ya te has ido de la lengua? —me reclamó, y yo levanté las manos en señal de inocencia.

—Yo soy completamente inocente, te lo juro.

—¿Es cierto? ¿Estás embarazada? ¿Se puede saber por qué no me has contado nada? —Le dijo Marina, con las manos en jarra.

—Sí, estoy embarazada, y no te lo he dicho porque no me ha dado la gana —le contestó ella, que todavía estaba resentida por lo del vídeo.

—Ya te vale, tener amigas para esto…

—Amor, ¿sabes por qué no te lo ha contado? Porque me enviaste el vídeo a mí antes que a ella — dije, buscándole la lengua a las dos, mientras que los padres las miraban sonrientes.

—Pero él es el padre, ¿qué querías que hiciera?

—Y yo tu mejor amiga, la que se dio cuenta de que estabas embarazada y la que te trajo de vuelta. Si yo no hubiera ido a Suiza, todavía estarías allí —le soltó la otra, como si estuvieran en el patio de un colegio y se pelearan por una muñeca.

—¿Podemos dejar las riñas escolares para cuando los niños crezcan y entrar a comer? Me parece que, al final, nos quitan la reserva —dijo Pedro, y todos estallamos en una carcajada.

Cayetano había dejado cerrado un menú degustación para todos, y así podríamos probar de todos los platos, excepto el postre, en el que yo me pedí

un coulant de chocolate con helado de vainilla y sirope de caramelo con nata y nueces.

—Si sigues metiéndote esa bomba de azúcar en el cuerpo, el niño te va a salir hiperactivo —le dijo su madre.

—Ya me da igual como salga, está su padre para cuidarlo.

—O sea, que antes de que yo llegara, sí que mirabas para que no saliera así, ¿no? —le dije a Marina, que asentía con la cabeza.

Estallamos todos en una carcajada. Veía a mi hermana feliz, pero esa felicidad no era completa, no sé cómo explicarlo, era como si le faltara algo, y por eso le pregunté.

—Olalla, ¿te ocurre algo?

—Sí, que soy feliz y me da miedo que la burbuja explote. Que os veo a vosotros felices con vuestras parejas, y yo quiero vivir algo así, creo que me lo merezco, pero mi pasado me pesará toda la vida —me contestó, y la abracé.

—Aquí, el pasado no existe. No eres la señorita Castellón, simplemente eres Olalla, una mujer increíble que ha tenido la capacidad de reinventarse a sí misma. Lo encontrarás, estoy seguro, y entonces conocerás la felicidad plena —le dije, dándole un beso en la cabeza.

—Bueno, Cayetano, nos dijiste que tenía que contarnos algo. Lo del embarazo no es, porque ya lo sabíamos todos, y lo de la boda tampoco, que mi amiga no tiene un anillo en el dedo, así que, empieza a largar — dijo Olga, tan mordaz como siempre.

—El instituto es ahora mío, y por ello, quiero que Marina sea la directora, no encuentro una persona mejor que ella para llevar el centro. Olalla se hará cargo de la asignatura de lengua, ya que la hippie que la impartía, y que era íntima de Dafne, se ha marchado al enterarse de su despido. ¿Qué me decís?

—¡Qué sí! Por supuesto. Ay, que alegría me va a dar volver lo que queda de trimestre —dijo Marina, y yo negué con la cabeza.

—No señorita, usted no se incorporará hasta que no termine la baja maternal.

No le hizo mucha gracia, pero al final no tuvo más remedio que acceder. Le dije que quería que conociera a alguien, y ese alguien era Edurne, la niña que me tenía robado el corazón.

Fuimos todos para su casa, excepto mis futuros suegros, que se marcharon porque habían quedado en pasar por casa de Macarena, la abuela de Álvaro, a visitarla para ver como se encontraba, ya que, cada día que pasaba estaba la pobre un poquito peor.

—Nosotros nos vamos para mi casa, allí os esperamos — dijo Olga, que se marchó con los demás. Habíamos quedado que cenaríamos todos juntos en su casa.

—Vas a conocer al hermano de Dafne, pero desde ya te digo que no tiene nada que ver con ella. Iker ha sufrido en sus propias carnes lo mismo que nosotros, pero él con una hija en el mundo. Por eso, no he dudado ni un momento en ayudarlos a los dos, porque Susana también es una chica adorable, que ha luchado lo indecible por sacar a su hija adelante —le conté, y ella me sujetó la mano fuertemente.

—Si tú los has dejado que entren en tu vida, serán bienvenidos en la mía, te lo aseguro —me dijo, y supe que me decía la verdad, que no eran palabras vacías.

Llamamos al timbre de la puerta, y escuché unos pasitos correr, y también la voz de su padre, diciéndole que no abriera que era muy pequeña y podían tener un disgusto. Ese día estaba con ella Patricia, otra niña que se había convertido en parte de mi familia, junto a sus padres y a su hermano Adolfo.

—¡Cayetano! —gritaron las dos a la vez en cuanto me vieron.

—Vaya, con ese recibimiento vengo yo todos los días —dijo Marina, con una sonrisa.

—Ese es el que recibe cada vez que lo ven, no te pongas celosa. Yo soy Iker, y ellas son Edurne, mi hija y Patricia, su mejor amiga —se presentó él.

—Yo soy Marina, encantada.

—Susana ha bajado un momento al súper. Las enanas querían helado de fresa y no nos quedaba ni una cucharadita. Pasad, la esperaremos en el salón.

El encuentro con Susana fue de lo más bonito y entre ella y Marina, se forjó una complicidad que pocas veces había visto, al igual que con mi hermana Olaya. Les contó todo lo que la bicha, como ella le decía, le había hecho pasar, y que, incluso le había pedido venirse aquí a vivir con ellos, pero que su hermano lo negó en rotundo. Le dijo que se fuera donde quisiera y con quién quisiera, pero que con él no quería que tuviera relación, y con su mujer y su hija, mucho menos. Y lo entendía, después de todo el daño y las amenazas que había vertido sobre su familia, yo tampoco la dejaría entrar, lo mismo había decidido yo sobre mi madre.

Nos despedimos de ellos con un abrazo y con la promesa de quedar otro día más tranquilos en mi casa, donde haríamos una barbacoa y vendrían también Adolfo con África y los niños.

Esa misma noche, después de terminar de cenar en casa de Olga, le pedí a Marina que se viniera a vivir conmigo. No me quería perder nada del embarazo y, teniéndola cerca estaría mucho más tranquilo, y ella accedió.

A la mañana siguiente, fuimos al instituto y hablamos con todo el personal. Todos se alegraron muchísimo de la vuelta de Marina, pero mucho más de que Dafne hubiera sido despedida. Pensamos en hacer una reunión con todos los padres, para explicarles que, los cambios que había llevado a cabo la bicha serían cesados de inmediato.

Vi como Eneko no le quitaba la mirada de encima a mi hermana, y eso me gustó. En primer lugar, porque sabía que era un buen hombre, y eso era justo lo que Olalla necesitaba. Y segundo lugar, porque, el día de la cena de

Navidad, me di cuenta de que estaba enamorado de Marina, y no me gustaría que tuviera la tentación tan cerca. No por parte de ella, que conste que confiaba plenamente en mi chica, sino por la parte de él, que se viera tentado a intentar algo y tuviera que despedirlo.

—Vamos todos al bar de enfrente a tomarnos algo —dijo Marta, una de las profesoras y que se veía que quería muchísimo a mi chica.

—Venga, yo invito —les dije a todos, que recibieron la propuesta con una sonrisa.

Epílogo



Marina

Quince años después…

—Tano, haz el favor de darte prisa que no llegamos —le decía su padre a mi hijo, que estaba en plena adolescencia y había que tener dosis doble de paciencia con él.

—¡Qué ya voy! No sé para qué tanta prisa, si lo único que van a hacer es echarle agua a un niño en la cabeza —replicó él.

—No contestes, porque te quedas un mes sin consola — dije yo, amenazándolo con lo que más le gustaba.

Hoy era el bautizo de Adrián, el hijo pequeño de mi cuñada Olalla, pero creo que será mejor que os cuente todo desde el principio…

Cayetano y yo, aparte del pequeño Tano, que lo llamábamos así para diferenciarlo de su padre, tuvimos gemelas, Ana y María, que se llamaban así en honor de sus madrinas. Nos casamos dos años después de que naciera el pequeño Cayetano. Fue una ceremonia íntima y familiar, sin nada que ver con lo que Dafne había montado en su día, pero no por ello menos especial. La ceremonia se celebró en la playa, un día veinte de julio mientras el sol se ponía, dejándonos una estampa de lo más bonita.

Nuestro matrimonio iba viento en popa, y cada día que pasaba éramos más felices y la pasión no había abandonado nuestra alcoba, ya que seguíamos siendo fuego en el momento en el que estábamos juntos.

Álvaro y Manel seguían también juntos, felices y con su hija, que ya tenía diecisiete años, y se había convertido en una preciosa muchachita, super estudiosa y con un carácter tan dulce como el que tenían sus padres. Macarena se fue días después de que naciera mi hijo. Como ella decía, había luchado hasta que lo conoció, pero ya se podía ir feliz de este mundo.

Olga seguía con Fale, pero no se habían casado, aunque convivían juntos desde que se enteró de su embarazo. Tuvieron una niña, que se llamaba como su madre y que era mi ahijada, e inseparable de Tano. Nuestros amigos bromeaban con que serían los próximos en casarse o en irse a vivir juntos, y la verdad es que esa idea no me desagradaba.

Ana y Raúl se casaron al año siguiente a nosotros, y tenían un hijo, Miguel, de nueve años. Con el tiempo, en cuanto que su jefe se jubiló, nuestro amigo le hizo una propuesta al propietario y se quedó con el bar en el que llevaba trabajando toda su vida y que tenía una clientela fija. Le iba de lujo, la verdad, y cada tenía la terraza hasta la bola.

María y Jesús no siguieron juntos, pero seguían siendo grandes amigos. María terminó casándose con Alejandro, y tenía tres hijos, Ale, Alberto y Álvaro. Se conocieron en una cena de la empresa de mi marido, cuando ambos estaban solteros, ya que su chico era el director de marketing de la fábrica.

Jesús conoció a Laura en una convención de cosmética, ella era de Barcelona, y no dudó en irse detrás. Se enamoraron en la primera cita, y eran padres de un niño, Rafa, que tenía la belleza de su madre y el ingenio de su padre, a sus ocho años era todo un personaje. Se desvinculó de la fábrica, pero no de la empresa, ya que llevaba todo el tema de la tienda online y sus pedidos.

Lo de mi cuñada Olalla fue un flechazo en toda regla. Eneko y ella se miraron a los ojos y no volvieron a separarse. Muchas veces bromeábamos con la idea de que se quedaron hechizados el uno del otro. Tenían tres hijos,

Eneko, de ocho años, Martina, de cuatro y el pequeño Hugo, que se bautizaba hoy. Su padrino sería mi marido y su madrina, yo.

De mi suegra no supimos más que, había vendido todas sus propiedades y se había marchado a vivir a Italia, donde tenía algunos amigos, que le dieron cobijo durante un tiempo, hasta que pudo salir adelante por ella misma. Se divorció de su marido y, tiempo después, se había vuelto a casar con un hombre adinerado que le sacaba casi veinte años. Otra vez había elegido el dinero y el poder por encima del amor.

Dafne perdió el bebé, y aprovechó para irse a vivir a Londres y empezar de cero, dejando a sus padres y todo lo que ello conllevaba detrás. Se dedicaba a la moda, y había montado una agencia de señoritas de compañía, en la que se anunciaban mujeres que acompañaban a fiestas a los hombres que requerían de ellas. Luego supimos que era un prostíbulo encubierto, pero poco nos importó más que nos dejara en paz, como así había sido.

A mi suegro y sus socios les cayeron veinte años de cárcel, y tuvo que pagarle a todos los que habían estafado y a mi marido por intentar engañarlo e implicarlo en sus fraudes, pero él no cogió ese dinero para su uso personal, fundó una organización para ayudar a los niños necesitados y a sus familias a construir una vida mejor.

Seguíamos viviendo en la misma casa, no quisimos cambiarla, porque no encontraríamos nada parecido en la ciudad, y las vistas que teníamos eran inmejorables.

—¿Ya estás lista, mi amor? —me preguntó mi marido entrando en nuestra habitación.

—Para ti, siempre estaré lista —le respondí, con una mirada que lo dijo todo.

—No me provoques, señora Rivera, o tendrán que bautizar al niño otro día.

Me salió una carcajada, pero él me atrajo por la cintura, dándome un beso que me quitó el aliento, justo en el momento en el que pasaban nuestros hijos por el pasillo, de camino al recibidor.

—Puaj, papá, siempre estáis igual. Al final, seremos uno más en la familia, ya veréis —dijo mi hijo, y miré a mi marido con una sonrisa.

—¿No me digas que Tano ha acertado? — preguntó mi marido.

—Me enteré ayer, y te lo iba a decir luego, cuando estuviéramos solos, ya que los niños se los llevan Olga y Fale — respondí, y me besó de nuevo.

Mi marido apareció cuando menos lo pensaba, pero se convirtió en mi pensamiento favorito. Era mi mejor amigo, mi marido y mi amante, no se podía pedir más. Junto a mis hijos, eran el motor de mi vida y ya no me imaginaba mi existencia sin su presencia.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel